CIELO

ENIA RUIZ DE CASTROVIEJO ÁLVAREZ



SAMARCANDA

Edición especial Kindle Unlimited

Cielo

Edición especial Kindle Unlimited

Enia Ruiz de Castroviejo Álvarez

SAMARCANDA

Cielo
Edición especial Kindle Unlimited

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2020, respecto a la primera edición en español, por:

© Enia Ruiz de Castroviejo Álvarez
© Editorial Samarcanda

ISBN e-book: 9788419800442

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3 (41001-Sevilla)
www.lantia.com
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

A todas aquellas personas que se descalzaron y dejaron sus zapatos a orillas del Danubio.

A las víctimas del Holocausto.

Hemos venido a este mundo para amar y ser amados.

Anónimo.

No estoy solo, hay personas muy especiales que me acompañan en este camino de la vida y esas personas me quieren tal y como soy.

No estoy solo, el lugar en el que vivo me acompaña en este camino de la vida y ese lugar está compuesto de naturaleza, de océanos, de montañas, de aire.

No estoy solo, estoy rodeado de recuerdos maravillosos que me acompañan en este camino de la vida y esos recuerdos pertenecen a mi historia de vida.

No estoy solo, estoy rodeado de personas desconocidas que me acompañarán en este camino de la vida y esas personas formarán parte de un futuro lleno de oportunidades.

No estoy solo, estoy rodeado de amor incondicional, de colores, de sabores, de sueños por cumplir, de risas, de planes, de presente.

No estoy solo, hay alguien muy especial que me acompaña en este camino de la vida, y ese alguien soy yo.

Enia Ruiz de Castroviejo Álvarez

Prólogo

Decía Holden Caulfield, el protagonista de El Guardián entre el centeno, de J.D.Salinger, que le encantaría ser muy amigo de los autores de los libros que le gustan de verdad para poder llamarlos por teléfono en cualquier momento. Yo he cumplido el sueño de Holden: terminé de leer esta novela y pude hablar con Enia para decirle que Cielo me parecía una historia redonda.

Es el libro que todos andamos buscando. Una vez que empieces, no querrás soltarlo, pero tampoco llegar al final. Esto es lo mejor que le puede pasar a las historias. Que te enganches a la trama; a sus personajes: que los quieras o no, que empatices o no, que compartas o disciernas de su visión, que te hagan reír o llorar; y que tengas miedo a que terminen. Ya sabes que luego sólo quedará el vacío de la última página. Cerrar el libro es despedirte de la intensidad de lo vivido.

Enia maneja los sentimientos a la perfección —seguramente su deformación profesional y su sensibilidad juegan a su favor—. No tiene miedo a adentrarse en ellos y sacarlos a la luz. Todos estos matices y texturas en los personajes y la trama son los que hacen que el viaje de Anna pueda reflejar la historia de cualquiera de nosotros.

Cielo comienza en un Budapest gris, en sentido literal y figurado; las Islas Baleares como zona de luz y aire; y ella en el centro de todo, siempre buscando el equilibrio. Este triángulo está presente en toda su vida. En la vida de todos nosotros. No es casualidad que sea una de las figuras geométricas más antiguas de la historia, y que

haya tomado distintos significados en función de la cultura y del paso del tiempo. Anna lidia con el pasado, el presente y el futuro. También con la triangulación pensamiento, sentimiento y emoción. O aferrándose a esa fuerza que suponen la conexión cielo, tierra y ser humano.

Para los griegos, el triángulo representaba una puerta hacia la sabiduría. Sólo tienes que adentrarte en el libro para saber que para Anna esta figura representa esa puerta en varios momentos de su vida, precisamente en las situaciones en las que necesitaba una salida, una liberación. Este triángulo, compuesto como hemos visto de vértices muchas veces contrapuestos, para ella es luz.

Cielo es un intenso viaje por la vida de Anna, que te agarra la mano desde el principio para que no la sueltes hasta el final, su final. Un final sorprendente, vitalista y luminoso que ayuda a enmarcar ese triángulo en el que nos movemos constantemente con un círculo perfecto, que representa la eternidad. La eternidad de Cielo.

Amparo Baca Páez, periodista.

Capítulo 1. Előtt

La vida ante tus ojos…

El día lucía radiante. Un baño de luz empapaba la ciudad hasta hacer desaparecer la tristeza de sus habitantes. Un día más entre tantos otros. Un día en el que era difícil dejarse llevar por las preocupaciones del momento ante tanta claridad. Preocupaciones ingrávidas, agazapadas, mudas, como simples fotos veladas.

El cielo de España es distinto al de Hungría, y esa era una de las razones por las que no volvía. En los inviernos de mi infancia salíamos al patio del colegio, cual reptiles desesperados, cada vez que aparecía un rayo de sol para nutrirnos de vitamina D. Las maestras lo adoptaron como práctica habitual y a mí me encantaba aquel gesto. En contadas ocasiones se asomaba el sol entre las nubes. Siempre custodiado por el frío y el agua. Siempre tímido.

La primera vez que vi el cielo de España bajaba del avión que me llevó hasta mi segundo hogar. Pensé que se trataba de un espejismo temporal, que se desintegraría en cuestión de segundos frente a mis ojos. Me quedé en blanco, con la boca abierta y la mirada ausente durante un buen rato. No daba crédito a lo que veía. La vista se me perdió en un firmamento tan limpio y claro que parecía no terminar. Me resultó inquietante, novedoso, insólito, aunque es fácil acostumbrarse a vivir en azul.

Algunos sábados, cuando las guardias me lo permitían, salía a comprar pan, pescado fresco y lo que se terciara. Los húngaros comen carne con carne, y de postre, también carne. Al no haber mar a la vista no hay mucha costumbre de comer pescado, pero al

tenerlo al alcance de mi mano me enamoré de su sabor. Me resultaba más fácil de digerir que la carne, y el gusto a mar conquistó mi paladar de inmediato. Del Danubio y del lago Balatón me consta que salen peces, pero no solían llegar a la mesa de cualquier familia, al menos, a la de mi casa, no.

En la plaza de abastos de mi barrio había una pescadería muy visitada, y aunque tenía que levantarme temprano para poder elegir género, me compensaba el esfuerzo. El estrés de la semana no me permitía salir de la rutina y, a veces, me gustaba comer algo especial, algo que no se pudiera comprar en un supermercado al uso y que no estuviera envuelto en un plástico. Algo terrenal o con aspecto de haber vivido.

En la calle la gente suele ir a lo suyo, y si alguien te para, es para colmarte de empalagosos cumplidos. Rara es la vez que se inicia una conversación con sustento. Nos limitamos a lanzar preguntas con respuestas cerradas, a esquivar las miradas, a escondernos detrás de gafas de sol, a fingir que tenemos prisa. Aunque los saludos suelen ser afables, están envueltos en un halo de compromiso que nos permite salir del paso para seguir nuestro camino. En general, nos comportamos así, y aquel día —elegido al azar— me encontré con Lucía en la cola de la pescadería, una conocida que no respondía a un perfil común. Se encontraba dos turnos por delante del mío y por más que recé para que no me viera, ocurrió. Al echar la vista atrás me localizó enseguida y, sin pensarlo mucho, cedió su turno para saludarme.

—Chica, no hay quien te vea, ¿dónde te metes?

—Donde siempre —esgrimí en una sonrisa que parecía cualquier cosa menos amigable mientras buscaba mi objetivo con la mirada.

—¿Sueles venir a esta pescadería? Me han hablado muy bien de ella.

—De vez en cuando —respondí de nuevo pensando que a partir de ese momento tenía que cambiar mis hábitos.

—Pues tiene mucha fama en el barrio.

—No tenía ni idea —mentí.

—¿Te has enterado de lo de Marta?

Marta era una amiga en común.

—Se ha separado.

—¿En serio? —respondí incrédula.

—Sí, hija. Si los cuarenta son disruptivos, los cincuenta hacen estragos.

—Si es bien para ella, me alegro.

—Qué va a ser bien para ella, si es el marido el que la ha dejado.

—Entonces es bien para ella.

—Con lo bien que vivía...

—No viviría tan bien cuando se han separado.

—Bueno, qué más da, el caso es que está destrozada.

—Será cuestión de tiempo, ya verás.

—Hija, a todo le encuentras una salida.

—No son salidas, piénsalo. Si su marido no la quería es lo mejor que le puede ocurrir.

—Viéndolo así, puede que tengas razón.

—Ha llegado tu turno —le indiqué sintiendo el más profundo de los alivios.

Lucía era una compañera de las clases de yoga a las que iba, una que me obligó a cambiar de día por no permitirme alcanzar el fundamento básico de la práctica: la unión del ser individual con el cosmos. Su presencia me conectaba con el momento presente en exceso. El día que me tocaba a su lado me contaba su vida antes de empezar para seguir al acabar. No he conocido a nadie más ruidoso, aunque en el fondo, no creo que fuera mala persona. Sencillamente se le oía demasiado. Y no contenta con la brasa que me dio, continuó hablándome mientras pedía mi pescado. Todo el mundo estaba en silencio menos ella. El pescadero me miraba de forma compasiva. De buena gana le habría cambiado el puesto. Despellejar

chipirones, cortar cabezas de rape o destripar cabrachos resultaba más interesante que escuchar sus tonterías. Cualquier movimiento automático sin mayor implicación que la de no equivocarse era mejor que aguantar a un papagayo. Aquel hombre me despachó diligentemente un par de lenguados, los mejillones de siempre para hacerlos al vapor y un puñado de camarones. «No puedo entretenerme más», le dije a Lucía sin más adornos, para dar media vuelta y seguir con mi vida.

Los sábados por la mañana siempre fueron uno de los mejores momentos de la semana. Me gustaba pasearme por el barrio y, en concreto, por la plaza de abastos. El factor sorpresa en la organización de los puestos despertaba mi entusiasmo. La forma en la que se ordenan los productos, el colorido y la turgencia de las piezas que se exponen, la frescura, la variedad de alimentos, el olor a mar, a campo y a comercio. Detalles que te conectan con la simpleza de la vida.

Siempre me han sorprendido los tenderos de las plazas de abastos. Suelen tener una picardía entrenada. Un buen tendero no espera a que le pidas, te vende lo que tiene en mente. Tienen la habilidad de darle salida a los productos más perecederos sin que te percates. La seguridad que transmiten a la hora de recomendarte algo deshace tus planes de inmediato. No importa lo que tienes previsto, ellos te hacen la compra. Cuando confías en alguno piensas que se preocupan por ti, por tu bolsillo, por tu nevera..., pero mi abuelo siempre me decía cuando era pequeña que nunca me fiara, que me dejara llevar por mi propio instinto y necesidades. Siempre he creído ser una persona segura de mí misma, pero al carecer de las tablas que poseen las amas de casa que acuden a hacer sus compras a diario, salía cargando con algo no pensado.

Mi pasión por los mercados de abastos arrastraba del pasado. De pequeña solía visitar el mercado central de Budapest con mi abuelo, una de las pocas cosas agradables que me retrotraen a mi pasado.

Aquello era un verdadero paraíso gastronómico y los días más transitados también eran los sábados. Ese mercado fue construido a finales del siglo XIX para almacenar comida. Durante esa época, la población sufría serios problemas sanitarios y era la mejor forma de mantener el estado de conservación de los alimentos. La estructura del edificio quedó gravemente dañada debido a los estragos de la Segunda Guerra Mundial y esa decadencia provocó su cierre en el año 1991. Arrasaron con todo lo que era racialmente inferior a ojos del Tercer Reich, y dentro de ese todo, se encontraba mi mercado favorito. Tres años después lo restauraron para volver a darle vida. Ahora tiene un aura de sacralidad que le da identidad a la ciudad. Representa continuidad y memoria. Solo tiene que llegar otra guerra y destruirlo de nuevo.

Mi abuelo conocía el mercado a la perfección. No había puesto que no tuviera localizado. Sus preferidos eran la frutería de Edina (nunca supe si por el tamaño de sus calabacines o por el de sus pechos); la de Éliás, por sus rábanos; la charcutería de su primo Demeter, porque siempre nos contaba algún que otro cotilleo familiar; la tienda de especias de Ilonka, por la variedad que ofrecía y la carnicería de Mariska y Fülöp.

Fülöp era sordomudo y su mujer era la que manejaba el negocio. Todavía recuerdo la destreza que tenía con el cuchillo. Te descuartizaba un pollo con el mismo tacto con el que bañas a un bebé. El ritual era siempre el mismo: afilaba el cuchillo, colocaba el cadáver del animal encima del frío mármol y lo acariciaba para ir fragmentando su cuerpo de forma metódica. No sabías si lo que tenía en la mano era un cuchillo o el arco de un violín. Me quedaba embobada mirando aquel juego de manos. Después de repasar cada una de las calles del recinto nos parábamos en la tasquita de Juliano para que mi abuelo se bebiera su copita de palinka. Siempre me pedía un *lángos* para compartirlo con él, la mejor masa frita rellena de queso que jamás he probado.

Mi abuelo siempre me hacía poner las botas de agua para, al salir del mercado, bajar hacia la margen del río Duna —(Danubio para los extranjeros)—con la iniciativa de coger alguna que otra rana. Ranas que nunca cogíamos. Ranas que nunca llegué a ver. Una iniciativa que nunca llegó a convertirse en realidad. Me montaba en su moto y, antes de volver a casa, hacíamos una parada. Siempre en el mismo lugar. Siempre envueltos en el mismo misterio. Al llegar al sitio elegido, aparcaba la moto, me abrochaba bien el abrigo y me cogía de la mano para bajar por un sendero fangoso y asalvajado que desembocaba en la orilla del Duna. «Este lugar debe ser especial para él porque nunca cambiamos», pensaba para mis adentros. El olor a humedad me transformaba los pulmones en branquias, pasaba algo similar a lo que ocurre cuando bebes agua después de masticar un chicle de menta. El aire llegaba hasta al último de mis alvéolos. La mayoría de las veces sucedía algo que me tenía intrigada: mi abuelo se daba un baño. No le importaba el frío que hiciera, tampoco la suciedad del agua. Permanecía un rato mirando a la nada, se quitaba la ropa, me pedía permiso con la mirada y se zambullía en silencio. Era como si quisiera conectar con algo. Al principio sufría al verlo, tenía miedo de que se lo llevara la corriente, pero cuando veía que sus brazos se movían de forma acompasada se me acomodaba el alma y el río se aquietaba. El zigzag de las pequeñas olas de río permitía que se proyectara la luz del sol en sus curvas y ese efecto reflejaba sombras en la superficie. Los insectos que se veían a contraluz revoloteaban alrededor de su cuerpo y el silencio de la naturaleza en combinación con el chapotear del agua transmitían equilibrio, a pesar del misterio en el que nos veíamos envueltos. En ocasiones me visualizo en aquel lugar, de pie, en medio de un ritual difícil de entender, escuchando el chasquido del agua, envuelta en una perezosa bruma que me agudizaba la mente y bajo un cielo desde el que no cabía esperar

nada. «No le cuentes a nadie lo que hemos hecho», me decía siempre al llegar a casa.

Años más tarde descubrí que en tiempos de la Segunda Guerra Mundial mataron a muchos judíos en Hungría, lo que explica que la Gran Sinagoga de Budapest sea la mayor de Europa y la segunda más grande del mundo. La familia de mi abuelo fue una de las familias judías que se mantuvo en Hungría hasta el último momento. Primero se deshicieron de cuatrocientos mil judíos húngaros de las provincias y alrededores de Budapest enviándolos a Auschwitz, donde más de la mitad fueron gaseados en cuanto entraron en el campo. Los judíos restantes fueron trasladados a un gueto, y al poco tiempo, las autoridades ordenaron que se mudaran a unos edificios llamados «Casas de la Estrella de David», distribuidos por toda la ciudad. En el año 1944 reunieron a más de setenta mil personas, entre ellos hombres, mujeres y niños, en la fábrica de ladrillos de Ujlaki, en Óbuda, y allí les obligaron a caminar hasta los campos de Austria. Los pocos que sobrevivieron a la marcha de aquella muerte invernal llegaron dos meses después. A la mayoría de ellos los mandaron a Dachau —sur de Alemania—, a otros tantos, a Mauthausen —norte de Austria— y el grupo restante, quizá con más suerte, permaneció en Viena para la fortificación de la ciudad. A los judíos que quedaron en Budapest los encerraron en un gueto. Entre diciembre de 1944 y finales de enero de 1945, la Cruz Flechada cogió a veinte mil judíos de ese gueto para fusilarlos a lo largo de las orillas del Danubio. En ese gueto se encontraba la familia de mi abuelo, quien contempló la matanza agazapado entre las plantas. Tuvo la habilidad de escaparse. Con solo doce años vio su familia desvestirse, descalzarse y morir a quemarropa. Todos los cuerpos cayeron al agua para no tener que ser enterrados.

Capítulo 2. Nak, Nek

Y la vida venció a la muerte…

Las preposiciones son resortes que sirven para enlazar dos palabras u oraciones y expresar la relación entre ellas. Nunca aparecen de forma aislada, siempre preceden a un sintagma nominal para convertirlo en preposicional, como el ser humano entre la vida y la muerte.

En Hungría se hace todo al revés, o quizá sean los demás los que se empeñan en darle la vuelta a las cosas. Nadie lo puede saber. Los apellidos preceden al nombre, las fechas empiezan por el año, las preposiciones se hacen llamar posposiciones al ir detrás de los sustantivos, una conversión que puede que tenga relación con el rastro que dejaron los turcos, los romanos o los germánicos que habitaron nuestras calles en tiempos pasados.

No me gusta la letra ö porque me recuerda a la ocupación otomana. Los turcos fueron unos verdaderos bárbaros, según cuenta la leyenda. Primero te cortaban la cabeza y después te preguntaban. Quiero pensar que en esos tiempos la gente era distinta. Había guerras por todos lados. Los soldados no conversaban, solo ejecutaban. Las relaciones de poder se basaban en el vínculo de fuerza establecido en la batalla, aunque las cosas no han cambiado tanto. Los sistemas políticos siguen siendo el producto de guerras pretéritas y amenazas venideras. La proeza de la humanidad sigue y seguirá forjándose a sangre y a fuego, tal y como me decía siempre mi abuelo.

Mi madre solía tararear una canción popular que se le cantaba a los niños, aunque no se le escapaban los detalles que evidenciaban que la vida había cambiado a su alrededor, no todo lo deseado, pero había cambiado. Esa canción hablaba de un insecto al que se le pide que se vaya volando para librarse de los turcos. «Bárbaros que te tiran a un pozo y que te ponen la cabeza debajo de las ruedas para volarte los sesos», dice la canción. Las canciones de la infancia húngara de antaño encierran mensajes bien claros, sin rodeos. Los húngaros llevamos más de tres siglos cantando melodías similares a esas. El pueblo turco dejó muchas huellas en mi tierra y, entre ellas, la dichosa letra ö.

El uso de las palabras en España es anárquico, sin embargo, en Hungría es riguroso, a pesar de que las tonalidades y los sonidos son bastante más complejos. Cuando decidí marcharme de Hungría lo hice con la idea de no someterme a nada. Estaba abierta a ver semejanzas donde los demás ven diferencias, a probar, a equivocarme, a sentir la fuerza indómita que solo se siente en la ingenua y crédula juventud. La rigidez a la que estaba acostumbrada me empujaba a tomar mis propias decisiones, a elegir entre preposicionar o posposicionar, a actuar sin ataduras ni juicios de por medio. De ahí mi tendencia a crear mi propio idioma interno. Un dialecto a caballo entre el húngaro y el español.

Y de nuevo salíamos de un espacio complicado para meternos en otro aún peor. Del Hospital a la «mento», que significa ambulancia en húngaro sin la doble tilde de rigor. Apodo que yo misma inventé.

Gabriel salía enfadado, como de costumbre. Le tenía aprecio, a pesar de no merecerlo del todo. Cuando me tocaba compartir turno con él no segregaba más bilis de la cuenta, algo que, sin embargo, sí experimentaba cuando tenía que compartir jornada laboral con otras personas. Era tosco en las formas, aunque no se percibía maldad en sus intenciones.

Para ejercer la medicina hay que ser médico y Gabriel fingía no serlo. Da igual si trabajas en un hospital, en un centro de salud o en una ambulancia. No importa si tu expediente académico es brillante, si perteneces a un centro público o privado, o la especialidad que hayas elegido. Tienes que llevarlo escrito, firmado y sellado en tu partida de nacimiento. Los sanitarios de servicios de emergencias experimentan más problemas de salud que otros profesionales del ámbito sanitario y Gabriel era uno de los sujetos de la muestra que corroboraba esa máxima de literatura biomédica. Se montaba cada día en una flota hundida en el fondo del mar que lo recogía para esclavizarlo. No vivía su profesión con la pasión desmedida de un alpinista, un fotógrafo o un actor novel. La sobrellevaba, simplemente.

La labor sanitaria está orientada a cuidar la salud del paciente, a mantener su calidad de vida y a algo de lo que algunos se olvidan: debemos acompañar al enfermo en su tránsito final con voluntad de servicio, y no hablo de un «servir» cualquiera, sino del «servir alegre» del que hablaba el filósofo y escritor indio Rabindranath Tagore. El acto de servir a los demás desde el más puro de los sentimientos. Los pacientes tienen la capacidad de despertar al filósofo que todos llevamos dentro, de eso no me cabe duda, solo hay que dejar de identificarlos con un simple conjunto de órganos o sistemas que a veces fallan para reconocerlos como semejantes que sufren. El alcance de esta profesión va mucho más allá de la curación. La fusión entre la sensibilidad humana y el conocimiento científico nos permite paliar el dolor físico y emocional de nuestros pacientes con una fuerza tal que, a veces, lo conseguimos con nuestra simple presencia. Curar con actitud, con escucha, utilizando el tacto, la autenticidad, el entusiasmo. Estrategias con un alto poder de persuasión clínica. Los fármacos del alma. Solo un ser humano puede ser un buen sanitario, no basta con «ser», a secas. Necesitamos estar dotados de un humanismo que nos abastezca de

virtudes y valores esenciales para realizar nuestro trabajo, algo que simplifica la misión a la que nos hemos comprometido y que solo habita con la naturalidad más pura en muy pocas personas. A veces pienso que deberíamos pasar una evaluación de mínimos cada cierto tiempo para revisar nuestro equilibrio emocional y el nivel de compromiso al que hago referencia. El trabajo al que nos dedicamos y nuestra vida personal no deberían funcionar como esferas separadas, están relacionadas entre sí, y nuestra adaptación al medio depende del equilibrio que hay entre ambas.

Hay diferentes tipos de ambulancias y llevaba un tiempo trabajando en las de soporte vital medicalizadas, vulgarmente conocidas como Uvis móviles, las «mentos» más expuestas a las pérdidas. Convivir con el sufrimiento a diario puede generar estrés emocional. Ese quebranto puede tener implicaciones directas sobre nuestra vida profesional y personal, y en Gabriel estaba haciendo mella. Un ser desprovisto de estrategias de afrontamiento tras vivir una situación traumática. Un ser a veces ajeno a la responsabilidad que tenía entre sus manos.

Nunca fui de mucho hablar y, para compensar, escribía. A veces me entretenía en el absurdo juego de encontrar similitudes entre las personas y los animales. Yo misma me identifico con los búhos. Seres observadores, analíticos, más tímidos de la cuenta, intuitivos, misteriosos y libres. En el orden encuentro la armonía y mi tendencia a vivir sin la constante necesidad de poseer algo nuevo me convierte en una aburrida ahorradora. En mi país aprendí a vivir con pocos recursos y ese apostolado forjó mi sentido de la practicidad, me ayudó a apartarme de las necesidades inútiles, a sublimar. Siempre fui una persona independiente. Intentaba resolver mis problemas sin ayuda de nadie. Nunca me gustó pedir limosna para respirar. Antepuse la calidad a la cantidad. También fui de pocos amigos, pero cuando me entregaba a alguien, confiaba.

—¿Vas a lo de mañana? —me preguntó Gabriel una vez sentado en la «mento» de camino a una parada cardiorrespiratoria.

—¿Qué es lo de mañana?

—La fiesta de Jubilación de «la Ro».

—No creo que vaya.

—Pero ¿le has dicho algo? Ten en cuenta que han reservado en un restaurante y todo.

—Le he dicho que no sé si podré ir.

—Tú siempre tan inconclusa.

—No quiero comprometerme antes de tiempo.

—Anda, vente, que también va Jorge.

—Y a mí qué… —esputé.

—«Y a mí qué»… —respondió con retintín—. Chica, diviértete un poco. Todo no va a ser trabajar.

—Hago más cosas.

—Claro, claro… Pues yo me niego a dejarme atrapar por esto. Están convirtiendo a los sanos en preenfermos con tanta campaña de prevención. Las personas se comportan como individuos enfermos, ¿no te has fijado?

—Gabriel, hay gente que está enferma. Te recuerdo que también atendemos a gente con patologías.

—Se gastan más pasta en mantener sano al sano que en curar al enfermo, y al final, de tanto insistir, no hacen más que meter miedo. Que inviertan más en sanidad y que se dejen de tanta pantomima —argumentó sin escucharme.

—A mí no me parece mal que nos cuidemos.

—Que sí, pero que al final somos nosotros los que tenemos que arreglar las cosas. Nos ponemos el mono de trabajo y al tajo. Cada vez hay más recortes sanitarios. No sé a dónde van a llegar.

—No protestes tanto, que te van a salir arrugas.

—A ti sí que te van a salir arrugas antes de tiempo con tanta reclusión —bufó—. Voy a seguir insistiéndote para que vengas, que

lo sepas.

Gabriel se empeñaba en pasar de puntillas por un escenario en el que te tienes que sumergir a fondo. Los pacientes que se enfrentan a situaciones límite no necesitan tecnócratas, quieren ser atendidos por personas que sean capaces de salvarles la vida y secarles las lágrimas a partes iguales. Necesitan recibir esperanza, serenidad y templanza. No entienden de recortes, de presupuestos o de chanchullos políticos. Les da igual dónde vives, lo que comiste ayer o si sufres de insomnio. No quieren saber de tus miserias ni que les salpiques con tus problemas. No se conforman con un sí o un no como respuesta. Anhelan un voto de confianza, una mirada compasiva, una sonrisa placebo.

Mi compañero Gabriel se refugiaba en un mundo que prometía algo distinto, en un discurso monotemático contra las autoridades sanitarias y su forma de gestionar los recursos. Tenía razón en muchas de sus protestas, pero esa interminable lucha lo alejaba del quehacer diario, y por encima de todo, nos debemos a nuestra vocación, algo de lo que a veces se olvidaba. Tengo que reconocer que en alguna ocasión también me he cansado de dar, de vivir mi profesión con la intensidad que requiere. Siempre supe que era mi obligación y me satisfacía llevarla a cabo, pero, a veces, también me agotaba el sufrimiento ajeno.

Cuando salíamos a retrasar la muerte de alguien sentía conectar de inmediato con mi papel de intermediaria. Pasaba de ejercer de preposición entre la vida y la muerte a posicionarme detrás de ellas. No me amilanaba ante las adversidades, todo lo contrario, me crecía ante ellas.

Capítulo 3. Alatt

Bajo el sol...

Cuando entraba en casa lo primero que solía hacer era buscar la luz del dormitorio de mi hijo Nándor. Esa luz hacía las veces de guía en el recorrido del salón a mi habitación. Nándor acostumbraba a no abrir la ventana y, para salir de la penumbra, encendía la luz. Reclamaba intimidad, aunque siempre dejaba la puerta semicerrada. Este hijo mío era un adolescente sublevado. Se amotinaba en su dormitorio en señal de protesta y no utilizaba la palabra para discutir.

Me fascinaba su dormitorio. En la pared había colgado un panel de corcho inmenso en el que pinchaba recuerdos de todo tipo, desde su primera entrada de cine, hasta la última cita pediátrica. Decenas de chinchetas de colores sosteniendo su vida. Su despertador seguía siendo el artefacto de la guerra de las galaxias que le regalé en su décimo cumpleaños. En su cabecero reposaba el retrato de John Lennon pintado por su padre; en su zapatero, su colección de Converse de todos los colores y formas; y en la estantería, multitud de libros y juegos de mesa. Un lugar acogedor por mucho que se empeñara en hacernos creer que no era más que una oscura cueva.

—Mi hermano siempre igual —se le escuchaba a lo lejos.

—¿Qué te ha hecho esta vez? —pregunté aparentando preocupación mientras me cambiaba de ropa.

—Ha quedado con papá sin avisar —respondió desde donde estaba.

—Sabes que tienes libertad para llamarlo cuando quieras.

—Sabes que no me gusta estar a solas con él.

—Sabes que tienes que aprender a sobrellevarlo.

—Sabes que no es fácil de sobrellevar.

—Lo sé, hijo, lo sé —claudiqué.

Mi exmarido ha sido el ser más petulante que he conocido. Siempre tuvo la mala costumbre de menospreciar a los demás para salirse con la suya. Al principio me impactó la seguridad y el desparpajo que transmitía con sus formas. Nunca me convenció del todo, pero me casé con él porque me encontraba indefensa, agotada. Me sentía tan sola, que me dejé abrigar en su regazo. Por suerte o por desgracia, alguien pensaba por mí, justo lo que necesitaba en ese momento de mi vida. Por un lado, deseaba estar sola, aislarme, ensimismarse en mis pensamientos, encerrarme en mis dudas más sinceras y profundas. Pero, por alguna razón desconocida, requería la compañía de otros seres humanos. No conviene que le cedas las riendas de tu vida a otra persona. Todo tiene un precio y yo me acomodé demasiado.

A las dos semanas de pisar Madrid por primera vez cogí un avión hacia Menorca para trabajar como interna en la casa de la señora Adelaida, una mujer de setenta y ocho años que sufría un síndrome llamado Charcot-Marie-Tooth. Los músculos de los pies y las piernas se le habían encogido tanto que apenas podía andar. La atrofia de las manos fue avanzando a pasos agigantados, y esa era la razón por la que sus hijos decidieron contratar a alguien para que fuera sus pies y sus manos. Y ya en Menorca cogí un taxi para ir a la costa. Era una visita obligada. A pesar de tener veintiún años, no había visto nunca el mar, y aunque lo había disfrutado a través de un sinfín de canales virtuales, necesitaba olerlo, tocarlo, sentirlo. Cuando mi amiga Jani me habló de ese trabajo, no pude alegrarme más. «Vivir junto al mar», no se me ocurría un plan más perfecto.

Un autobús me dejó cerca de cala Rafalet, pero para llegar a ella se necesitaba un coche y eso me obligó a hacer autostop. Estuve casi dos horas con la mano levantada hasta que, de repente, un Volkswagen Escarabajo rojo descapotable paró en seco. Era la primera vez que me subía en el coche de un desconocido, aunque al verle la cara al conductor me tranquilicé de inmediato.

—¿Qué hace en la carretera una chica tan joven y guapa? ¿No sabes que es peligroso? —dijo el dueño de aquel trasto.

—Me llamo Anna. Voy hacia la cala Rafalet —le contesté en un español recién estrenado en tierra española.

—Anda, sube. Has tenido suerte. Vivo al lado. Te acerco.

—No eres peligroso, ¿por eso tengo suerte?

—Por eso tienes suerte.

Bernat Ferrer era un hombre valiente y luchador, tal y como su nombre indicaba, aunque su lucha era pacífica. Pertenecía a una ilustre familia del panorama catalán. Una familia empresarial que heredó una fortuna al ser una de las grandes beneficiadas tras la victoria del ejército fascista en la última gran tabula rasa de la economía española.

—¿Qué te trae por Menorca? Porque es evidente que no eres de aquí —gritó al aire para que pudiera entenderlo.

—Soy de Hungría y vengo a trabajar —respondí también con voz alzada.

Llevaba dos años estudiando español de día y de noche para perfeccionarlo. Una amiga húngara vivía en Madrid desde hacía unos años y me propuse fijar un nuevo destino al terminar la selectividad. España cubría mis necesidades en todos los sentidos.

—El sol es un gran imán, lo entiendo.

—Me gusta el sol —apuntillé.

—¿A quién no? ¿Y cuál es el trabajo que vienes a realizar?

—El de interna en una casa. Voy a cuidar de una señora mayor.

—Entiendo.

—También quiero estudiar, pero aún no sé muy bien «cuál».

—Hablas muy bien español.

—¿Cómo? —pregunté al no enterarme bien de lo que decía.

Bernat solía conducir a una velocidad de espanto y el viento en contra nos azotaba bien fuerte.

—¡Que te defiendes bien con el idioma!

—¡Gracias!

Mi idea no era la de ser una inmigrante de por vida. Tenía el objetivo de nacionalizarme en España. Estuve meses organizando mi huida. Cuando cogía papel y boli para anotar los motivos de mi marcha, solía quedarme en blanco. Lo tenía tan claro, que no necesitaba hacer aquel estúpido ejercicio. Sabía perfectamente lo que quería: huir de todo lo que me rodeaba. Me resultaba fácil salir de la zona de confort que nos suele atrapar en esos casos porque mi entorno me hacía sentir incómoda, insegura, desprotegida. Soñaba con empezar una nueva vida en un nuevo lugar, tener nuevas expectativas. Me puse un plazo, me empapé a fondo de la cultura, tradiciones y costumbres españolas y me mentalicé para estar abierta a todas las posibilidades.

El coche de Bernat sonaba fatal, no sabía si por la falta de cuidado o por los años de antigüedad que podía acumular. El salpicadero estaba sucio y deteriorado. Había latas de Coca-Cola por todos lados, papeles, restos de comida, hasta un zapato sin pareja pude llegar a ver. A mí siempre me ha gustado el orden y ese caos me turbó. Su aspecto también era descuidado. Tenía el pelo más largo de la cuenta y despeinado, la piel dorada por el sol, una barba a medio afeitar y unos ojos azules que rectificaban todo el caos que había a su alrededor, eso sí, llevaba una camisa blanca de lino muy bien planchada, detalle que no me cuadraba. Me sorprendió la facilidad con la que hablaba de sí mismo. El nivel de transparencia que aparentaba en su discurso indicaba que no se daba la

oportunidad de reservar ni un simple secreto. Aquel ser se exponía con una ligereza absolutamente desconocida para mí.

Mi abuela fue inmigrante española y, aunque la base del idioma no me fallaba, me dediqué a perfeccionar mi español durante dos años. Veía películas en español, leía libros en español, soñaba en español. Intenté no conformarme con ampliar vocabulario o mejorar la gramática a través de libros de texto y, para avanzar de una forma rápida, busqué recursos más eficientes. Un compañero de clase también hablaba español como lengua materna y, aunque mi madre me había hablado muy a menudo en español, me venía bien practicar y a él le venía bien mi compañía. Era un chico tímido y no se relacionaba apenas con nadie. Pasábamos las horas hablando de política, ecología o series de televisión. Cualquier tema me venía bien con tal de soltarme del todo.

—Hemos llegado —dijo Bernat apagando el motor—. Vivo aquí al lado. Si quieres tomar algo y refrescarte antes de seguir tu camino…

—¿Seguro que no eres peligroso?

—Seguro.

—Pues… no sé muy bien…

—Venga, no tengas miedo. Soy un buen chico y esta isla es muy tranquila. No suele haber noticias truculentas en el apartado de sucesos de la prensa.

Necesitaba ir al baño, beber agua y cambiarme de ropa. Iba cargada con una maleta escasa de equipaje y una mochila con lo más básico. Quería empezar de cero en todos los aspectos, trabajo nuevo, amigos nuevos, enseres nuevos, planes nuevos. No tenía intención de olvidarme de Hungría. Tenía pensado volver algún día, pero necesitaba forjar una nueva identidad, optar por un futuro que no tuviera relación con la práctica de tapizar sillones viejos, que es a lo que se dedicaba mi padre. Llevaba horas sin asearme y no podía dejar que aquel ofrecimiento se me escurriera entre los dedos como el agua.

—Es difícil renunciar a tu plan.

—Claro, mujer, déjate llevar y date un baño en mi piscina que uno no puede aterrizar en un país nuevo sin despojarse de lo que trae a cuestas.

La hospitalidad de Bernat no me resultaba familiar. No estaba acostumbrada a que alguien me lo pusiera todo tan fácil y, encima, sin conocerme de nada. En mi país la gente es más cerrada. El concepto que tengo de los húngaros es que lo ven todo de color gris. Cuando algo se complica, solo puede salir mal, no existe la opción de ganar. Imagino que tendrá relación con nuestra historia y con la escasez de buenas noticias. Las generaciones anteriores han estado sometidas a la invasión, al exterminio, a la destrucción. Hasta la letra de nuestro himno es para echarse a llorar. Todo en mi país está envuelto en un halo de tristeza, en un crujido, en un lamento, al menos esa es mi percepción. El miedo está instalado en nuestro código genético y ese peso nos impide flotar sobre la vida sin preocupaciones. Estamos programados para pensar en el pasado y en el futuro, y esa mala costumbre afecta a nuestra forma de afrontar el presente. Nuestra historia se nutre de una sucesión de conquistas despiadadas, desplazamiento y sumisión, del genocidio de los sometidos, y a diferencia de mis compatriotas, Bernat confiaba en sí mismo. Era un ser inteligente sin hacer alarde de sus dotes —lo que en mi país llamamos un «Okos de nem okoskodó».

Estaba cansada. Llevaba muchas horas sin dormir y la modorra acumulada adormecía también mis reflejos. La rigidez que me caracteriza a la hora de tomar decisiones se fue acomodando al estar sometida al cansancio. El sol, el aire, la calidez de Bernat…, elementos difíciles de esquivar para alguien que desea ver la luz. Una chica extranjera dispuesta a hacerle caso omiso al devenir de las rutinas.

Bernat cogió mis cosas y echó a andar sin darme la oportunidad de elegir. Me quedé varada junto al coche y mi maleta se alejaba cada

vez más de mí. Una voz interna me decía que siguiera adelante, otra, que no me saliera de la ruta prevista, pero lo cierto era que había decidido dejarme llevar y eso no podía olvidarlo.

—¿Te vas a quedar ahí mirando? Anda, ¡espabila!, que no me como a nadie —vociferó con soltura.

—Va —dije a media voz.

Bernat había aparcado el coche en medio de un bosque lleno de árboles que igual podían ser pinos que encinas. El cantar de los pájaros en combinación con el resto de animales —que no se veían, pero se oían— se fusionaba con la luz, con el aroma a naturaleza, con la tierra. Me encontraba en medio de un hábitat nuevo para mí. Al seguir los pasos de mi maleta me entregué a la aventura a la que aquel ser desmelenado me incitó a vivir. Se detuvo para abrir una cancela que chirriaba al introducir una llave para, seguidamente, quejarse de la cerradura. Un problema que parecía antiguo.

La casa estaba dentro de una urbanización, pegada a otra casa de las mismas características. Ambas estaban un poco apartadas de las demás, algo más aisladas de la cuenta. La primera vez que vi aquella casa me impresionó.

—La pared es de piedra de marés. El salitre devora a mordiscos las fachadas y no quise que mi casa se desvaneciera ante la herrumbre de los años —aclaró Bernat al verme acariciando la fachada.

—Es muy bonita.

—La construcción en marés está a punto de pasar a la historia. Una pena. Nos guste o no, las canteras también se agotan. El declive de esta materia prima avanza debido al boom del urbanismo turístico aquí, en España. Nada es más importante que las grandes edificaciones y las prisas por acabar.

—Una pena.

—Por ahí yacen los restos de algunas «minas». Ahora forman parte de un fascinante paisaje, en muchos casos abandonado y hasta desconocido —explicó con cara de resignación—. La semana que

viene quiero encalar la casa. Las mujeres menorquinas encalaban las fachadas muy a menudo, porque la cal no solo enluce, ¿sabes?, también desinfecta. Lo llamaban «Fer Dissabte» a eso de encalar y limpiar la fachada de tu casa.

—¿Y qué significa?

—Significa «hacer sábado» de limpieza. Tiene que ver con el colectivo judío y sus prácticas religiosas. Una herencia judía, vaya.

—Interesante —dije pensativa mientras me daba un vuelco el corazón—. Si necesitas ayuda, cuenta conmigo.

—Te lo agradezco, pero si vas a trabajar de interna, dudo que tengas tiempo para vivir.

—Me han dicho que libro tres días a la semana.

—No está mal. En ese caso, no me vendrá mal la ayuda.

—¿Y qué vas hacer con esta planta? —pregunté señalando el lateral de la casa mientras dábamos un paseo de bienvenida alrededor de ella.

—Esa planta que ves es trepadora de hojas caducas. Tiene unas ventosas en las extremidades que le permiten trepar y adherirse a superficies lisas hasta llegar a cubrirlas por completo, tal y como puedes ver. No le hace daño a la pared, lleva años trepando, es más, le da sombra a ese lateral de la casa. Está muy expuesto al sol de la tarde. En otoño las hojas se tornan en un color rojizo muy bucólico. Me gusta mucho el efecto visual que transmite.

En la parte exterior de la casa había una piscina estrecha y alargada rodeada de una mullida manta de césped. Y antes de dirigirnos al interior, me llevó hasta el cenador que había en el fondo de la parcela, una estructura hecha de piedra en la que te podías resguardar a la sombra. Me llamó la atención la hamaca colgante que había atada de columna a columna y que hacía las veces de columpio. Un chisme que solo había visto en las películas.

—Puedes probarla —dijo mientras cogía una bolsa de carbón para volcarla encima de algo que parecía una barbacoa.

—No, gracias, otro día.

—Venga, mujer…, no lo dejes todo para otro día, que puede que ese día no llegue nunca.

—¿Qué haces? —pregunté extrañada.

—Habrá que comer algo, ¿no? —insinuó como si mi vida girara en torno a la suya.

—Una amiga me ha facilitado el teléfono de alguien que conoce para que duerma en su casa. Había quedado en llamar a esa persona.

—¿Alguien que conoce?

—Sí, así empiezan las aventuras, a través de alguien desconocido, ¿no? El lunes empiezo a trabajar. Iba a dormir allí mientras tanto.

—O sea, que no tienes prisa. Pues nada, llama a ese «alguien que conoce una amiga» y dile que ya estás ubicada. Estamos en igualdad de condiciones. Ambos somos desconocidos.

—Pero… me está esperando.

—Como quieras, pero tendrás que comer primero, además, ¿no querías visitar cala Rafalet?

—Sí.

—Pues vamos a comer, te llevo a la cala y después te acerco a donde me digas. Los fines de semana me dejo llevar por la vida. No me gusta programarlos. Por cierto, ¿prefieres bañarte en la piscina o darte una ducha?

—Ummm, prefiero una ducha, si no es problema.

—Para mí no es problema. Lo que te venga mejor.

El interior de la casa tenía una temperatura fresca. Había tan pocos muebles como elementos decorativos. Solo se veían libros.

—Soy muy desordenado, por eso prefiero no llenar la casa de muebles. Tengo justo lo que necesito. Como puedes ver, mi mesa de trabajo, un sofá, la mesa para comer y poco más.

Las paredes estaban pobladas de cientos de libros. Igual podías estar en una biblioteca que en una casa.

—Es impresionante… —exclamé.

—¿Te refieres a los libros? —sonrió—. Soy un fanático de la lectura. Es mi único vicio.

—A mí también me gusta leer, pero los libros son caros.

—Ya mismo cualquiera podrá tener un libro electrónico para acumular letras a un precio módico. A mí no me importa invertir en libros. Trabajo todo el día con pantallas, y para escapar de ellas, me refugio en la celulosa.

Bernat era un experto en Inteligencia Artificial. Una profesión de futuro. Las compañías multinacionales más poderosas pagaban sueldos estratosféricos a expertos en esa materia, entre ellos, a él.

—Como ves, tengo ordenadores por todos lados. Los tipos como yo colaboramos en la detección de emociones en los rostros humanos, componemos hits musicales, creamos recetas de cocina con los ingredientes que hay disponibles en la nevera, proponemos exitosas inversiones en bolsa o fortalecemos la defensa cibernética para prevenir, detectar o responder ante ataques o amenazas terroristas. Cosas que se verán normales en un futuro cercano.

—Pero ¿qué haces exactamente?

—Bueno, yo estudié ingeniería de Telecomunicaciones, y a partir de ahí, me formé en ese campo. He dado clases como profesor de Ciencia de la Computación e Inteligencia Artificial en la Universidad, pero ahora solo doy alguna que otra *masterclass* sobre lo que sé. Hay mucha demanda y poca oferta. Utilizamos algoritmos para resolver problemas, pero no me gusta resolver el clásico problema donde ya tienes un *dataset* ordenado, limpio, normalizado y organizado al que solo le tienes que poner por encima una línea de código. Me aburre que la máquina lo haga todo. Yo disfruto más metiéndome de lleno. Prefiero conocer el dominio al que me enfrento y traducir el dato por mí mismo.

—Ya —respondí con cara de no entender nada.

Había sido el típico estudiante aventajado. Siempre tres cursos por delante del suyo. Su coeficiente intelectual superaba con creces al de la media, pero ese era el menor de sus encantos.

Antes de subir a la planta de arriba nos dirigimos hacia la cocina, abrió la nevera y sacó una botella de cristal azul llena de agua, puso dos vasos encima de la encimera, los llenó, y me dio uno para que bebiera. Seguidamente abrió una bolsa de aceitunas y la volcó en un cuenco de porcelana. La cocina no era muy grande, pero estaba dotada de todo lujo de detalles. No había visto más electrodomésticos juntos en toda mi vida. La puerta de la cocina fue sustituida por un arco de medio punto en el techo que le daba mayor amplitud a la estancia y había una mesa alta de madera en el centro que invitaba a comer en ella. Hice un barrido con la mirada en busca del baño y él se percató enseguida.

—Ven, que te llevo hasta el baño para que te des una ducha y te pongas cómoda —me dijo mientras subía la escalera.

Su capacidad de reacción me tenía atolondrada. Ofrecía soluciones antes de que apareciera la necesidad, y lo hacía con tanta naturalidad, que no te sentías presionada. Al subir la escalera llegamos a una segunda planta, y sin hacer una parada de descanso, continuó subiendo peldaños hasta llegar a una tercera. Cuando la escalera llegó su fin, nos encontramos con una puerta de aluminio cerrada con llave que te permitía acceder a la azotea de la casa, y yo detrás de él, siguiendo sus pasos sin saber a qué me enfrentaba.

Cuando mis pies tocaron el suelo de aquella azotea, eché la vista al frente para dar paso a algo que nunca olvidaré. Algo que llevaba años esperando. Vi el mar por primera vez. Desde aquel lugar se veía tan de cerca, que podías casi palparlo. La respiración se me agitó, los borrones que traía en mi equipaje emocional se difuminaron sin esfuerzo y las lágrimas brotaron trazando surcos de alegría por mi cara. No había visto algo tan increíble en toda mi vida. Bernat se quedó en silencio. Noté que me observaba, pero no me

importó. A pesar de mi tendencia a no compartir mis emociones con nadie no me incomodaba su presencia. Al cabo de un rato, me preguntó si estaba bien y yo le miré avergonzada. Le expliqué que era mi primer contacto físico con el mar y reaccionó como si ya lo supiera. Asintió con un gesto complaciente. El azul marino que yacía frente a mí era tan intenso como el de sus ojos, y desde ese momento ambas tonalidades comenzaron a ser dos partes de un todo. Nunca he podido separar el mar de sus ojos.

Al entrar en la ducha cerré la puerta con intención de recuperar mi intimidad, y mientras me quitaba la ropa, me miré al espejo. Estaba horrible. Las ojeras me llegaban al suelo y mi color de piel rozaba la transparencia, tanto, que podías seguir la ruta de los cientos de capilares ramificados a un golpe de vista. Siempre me costó arreglarme. Me conformaba con llevar la ropa limpia y el pelo desenredado. No me importaba la imagen que daba, pero, de repente, me acordé de que mi amiga Nadina me regaló un set de maquillaje que no tenía pensado usar. Desde ese momento, empezó a importarme mi imagen. Había llegado la hora de estrenar ese regalo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Bernat al verme aparecer a lo lejos.

—Sí, gracias.

—Pues siéntate, que vamos a comer.

Estaba cocinando carne a la parrilla y había preparado una ensalada muy colorida.

—También tengo gazpacho en la nevera.

—No sé qué es *caspacho*.

—Gazpacho, con g.

—Perdón, no me suena esa palabra.

—Es la bebida de los dioses. Mi madre es andaluza de origen y en mi casa nunca ha faltado en la mesa, ni siquiera en invierno. Es una receta tradicional compuesta de tomates, pimientos, pepinos, ajo,

aceite, vinagre y sal. Yo le incorporo zanahoria como detalle especial. Un zumo de hortalizas muy energético que se suele tomar en verano acompañando a las comidas.

—Me has convencido. Me gustaría probarlo.

—Una decisión inteligente.

En ese momento se dirigió a la cocina para volver con una jarra de barro. Recuerdo que me supo a gloria aquel brebaje. Desde entonces no he dejado de tomarlo.

—Entonces, eres húngara —apuntó mientras doraba la carne.

—Sí.

—¿Y qué se te ha perdido en España?

—Necesito vivir experiencias nuevas. Quiero estudiar algo, pero todavía no sé muy bien qué.

—Te entiendo con eso de vivir nuevas experiencias. A mí me pasó algo parecido.

Bernat salió de Barcelona como huyendo del diablo. Su familia colaboró con el régimen franquista para sacar su empresa adelante. Uno de los conglomerados más conocidos en el mundo del vino catalán.

—Mi abuelo era considerado uno de los amigos más íntimos del Caudillo. De hecho, iba a menudo a visitarlo a la casa de verano de la playa de Gabet en Llançà. Un personaje siniestro. Un burgués dominado por el miedo y por un ansia económica sin límites.

—¿Régimen franquista?

—Las bases del régimen franquista fueron el nacionalismo español, el catolicismo, el fascismo y el anticomunismo y todos esos «ismos» sirvieron de apoyo a una que se autoproclamó como «», algo totalmente opuesto a la. El dictador que gobernaba en ese momento de la historia consideró que la lucha partidista era ineficaz para el progreso del Estado —aclaró enfurruñado mientras masticaba con energía.

—¿Y qué relación tiene todo eso con tu huida?

—No quise formar parte de ese clan. Mi padre mantiene el legado de sus antecesores y, con ello, el hábito dictatorial heredado. No me gusta que nadie me dirija, y menos aún, si no estoy de acuerdo con la idiosincrasia que defiende. Si las empresas de mi familia hubieran tenido que rendir cuentas por su colaboración con el régimen franquista no estarían tan bien vistas en la actualidad y, por supuesto, no habrían disfrutado de las subvenciones y adjudicaciones que han recibido durante la democracia. Me niego a formar parte de ese entramado.

—Siento las diferencias con tu familia.

—No me llevo mal con ellos, no te preocupes. Simplemente me he salido del circuito que tienen montado. Voy a visitarlos a menudo, a pesar de que mi padre me mire con recelo. No entiende mi profesión y me ha puesto la etiqueta de «el desertor». No acepta que me haya independizado, o lo que es lo mismo, no acepta que me haya escapado de sus redes.

—Me pasa lo mismo. Yo también he salido de un circuito parecido.

—¿También perteneces a un feudo?

—¿Feudo?

—Propiedad privada, dominio, protectorado…

—Disculpa, no tengo tanto vocabulario, pero creo que he entendido lo que dices —apuntillé—. Mi padre no tiene grandes posesiones. Es tapicero. Detrás de mi casa hay un cobertizo. Allí almacena muebles de todo tipo: sofás, sillas, sillones… Se dedica a remendar grietas, a pegar patas, a forrar lo que ya no vale. No sé cómo sigue teniendo clientes, porque nunca entrega a tiempo los encargos que le hacen. Hace bien su trabajo, pero…

No pude seguir hablando. Se hizo un silencio de espera.

—Intuyo que no has tenido una vida fácil.

—No —respondí en un hilo fino de voz.

—¿Quieres más gazpacho?

—Vale —añadí saliendo de la congoja en la que me había precipitado a caer.

Bernat no se atrevió a hurgar en mis heridas más de la cuenta. Con el tiempo descubrí que no soportaba el dolor en grandes dosis. Aparentaba la fortaleza que transmiten los sueños como metas que te impulsan a llegar a ser algo sin lograr siempre su cometido. Aparecía y desaparecía en las conversaciones por momentos, como flor que se esconde bajo sus pétalos al llegar el ocaso. Aparentaba ser fuerte, pero en el fondo era frágil de sentimientos.

—¿Y tu madre? ¿Tienes madre?

—Mi madre falleció cuando yo tenía once años. Tengo recuerdos fugaces de ella, su imagen mientras tostaba el pan al fuego para desayunar, ya que desconfiaba de las máquinas, la expresión de sus ojos, la silueta de su cuerpo cuando se desnudaba, sus canciones de cuna… El olor a pimientos asados también me recuerda mucho a ella —apunté marcando una suave curva de felicidad en mis labios.

—Lo siento.

Se hizo un silencio.

—¿Desconfiaba de las máquinas?, ¿has dicho que desconfiaba de las máquinas?, ¿en qué sentido? —rompió el silencio de forma suave.

—Prefería disfrutar de la lumbre, de las velas, de los libros, de la palabra… No le convencía la tecnología, solo es eso.

—¿Qué le ocurrió?

—Le dio un ictus. Aquella noche dormía con ella, como de costumbre. Mi padre solía llegar de madrugada del bar y cuando no te lo encontrabas dormido en el sofá, te lo encontrabas tirado en el suelo. Ella me metía casi siempre en su cama, imagino que para protegerme. Todavía puedo sentir el frío de su cara —respiré—. Sigo teniendo la misma pesadilla desde hace años —añadí para hacer una pausa.

—¿Y en qué consiste esa pesadilla? —preguntó tomando asiento para reposar su asombro.

—Intento despertar a mi madre y ella permanece inmóvil, con los ojos cerrados, tranquila, en silencio. La zarandeo, le grito para que se despierte y empiezo a desesperarme, hasta que me despierto.

—Cuánto lo siento.

—No te preocupes, consigo dormirme de nuevo al imaginar que la tengo a mi lado acariciándome el pelo.

—Debe ser triste perder a tu madre siendo un niño.

—Sí que lo es. Creces de repente. Termina tu infancia sin esperarlo. Aterrizas en el mundo sin un paracaídas que te frene. Siento que no he tenido apenas infancia. De hecho, la única persona que me trataba como la niña que era, era mi abuelo —expliqué mientras Bernat me ofrecía comida.

Su presencia me resultaba cada vez más familiar. La forma en la que se movía, el exceso de confianza que mostraba a la hora de tomar decisiones, su calidez en el trato. Tenía la habilidad de normalizar cualquier tema y mi tema estaba forrado de una insoportable tristeza.

La comida me sorprendió. Llevaba horas sin comer y mi estómago comenzaba a protestar. Bernat cuidaba los detalles en la cocina. Elegía los mejores ingredientes, respetaba los tiempos de elaboración, conectaba con la esencia de lo que quería preparar dejándose llevar por el hilo narrativo que va desde los aperitivos al postre. La escasez de muebles le daba un aspecto inacabado a su casa, sin embargo, la cocina sobresalía por la cantidad de chismes que acumulaba. Aquella cocina estaba llena de vida, como su mente. Una mente flexible que, lejos de pensar en banalidades, se conectaba con la realidad.

La barbacoa en la que hizo la carne era obra de un amigo herrero, alguien que se dedicaba a realizar piezas por encargo. Nada que ver con el prototipo de barbacoas convencionales que venden en los

grandes centros comerciales. Podías ver un entramado de varas de hierro gobernadas por una manivela de lo más artesanal que regulaba la inclinación de la plancha, poco más. La simpleza de su diseño captó toda mi atención, pero lo que más me sobrecogió fue el mimo con el que la manipulaba. Aquello era algo más que una simple barbacoa, era una pieza de coleccionista.

—La magia está en las manos de quien prepara algo cuando lo hace con amor y cariño. No creo que tenga tanta importancia la técnica —apunté cuando lo vi mondando una sandía en forma de bolas de helado con un aparato muy extravagante.

—¿Lo dices por la cantidad de utensilios que uso?

—Sí —respondí riendo—. Disculpa, pero no estoy acostumbrada a ver tantos...

—Cachivaches…, así se dice, cachivaches.

—Qué nombre tan extraño —susurré—. Ya te he dicho que mi madre odiaba las máquinas y todo lo que se le pareciera. En mi casa nunca hemos utilizado aparatos y me hace gracia ver cómo los usas.

—Tienes toda la razón. La magia de la cocina reside en las intenciones que se tengan. Como bien dices, es importante el amor que le pongas y, sobre todo, la imaginación que le eches, pero se me van los ojos detrás de este tipo de artilugios, no lo puedo evitar —sonrió—. Si quieres podemos ir a visitar la cala —dijo soltando el mondador de sandías para cortar una tajada de sandía cuchillo en mano.

—Me encantaría.

Antes de emprender nuestra excursión recogimos la mesa. Había una especie de carrito con ruedas en el que comenzamos a colocar los platos, los cubiertos, los vasos y todo lo que había utilizado Bernat para hacer una comida deliciosa, o, mejor dicho, yo recogía y él hablaba. Al terminar de llenarlo lo rodamos hasta la cocina, y antes de permitirme ordenar aquel caos, me tiró de la mano y me

sacó al jardín sin darme la oportunidad de devolverle la gratitud por el esfuerzo realizado.

—A la vuelta recogemos. No te preocupes, que no se va a mover nada de su sitio. La luz se nos va y merece la pena que veas el atardecer desde la cala.

Al salir de la casa echamos a andar. Mi objetivo se encontraba en una zona de difícil acceso. Había que pasar por la urbanización en la que se encontraba la casa de Bernat para llegar. Hacía calor y el sueño acumulado me pesaba. Sentía un ligero dolor de cabeza con aires de resaca que nacía en la base del cuello hasta llegar a la cuenca de los ojos. Mis pasos seguían sus pasos, pero, en realidad, iban detrás de un rastro de sal que dominaba mis impulsos. Mis zapatos no eran los más adecuados para andar por el campo, aunque los de Bernat eran todavía más básicos. Llevaba unos zapatos muy usados y no parecía importarle. Más tarde me enteré de que se llamaban abarcas, un calzado típico de la zona. Bernat se movía como pez en el agua por aquel terreno. Un suelo de arena de playa y tierra pesada. Las ramas de los árboles formaban un dosel agujereado que hacía las veces de techo por el que se colaban los calientes rayos de sol. El silencio de la naturaleza encerraba cierto entusiasmo. Bernat miraba hacia atrás de vez en cuando y me examinaba. Como buen guía, fue contándome curiosidades del lugar utilizando una graciosa gestualidad con las manos que enfatizaba su discurso.

—No es una playa convencional la que vas a ver. Está rodeada de acantilados de altura. Solo hay una pequeñísima porción de arena en la que nos podremos sentar —justificó, preocupado.

Él hablaba y yo lo escuchaba con la poca atención que mi cabeza me ofrecía. La fascinación del momento me mantenía despierta. No me importaba la arena que había, solo me bastaba con ver el mar, con respirarlo de cerca. Uno de mis sueños estaba a punto de

hacerse realidad. Y, de repente, lo vi a pocos metros de mí. Grande. Majestuoso.

Nos detuvimos. Se hizo un silencio en mi interior. Respiré con profundidad.

Lo que más me impresionó fue el sonido de la fuerza del agua. Cuando te sitúas por primera vez frente al mar no solo ves un horizonte azul en forma de curva que le da forma a la Tierra, también escuchas su música. La música del viento al ritmo de las mareas. Aquella gran masa de agua salada me resultó tan arcaica como misteriosa. Mi cabeza generaba conexiones eléctricas difíciles de ensamblar entre sí. Conexiones que penetraban en mi sangre y que me hacían sentir viva. Por un lado, estaba contenta, por otro, me sentía extraña, como un ser pequeño e insignificante que intentaba formar parte de algo muy lejano. Algo que no quería que se marchara.

—Es más grande de lo que pensaba. Mucho más de lo que había imaginado —susurré en respuesta a los ojos de Bernat.

Unos ojos entregados a la dilatación de aquel instante que me observaban con sigilo esperando un comentario por mi parte.

—Venga, vamos a bajar y nos damos un baño —añadió, precipitado.

Aquel trocito de mar era para disfrutarlo más con la vista que con el tacto. Desde la orilla parecía que se escondía entre las rocas. Se podía ver más piedra que agua. Un fragmento de océano verdoso que llegaba de lo más profundo para darme la bienvenida.

Después de haberlo estudiado durante un rato y sin esfuerzo, me decidí a dar el paso. Bernat se había quitado la camisa y me esperaba en el agua. No dejaba de animarme para que lo acompañara. Un tatuaje pequeño en forma de triángulo le trepaba por el hombro. Era sencillo, pero a su vez, vistoso. Captó mi atención de inmediato. Lucía unos protuberantes pectorales a juego con unos bíceps bastante desarrollados y una piel bronceada que

brillaba aún más con los reflejos del agua. Me gustó lo que vi. No pude negarme a sus encantos.

—No te lo pienses más y métete. El agua está buenísima —gritaba sin parar.

—¡No tengo bañador! —exclamé.

—Y qué más da… ¡La ropa interior hace la misma función!

La felicidad me inundaba. Persistía en mí un leve jadeo, fruto del primer encuentro con el piélago. Lo primero que hice fue quitarme los zapatos. La arena era fina, estaba caliente y mis pies se dirigieron a la orilla para refrescarse. No tenía en mis planes bañarme. Me conformaba solo con comprobar que lo que había soñado durante años existía de verdad y me daba vergüenza enseñar mi ropa interior.

—Venga, ¡que no miro!… ¡Métete ya!

Había muy poca gente, aunque no estábamos solos, una señora de unos sesenta años leyendo en una silla de playa que nos miraba por encima de sus gafas y un grupo de adolescentes marineando entre las rocas. El sol te invitaba a darte un chapuzón. Fue suficiente con entonar el principio, para que el coro de voces compuesto por los gritos de Bernat y mi propia conciencia me dieran el permiso que necesitaba para seguir adelante. Me quité el vestido que llevaba, cerré los ojos y me dirigí hacia el agua.

A veces la realidad es inexpresable. Vivimos experiencias difíciles de adaptar al lenguaje sin que pierdan la magia que las envuelve o lo genuino que las convierte en acontecimientos únicos. En aquel instante no me sentí adherida a nada. La densidad del agua con la que conecté de inmediato me hacía flotar de una forma especial. Pude palpar la libertad por un momento sin llegar a ser libre del todo, porque seguía en cautividad. Me había marchado de casa, pero aún no era libre. No me sentía libre. Arrasamos con la libertad de los demás cuando hablamos y actuamos de forma disonante, cuando alteramos nuestro entorno natural y lo perturbamos o cuando

atormentamos a nuestros iguales sometiéndolos a nuestros planteamientos obligándolos a vivir una vida reprimiendo palabras y sentimientos según lo que creemos que es correcto, justo u oportuno. Y durante aquel acto sacramental experimenté la sensación de volar sin la necesidad de sujetarme a nada. Pude liberarme de algunas de las cadenas que me ataban a mi pasado por un instante, sin dificultad, como cuando somos capaces de vivir nuestros propios sentimientos, reconocerlos y comunicarlos de un modo constructivo. Experimenté un equilibrio entre el sentir, el pensar y el actuar. Pero, aun así, todavía no era libre del todo. Todavía no me sentía libre.

Estuve sumergida durante casi veinte segundos. Quise alargar ese primer momento todo lo que mis pulmones me permitieron. Por aquel entonces todavía no sabía muy bien nadar. Apenas había aprendido a mantenerme a flote. A veces visitaba la piscina municipal de mi barrio, siendo ese mi único contacto con el agua.

La temperatura del agua cambiaba por momentos. Me encontraba a merced de las corrientes marinas que acudían desde el más allá. Mis pies tocaban un suelo en movimiento. Un entramado de arena que se hacía y deshacía al antojo del agua. No sabía si estaban enraizados a la tierra o al agua. Al principio me sentí extraña, pero en los recovecos de mi mente se despertaban sensaciones de familiaridad. Me sentí roca, arena, sol y viento. Me sentí también mar. Tuve una nítida visión de nuestra frágil naturaleza. Mi océano interior se fusionó de forma rauda con el contexto que me rodeaba hasta descubrir que éramos lo mismo en esencia. El mismo ente.

—¿Qué se siente?

—Estoy muy emocionada —contesté con tono pudoroso.

—Debe ser bonita la experiencia. Yo, como he nacido prácticamente en el mar, no puedo imaginar lo que se puede llegar a sentir. Hemos vivido siempre en la costa. El mar siempre ha formado parte de mi vida.

—Una suerte.

—Pues sí. No entiendo la vida sin el mar, es más, creo que no podría vivir en tierra firme. Me he acostumbrado a depender del poder sanador del agua, de las puestas de sol, de la gama de azules, verdes y blancos, del tacto de la arena, del olor a algas… ¡y así, podría seguir eternamente! —exclamó chapoteando en el agua de forma divertida.

—Por mí no pares —advertí.

Estuvimos en remojo casi más de hora y media combinando el silencio con la conversación a un ritmo acompasado. Bernat se alejaba de vez en cuando para nadar y yo me sumergía con los ojos abiertos para intentar ver los secretos que escondía aquella gran masa de agua. El agua era cristalina. Podía verme los pies con claridad. Me asusté cuando vi que un pez pasaba cerca de mí, un susto alegre, eso sí. La fuerza magnética de las olas me arrastraba a su antojo, pero si no mostraba resistencia, sentía que me acompañaban.

—¿Sabes qué se debe hacer si la corriente te arrastra? —preguntó Bernat en uno de sus acercamientos al ver que perdía el equilibrio.

—No sé, ¿nadar?

—Justo lo contrario. Debes dejarte llevar por la corriente. Si luchas contra el mar te cansarás antes de que alguien pueda rescatarte. No hay que hacer nada, solo seguir sus órdenes.

El color naranja se deslizaba suavemente por el cielo para posarse en la línea que marcaba el fin del horizonte. Un horizonte azul marino que se extendía de lado a lado en una tarde transparente. Justo al salir me puse de nuevo el vestido, y una vez colocado, me quité la ropa interior. Estaba mojada. Bernard me miraba con expresión burlona. Interpretaba mi gesto como un vestigio pueril. Recuerdo que nos sentamos en la poca arena que había para descansar un rato.

—¿Qué significado tiene el triángulo de tu hombro? —le pregunté.

—¿Por qué tiene que tener un significado?

—Todos los tatuajes tienen un significado.

—¿Todos?

—La gran mayoría, diría yo…

—¿Dices o dirías?

—Hay demasiados tiempos verbales en tu idioma —apunté volteando los ojos.

—Insisto, hablas muy bien español —volvió a repetir—. Los tres vértices simbolizan la conjunción entre el Cielo, la Tierra y el ser humano.

—¿Y por qué lo elegiste?

—Porque todos formamos parte de ese triángulo.

—¿Todos? —pregunté con mirada desafiante.

—Todos, chica astuta —añadió entre dientes.

Al rato de estar sentados Bernat se levantó, me miró y me cogió de la mano sin dar muchas explicaciones para que lo acompañara. Al llegar a las rocas que custodiaban la cala me preguntó si quería ver la puesta de sol a lo grande y yo asentí. Me encontraba presa de su voluntad. Había una especie de escalera con agarres para facilitar la subida. También te podías aventurar a la pendiente en escalada libre. Al ir subiendo ibas tomando perspectiva de la cala. Un paraíso que atracaba en la tierra para el deleite de los mortales. Al pisar uno de los peldaños me resbalé suavemente y él me sujetó. Sus manos no le tenían miedo a mi cuerpo y a mí no dejaba de sorprenderme la soltura con la que me trataba.

—Intento no hacer alarde de esto que ves, pero es que es imposible —apuntilló intentando recuperar el aire que le faltaba nada más llegar a la cima.

—Es increíble, sí —susurré mientras mirábamos al horizonte azul.

Pude llegar a chocar de frente con aquella hermosa panorámica. Mi tendencia a abstraerme me hace parecer una persona distraída o despistada, pero no lo soy. Tengo la capacidad de apartarme del

ruido que perturba mis simetrías sin esfuerzo y el paisaje que yacía frente a mí consiguió suavizar mi realidad. La brisa me hacía bajar los párpados. La sensación de amplitud que te ofrecía aquella apertura de espacio te llenaba los pulmones de aire solo con abrir las aletas de la nariz. La cascada de emociones que brotó dentro de mí me agitó el pulso hasta hacerme sentir viva de nuevo. El olor a mar me acompañó desde entonces. Fue un primer encuentro que no quise que se perdiera nunca en el diluir de la memoria. El mar en directo. La imagen de un ser vivo animado que se quedó grabada en mi propio ser.

Antes de que el sol se pusiera del todo, decidimos volver. Mi vuelta a la realidad me recordó que estaba a punto de empezar una nueva vida, un nuevo trabajo, un nuevo todo. Demasiadas novedades en tan poco tiempo. Bernat debió verme preocupada porque rápidamente intentó animarme. Algo le decía que no podía dejarme sola.

—No tengas prisa para irte. Cena algo y después te acerco adonde me digas.

—No quiero molestar más.

—Te recuerdo que los fines de semana me dejo llevar. A mí no me molestas, en absoluto, es más, ¿tú me ves preocupado o pasándolo mal? No tengo más plan que el que se me presenta, créeme.

—Está bien —claudiqué.

Me encontraba a gusto en aquella casa. Me sentía segura.

—Esta cerradura no tiene arreglo. La he cambiado trescientas veces ya y no hay forma de que cumpla su función sin dar la lata —bufó al intentar abrir la cancela de la entrada.

—¿Trescientas veces?

—Es una forma de hablar. En España somos muy exagerados, sobre todo en el sur. Mi madre es la persona más exagerada que conozco y algo ha debido pegarme.

—¿Pegarte?

—Bueno es uno de los significados que tiene la palabra pegar. Transmitir, contagiar… Ya irás haciéndote con los secretos del idioma, aunque ya te he dicho que hablas muy, muy bien —aclaró al ver mi cara de desconcierto—. ¿Te apetece tumbarte en la hamaca mientras yo preparo algo de cena?

—Estoy acostumbrada a escuchar tu idioma, pero, aun así, se me escapan algunas expresiones. Por cierto, prefiero ayudar.

—Túmbate tranquila. Has vivido demasiadas emociones en muy poco tiempo.

La hamaca daba cierta sensación de inestabilidad, aunque era más cómoda de lo que imaginaba. Me costó trabajo subirme en ella. La luz iba desapareciendo por minutos. El silencio de la noche me fue envolviendo. Hacía calor.

—Llevas un rato dormida —dijo Bernat rompiendo el silencio.

Estaba sentado frente a mí. Me observaba mientras despertaba del sueño en el que quedé atrapada.

—¡Tengo que irme! —exclamé agobiada e incorporándome de forma brusca.

La hamaca perdió la estabilidad.

—Tranquila, que te vas a caer. Recuerda que no empiezas a trabajar hasta el lunes y hoy es viernes —añadió de forma templada.

—Tengo que llamar a María, la amiga de mi amiga.

—Dile que vuelves mañana.

—¿Mañana?

—¿Qué prisa tienes?

—¿Y dónde paso la noche?

—¿Aquí?

—No quiero molestarte más.

—Y dale con las molestias, ¿quieres hacer el favor de dejarte llevar?

—No sé.

—Hacemos lo que decidas. Si prefieres irte, nos vamos ya. Solo tenemos que montarnos en el coche —apuntó con aplomo.

—Voy a llamar a María para decirle que no voy —improvisé.

—Tienes el teléfono en el salón.

Me bajé de la hamaca como pude. Estaba tan cansada que me quedé dormida sin darme cuenta. Mi contacto en Menorca me esperaba en la casa en la que iba a alojarme durante los días que libraba y aún no había tenido noticias mías. Estaba agobiada, pero en realidad no esperaba noticias de nadie, ni siquiera tenía que darlas. No había personas que estuvieran pendientes de mi llegada, solo la tal María y la familia de la señora Adelaida, y no precisamente para cubrir mis necesidades, sino las suyas propias. A María le solucionaba una habitación de alquiler y a los hijos de la señora Adelaida, la papeleta de cuidar a su madre, porque alguien tenía que cuidarla.

—No hay problema. Me ha dicho María que vaya cuando quiera. Le ha dejado la llave a la vecina de enfrente —aclaré después de colgar el teléfono—. También me ha dicho que lo más importante es que le pague siempre antes de terminar el mes.

—Claro, como siempre. Al final el dinero es lo más importante.

—Así es.

—Bueno, venga. Vamos a cenar algo —añadió entusiasmado.

Bernat podría haber sido cocinero de profesión. Reunía las habilidades necesarias para ello: adaptabilidad, constancia, olfato de investigador, precisión, responsabilidad, previsión, planificación y, sobre todo, creatividad, mucha creatividad. También le gustaba comer. Tenía el paladar acostumbrado a infinidad de sabores y mezclas y eso le aportaba una visión distinta. Su tendencia aventurera a la hora de mezclar sabores le abría nuevas oportunidades. Cuidaba los detalles. Era un ser curioso. Conocía las bases de los fundamentos físico químicos que suceden en las cocinas, los secretos en los que apoyarse para vivir el destiempo de

un sueño viejo e innovador a la misma vez. Al abrir la nevera, los víveres que encontraba se multiplicaban como los panes y los peces del mítico milagro hasta llegar a convertirse en deliciosas recetas.

Tras largos minutos de conversación, la noche se apoderó del cielo para convertirlo en un espacio apagado en el que la luz no era más que un tenue recuerdo. Un gato maullaba de forma lastimosa. Se acercaba a nosotros sin pedir permiso. Por la seguridad de sus pasos, no era un invitado. Sus pupilas titilaban como dos gotas de mercurio. Solicitaba atención.

—Ven aquí, Gato. No seas celoso. Es solo una amiga.

Gato, que así se llamaba aquel personaje, vivía en la casa. El día que apareció vino para quedarse. No preguntó. No tenía permiso de residencia, no traía papeles ni llamó a la puerta. Solo se dio un elegante paseo por el muro lateral de la casa, miró a Bernat fijamente y dio un silencioso salto para alojarse en su casa.

—Es mi «gatoperro». Tiene cuerpo de gato y alma de perro.

Y tenía razón. Se vino hacia mí y se tumbó bocarriba para que le rascara la barriga. Una reacción propia de canes.

—Entra y sale a su antojo. A veces pienso que no va a volver, porque estoy días y días sin verlo. Raro es el día que no me trae un trofeo de caza.

—¿Un trofeo?

—Sí. Algún cadáver de pájaro o conejo. Un día trajo una serpiente —añadió—. Suele dejar el cadáver en la alfombra de bienvenida de la casa como agradecimiento al cariño que recibe. Es una muestra de amor, sencillamente.

—Qué bonito y qué macabro a la vez. Y yo que pensaba que los gatos eran seres insensibles.

—Pues ya ves, no es así, aunque también te digo que este gato tiene alma de perro, al menos, eso me parece.

Entrar en un país que no es el tuyo no es fácil. En ese caso sí que hay que pedir permiso. Por un lado, nos hacen ver que vivimos en

una sociedad con una economía globalizada, por otro, en un planeta compuesto de latifundios divididos por fronteras infranqueables. Puedes ir a un país vecino a gastar tu dinero de turista, y de vuelta a casa. Ni se te ocurra quedarte sin un pan debajo del brazo. Nadie quiere desamparados a los que alimentar. Nadie quiere sujetos que estorben. A menudo olvidamos que las personas que aspiran a tener una nueva oportunidad comparten nuestros mismos problemas, que todos somos uno en un mundo cada vez más pequeño.

Había que dormir, y tras recoger los cacharros de la cena, entramos en la casa. Me sentía un poco violenta. No quería irrumpir en la intimidad de Bernat, romper sus esquemas. ¿Quién era yo para desordenar su fin de semana? ¿Quién era yo para desordenar su vida? Una chica que huía. Una chica gris que no quería seguir inmovilizada por el miedo, atrapada, derrotada. Para eso estuve preparándome durante años, para escapar a un mundo de color que por el momento seguía fuera de mi alcance.

A Bernat se le veía decidido. Estaba acostumbrado a recibir visitas, al menos, es la impresión que daba. Se movía con naturalidad. Paseaba la mirada en busca de cualquier cosa que me hiciera sentir bien, unas sábanas limpias, una buena almohada, una colcha ajustada a la temperatura del momento. Quería que me encontrara a gusto y yo me mantenía de pie, estática. No sabía qué hacer, y cuando decidí moverme, ocurrió algo. De camino hacia el baño nuestros cuerpos se encontraron. Sin saber muy bien cómo, nuestros caminos se cruzaron para tropezar el uno con el otro. Dos cuerpos yendo hacia el mismo lado. Dos cuerpos gobernados por la misma fuerza de atracción de las mareas. Dos cuerpos en ascuas. Una mirada fugaz me obligó a bajar la vista de inmediato. No quise encontrarme en sus ojos. No quise entrar en su vida más íntima y desbaratar mis planes.

La cama era dura pero cómoda. Mi primera noche fuera de casa, fuera de mi pueblo, fuera de mi país. Me encontraba flotando en el limbo de las evasiones, atrapada en un mundo extraño y nuevo para mí, sujeta a un estado de sorpresa permanente, superada por mis propios sentimientos, aunque Bernat me hacía sentir bien, me transmitía seguridad. Me hacía sentir bien, sí, pero necesitaba a mi madre para que me arrullara, para que me explicara el sentido de las cosas, para calmar mi angustia. Había aprendido a contenerme desde muy pequeña, pero, más que nunca, la necesitaba.

Capítulo 4. Ellen

Contra natura...

Mi abuelo Edvárd —al otro no llegué a conocerlo— fue mi referente masculino durante mi infancia. Tenía espíritu de oso. Era un tipo tenaz, siempre dispuesto para trabajar. Pasaba desapercibido a pesar de brillar. Para él todo tenía un motivo, una causa, una razón de ser. Era difícil enfadarlo, aunque, a veces, también se enfurecía. Un ser social altamente evolucionado, siempre educado y de espíritu humilde. También destacaba por tener un afilado sentido del humor del que intentaba no alardear. Practicaba el silencio como filosofía de vida y nunca tuve claro si se guiaba por una necesidad interna de negar todo aquello que le rodeaba o fingía. Mi abuela falleció al nacer mi madre, pero él se encargó de mantener vivo su recuerdo hasta conseguir que la sintiéramos como parte de nuestras vidas. La nombraba a menudo, hablaba en voz alta con ella, tanto es así, que decía que la escuchaba de vez en cuando, que visto desde fuera podía sonar a extraño, a patológico, a duelo no resuelto, pero no. A pesar de las experiencias vividas a lo largo de su vida, no he conocido a nadie más cuerdo. Mi abuelo era una persona triste pero sensata.

El momento que eligió para explicarme el significado del ritual de su baño en el río nunca se me olvidará. Había una manifestación en la Plaza Kossuth Lajos, sede del Parlamento de Budapest. La gente estaba muy alterada y yo no entendía lo que estaba ocurriendo. Eran habituales las protestas de las organizaciones judías por la responsabilidad del Gobierno húngaro en el asesinato del medio

millón de ciudadanos que murieron en 1944. Durante la Segunda Guerra Mundial, Hungría se alió con Alemania y deportó judíos en masa. El Gobierno húngaro y miles de ciudadanos colaboraron activamente en la deportación de unos cuatrocientos cincuenta mil judíos húngaros a diferentes campos de exterminio. Las protestas de sus descendientes judíos se alzaban en alto debido a que el Gobierno conservador defendía que el país había sido una víctima más del nazismo. A día de hoy siguen sin asumir responsabilidades. Se amparan en una falsa declaración de inocencia, hasta el punto de hacer verdaderos esfuerzos por reescribir la historia de un país culpable.

Las calles de Budapest se debaten entre el pasado y el presente, entre lo antiguo y lo reconstruido, y a mi abuelo le encantaba callejear para contarme viejas historias. No había rincón que no tuviera identificado. Mis bisabuelos, y más tarde sus padres adoptivos, le dieron una buena educación, y gracias a eso y a su amor por los libros de historia, logró dotarse de un filón inagotable de jugosas anécdotas del pasado que compartía conmigo. Aquel día fuimos a visitar a su prima Juliska y a sus gatos. Juliska vivía en la calle Zoltán, cerca del Parlamento, y para volver a casa, tras la visita, teníamos que pasar por delante de la manifestación. Juliska era una mujer con aspecto de hombre, una ironía reaccionaria en su discurso y cierta tendencia misógina. Debía cortarse el pelo ella misma, porque siempre lucía trasquilones de tijera poco afilada. La pelusa de su bigote proclamaba su identidad con la firmeza de un burgalés de ideario poco relajado. Siempre llevaba pantalones de caballero para desdibujar seguramente la figura femenina de la que renegaba y recuerdo que fumaba. En su casa se respiraba humo de tabaco negro y estaba siempre habitada de gatos de todos los colores y razas. También había un loro deslenguado volando por todos lados. A mi abuelo le entretenía enfrascarse en conversaciones sobre política con ella. Rara era la vez que no terminaban enfadados.

Como en una de tantas otras ocasiones salimos de la casa de Juliska dando un portazo.

—No vuelvo más —refunfuñó mi abuelo con inquina de vuelta a casa.

—Los gatos son muy bonitos.

—¡Pero Juliska es una bruja! —añadió con paso acelerado.

Al llegar a la plaza Kossuth Lajos tuvo la iniciativa de pasar de largo, pero sus ojos no se apartaban de allí, quedaron atrapados por la protesta. Se sentía parte de aquella manifestación, lo notaba. Algo me decía que compartía el mismo sentir.

Había gente de todas las edades, aunque él nunca me haría participar en algo así. Era la única persona que velaba por mi bienestar y seguridad. Su instinto de protección me amarraba a sus brazos con fuerza. Siempre vigilante.

Las voces retumbaban en forma de eco en la fachada del parlamento. Se podían ver pancartas con rótulos hechos a mano, gente tocando el silbato. Se podía palpar rabia, rencor, indignación. Los pasos de mi abuelo eran cada vez más rápidos. Huía de algo. Una carrera incómoda dejaba entrever la grieta de un silencio que deseaba alejarse de la multitud. Nos dejábamos llevar por una huida que marcaba nuestra dirección hasta que, de repente, alguien le tocó el hombro para saludarlo y frenar su marcha. Un amigo de tantos. Aquel señor intentó convencerlo para que se uniera al descontento colectivo, pero mi abuelo se disculpó y siguió adelante. Me cogió de la mano y tiró de mí como si huyera del diablo. No quería participar en algo que le hacía daño de forma visible.

Mi respiración se agitó de forma descontrolada, no entendía la diligencia que tiraba de nosotros. Una bandada de palomas nos sobrevoló en sentido contrario para aterrizar cerca de la concentración y unirse a la contienda. Nuestros cuerpos se alejaban, pero los mensajes que emitían aquellas personas tuvieron la capacidad de atrapar la atención de mi abuelo hasta mantenerlo

atenazado. La tarde caía a pesar de aquel intento por detener el tiempo y echar la vista atrás.

—¡No puedes renunciar a tu pasado, Edvárd! ¡Tenemos que reivindicar los derechos de nuestros seres queridos! ¡No merecían morir en manos de unos desalmados! —gritaba aquel señor dirigiéndose a mi abuelo.

Yo no entendía nada. ¿A qué se refería ese señor exactamente?, me preguntaba.

Mi abuelo no quería mirar atrás y los gritos de su amigo quedaron en la lejanía de un mundo que prometía algo distinto. Un mundo al que él pertenecía. Al cabo del rato, le pedí que apaciguara el ritmo de sus pasos. Me encontraba exhausta. Él se disculpó y redujo la marcha.

—¿Te apetece que nos sentemos a tomar algo calentito? —me dijo con una ternura empática. La que siempre utilizaba conmigo.

—Sí. Estoy cansada.

El día cerró más temprano de lo habitual, dejó de estar disponible para los transeúntes antes de lo previsto. Una ola de frío amenazaba a través de la brisa de escarcha que nos azotaba. Mi abuelo estaba visiblemente afectado. Respiraba de forma agitada, al igual que yo. Le temblaban las manos. Tenía los ojos desencajados. Me preocupó el estado en el que se encontraba. No estaba acostumbrada a verlo así, absorto, impresionado, atormentado. Durante aquel breve espacio de tiempo pude observar cómo su mundo se desvanecía.

—Y tú, ¿estás bien? —le devolví la pregunta, preocupada.

Al entrar en la cafetería que siempre visitábamos cuando íbamos a ver a Juliska, lo primero que hizo fue ir al baño, imagino que para intentar recuperarse del sofoco. Traía los ojos encarnados de haber sido frotados más de la cuenta. Seguía con la mirada perdida.

—Creo que ya ha llegado la hora de que conozcas mi historia, cariño —susurró en un hilo despoblado de voz.

El ambiente de la cafetería que solíamos frecuentar conseguía transportar a sus visitantes al pasado. Se respiraba memoria entre sus paredes. Paredes adornadas con decenas de platitos de cerámica, cuadros antiguos y flores secas en ramo. Era lo más parecido a un museo. Una entrañable exposición de menaje, lámparas, relojes, retratos y artículos de decoración suspendidos entre dos mundos. Dos mundos que conectaban sin desmesura en tiempo y espacio. Al detenerte en los detalles con la mirada, podías imaginarte el origen, la procedencia de todos aquellos objetos. Podías incluso llegar a visualizar los hogares que una vez le dieron vida a todo cuanto se exponía. Las teteras de porcelana, las tazas o las bandejas que utilizaban para servir a los clientes manjares suculentos, puede que formaran parte de reuniones familiares; los relojes de pared algún día marcaron la hora de historias puede que no concluidas; los floreros que reposaban en las estanterías seguramente cobijaron flores que en su día adornaron salones. En aquella cafetería se respiraba hogar y sus dulces sabían a fuego lento, a recetas de época, a nostalgia.

—Hola, Edvárd, hace tiempo que no os veo —dijo la camarera que mejor me caía al acercarse a la mesa en la que nos encontrábamos sentados (las demás eran insoportables).

—Tienes razón, no hay que perder las buenas costumbres.

—¿Os pongo lo de siempre o preferís innovar?

—Ponme un café vienés con chantilly, vamos a innovar hoy, a ver si cambiamos el ánimo.

Todavía persistía en su garganta un leve quejido fruto de la carrera que nos habíamos dado.

—Vaya, ha sido un día duro, por lo que veo —susurró la camarera mientras terminaba de retirar las tazas de los clientes anteriores.

—Yo quiero una Dobostorta y una leche caliente. Me encanta el chocolate —añadí, entusiasmada.

—¡Marchando! —replicó la camarera pasando página con el mismo entusiasmo.

Cuando mi madre falleció mi abuelo intentó hacerse cargo de mí, pero mi padre no lo dejaba, aunque, por suerte, conseguía sacarme a menudo de la jaula en la que vivía. Mi madre también fue hija única y yo era el único miembro de familia directa que le quedaba con vida. Nunca llegó a casarse de nuevo. Por el contrario, mi padre no dejó de traer mujeres a casa. Ambos solían tener discusiones sobre mi educación, pero mi padre se salía siempre con la suya. Mi abuelo solía acabar frustrado, aunque la sonrisa nunca dejó de ser su carta de presentación.

—¿Qué te ha pasado, abuelo?

—¿Recuerdas todo lo que te he contado sobre lo que ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial?

—Sí, el otro día la maestra habló sobre ese tema en la clase de historia, pero no mucho.

—Eso es parte del problema, cariño, que a veces no profundizamos lo suficiente.

—¿Y por qué tenemos que profundizar, abuelo?

—Porque hay una parte de nuestra historia que no debemos olvidar. No podemos vivir ajenos a ello. Hay que hacer frente a las cosas, pero a veces cuesta.

—¿Por qué cuesta?

—Porque duele, Anna, porque duele.

En ese momento llegó a la mesa lo que habíamos pedido. Mi tarta lucía resplandeciente. Un trozo de cielo bañado de chocolate carente del protagonismo que merecía. Nada era más importante que lo que mi abuelo tenía que transmitirme en aquel preciso momento, ni siquiera una Dobostorta.

—Nunca te he hablado de mi pasado. Llevo años esperando este momento. Necesitaba que tuvieras la edad suficiente para compartirlo contigo y, aunque todavía eres una niña, creo que tienes

la madurez suficiente para digerirlo —dijo con la mirada clavada en mis ojos.

En ese momento sentí miedo e intriga a partes iguales.

—Tienes que saber que algunos de los zapatos de hierro que reposan en la orilla del Danubio pertenecen a tus antepasados.

—No entiendo muy bien lo que dices.

—¿No te has preguntado nunca la razón por la que me baño en el río de vez en cuando?

—Sí, muchas veces, pero no me he atrevido a preguntarte. Se ve algo tan tuyo…

—Es algo mío, sí, pero a partir de hoy va a ser algo compartido, ¿qué te parece? —preguntó pidiendo el permiso que necesitaba para seguir hablando.

—Me parece bien —respondí dando un sorbo a la leche caliente para aparentar normalidad.

—Tenía tu edad —carraspeó—. Mi madre me despertó nerviosa. Había ruido en la calle. Mi padre bajó las maletas del altillo de los armarios con decisión y las puso sobre la cama. Nos dijo que metiéramos lo imprescindible en ellas: una muda, algo de abrigo y poco más. Mi madre cogió un álbum con fotos antiguas, el manojo de cartas que mi padre le escribió durante los años de noviazgo en los que estuvieron separados y las pocas cosas de valor que teníamos. Yo metí mi hucha y alguno de mis dibujos. La hucha estaba llena de monedas. —Hizo una parada para darle un sorbo a su café vienés—. «Nos vamos de viaje», pensé. Nunca había ido de viaje y me atraía la idea, pero no de aquella precipitada manera.

Mi abuelo dibujaba como los ángeles. Su cerebro y su mano estaban perfectamente acoplados. Dibujaba a mano alzada cualquier cosa que le pidieras y lo hacía sin un atisbo de intermediación ni planificación. Tenía la capacidad de plasmar cualquier imagen a la perfección. Era sorprendente ver la precisión de sus trazos.

Era la primera vez que me hablaba sin medir sus palabras. Necesitaba expulsar todo lo que llevaba años guardando. Creo que se olvidó de la edad que yo tenía en ese momento.

—En la calle se escuchaban gritos. Me quité el pijama y me puse lo primero que cogí del armario. Mis padres no dejaban de dar paseos por la casa. El silencio cortaba la respiración que aún nos quedaba. Recuerdo que mi madre miraba a mi padre con preocupación. Le buscaba unos ojos que le negaba. Los gritos de la calle eran cada vez más cercanos. Algo pasaba y yo no entendía nada. Al cabo del rato comprendí que no se trataba de un viaje. No sabía qué estaba ocurriendo, pero las maletas no estaban preparadas para hacer un viaje.

Era la primera vez en mi vida que lo veía fuera de sí. Los papeles se invirtieron. Dejó de ser mi abuelo por un momento, de cuidarme, y yo se lo permití. Estaba tan afectado que se olvidó de la diferencia de edad que existía entre ambos.

—La radio sonaba. Mi padre no quería que la apagáramos. Se escuchaba a Kodály Zoltán cuando llamaron a la puerta con convencimiento. A mi hermana se le escuchó decir que venían a por nosotros y mi madre la calló enseguida agitando los brazos y negando con la cabeza, una expresión que siempre fue muy suya. Mi padre se irguió de forma fingida para caminar hacia la puerta. Su esqueleto sostenía el peso del miedo. En ese momento sí que buscó los ojos de mi madre. No sabía qué hacer y le pidió permiso para abrir.

Las palabras que mi abuelo había convertido en relato no oponían resistencia, y sea por el alivio inmediato que le hacían sentir, decidí no moverme para no interrumpir.

—Tu bisabuelo era contable de la imprenta estatal de Hungría. Llevaba años trabajando allí. Era muy perfeccionista, ¿sabes?

—Cuéntame más sobre él —añadí intentando impregnarme del entusiasmo que encerraba aquel salto a mi pasado.

Nunca me había hablado de su verdadera familia. En ese momento se metió la mano en el bolsillo, sacó su cartera y la abrió de forma pausada. Sus grandes manos temblaban más que de costumbre. Estaban a punto de desnudar parte de su biografía.

—Mira, este es tu bisabuelo Edvárd, tu bisabuela Klára y tu tía abuela Margit, mi querida hermana —susurró en un compungido gimoteo—. Esta foto me la dio Juliska en una ocasión.

—¿Pero tu madre no se llamaba Edina? —pregunté desorientada.

—Ahora te lo explico. No te preocupes, lo vas a entender.

La foto que me enseñó estaba gastada por el tiempo. Enseñaba parte de su pasado. Mi bisabuelo Edvárd era calvo, llevaba unas gafas de pasta marrón que le daban cierto aire intelectual y llamaba la atención por la longitud de sus extremidades. Parecía un hombre apuesto. Mi bisabuela lo agarraba del brazo. Se le veía jovial por la sonrisa que se dibujaba en su cara. Guardaba parecido con mi abuelo. Mi tía Margit le sacaba dos cabezas a su hermano, era más parecida a su padre. Todos posaban en las escalinatas del Bastión de los pescadores. Parecían felices.

—¿Qué les pasó? —me aventuré a preguntar.

—Cuando llamaron a la puerta empezó la cuenta atrás. Unos guardias nos indicaron que debíamos salir de la casa deprisa y corriendo. Mi madre, haciendo caso omiso, fue a por las maletas de inmediato y yo corrí detrás de ella para coger la mía. Al llegar al salón nos dijeron que no hacía falta que cogiéramos nada, que soltáramos las maletas en el suelo y que saliéramos de la casa sin dilación. Al ver que no soltaba mi maleta, uno de los guardias me la arrancó de las manos y la tiró al suelo. Al caer se abrió, la ropa se desparramó y mi hucha se rompió. Las monedas que llevaba años ahorrando se esparcieron por el suelo y, sin pensarlo dos veces, me puse de rodillas para recogerlas. Mi padre me miró, y en esa mirada comprendí que debía soltarlas. Me levanté, abrí los puños y cayeron

a merced de la gravedad. En ese momento comprendí que mi vida se desdoblaba.

—Pero ¿qué querían esos guardias? —pregunté asustada.

—Cariño, ya sabes que durante la Segunda Guerra Mundial los nazis asesinaron a casi seis millones de judíos europeos. La gente lo llama Holocausto, yo prefiero llamarlo Shoah.

—¿Shoah?

—Significa catástrofe en hebreo.

—Pero hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué mataron a tantos judíos, abuelo?

—Los judíos en Europa han sido perseguidos durante cientos de años, fundamentalmente por cuestiones religiosas, ya lo hemos hablado en alguna ocasión. En la Edad Media, por ejemplo, solían vivir a las afueras, apartados del resto de la gente, pero haciendo un salto en la historia, en el siglo XIX se empezó a pensar que pertenecían a una raza diferente.

—¿A una raza diferente?

—Es difícil de entender, cariño, a mí también me cuesta. Te lo intento explicar —apuntó suspirando—. Cuando Alemania perdió la Primera Guerra Mundial, los extremistas de la derecha política culparon a los judíos por la deuda generada. Los acusaron de explotadores capitalistas, de ricos aprovechados, ¿entiendes a qué me refiero con eso? —Hizo una pausa buscando el gesto de aprobación que obtuvo por mi parte—. A partir de ahí, la semilla del odio hacia ellos empezó a germinar cada vez con más fuerza.

—¿Y fueron los culpables realmente?

—No, de eso se alimentan los discursos populistas: de infamias —respondió con ligereza—. Con el añadido de la burla, hubo «filósofos» antirracionalistas autoproclamados como profetas que se llevaron a la gente de calle. Cantamañanas sin juicio en sus charlas. Gestaron una ideología carente de coherencia y consiguieron convertirla en doctrina.

—¿Y qué doctrina era esa? —pregunté concentrada para no perder el hilo de la conversación.

Estaba acostumbrada a que me contara historias, aunque en aquella ocasión había connotaciones personales y ese añadido al discurso precipitaba sus palabras.

—Esos degenerados dictaminaron un decreto que declaraba que los judíos eran extranjeros en suelo alemán. Los describían como intrusos o agresores hasta que finalmente se fueron gestando un puñado de movimientos políticos que fueron tomando forma año tras año.

—¿Pero de quién hablas?

—Se hacían llamar comunidad Volk. Fueron el preludio de la ideología nazi, sus antecesores. Las ideas que manipulaban sirvieron para preparar el terreno del movimiento nazi. No había nada más importante que demonizar a los judíos, es lo único que querían. Y eso, unido al racismo científico de Gobineau y su teoría sobre la antropología racial, al Darwinismo social y a la codicia política económica del momento, fueron modelando el caldo de cultivo que los llevó a la locura. Cuando seas mayor comprenderás todo esto un poco mejor.

—Pero ¿por qué los judíos eran diferentes a los demás según esas personas? Eso es lo que no entiendo.

—Cariño, a veces nos empeñamos en estereotipar a las personas, a las ideas o a las cosas. Esos tipos pensaban que los rasgos físicos e intelectuales de los judíos eran de menor calidad que los del hombre nórdico. Pensaban que eran peores personas, los muy ignorantes. También pensaban que la humanidad estaba formada por razas superiores e inferiores y que había que intentar evitar que se mezclaran para no profanar la pureza aria. Algo que empezó como una idea peregrina llegó a convertirse en realidad. Algunos se apuntaron a la cruzada por convicción, otros por miedo, otros tantos por oportunismo, y el resto, eran simplemente idiotas.

—¿Y qué le pasó a tu familia, abuelo? —pregunté volviendo a lo que verdaderamente me importaba.

—Nos obligaron a salir de casa. La calle estaba llena de gente como nosotros, vecinos con cara de no saber nada. Una señora alzó la voz en protesta y uno de los guardias la golpeó con arrojo para después gritar que tenían consignas de utilizar la fuerza si no obedecíamos. La señora cayó al suelo de la misma forma que cayeron mis monedas, en cascada, provocando cicatrices que nos desfiguraron el corazón para siempre. Su marido la ayudó a levantarse y todos caminamos juntos hacia un horizonte desconocido. —En ese momento del relato desconectó del presente de nuevo—. Se escuchaban pasos de decenas de zapatos silenciosos que apenas se levantaban de la calzada. Eran pisadas de arrastre. Pisadas confusas contrarias a la inercia que tiraba de ellas. Nos mirábamos preguntándonos con los ojos de qué iba todo aquello. Algunos susurraban, otros lloraban, otros no mostraban expresión en sus rostros. Las madres agarraban a sus hijos con fuerza, los cabeza de familia caminaban un paso por delante de su prole. La calle se tiñó de un triste gris. Las ventanas de los edificios se fueron cerrando al compás de nuestra presencia. Los perros y los gatos callejeros se escondieron. El sol nos dejó de iluminar. Nos encontrábamos solos, desamparados, obligados a caminar. Dejábamos atrás la belleza de la cotidianeidad, un mundo que ya estaba fuera de nuestro alcance. —Bebió un sorbo de café para humedecerse la boca—. Mi madre miraba a todos lados como queriendo averiguar lo que estaba ocurriendo, me susurró al oído que me alejara de la multitud y que corriera hacia la casa de la señora Edina. Mi padre no estaba al tanto de aquella decisión. Ella me miró, me sonrió y me dijo que tuviera cuidado. Sabía que era un chico espabilado. Sabía que llegaría a mi destino.

—Entonces Edina no era tu madre.

—Edina sí era mi madre. Así la reconozco, pero ha sido y siempre será mi segunda madre. Mi verdadera madre se llamaba Klára, cariño. La señora Edina, que así es como la llamábamos, tenía un taller de costura y siempre hizo muy buenas migas con mi madre. Confiaba plenamente en ella y sabía que me ayudaría en lo que fuera. «Ve con ella. Nos reuniremos pronto», me dijo. —suspiró—. Mi madre siempre fue una mujer intuitiva, me atrevería a decir que visionaria. Tenía la capacidad de adelantarse al futuro. Vaticinaba lo que iba a suceder sin dificultad y rara vez fallaba. Puede que fuera casualidad, pero créeme, rara vez fallaba.

—Era como una bruja buena.

—Sí, cariño. Algo así.

—¿Y llegaste a la casa de la señora Edina?

—Sí, claro que llegué, mi amor. Era muy menudito de cuerpo. Tenía la habilidad de pasar desapercibido si me lo proponía. Como no podía ser de otra manera, obedecí a mi madre. Ella me miró con ojos de esperanza, me dio un beso y me dio una palmada en el culo para incitarme a volar, como hacen las águilas con sus crías, que las empujan con firmeza para que salgan del nido.

—Es verdad, lo he visto en la tele —añadí recuperando el entusiasmo.

—Había mucha gente, pero, aun así, los guardias estaban vigilantes. Tuve que desplegar todos mis dones para huir. Me escurrí como pude, puse cara de disimulo, me mimeticé con el ambiente. En una de las curvas conseguí separarme de la lengua de personas que iban bajando de sus casas para engrosar el camino. Me escondí en un portal y dejé que pasaran. Iban hacia el río. Tenía que obedecer a mi madre, pero no quería perderlos de vista.

En ese momento la puerta de la cafetería sonó. Había una de esas campanas de viento colgada en el techo. No había muchos clientes aquel día, por lo que ese sonido no pasaba desapercibido. Un sonido que quedó atrás de forma rápida.

—Intenté no perder de vista el reguero de personas entre los que se encontraba mi familia. Fui siguiendo sus pasos. La oscuridad reinaba a pesar de la luz del día. Tenía miedo. Debía tener cuidado, porque estaba rodeado de miembros de la cruz flechada, que eran igual o más sanguinarios que los propios nazis. Llegamos al río. Me veo allí, agazapado en el cañaveral, encharcado en el lodo. Se me hunden las rodillas. Respiro humedad. Me desplacé entre los matojos para encontrar a mi familia. Tuve que arrastrarme por el lodo, porque la vegetación no era muy alta. Me costó encontrarlos. Había mucha gente, pero allí estaban. Di con ellos, aunque no los podía tocar. No podía llamarlos. No podía rescatarlos. Mi ropa estaba mojada. Me costaba respirar… No se me olvida el olor a pólvora.

—¿Qué pasó, abuelo? —pregunté para sacarlo del silencio que atrapó su garganta.

Esgrimió una sonrisa que parecía cualquier cosa menos alegría y me dijo en un susurro: «Cayeron al agua, mi amor, cayeron al agua».

Estaba sentada con un superviviente, porque mi abuelo era un superviviente. En su relato pude respirar el miedo que sintió, la tragedia que vivió, aunque, por momentos, se expresaba como un robot, sin emoción, como un ser en estado de congelación. Imagino que esa disociación guardaba relación con el mecanismo de defensa en el que se refugiaba para soportar mejor el dolor. Tenía bloqueada la emoción y esa privación dificultaba el proceso psicológico que prepara a cualquier víctima para adaptarse y responder al entorno. La manifestación que presenciamos activó el núcleo de su memoria para hacerla reaccionar en forma de rabia, llanto, indignación. Llevaba años intentando olvidar para no conectar con lo sufrido y aunque el pasado estaba lejos de reconciliarse con el presente, no podían separarse del todo. Mi abuelo no quería recordar ese pasado, solo intentaba reproducir lo ocurrido, compartirlo con la persona más

importante de su vida. Al igual que hacían las personas agrupadas en la plaza del Parlamento, se manifestaba frente a mí. Me hacía partícipe de un movimiento que intentaba denunciar el crimen social que se cometió, y con ello, le daba un sentido diferente al hecho de recordar. Una denuncia que intentaba evitar que aquel pasado pudiera repetirse en el futuro.

A partir de ese momento comenzó una nueva etapa de mi vida. Una etapa en la que mi abuelo acababa de empujarme del nido para volar.

Capítulo 5. Val, vel

En correspondencia con la vida…

Cuando llegaba a casa a horas más o menos tardías, según el turno que me tocaba, buscaba a mis hijos para abrazarlos. Seguidamente me ponía cómoda, e inmersa ya en la travesía de obligaciones domésticas que me atrapaban sin remedio, me sujetaba para no dejarme abducir por mi despacho y, en concreto, por el rumor de teclas de ordenador y escritura que encerraba entre sus paredes. En el momento en el que conseguía pasar inadvertida me entregaba al maravilloso mundo del poder narrativo, aunque el acto de disimular era una de mis virtudes ausentes. Cuando alguien me necesitaba, sabía dónde encontrarme.

Siempre me ha gustado escribir. Me servía de terapia. Cuando me sentaba frente al ordenador me dejaba llevar por una voz que me susurraba y que me llevaba a lugares, sentimientos y sucesos casuales, y no necesariamente a donde mi cabeza deseaba ir. El acto de escribir es puramente emocional. Para empezar un libro debe brotar una idea que, por insulsa que parezca, te impulse a crear una historia. Y a mí nunca me han faltado ideas. Puede ser una idea peregrina, desordenada, inconclusa y no es necesario que se desarrolle con detalle, solo basta con trazar el esqueleto que la sostiene. Son los afluentes de esa idea los que le dan la forma, el sentido y la dirección a las letras que van saliendo, justo lo que los libros necesitan para convertirse en vagones que te transportan a sitios lejanos, al pasado, a la vida de otros. Paso a paso se va trazando un camino que en ocasiones es inesperado. Los relatos se

escriben solos, no tenemos que utilizar la mente, no hay que pensar tanto. Por extraño que parezca, el acto de escribir no es una práctica racional.

Nunca me atreví a publicar, mi perfeccionismo me lo impidió. Son muchos los que se atreven a compartir lo que escriben sin pudor. Siempre le tuve demasiado respeto a la literatura. Creo en la libertad de expresión como derecho fundamental, pero a cualquier cosa se le llama libro. No vale con expulsar ideas o contar algo de cualquier forma. La literatura es un precioso baile en el que deben confluir la armonía de la técnica, el ritmo de la palabra y la melodía de la emoción. Si todos esos elementos combinan, no te dolerán los pies, no notarás el cansancio, no querrás dejar de bailar. En el momento en el que notas una lastimosa monotonía o te sales de la historia, se acaba la conexión, y, por ende, la pasión.

Julián, mi marido, compartía similitudes con Bernat. Ambos fueron seres pasionales, creativos y con un carisma singular, pero se diferenciaban en el rasgo que dignifica o deshonra al ser humano: el egocentrismo. Julián solo hacía algo por los demás si obtenía recompensa. No hacía favores sin efecto bumerang. No se sacrificaba por nadie en balde. No conectaba con las necesidades de los demás. Sin embargo, Bernat ha sido el ser más desprendido que he conocido en toda mi vida.

Mis hijos adoraban a su padre, aunque Nándor se frustraba cuando sufría la miserabilidad de sus actos. Edvárd, mi hijo mayor, heredó el nombre de mi abuelo y, al igual que él, pasaba por alto cualquier afrenta. No reaccionaba a la defensiva. Hacía como si nada. Era sorprendente la naturalidad con la que sobrellevaba los tejemanejes de Julián. Ni se inmutaba. Tenía tan aceptado ese tipo de comportamiento, que no traspasaba la órbita de su cuerpo. Eso sí, nunca se dejaba engatusar por sus armas de persuasión. Lo miraba,

sonreía y seguía su camino. Solo lo vi alterarse en una ocasión. Un momento que marcó un antes y un después en la vida de todos.

Edvárd tenía dieciséis años. Julián exponía sus esculturas en una galería con renombre del centro de la ciudad. Llevaba tiempo esperando una oportunidad así. En la mayoría de las casas son las mujeres las que necesitan más espacio para guardar sus enseres. Raro es el hombre que acumula más ropa, más zapatos, más complementos o más ropa interior que su mujer. Julián me doblaba e incluso triplicaba en fondo de armario. Su necesidad de innovar se iba multiplicando por días y, en aquella ocasión, tenía que mostrar su mejor yo. No bastaba con presumir de su arte. Necesitaba exhibirse. Quería impresionar a su público con su estilo, con su ropa, con su ego, con todo su ser. No había nada más importante para él.

Edvárd se encontraba en pleno proceso de ebullición, rompiendo la barrera que separa la infancia de la adolescencia. Su cara se pobló de granos, su cuerpo comenzó a cubrirse de un pelo recio, su voz se volvió tosca y su carácter agrio. Era curioso el proceso de metamorfosis en el que estaba atrapado. Mi bebé desaparecía en cuestión de semanas para convertirse en un ser desconocido para mí. Lo único que me conectaba con lo ya conocido eran sus ojos, su mirada angelical. Recuerdo aquella época con angustia, todo iba tan deprisa. Mi hijo iba perdiendo sus señas de identidad para convertirse en alguien que te sacaba de quicio al subvertir las normas. Se alejaba unos pocos metros y cambiaba su perspectiva. Sus mensajes aparentemente arbitrarios hacían que cualquier situación, por propicia que fuera, resultase un campo de minas en mis entrañas. Ninguna representación de la realidad se entiende sin su concepto, sin nuestra percepción cotidiana, sin la experiencia que acumulamos o sin la idea de todo aquello que es real para uno, y su realidad distaba mucho de la mía. Su bello rostro proyectaba una mirada inquieta que se dirigía hacia otro lado cuando alguien la atrapaba. Me costaba alcanzar su temporalidad, fijar el prisma con el

que simbolizaba sus desconcertantes sugestiones mágicas. Era difícil que se expresara sin violencias por el camino de las intimidades.

—¿Se puede saber dónde está mi camisa? —bufó Julián mientras se peleaba con el armario.

—¿Cuál de ellas?

—¡La de topitos rojos!

—Mira en la secadora —le dije en un tono de hastío.

—¡No puede ser!

—Claro que puede ser —susurré—. Te dije el otro día que Adela no podía venir en dos semanas.

Adela era la señora que nos ayudaba a limpiar. Venía a casa dos veces a la semana y aliviaba mucho la carga de tareas pendientes.

—¿Y quién se encarga de la organización de la casa mientras tanto?

—Mary Poppins. Viene volando con su paraguas todos los días, ¿no la has visto?

—No estoy para sarcasmos —increpó.

—Ponte otra camisa.

—Gracias por la ayuda, no había caído.

—De nada.

—También puedes ir sin camisa, seguro que llamas más la atención —se le oyó decir a Edvárd desde su habitación.

—Y sin pantalones —añadí yo.

—Gracias, familia, por el apoyo.

—Venga, si quieres te la plancho en un momento —claudiqué de forma compasiva.

—No necesito tu misericordia, ya sé que sabes planchar muy bien. Tuviste un entrenamiento merecido.

Julián estaba nervioso. No solía faltarme el respeto, aunque a veces desafinaba. En condiciones normales el mundo giraba a merced de sus necesidades, pero cuando su reputación peligraba, tiraba del universo entero. No hay peor salida que la de anticiparse a

la gracia final del chiste discordante, y su mezquindad engrosaba el ego que iba en dirección opuesta a compensar ese impulso.

—Sabes que eso no ha tenido gracia. Espero tus disculpas.

Se hizo un silencio.

En ese momento vi pasar a Edvárd por el pasillo, enérgico, a velocidad de flecha. Yo estaba en mi despacho terminando de cerrar lo que tenía entre manos y no me apetecía iniciar una discusión. Las plantas de los pies de mi hijo conectaban con el suelo mientras parafraseaba su propio discurso en silencio. Un discurso que compartía a través del retumbar de sus pasos. No solía hacerle frente a Julián, pero sus hormonas no estaban sometidas al poder de la razón. Todavía asomaban a ras del suelo las puntas de la tierna infancia, pequeñas y aún débiles. Me costaba asimilar que en pocos meses se irguieran firmes, altas y amenazantes hasta convertirse en el hombre que aún no alcanzaba a ver.

Cuando Edvárd nació todo cuanto había vivido empezó a tener sentido. Por un instante pude retener lo más fugaz de los seres que habían permitido que aquello ocurriera. Seres que se me hicieron visibles. Seres que se me presentaron a los ojos de inmediato, porque al desaparecer, dejaron la huella de una pacífica ausencia. Una ausencia que se instalaba en aquel ser con aroma a vida recién nacida. Sus rasgos, también recién hechos, le daban forma al amor que lo engendró. Dos mortales que le dieron memoria a aquello que sintieron. «¿Cómo he podido hacer algo tan perfecto?», pensé. Cuando las mujeres gestamos a nuestros hijos no realizamos un esquema previo, no planificamos sus facciones, no elegimos sus rasgos, no tallamos las curvas de sus pequeños cuerpos, no decidimos si van a ser o no empáticos, solo les transmitimos amor. Un acto del que se encarga la naturaleza en su más pura esencia, no hay lugar a manipulación. Mientras dormimos, paseamos o trabajamos, creamos sus esqueletos, sus manos, su olfato... Una

fuerza superior se encarga de tejer el misterio, aunque a través de la percepción sensible se nos haga evidente lo cotidiano con lo mágico. Al ver a Edvárd por primera vez, desprovisto de atributos que solo sirven para aparentar todo aquello que no somos, desnudo, en su justa dimensión, me estremecí de gozo. En pocos segundos fuimos capaces de crear un lenguaje de caricias que nos comunicaba a la perfección, un jeroglífico que solo nosotros éramos capaces de descifrar desde la sensibilidad más primitiva. Creábamos nuestro el mensaje y lo convertíamos en un símbolo. En sus ojos se reflejaban los ambientes más cotidianos que había transitado, mis recuerdos, mis viajes, la nostalgia de un pasado recordado con cariño en los que estaban presentes mis seres más próximos, unas veces de forma casi física y otras evocadoras.

—¿Se puede saber qué haces ahí parado? Lo que me faltaba. No tengo tiempo para tonterías.

—No son tonterías, papá.

—Tengo prisa. No puedo entretenerme ahora —bufó Julián a la defensiva.

—¿No le vas a pedir perdón a mamá?

—No estoy para perdones ahora —replicó con tono despreciativo.

—Puede que la hayas ofendido. ¿No te lo has planteado?

En ese momento una fuerza telúrica me impulsó a acercarme al epicentro de la conversación. No era habitual que Edvárd se enfrentara a su padre. Su sentido del respeto atenazaba a veces su capacidad de expresión. Crecí rodeada de una tensión incómoda, temerosa, amenazante. Una angustia que formaba parte de mi existencia con independencia de mí. Por encima de todo, no quería que mis hijos vivieran en ese mismo ambiente, razón por la cual me obligué a crear canales de comunicación basados en la sinceridad y el sentido del humor. No podía permitir que vivieran en el conflicto del que yo misma hui.

Me acerqué sigilosa, sin querer irrumpir en algo que había empezado Edvárd y que probablemente él mismo quería terminar.

—¡Nadie entiende que es un día muy importante para mí!

—Todos los días tienen su importancia, papá.

—Todos los días no son igual de importantes.

—Lo más importante es lo que pasa dentro de casa.

—No me vengas con palabrería barata y déjame terminar, que tenemos que salir en media hora. Por cierto, ¿tú vas a ir así?

—Yo no voy a ir a ningún lado hasta que no le pidas disculpas a mamá —señaló con firmeza.

—No hace falta que vengas, no te preocupes.

—Debería ser importante el hecho de que no vaya, ¿no crees?

—Eres tú el que no quieres venir.

—Eres tú el que estás ignorando mi presencia, pero da igual, lo entiendo. Al fin y al cabo, no soy tu hijo.

En ese momento sentí el impacto de un golpe seco en mi pecho. Esa frase me rompió el corazón en mil pedazos. No lo había escuchado nunca decir algo así. Estaba sujeto a cambios internos, enfadado con el mundo, más sensible de la cuenta, pero no sabía que tenía aquello guardado. Me agarré al quicio de la puerta con fuerza para no caerme. Me temblaban las piernas. No sabía cómo reaccionar.

Pasaron quince largos segundos. Demasiado tiempo en silencio.

—Lo siento —dijo arrepentido.

Y aquella frase me dio un resuello de vida.

Los sentimientos que Edvárd compartió sonaron a penosos secretos aireados.

—Cariño, ¿estás bien? —susurré.

La voz me temblaba a la vez que las manos, que en un instante se tornaron frías. Edvárd asintió con una mueca de agrado que escondía algo. Algo que había elegido aquel momento para salir del tintero en el que llevaba años esperando. Algo que necesitaba ser

contrastado: el cariño de su padre, la veracidad del cariño de su padre. Julián se quedó paralizado. No le salía el movimiento del cuerpo. Edvárd salió corriendo hacia su cuarto.

Tres años antes nos vimos obligados a contarle lo que le ocurrió a su padre. Al no haber alcanzado la madurez suficiente como para encajar el origen de sus raíces, decidimos esperar. Deseaba con todas mis fuerzas compartir con él esa parte de su historia y, debido a circunstancias ajenas al plan elaborado, las cosas se precipitaron. Una llamada de teléfono a destiempo desbarató el orden natural de un proceso al que le arrebataron la cadencia del pasado.

Julián soltó la ropa que llevaba en las manos, me miró con pupilas de pánico y salió corriendo hacia Edvárd. Era un ser egoísta, pero quería a sus hijos, a su manera, como todo lo que hacía. Al rato, salieron con aires de reconciliación en sus maneras y esa imagen me permitió llenar mis pulmones de aire de nuevo. Julián se me acercó, me dio un beso tímido en la mejilla y se disculpó.

—Ya retomaremos esta conversación, ¿de acuerdo? —añadió.

Asentí reteniendo el aire para que no se me escapara.

La galería en la que Julián exponía su obra era nueva para mí. Me había hablado mucho de ella y, según contaba, era una de las que más caché tenía en los últimos tiempos en Barcelona, la ciudad en la que vivíamos. Su última exposición tuvo lugar en la Cours Honoré d'Estienne d'Orves, en Marsella, en una galería dirigida por la misma persona que gestionaba la galería en la que exponía aquel día.

La tarde lucía misteriosa. La oscuridad se deslizaba por el cielo y por el aire vacilante empapando cualquier superficie con un húmedo rocío que vaticinaba invierno. Las luces traseras de los coches titilaban envueltas en humo. Los transeúntes seguían su curso. No solíamos acompañar a Julián en familia a sus exposiciones, aunque casi siempre acudía alguno de nosotros, a destiempo, como un

visitante más. En aquella ocasión tenía un interés especial en que fuéramos todos.

—Papá, ¿esto cuánto va a durar? Tengo un examen mañana —replicó Nándor.

—Os avisé la semana pasada para que no hubiera problemas.

—Ya, pero no me he acordado, la verdad.

—Nándor, ¿cuántas veces te he dicho que los exámenes hay que ir preparándolos día a día? —advertí.

—Muuuchas.

—Pues si has seguido mi consejo, mañana no deberías tener problemas.

—He seguido tu consejo, mamá. Solo tengo que repasar.

—A la vuelta repasamos. No te preocupes —añadí.

Julián no se sentía acompañado. En el fondo me daba pena que en momentos así no recibiera el apoyo de su familia, pero se lo había ganado a pulso. Él tampoco estaba presente en las ilusiones de los demás. Quería a sus hijos, pero no los cuidaba, de eso me encargaba yo. No iba a los partidos de baloncesto de Edvárd, no acudía a las tutorías del colegio, no les compraba la ropa de temporada, no se preocupaba de que sus cartillas de vacunación estuvieran en regla, sencillamente dormía en casa. Los quería, no me cabe duda, pero no participaba en sus rutinas.

La galería estaba situada en el barrio gótico. Aparcamos en un *parking* subterráneo y enfilamos el Carrer del Bisbe hacia arriba dejando atrás la Plaza Sant Jaume. Al callejear me agarré del brazo de Edvárd para sentirme cerca de él. Todavía no habíamos podido hablar de lo ocurrido y necesitaba mostrarle mi cariño. Julián iba solo, a unos metros de nosotros. Tenía prisa por llegar. Volvía a situarnos fuera de su círculo. Volvía a independizarse, como de costumbre.

—¡Qué bonito! —exclamé al entrar en la galería.

—Ahora vengo —anunció Julián, aparcándonos definitivamente.

Se trataba de una casa antigua reformada. La fachada conservaba su estructura arquitectónica, así como el forjado de sus balcones. Tenía tres plantas y un patio central que destacaba por los helechos, los agapantos y las cicas, que lucían radiantes. En el centro del patio había una fuente activa con forma de concha que te retrotraía a los orígenes de aquel lugar y el suelo también conservaba el mosaico compuesto de teselas policromadas de vidrio de diferentes tamaños que representaban figuras geométricas de aire bizantino. Aquel patio no había sufrido el paso de los años. Se mantenía intacto. Por suerte, no lo tocaron.

Cuando ves una obra conocida en una exposición sientes cómo tu intimidad se hace pública y lo que allí se exponía formaba parte de mi intimidad. Las esculturas que Julián llevaba meses trabajando le daban vida a aquella desnuda casa.

Julián había heredado varias propiedades y había instalado su estudio en una de ellas. Un apartamento situado en El nuevo Raval, barrio céntrico con calles llenas de carácter y una atmósfera que huele a arte. Yo no solía visitar aquel estudio, pero, cuando iba, lo veía ordenadamente desordenado, como la cabeza de su dueño. Daba la sensación de ser un taller vivo, pero al mismo tiempo parecía un museo antropológico lleno de chismes en su mayoría inservibles. La pátina decadente que lo envolvía delataba la falta de sensibilidad de la que a veces alardeaba Julián. No se preocupó por darle un toque decorativo. Apenas se limpiaba, sin embargo, obedecía a ciertos caprichos de su personalidad al mezclarse con el lenguaje de sus sueños. Un claro reflejo de su interioridad.

La obra de Julián no se cristalizaba desde lo profundo del sentimiento. Por alguna razón, predecible para mí, aparentaba lo que no era. Al darle forma a sus obras, no se recreaba en el detalle de los significados de la combinación entre la materia y la inspiración de la materia. Significados que cobran vida a través de las manos

del alma, siendo esas manos las herramientas para desarrollar el lenguaje interno de un escultor. Su trabajo se proyectaba desde la masa gris del cerebro. No permitía que las imágenes retenidas de forma arbitraria en el inconsciente o en la memoria se fundieran con la realidad más vívida. Su mundo era el tangible, no se paraba en los enigmas, en las sombras ocultas, en las dobleces, en los ángulos adyacentes, sin embargo, destacaba por la perfección que sus trazos imprimían. En la superficie de sus obras no faltaba una tilde. Su mirada estaba más en la piel que en la vida que palpitaba debajo de esa piel.

—Anna, quiero presentarte a Sonia, la directora de la galería.

—Hola, Sonia, encantada. Por fin te conozco. Julián habla mucho de ti. Debe ser que eres una buena profesional.

—Gracias. Yo también tenía ganas de conocerte. A mí también me ha hablado mucho de ti —añadió con una lastimosa monotonía en sus palabras.

—Estos son mis hijos, Edvárd y Nándor. Como puedes ver, dos hombrecitos ya —tildó Julián forzando su papel como padre hasta provocar la estampida de ambos.

En ese momento alguien interrumpió la conversación para llevárselo del brazo. Estaba por allí el concejal de Cultura de la ciudad y quería conocerlo.

—Puedes ir con él también si quieres. Yo sigo mi ruta de visita —le dije a Sonia.

—La tarde es larga, no te preocupes. Ya he hablado con el concejal hace un rato. Si me permites, me gustaría enseñarte la galería.

Los ojos de Sonia delataban una nutrida pero vacía historia antropológica. Sus facciones eran caucásicas, pero en su mirada se podía ver la huella oriental de la que procedía. Usaba el carisma que atesoraba con maestría. Cual pantera dominante, hacía sentir bien a los demás. Siempre a la conquista de lo extraordinario, sobre todo en el género opuesto. No le hacía falta saber qué necesitaba su

presa para satisfacerla. Su atractivo era otra de sus armas. Su pelo negro, recto, liso y con poco volumen, también de origen asiático, le daba el toque de elegancia que toda *femme fatale* necesita. Sonia era una mujer imperturbable, calculadora y básicamente insensible, pero he de reconocer que también era tentadora e irresistible.

La obra de Julián compartía espacio con la de otros artistas. Se podían ver cuadros, tapices y algún que otro objeto sin sentido aparente.

—Hay estilos muy dispares. Me gusta —apunté dejándome llevar por la situación del momento.

—La mezcla de estilos puede convivir en armonía, ¿no crees?

—Sí, al fin y al cabo, enriquece el resultado final, no me cabe duda.

—No creo que haya que tenerle miedo al impulso de incorporar algo lo suficientemente rompedor para dar vida y fuerza al espacio que pretendes manipular —marcó en medio de un discurso versado.

—Aunque las mezclas eclécticas también tienen sus riesgos.

—En mi opinión, potencian la fuerza visual de un espacio que puede pecar de frío e impersonal al desnudo para convertirse en un ambiente único a la vez que confortable. La creatividad es una de las reglas de oro de todo buen galerista —añadió con una gélida sonrisa.

—No está mal. Has conseguido que un espacio meticulosamente planificado pueda parecer un caos desorganizado. Enhorabuena.

—Así es. Cuando los visitantes pasean por las diferentes estancias buscan un contrapunto interesante. En general, nos sentimos mejor en espacios con elementos que contrastan, nos gusta que nuestras miradas se sientan atraídas de forma inmediata. Las sorpresas nos atrapan. Nos sacan de la rutina.

—Estoy de acuerdo, pero es importante que esa mezcla no resulte rebosante. Nos atrae la profundidad visual, pero no debemos olvidar la calidad táctil de las diferentes estructuras que desafían esa

interacción de la que hablas. En mi opinión, cobra especial importancia el equilibrio entre los elementos que se exponen. Cada uno tiene su sitio, ¿no crees? —devolví la pregunta mientras recorríamos cada una de las estancias.

—Por eso mismo he intentado crear un oasis acogedor. Si te fijas, la exposición comienza con texturas ásperas, porque las suaves generan una sensación más elegante, pero también tienden a crear entornos más fríos. Me he preocupado de crear un hilo conductor que una a todos y cada uno de los elementos. Puede ser un color, un motivo, una estructura. También puede ser cierta forma. No hay sala en la que no encuentres algún detalle que capte tu atención.

—Por cierto, ¿qué te parece el trabajo de Julián? —pregunté sin dejar que me intimidara con sus encantos.

—¿Me preguntas si me gusta?

Sabía perfectamente a lo que me refería.

—Pues sí —aclaró desafiante—. Las superficies que trabaja son limpias, tersas, puras, se ciñen a la forma que tiene prevista tallar. Sabe escoger la materia y convertirla en lo que tiene pensado. La obra de Julián me atrae. Merece ser conquistada.

—Pues… adelante. Toda tuya —cerré con toda la frialdad que pude.

Capítulo 6. Mellett

Se sentó sobre su lecho de muerte...

El día amaneció oliendo a café y a pan tostado. Gato merodeaba por mi habitación y su ronroneo me despertó. Mascullaba algo ininteligible. Era mi primera noche en su casa. Lo localicé encima de una encimera, en alto. Podía confundirse con un objeto de decoración. Su aspecto de gato callejero me recordaba a mí misma. Ambos compartíamos la misma procedencia: la calle. Me miró con una mirada inescrutable. No sabía si me daba los buenos días o si me recordaba que aquella no era mi casa. Puede que fuera mi propio sonido interno el que le daba una lectura equivocada a sus señales. Mientras decidía levantarme me preguntaba qué iba hacer, cómo iba a organizar mi día, mi semana, mi vida. Me sentía atrapada por un sueño caduco que le daba paso a la agitación. Gato lanzó una protesta tibia que me impulsó a levantarme. Creo que me azuzó para que no me quedara atrás. Aquel ser me llevaba ventaja.

—¿Qué tal has dormido?

—Bien. Gato ha ido a despertarme.

—Qué metomentodo. Es el dueño de la casa.

—Ya veo.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —me preguntó Bernat.

Esa pregunta me descolocó. Su hoy no era mi hoy. Su hoy era un hoy abierto al descubrimiento sin el desconcierto que genera el no tener las cosas claras. Su hoy era un hoy seguro. Mi hoy me lanzaba a un vacío sin red, a la crónica de una vida que empezaba a tejerse desde la nada.

—Bueno, no te preocupes, déjalo en mis manos. Ya tendrás tiempo para organizarte a partir del lunes —apuntó, acallando mis miedos—. Por el momento, ve preparándote. Nos vamos de excursión.

La idea no me disgustó, al fin y al cabo, me venía bien conocer la isla que iba a habitar y con quién mejor que con alguien como él.

—¿Sabes que esta mañana me ha llamado mi hermana para decirme que le está preparando una fiesta sorpresa a mis padres? No entiendo esta moda de las fiestas sorpresa —me dijo mientras organizábamos las mochilas.

En ese momento sentí la soledad que transmiten los hermanos que no tienes. En la casa más próxima a la mía vivía un matrimonio con siete hijos, cada uno de ellos diferente. Era curioso observar la disparidad que existía en cuanto a caracteres, porque físicamente eran todos iguales. Todos bajitos, morenos de piel y con facciones similares. Se parecían a la madre. El padre, el señor Akos, siempre viajaba con un maletín a cuestas en el que almacenaba un muestrario de joyas de segunda mano. Compraba y vendía baratijas y algunas que otras oportunidades. En una ocasión pude ver lo que allí escondía. Mi amiga Dorka, la cuarta hija empezando por arriba, me cogió un día de la mano y me encerró en el dormitorio de sus padres mientras su madre, que era costurera, le probaba una chaqueta al señor Akos. Aquella mujer siempre iba con su acerico en la muñeca, con un alfiler en la boca e hilachas colgando de todos lados. Dorka quiso compartir conmigo uno de sus secretos. A veces me ayudaba a comprender lo que se siente al tener un hermano. Siempre estaban discutiendo, pero había cariño entre ellos. Nunca he podido compartir miserias con un hermano ni volcar mi rabia ni sentirme comparada. Nunca he podido forjar el cariño desde una pelea ni tener un referente ni compartir experiencias familiares. Nunca podré sentir la cándida sinceridad que te transmite un hermano. Los hermanos pueden ser diferentes, no coincidir en

gustos, pensar de forma contraria, pero, aun así, siempre serán hermanos.

—A mí me parece algo bonito.

—Sí, si no digo lo contrario, pero últimamente se está convirtiendo en una competición esto de las fiestas sorpresa. Todo el mundo organiza una fiesta sorpresa y no veo la necesidad.

—¿Te han hecho alguna vez una fiesta sorpresa?

—Sí, en una ocasión. No están mal, pero ya están perdiendo su encanto, con tanto abusar de ellas.

Sé que no me devolvió la pregunta porque sabía la respuesta. Su inteligencia lo dotaba de la justa prudencia.

—También debe ser bonito tener hermanos —añadí dejando entrever mi frustración.

—Cuando eres pequeño sientes un amor-odio descompensado hacia tus hermanos y creo que ese sentimiento parte de una fuente de frustración o ambición continua que nos obliga a sacar lo peor de nosotros mismos. Algo de lo que, sin duda, puedes recoger una futura cosecha si no te dejas atrapar por tu ego, claro.

—Hay mucha gente que no valora el hecho de tener hermanos.

—Claro, hay tantas cosas que no valoramos, sobre todo las que tenemos… —añadió—. Bueno, ¿estás preparada para conocer Menorca? —preguntó con entusiasmo para recuperar la alegría que habíamos dejado atrás mientras se ataba el cinturón de seguridad para iniciar la ruta aventurera.

—Claro —asentí devolviéndole parte de ese entusiasmo.

No sé quién estaba más ilusionado, si él o yo. Las prisas por enseñarme la isla que lo tenía encantado lo atropellaban. No hacía más que hablar de los sitios que íbamos a visitar y, mientras tanto, yo me dejaba engullir por la vida tranquila de problemas amortiguados en la que parecía vivir.

La primera parada la hicimos en Mahón. Recorrimos el centro histórico en coche, y cuando ya lo teníamos bien situado, aparcamos

y entramos en el mercado del Carmen. Había muchas tiendecitas para turistas, y a pesar de negarme en rotundo, Bernat me colmó de regalos. Compró un sombrero de paja, unas abarcas, un par de bikinis, varios vestidos playeros y unas gafas de sol. Según me dijo, la indumentaria necesaria para vivir en Menorca.

No estaba acostumbrada a consumir, y a día de hoy, sigo sin estarlo, sin embargo, Bernat disfrutaba del dinero a su antojo, le daba un significado diferente, lo utilizaba para su disfrute y el de los demás. Era más importante la felicidad que le aportaba, que su valor en sí, algo que parece obvio pero que dista mucho del motor que mueve el planeta Tierra. No he conocido a nadie que realzara tanto el sentido festivo de las cosas. Gozaba de una vida plena sin el sentido próspero ni el concepto de pertenencia de lo que nos rodea. Se alimentaba de una autenticidad exenta de artificio, libre de cargas. Su naturaleza desprendida le permitía reírse del capitalismo y sus artimañas. La mayoría de la gente consume objetos, alimentos, ideas. Bernat consumía felicidad.

La siguiente parada la hicimos en Cala Mesquida. Quería que conociera una playa en su versión más básica, con su arena, sus bañistas y el romper de las olas, aunque Menorca no es una isla que destaque por un fuerte oleaje. Nos recorrimos Menorca en lo que dio de día.

—Un día vamos a hacer un vivac —me dijo de camino a los acantilados de cala Morell.

—¿Qué es un vivac?

—Es una acampada, solo es eso. Me gusta pasar la noche al aire libre con un simple saco, a la luz de las estrellas.

—¿Es como un *camping*?

—Nooo, en ningún sitio de la isla te permiten acampar con tienda o hacer un fuego. Es algo más básico. Algo más primitivo. Algo tan sencillo como dormir en la playa.

—Me gusta la idea. Nunca he dormido a la intemperie.

En algún momento de la tarde le propuse algo que le sonó extraño a razón de la expresión de su cara: visitar un cementerio. En Hungría vivía prácticamente dentro de uno. Mi casa estaba situada en la linde del cementerio de mi pueblo.

—Estoy acostumbrada a los cementerios, y aunque al salir de mi casa me hice la promesa de no visitar ninguno más, tengo que reconocer que me atraen. Al fin y al cabo, han formado parte de mi vida —añadí pensativa.

—No había conocido a nadie que viviera tan cerca de un cementerio.

—Imagino que no es lo normal —carraspeé algo nerviosa—. Cuando era pequeña me llevaba las horas mirando por la ventana de mi dormitorio.

—¿Y qué observabas?

—La vida después de la muerte.

—¿Vida en un cementerio?

—Desde mi ventana se podía ver la vida de un camposanto, así es. Se cuelan mendigos, drogadictos y delincuentes para ocultarse entre las tumbas. ¿Sabías que la palabra «cementerio» significa dormitorio según los griegos? —le pregunté haciendo alarde de mis conocimientos—. Dicta la creencia cristiana que los cuerpos duermen en estos lugares hasta el día de la resurrección. Otras religiones, sin embargo, lo asocian a un sueño eterno, y alguna otra, al sitio en el que depositamos el cuerpo físico que habitamos en este «viaje de la vida». Cuerpo del que nos desprendemos.

—Interesante.

—Me gustaba mirar a través de la ventana de mi dormitorio y de vez en cuando lo visitaba, con mis amigas, eso sí.

—Un poco macabro eso de merodear por los cementerios.

Era relativamente fácil entrar en el cementerio de mi pueblo a tenor de los escasos dos metros de muro que franqueaban el paso a su interior y a sus secretos. Aquel submundo formaba parte de mi

vida, de mis despertares, de mis noches. Formaba parte del paisaje que se descubría tras mi ventana.

—Ni te imaginas la de historias que hay acumuladas alrededor de los mármoles, las piedras o los hierros en los que ves grabadas miles de historias de amor o amistad en medio del silencio.

—Los epitafios suelen ser muy parecidos, ¿no crees?

—Cómo se nota que no has entrado mucho en los cementerios. Si examinas bien el contenido de los grabados puedes llevarte alguna que otra sorpresa.

—Imagino. No he tenido la oportunidad de revisar esa inmensa variedad de dedicatorias. Quizá algún día —dijo en tono de mofa—. Por cierto, ¿qué tipo de historias has vivido?

—Una vez mis amigas me convencieron para entrar a jugar a la ouija, de noche.

—¿En plena noche cerrada?

—Sí. No se puede ser más inconsciente —increpé en señal de desesperación tapándome la cara con las manos—. Kuna siempre fue muy temeraria. Sacaba nuestra parte más bárbara. Como ves, no todo el mundo entra en los cementerios para despedir a sus seres queridos.

—Nunca entraría en un cementerio para contactar con espíritus.

—Hay personas que también entran para grabar sonidos extraños y cosas así.

—Algo he leído —asintió.

—También entran para desenterrar a los muertos, celebrar ritos extraños..., satánicos, creo que se llaman.

—Pensaba que eso solo pasaba en las películas.

—No creas. Ya te he dicho que montamos una sesión de ouija dentro de un panteón.

—Qué insensatez —dijo con mirada burlona—. ¿Y qué? ¿Contactasteis con alguien?

—Ya lo creo. El vaso que utilizamos comenzó a moverse a la desesperada. Tanto es así, que salió disparado.

—Seguramente lo movíais por sugestión.

—Puede ser... —susurré con cara de desaprobación—. Pasamos mucho miedo. No volvimos a repetirlo.

Bernat vivía ajeno a un lugar en el que ya no hacía falta la luz ni las ventanillas de reclamaciones ni los aeropuertos. Un lugar lleno de recuerdos del pasado que puedes escuchar si prestas la atención debida. Un lugar instalado en el pasado, sobre todo en el pasado.

Siempre me ha gustado pasear por los cementerios, sentirme acompañada por el sonido de unos pájaros que cobran protagonismo, dejarme guiar por la elegancia de los cipreses que custodian las calles, advertir el crujir de las piedras del camino. Desde mi ventana observaba las despedidas. Familias enfiladas caminando detrás de un sueño frustrado, un giro imprevisto, una tragedia, una separación. Vestigios de un pasado que llegaba a su fin. Desde mi ventana observaba las despedidas, pero también las llegadas. No quise entrar en detalle en la conversación con Bernat, pero tras aquella ventana no solo se veían familiares despidiendo o visitando a sus seres queridos, no solo veía miserables delincuentes, también veía a los muertos, o al menos, es lo que creo. Al principio no era consciente, pero cuando vi al señor Balog caminando junto a su familia en su propio entierro, me di cuenta. Fueron muchas las ocasiones en las que las personas fallecidas se acercaban a mi ventana y se quedaban mirando. Me pedían algo, me llamaban, solicitaban mi ayuda, pero pasaba tanto miedo, que decidí bajar la persiana de forma definitiva, a pesar de la atracción que sentía por aquel lugar. Los cementerios son sitios impasibles a los cambios. Se respira una paz confusa, aunque puede que esa paz no exista, quizá sea la extravagancia de mi memoria.

Capítulo 7.
On, en, ön

En ese eterno silencio…

No necesitaba que mi abuelo llamara a la puerta de mi casa para saber que había llegado. Tenía perfectamente identificado el sonido de su moto, y cuando no lo escuchaba por alguna causa, tiraba alguna piedrecita a la ventana de mi dormitorio en señal de aviso. No le gustaba entrar. Prefería no cruzarse con mi padre. A decir verdad, nunca entró mucho en casa, pero desde que falleció mi madre, nada o casi nada. Venía a verme a menudo. Me traía comida, libros, algún que otro regalo... cualquier cosa le valía como excusa para verme, aunque yo sabía que había otro motivo. Intentaba protegerme, vigilar los pasos de mi padre. No se fiaba de él.

Mi padre no era mucho de hablar. Fue un hombre sin cultura, sin capacidad de escucha, sin sensibilidad aparente. Tengo muy pocos recuerdos agradables de él. Mi presencia le pasaba desapercibida, le resultó tan efímera como un rayo de sol en una tormenta cerrada. Siempre he pensado que me odiaba. Su mirada de indiferencia reflejaba el vacío de una psique que no abarcaba más que a satisfacer sus necesidades más básicas, como comer, dormir y beber, y no precisamente agua. Me trataba con desprecio, sin respeto, con rabia. El mero hecho de cruzar la linde de su autoridad le daba derecho a darme un manotazo. Mi madre lo cuidaba. Por encima de todo, lo cuidaba. Veía una luz en él que nadie apreciaba. Yo no entendía el amor que le profesaba, tenía claro que no merecía su

compasión. Tampoco la trataba bien. Ella no quería que yo sufriera. Intentaba protegerme invitándome a desaparecer en el momento en el que él llegaba. Me miraba y anunciaba su llegada con ojos de miedo, pero lo hacía con una ternura especial, como sin querer que me percatara de algo que chirriaba a pesar del silencio. Siempre decía que era buena persona. Se le llenaba la boca al contar anécdotas de cuando eran novios. Le hablaba con cariño, con templanza, aunque su voz encerraba un dejo de súplica que llamaba mi atención. ¿Por qué se lo permitía todo? ¿Por qué lo seguía queriendo? No he conocido una forma de amor más incondicional.

Cuando mi madre murió estuve un tiempo sintiéndola. La escuchaba, la olía, su presencia me paralizaba. Al principio, no sabía si lo que me pasaba era real o producto de mi imaginación. Con el tiempo, se despejaron mis dudas. Por un lado, eran sensaciones que me consolaban, por otro, me aterrorizaban. Se abría frente a mí una puerta desconocida que escapaba a mi control. Cuando el sentimiento de desdicha me invadía, me acurrucaba en mi cama, cerraba los ojos y pensaba en ella. Al instante, notaba cómo alguien me acariciaba el pelo suavemente hasta llegar a consolarme. Sentía miedo y alivio a partes iguales. La paz que me transmitía aquel gesto me inducía al sueño. Nunca quise abrir los ojos. Me encontraba incapacitada para gestionar aquello que podían ver. Con el tiempo, el miedo fue ganando terreno y ese freno se encargó de cerrar cualquier posibilidad de contacto.

A mi hijo Edvárd le pasaba como a mí. Tenía una conexión especial con la muerte. Cuando era pequeño se despertaba asustado en mitad de la noche. Decía que oía voces. A medida que fue creciendo se fue acostumbrando a tener compañía. Yo le decía que no le diera importancia, que seguramente eran pesadillas, pero en el fondo, ambos sabíamos que no era así. Éramos diferentes a los demás y, aunque no le encontrábamos explicación a esos fenómenos

paranormales, intentábamos normalizarlos. Cuestión de supervivencia.

Edvárd siempre me acompañaba a los funerales. Ambos nos sentíamos atraídos por el momento de la despedida. Yo había conseguido cerrar toda posibilidad de contacto, pero él la había desarrollado. Había aprendido a integrarlo sin participar activamente. Veía a personas fallecidas, las escuchaba y pasaba de largo. No interactuaba con ellas. Tomó la decisión de actuar como mero observador.

Mi casa estaba siempre oscura. Mi madre había sido la encargada de iluminarla, y desde su ausencia todo se tiñó de gris. Los muebles se fueron deteriorando, las paredes cubriéndose de moho, las flores marchitando… o, quizá, simplemente, dejaron de ser sustituidas por otras. Sus manos cuidaron con mimo los rincones de cada estancia. Confeccionó cortinas, colchas de cama, manteles, toallas. Barnizaba las contraventanas en primavera, trataba las vigas de madera del techo para evitar la carcoma, reparaba los desperfectos que iban apareciendo, cocinaba, planchaba... Mi padre no colaboraba en nada, y al quedarnos sin ella, dio por hecho que era yo la que iba a encargarse de la casa. No me gustaba que me tratara como a una criada. Nunca me preguntó cómo estaba, si necesitaba algo, si tenía alguna aspiración en la vida. Solo quería que limpiara.

Los recuerdos de mi madre inundaban la casa. Era lo que me sostenía allí dentro. Su ropa seguía colgada en su armario, sus zapatos guardados en cajas. A veces me los ponía para sentirme más cerca de ella.

Siempre he pensado que nuestra personalidad queda grabada en la horma de nuestros zapatos. Las curvas de nuestros pies le dan forma al empeine, a la puntera, a las plantillas, y en los zapatos de mi madre se reflejaba su estilo. Cuando los miraba la veía a ella. A pesar del tiempo transcurrido, guardaban su esencia. Representaban

equilibrio, orden, calidez, sin embargo, los de mi padre eran un símbolo de irritación, resentimiento y rencor. Sus retorcidos dedos deformaban la piel de cualquier zapato. Sus juanetes le daban un aspecto siniestro y desalmado al cuero. Los zapatos de mi padre eran abruptos, como lo era su mente.

Mi padre no solía hablar mucho, pero cuando bebía más de la cuenta se le soltaba la lengua. Hablaba más de lo debido. Mi madre siempre me decía que nunca le siguiera en una conversación. Ella sí que sabía llevarlo. Había aprendido a no darle crédito a lo que escuchaba sin que se notara. Por el contrario, nunca se me dio bien disimular la antipatía que despertaba en mí. Me costaba pasar por alto sus desplantes y, sin darme cuenta, caía en la trampa. Sabía encontrarme. Disfrutaba provocándome.

—Estos platos están mal lavados —bufó una noche cualquiera mientras trasteaba en la cocina buscando más alcohol.

Guardé silencio.

—Tú sigue así de desastre. No vas a llegar a ningún lado... ¿Se puede saber dónde están las cervezas que había aquí? —gritó señalando uno de los armarios.

—Te las habrás bebido ya —susurré.

Cuando entraba en trance se le desencajaban los ojos. El olor a bodega impregnaba la casa y mi estómago se veía envuelto en una amarga tesitura: la de digerir la bilis sobrante. Se me hacía imposible modular el timbre de enojo que mi voz fraguaba y eso le molestaba.

—¿Qué hacías el otro día? —preguntó sentado ya en su sillón con la mirada desafiante y un botellín en la mano.

—¿Qué día?

—No te hagas la loca.

—No sé a qué te refieres.

—Ibas con tu amiga.

—¿Qué amiga?

—La fresca esa de pelo color zanahoria.

—Se llama Ágnes y no es ninguna fresca —le devolví mirándole a los ojos.

—Ten cuidado con tus modales —advirtió—. No me gustan las niñas que van provocando.

—Yo no voy provocando.

—Tu amiga sí, y si vas con ella, también provocas.

—Te recuerdo que tengo quince años.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que tengo edad para ir como quiera.

—¡Tener quince años no te da derecho a ir como una furcia! —elevó el tono de voz.

—¡Yo no voy como una furcia! —elevé el tono también—.

En ese momento se levantó para dirigirse a mi dormitorio.

—¿Qué haces? ¿A dónde vas? —le pregunté al ver que entraba.

—Esta es mi casa y voy donde me da la gana. Tú no mandas.

Había bebido mucho. Apenas se sostenía en pie. Su cuerpo se zarandeaba como si la casa fuera un buque suspendido en alta mar en una noche de tormenta agitada. Yo iba detrás de él. El hedor que desprendía era cuanto menos nauseabundo.

Ya en mi dormitorio, empezó a pasar sus sucias manos por la estantería donde estaban mis peluches, por las cortinas, por mi pupitre. Fue un momento desagradable. Sentí que violaba mi intimidad con su simple presencia.

—¡No toques mis cosas!

—¿Ves a lo que me refiero? ¿Qué hace una niña pintándose la cara? —preguntó con mi neceser en las manos.

Abrió la cremallera del neceser y lo volcó sin piedad dejando caer lo que había dentro. El suelo se llenó de pintalabios, coloretes y restos de pinturillas varias. Seguidamente, abrió mi armario y comenzó a rebuscar en los cajones. Sus manos tocaron mi ropa interior, su nariz olisqueó mi intimidad, su boca se posó en mis secretos, y mientras contemplaba aquella aberrante escena, me

entraron ganas de llorar, aunque la rabia resultante superaba cualquier otro sentimiento. Mi respiración se agitó. Mis mandíbulas se cerraron a toda presión. Sentía que lo odiaba. Y, de repente, una piedrecita golpeó la ventana de mi dormitorio. Era mi abuelo. Había venido a visitarme.

—Ahí tienes a tu querido abuelo. Un viejo loco que viene a ver a la descastada de su nieta —bufoneó con desprecio.

—¡Deja mi ropa! —le dije con una inquina empapada en veneno.

—¡Esto solo lo llevan las putas! —bufó escupiendo saliva decrépita a la vez que lanzaba prendas por los aires.

El riego sanguíneo se fue concentrando en su cabeza y esa conglomeración de plasma enrojeció su piel. Sus ojos se volvieron saltones. Su rabia crecía de forma exponencial.

En ese momento sonó otra piedrecita golpeando la ventana. Mi abuelo veía la luz de mi dormitorio encendida y se estaba impacientando.

—Te odio.

—Eres una puta, ¿lo sabes? —añadió, acorralándome cada vez más.

Mi abuelo me vio acercarme a la ventana. También vio a mi padre.

—¡No quiero verte más con esa guarra por la calle!, ¡no quiero que te pongas esta ropa de furcia!, ¡no quiero volver a verte con la cara maquillada!

—¡Te odio!

—Ahora sí que me vas a odiar... —soltó con tono amenazante mientras me oprimía el cuello con una de sus manos.

Lo tenía a pocos centímetros de mí. Su aliento a cerveza adulterada me robaba el poco oxígeno que me quedaba. Me estaba haciendo daño. No podía moverme. Las piernas me temblaban. Tampoco podía respirar. Sus ojos me miraban con pupilas asesinas. La sensación de muerte prematura me tenía bloqueada. ¿Quiso matarme? Siempre he querido pensar que no.

A los pocos segundos sentí cómo mi garganta se liberaba.
Caí al suelo.

—Anna, Anna... —decía una voz lejana.

La imagen que vi al despertar del desmayo que sufrí fue la de mi abuelo. Había entrado por la ventana de la cocina, que, por suerte, estaba abierta.

—¿Qué ha pasado? —pregunté aturdida.

—Tu padre ha intentado ahogarte —dijo con ojos llorosos.

—Me duele la cabeza y la garganta.

—Lo siento, cariño —susurró abrazándome.

—¿Cómo has entrado? —pregunté al recordar lo ocurrido.

—Eso no importa ahora. Coge tus cosas. Te vienes a mi casa.

Mi padre estaba tirado en el suelo. Había sangre en la alfombra. Me asusté. Mi abuelo lo había empujado para que me soltara, y al caer, se golpeó con la mesita de noche. Una de las aristas de hierro forjado que la conformaban le hizo una brecha poco profunda en la cabeza, aunque lo suficientemente precisa como para que perdiera el conocimiento.

—No te preocupes por tu padre. Está bien. Solo está durmiendo la mona. ¿No ves cómo ronca? —aclaró mi abuelo al ver mi cara de espanto.

Me consoló la seguridad que transmitía. Cogimos un par de mochilas, metimos todo lo que pudimos en ellas y nos marchamos. A partir de ese momento mi vida cambió de nuevo de etapa.

Es duro pensar que tu padre no te quiere, pero más duro aún es pensar que ha querido matarte. Mi abuelo no quiso hacer leña del árbol caído. Al principio no pudo contener la furia. Lo amenazó con denunciarlo si se acercaba a mí más de lo debido. Recogió el resto de mis pertenencias y me mudé a su casa. Poco a poco, fue calibrando la situación. No quería que cargara con un recuerdo tan

basto y lo que comenzó pudiendo ser un posible asesinato se convirtió en un accidente sin mayor importancia que la de un padre enojado reprendiendo a su hija. Me repetía una y otra vez que su intención no fue la de matarme. Responsabilizaba al alcohol de sus actos, una fórmula que a veces me llevaba a la calma y otras al olvido. Siempre he querido creerme esa teoría, pero algo dentro de mí la descartaba. No recuerdo ni una simple anécdota en la que mi padre ejerciera como tal. Nunca he recibido gestos de cariño ni refuerzo por su parte. Nunca me ató los cordones de los zapatos. Nunca me peinó. Nunca me ayudó a hacer divisiones. Por alguna razón que desconozco, no desarrolló el instinto de protección con el que reaccionan los mamíferos hacia sus crías. Lejos de defenderme ante los peligros, me abandonó a mi suerte, siendo ese un mecanismo que viola las leyes más básicas de la naturaleza. ¿Cómo se puede poner en peligro a un ser al que tú mismo has engendrado? ¿Cómo podemos llegar a vulnerar un instinto tan básico? Preguntas que no he alcanzado a responder.

Al principio no dio señales de vida. Pasaron meses sin que reclamara mi presencia, pero cuando la casa empezó a caérsele encima, solicitó mi compañía de forma insistente. Por suerte, mi abuelo se mantuvo firme. No estaba dispuesto a permitir que me pusiera una mano encima de nuevo. Lo amenazó con hundirle el negocio, con demandarlo, cualquier cosa le valía para mantenerlo lejos de mí.

El mimo con el que me cuidó durante los meses que vivimos juntos me sostuvo. No estaba acostumbrada a pasar tantas horas seguidas entre algodones. Desde que mi madre falleció tuve que aprender a valerme por mí misma, ya que mi padre se desentendió de cualquier obligación que tuviera que ver conmigo, y aunque mi abuelo siempre estuvo a mi lado, aquellos meses de convivencia diaria me colmaron de felicidad. La vida era tan fácil a su lado. Por las mañanas me

despertaba con música clásica y mientras me vestía, me preparaba el desayuno. Cuando no me sorprendía con un zumo de naranja o con una consta de panceta encima de una gran hogaza de pan, lo hacía con un *kürtöskalács* con leche. Seguidamente me acompañaba al colegio. Cuando llegaba de nuevo a casa me encontraba con la chimenea encendida, la comida en la mesa y una sonrisa conciliadora. Por primera vez en años respiraba hogar. Una sensación de amparo me invadía. Me sentía abrazada. Los maestros del colegio me felicitaron por los resultados académicos. Estaba más centrada que nunca. Me cundía el tiempo de estudio. Todo era perfecto, hasta que de nuevo se estropeó. Mi abuelo falleció. A partir de ese momento volví a perder el equilibrio que había alcanzado. Mi padre volvía a estar presente en mi vida y yo volvía a la cruda realidad de la que huía.

—Quiero vivir sola —le dije en el coche al salir del cementerio.

—No puedes. Te recuerdo que eres menor de edad —respondió sin alma.

Mi abuelo me dejó a los pocos días de haber cumplido dieciséis años y, al ser menor de edad, me tuve que ir a vivir con mi padre de nuevo. El día de su entierro se respiraba una calma especial en el camposanto. Mi abuelo se iba de mi lado para yacer bajo tierra. Su cuerpo se descomponía sin posibilidad de rescate. No iba a volver a verlo más. No iba a volver a tocarlo. No iba a volver a disfrutar de sus lecturas, de sus consejos. No iba a volver a sentir el cobijo de su amparo. Había poca gente acompañándolo y a algunas personas ni las conocía. El silencio le daba melodía al rechinar de los pasos. Me encontraba sola, aunque algo me decía que no lo estaba. Me encontraba sola en un mundo que se iba fosilizando por días. Un mundo que no había sido creado para mí. Quería ser feliz, y mientras intentaba no perder la esperanza, el cariño se me resbalaba entre las manos. Todos caminábamos al unísono.

Acompañábamos a un cuerpo inerte, despedíamos a un ser querido. Los pies me temblaban al compás de las manos. Me encontraba ausente y conectada a la vez. Mi corazón latía ráfagas de desconsuelo teñidas de amargura que recorrían cada rincón de mi cuerpo. Fue un momento triste, pero unos extraños lazos me sostenían. Unos lazos hechos de seda y acero.

Mi casa estaba igual que cuando la dejé, o quizá aún más desordenada. El tiempo no parecía haber pasado por allí. Todo estaba en su indeseado sitio. Los cuadros eran los mismos, los muebles no habían cambiado de lugar. Quedaba tan poco de mi madre en aquellos recuerdos. La tristeza había roído la madera, roto las telas, enmohecido los enseres. Desde mi habitación se podía ver la tumba de mi abuelo. Se encontraba más lejos y más cerca que nunca de mí. Lo primero que hice al llegar fue abrir la persiana hasta arriba. Llevaba años a medio abrir. Con mi abuelo allí, le perdí el miedo al horizonte que se erguía frente a mí. Nadie podía hacerme daño. Nadie podía incomodarme. Estaba abierta a encontrármelo. Estaba preparada para seguir escuchando piedrecitas en la ventana.

—Hola, me llamo Eszti —escuché en la oscuridad del pasillo.

—Hola —le devolví sin aliento y con la mirada a media asta.

—No vivo aquí, no te preocupes. Solo vengo a visitar a tu padre de vez en cuando —aclaró asomando su cara.

Continué deshaciendo la maleta sin esmero.

—Siento lo de tu abuelo, aunque según tu padre era un viejo loco.

No levanté la mirada. «A palabras necias oídos sordos», me dictaba mi cabeza.

—Yo también me quedé sin madre con tu edad —masculló masticando un chicle.

Alcé la mirada. El aspecto de aquella mujer era el de un ser ajado por los años. Su piel, coloreada en tonos mate, carecía de

elasticidad. Su pelo lucía encrespado. Llevaba una falda roja que llamó mi atención, unos tacones viejos y una chaqueta dos tallas por encima de la suya que cubría su huesuda silueta. No me gustó lo que vi.

—No te asustes, que no me como a nadie.

Mantuve el silencio. No me transmitía confianza, aunque había algo en ella que me resultaba familiar.

—¡Esa chaqueta es de mi madre! —grité al descubrir lo que era.

—Esta chaqueta es mía.

Y, efectivamente, era de mi madre. Al observarla con más detenimiento fui capaz de identificarla.

—¡Quítatela inmediatamente! —volví a gritar acercándome a ella sin reparo..

—No me la pienso quitar —dictó en un desafío combativo.

En ese momento alguien se abalanzó sobre esa mujer. Era mi padre. Forcejearon durante un rato hasta que consiguió lo que deseaba. No descansó hasta que la chaqueta de mi madre se despegó de aquel cuerpo.

—¡Ni se te ocurra volver a abrir ese armario! —gritó mi padre.

A mí no me quería, pero el recuerdo de mi madre lo atormentaba. No la trató como merecía en vida, pero la lloró cuando falleció. Me agradó ver cómo defendía su legado.

Los días pasaban sin opción al cambio. Eszti nos visitaba más de lo deseado. Me violentaba su presencia. Cuando se metía en el dormitorio con mi padre y me la imaginaba tumbada en el sitio de la cama de mi madre me atrapaban los mil demonios. Sentía que violaba mis raíces, mi propiedad, mis pertenencias. Los recuerdos de mi madre eran sagrados para mí y, a pesar de que mi padre sentía lo mismo que yo, en ocasiones se le olvidaba. El alcohol evaporaba sus principios más básicos.

Yo no quería vivir allí, odiaba todo lo que me rodeaba, pero no tenía a dónde ir. A fin de cuentas, era mejor enfrentarse a mi padre que a la muerte, me decía a mí misma para consolarme.

Cuando cumplí los dieciocho años me propuse un cambio. Necesitaba irme de casa. Me sentía sola y, para tranquilizarme, hacía el sobreesfuerzo de encontrar a mi abuelo a través de la ventana. Necesitaba verlo. Necesitaba sentirlo. Necesitaba encontrarme en sus ojos. No le encontraba sentido a nada. Mi capacidad de ver más allá había mermado, y por más que insistía, no conectaba con lo que me rodeaba. Ya no me ataba nada allí, tan solo la huella de unos vetustos y cenizos recuerdos.

Capítulo 8. Óta

Desde ayer que no respiro…

Sonó el móvil.

—Dime, Gabriel.

—¿Vas a venir a la fiesta de Jubilación de "la Ro", o no? Ten en cuenta que te lo vas a perder y te viene bien desconectar.

—No me apetece, y, además, ya le había dicho a Carmina que no.

—Vengaaa…, que lo vamos a pasar muy bien.

—¿A qué hora es?

—A las ocho. No te preocupes, que yo las llamo para decirles que reserven un cubierto más.

—Mira que eres pesado.

—Te vas a volver vieja antes de tiempo. Después no digas que no te he avisado.

—Mañana tengo guardia.

—Tienes todo el día para dormir.

—No te vas a cansar, ¿verdad?

—No.

—Está bien, escríbeme la dirección del restaurante en un mensaje. Iré.

Llevaba dos años divorciada de Julián. Tengo que reconocer que siempre fue el ser más inmaduro de la casa, ya que paradójicamente la madurez no siempre coincide con la edad que tenemos. Su inteligencia emocional se había quedado estancada a muy temprana edad y sin vistas de desarrollo. No he conocido a un ser más

miserable en lo referente a valores, aunque en el fondo, no era mala persona. Su egocentrismo lo cegaba, era solo eso.

No se me olvida el día que todo terminó. Era nuestro aniversario de bodas y hacía tiempo que no lo celebrábamos. Nunca me gustó dejarme llevar por los insustanciales anuncios de perfume o los sacrificados ramos de flores que todo el mundo regala para demostrarse afecto mutuo.

Julián despertó de buen humor. Se quedó en casa para desayunar en familia. Estaba tan agradable, que bajó hasta a por churros. No era su forma habitual de levantarse. Normalmente salía de casa sin decir ni adiós.

Yo estaba de descanso. Cuando hacía varias guardias seguidas me permitían descansar durante varios días para recuperar el sueño perdido, aunque de poco me servían esos días.

—¿Quieres que vayamos a cenar esta noche? —preguntó con intención de acercarse a mí mientras me servía un café.

—¿Y eso?

—Es nuestro aniversario, ¿no?

—No sé, tú sabrás.

—Nos casamos tal día como hoy, te lo recuerdo.

—Eres tú el que lo pones en duda. No hace falta que me lo recuerdes, gracias.

—El otro día leí en una revista que hay que hacer cosas diferentes para mantener vivo el matrimonio.

—Define «vivo», es más, define «cosas diferentes» —añadí mientras me zampaba un churro detrás de otro.

—Pues no sé, chica, eso, realizar actividades diferentes para no caer en la monotonía.

—¿Y tienes que leerlo en una revista para darle credibilidad a algo tan evidente?

—Estás un poco más sarcástica que de costumbre, ¿no?

—Es difícil hacer cosas contigo. Es difícil mantener algo vivo contigo, Julián. Cuando no estás encerrado en tu estudio, estás de viaje. Me temo que no vamos a poder seguir las recomendaciones que hacen en esa revista, lo siento.

—No tengo ganas de discutir.

—Entonces, no digas memeces, por favor —bufé agachándome para coger la cucharilla que cayó al suelo debido a la furia que iba acumulando por minutos.

Julián tenía la habilidad de sacar lo peor de mí. Me crispaba el vacío de sus palabras.

—Lo siento, me he levantado un poco cansada y sabes que no estoy de humor cuando no descanso —rectifiqué en un intento por serenarme.

—Solo quería invitarte a cenar, Anna.

—Lo sé, pero necesito otras cosas.

—¿Qué cosas?

—Que no preguntes qué cosas, por ejemplo.

Se hizo un silencio.

La cocina empezaba a quedarse pequeña, las buenas intenciones se perdían entre tanto desacuerdo. El café se enfrió. Los churros abandonaron su cálido aspecto para convertirse en objetos compactos. Mi dolor de cabeza subió de nivel en el umbral de tolerancia al dolor. Lo que pudo haber sido un desayuno agraciado pasó a ser lo esperado: un desayuno de tantos.

—Nunca estaré a su altura, ¿verdad? —preguntó clavándome una mirada de contención.

—Si no te importa, prefiero no hablar de eso —respondí en un tono perentorio.

—Es tan difícil contentarte… —espetó.

—¿Lo has intentado alguna vez? Te lo pregunto, porque si es así, te aseguro que no lo he notado.

—Sabes que lo he intentado.

—Al principio igual un poco, pero eso quedó tan atrás…

—Insisto. Es tan difícil contentarte.

—Sin embargo, yo pienso que es más fácil de lo que crees. A veces, con estar es suficiente.

—Justo lo que intentaba hacer invitándote a cenar esta noche.

—No estoy para cenas románticas, Julián, lo siento. Si me das a elegir, prefiero algo menos historiado y más constante —cerré la conversación marchándome de la cocina con una salida fatal, digna de un esquinazo.

Estaba cansada de suplicar atención, sobre todo para mis hijos. Siempre me preocupó que no tuvieran un referente paterno, seguramente por mi historia de vida. Y sobre la base de lo ya conocido, los preparé. Prefería que sufrieran una desilusión a sentir la vasta lesión que provocan las decepciones. Que su padre cambiara era algo posible, aunque poco probable. No me preocupaba que vivieran con esa esperanza, porque con el tiempo aprenderían a frenarla, a ignorarla, a vivir sin aquello que anhelaban. La ilusión de ver a su padre en un partido de baloncesto de la liga del cole, de hacer los deberes con él o el simple hecho de encender la chimenea un fin de semana en la sierra era efímera, pero la desilusión a la que se exponían no les pillaría por sorpresa. Las desilusiones que se sufren por algo que no existe pueden abatirnos, pero una decepción es otra cosa. Una decepción es una certeza que se desmonta, una verdad que se rompe en mil pedazos. Yo sufrí una gran decepción con mi padre, más de una, para ser exactos, y me negaba a que mis hijos vivieran esa misma experiencia. Viví mucho tiempo con la certeza de que mi padre sustituiría a mi madre si a ella le pasaba algo, pero esa certeza se desmoronó con la ligereza que se desmorona un castillo de arena al subir la marea. Mi padre siempre fue un desastre, pero confiaba en la capacidad de transformación que el ser humano posee cuando tiene que adaptarse a situaciones límite. Confiaba en él, en su papel como

padre. Cuando sufres una decepción cuesta construir una certeza nueva, pierdes la confianza, sientes la derrota. La cascada de emociones que me había forjado durante mi niñez seguía su curso. La huella de un dolor así permanece activa a pesar del paso del tiempo.

Después de reflexionar sobre lo ocurrido me sentí mal. No era habitual que Julián mostrara interés por los demás. Me invitó a cenar. Tuvo la iniciativa de celebrar nuestro aniversario, una opción remota dentro de las opciones posibles con las que puedes encontrarte un miércoles cualquiera. Hizo un intento de acercamiento, aunque yo me negaba a ensalzar un simple gesto, a darle un crédito desmerecido a un hecho tan aislado, un hecho que ya estaba más que caducado. No me apetecía pensar. No manteníamos relaciones sexuales desde hacía meses, ¿o eran años?, me daba igual. No éramos capaces de mantener una conversación. Estaba confusa, aunque había algo que sí tenía claro, su presencia comenzó a provocarme rechazo. Su perfume me levantaba el estómago, no entendía para qué lo usaba. Nunca me gustaron los perfumes. Sus uñas encarnadas, sus zapatos, su risa escandalosa. Nada de eso soportaba. Y la pregunta que me hacía a cada momento, ¿por qué seguía con él? Una pregunta que brotaba dentro de mí cuando conectaba con el dolor que provocaba el rechazo que despertaba en mí su presencia. Una pregunta con una sencilla respuesta: por mis hijos. La relación que existía entre ambos pendía de un hilo y ese hilo hilvanaba los retales que mantenían a una familia al borde de un cisma. Mi familia.

El día se desarrolló con normalidad, aunque un sentimiento de culpa singularmente intacto se instaló en la base de mi juicio hasta impedir que pudiera concentrarme en cualquier tarea. Julián se marchó sin despedirse. Se llevó puesta la indignación a razón del portazo que dio. Planteó algo bonito. Hizo el esfuerzo que toda

pareja necesita para no caer en la ruinosa monotonía. Me sorprendió. Recuerdo que me sorprendió. Hacía tiempo que no movía ficha. Dejó de apostar por nosotros para competir consigo mismo. Llegué a acostumbrarme a vivir en una contradicción diaria. Por un lado, mi nivel de tolerancia se nutría de correspondencias difíciles de comprender para una mente normal, por otro, me resistía a permitir que todo acabara. Mi inercia me impidió digerir aquella iniciativa inesperada de forma rápida. Era mejor no pensar, pero los pensamientos emergían y se deslizaban a su antojo dentro de mi cabeza. Hice lo que pude para que salieran a la misma velocidad que llegaban. Me resistía, pero en el fondo sabía que merecía una oportunidad.

Nunca me gustaron las discusiones. Hay personas que llevan las conversaciones a término y Julián siempre fue una de ellas. Siempre me paralizó el impacto del sonido de una voz más alta que otra. Los ojos se me cerraban. Se me estremecía el alma. La respiración pasaba de ser un gesto involuntario a una necesidad consciente. De pequeña, presenciaba discusiones casi a diario. Mi padre buscaba el conflicto, o quizá era el alcohol el causante. Cuando empezaban los gritos me escondía en el trastero y me tapaba los oídos. Y ese patrón de comportamiento se ha mantenido constante a lo largo de mi vida. Siempre viví las situaciones de pugna como un grito en duelo y mi abuelo hacía de contrapeso. Tenía su carácter. Se enfadaba, contraargumentaba, se indignaba, pero su educación emocional estaba tan pulida que era capaz de autogestionar su malestar sin salpicar a nadie. La generosidad era otra de las causas por las que controlaba sus modales. Era más fuerte el respeto a la integridad de los demás que su propia emocionalidad.

La tarde invitaba a contemplar las bondades de la naturaleza. Cielo despejado, temperatura agradable, luz tenue. Salí a la calle para despejarme. Me cargué de recados para tener la cabeza entretenida. Fui a la tintorería a recoger una alfombra, hice la compra, me

acerqué a la librería del señor Rufino para hacerme con un ejemplar de Milán Kundera que había prestado y que no iba a recuperar, y allí, entre libros, accedí a dar el paso. Julián había intentado acercarse a mí y yo lo había rechazado vilmente. No estaba orgullosa de mi reacción y no me costaba tanto ser agradable.

Al llegar a casa me metí en la ducha, me arreglé y cogí una botella de vino para salir de nuevo a la calle.

—¿Sales? —preguntó Nándor, extrañado.

No estaba acostumbrado a verme arreglada.

—Voy a darle una sorpresa a papá. Es nuestro aniversario de bodas —respondí con un gesto de forzada alegría.

—¿Desde cuándo celebráis vuestro aniversario?

—¿No estás preguntando mucho?

—Es que no sé a qué viene todo esto.

—¿A que estamos casados?

—Mamáááá...

—Nándor, a veces necesitamos una oportunidad.

—¿Y a dónde vais, si no es mucho preguntar?

—Eres un cotilla.

—Solo me preocupo por ti.

—Tu padre no es ningún ogro.

—Tampoco es ningún santo.

—Voy a darle una sorpresa. Me voy a presentar en el estudio con una botella de vino. Nos viene bien una conversación bajo los efectos del alcohol.

—Si necesitas drogarte para hablar, mal.

—Te estás pasando, enano. Te recuerdo que soy tu madre.

—Tengo más edad de la que aparento, ya lo sabes.

—Anda, tráeme el sacacorchos, no vaya a ser que tu padre no tenga nada en el estudio y tengamos que hablar a pelo, Señor Don Nándor.

—Tú sabrás.

Mi hijo tenía razón, a pesar de resistirme a lo obvio. La complicidad que existía entre ambos me hizo sentir acorralada. Partíamos de una situación devastada por los años y era difícil levantar nada nuevo en su lugar. Nándor tenía un intelecto afilado. Cabalgaba entre la irreflexión de la infancia y el juicio de la madurez. En lo referente a sus debilidades perdía el equilibrio y esa descompensación replegaba su lado más sensato. Estaba enfadado con su padre y tenía sus motivos.

—¿Qué haces aquí, Anna? —preguntó Julián al abrir la puerta de su estudio.

Me dio la impresión de que esperaba a otra persona.

En ese momento me vi ridícula. Llevaba los labios pintados, los tacones que me compré para la boda de su hermana, el vestido rojo que me trajo de uno de sus viajes, el pelo cardado y la botella de vino en la mano. «Un atrezo fuera de lugar para una pregunta así», pensé. Menuda decepción, remató mi mente.

—¿No querías cenar?

—Pero si dijiste que no querías, Anna.

—Lo he pensado mejor —esgrimí con cara de circunstancia.

—Tendrías que haberme avisado —apuntó, nervioso.

—Bueno, ¿me vas a dejar pasar o no?

—Pasa, pasa —añadió dubitativo—. ¡Pasa, Anna! —reiteró en un tono de voz desproporcionado yendo hacia lo que se suponía que era el salón.

Yo heredaba un carácter seco y agrio fruto de mi pasado y ese legado me permitía moverme cómodamente en situaciones incómodas, aunque aquello me sobrepasó. Me sentía fuera de lugar en tiempo y espacio, enfundada en un absurdo disfraz de mujer fatal destinado al fracaso.

—Estaba terminando algo importante —dijo aún más nervioso.

—¿Me estás echando? —pregunté con voz engolada.

No contestó.

La estética del estudio era diferente a la que recordaba. Se respiraba cierto orden. Estaba incluso decorado. Nunca me gustó ir a su estudio. Se puede decir que no era uno de mis sitios preferidos. Me sentía pequeña allí, sin sitio en el que ponerme, fuera de lugar. Ni siquiera lo conocía bien. A mis hijos les pasaba como a mí, apenas lo pisaron. Era su refugio, uno de esos lugares que no compartes con nadie.

No sabía qué hacer. Por un lado, me habría ido de buena gana, por otro, fui a darle una oportunidad y quería llegar hasta el final.

—¡Siéntate, Anna! —dijo en el mismo tono de voz.

—Te veo raro. Julián, ¿pasa algo?

—La verdad es que me coges en un mal momento, ¿te parece que pospongamos esto para otro día?

—Sí, claro, otro día... —le dije con un nudo en la garganta.

No me importó tanto el rechazo en sí, como el complejo de payaso que empezaba a sentir. Y allí me encontraba yo, como un pasmarote desfigurado violando mi propia identidad. Una situación forzada a destiempo, abocada al desastre desde que se engendró.

En ese momento pensé en Nándor. Me lo advirtió sin piedad con la naturalidad que le caracterizaba. Tenía razón, y a pesar de saberlo, quise intentarlo. No buscaba una reacción romántica, tampoco un gesto excesivamente agradable, pero, para ser sincera, esperaba algo más. Cualquier cosa menos que me echara.

—Cariño, ¿y la pizza? ¡tengo hambre! —dijo alguien desde el pasillo del interior del estudio.

Me quedé mirando a Julián vislumbrando el fin en sus pupilas. No estaba solo y la voz que sonó era femenina. Una voz que no quiso mantenerse en secreto, a pesar del aviso de alarma.

—¡Hola, Anna! —exclamó Sonia haciéndose la sorprendida.

No me cabe duda. Quería que la viera.

Al final me la pegó con Sonia, la gran Sonia, aunque no me cogió de sorpresa. Ella me lo dejó bien claro el día que la conocí y Julián tampoco se esforzó por ocultarme sus intenciones. No emitía una frase en la que no apareciera su nombre. «Sonia me ha dicho que le encanta mi obra», «Sonia tiene una casa increíble», «Sonia me ha organizado una nueva exposición»..., una forma descarada de anunciar una infidelidad. Sonia hasta en la sopa.

Iba semidesnuda. Tan solo llevaba una camiseta de Julián. Una camiseta que yo misma le regalé. Estaba despeinada y con cara de revolcón.

—¿Desde cuándo tienes cama en el estudio? —le pregunté a Julián casi sin gesticular.

—Anna… —susurró en un lamento.

De forma milagrosa me mantuve erguida en los tacones que llevaba. Me sostenía en pie gracias a la poca dignidad que me quedaba. Me dirigí hacia una mesa de las que había por allí, en silencio. Ambos me observaban. Puse la botella de vino encima e introduje la mano en el bolso para buscar el sacacorchos. Por suerte, era uno automático, porque el temblor que emergía de mi interior no me habría permitido abrir la botella con uno convencional y el historial de payasadas cometidas habría sido interminable. Descorché la botella y vertí el vino encima de una de las esculturas de Julián, lentamente, volcando la semántica de mis mudas palabras. Una escultura sin opción a ser terminada.

—Mujer, tampoco es para eso.

—¡Cállate, Sonia! —exclamó Julián, consternado.

—Feliz último aniversario, Julián —susurré caminando hacia la puerta con un gesto categórico que daba por zanjada la cuestión después de tirar la botella vacía al suelo y convertirla en cientos de cristales.

Al llegar al ascensor me desmoroné. Los espejos de los ascensores nos acompañan en el momento previo a las llegadas y las

despedidas. Nos permiten examinar durante unos segundos aquello a lo que nos enfrentamos al entrar o salir de un sitio. Y aquella salida no fue precisamente exitosa. Me miré al espejo y, al visualizarme, sentí muchas cosas a la vez. Tristeza, rabia, alivio… Me bajé de los tacones, busqué un pañuelo de papel para limpiarme el carmín de los labios y me permití llorar. Volvía a ser yo, sin adornos, sin pretender nada. Al fin y al cabo, uno es lo que es cuando está solo.

El estado de convulsión emocional en el que me encontraba simulaba el letargo sensitivo que se consigue cuando el láudano corre por la sangre. Mi conciencia flotaba entre el pasado y el futuro, entre la desdicha y la calma. Llevaba años remontando un camino que desembocaba en la nada. Llevaba años lanzando evasivas, posponiendo decisiones, dejándome llevar por una corriente mansa pero indomesticable. Volví a mirarme en el espejo de aquel ascensor y el deterioro que observé en mi piel nada tenía que ver con los años. Mi espíritu aventurero se había paralizado.

Cogí un taxi. No podía conducir. La resaca emocional en la que me encontraba atrapada atrofió la musculatura de todo mi cuerpo. El escalofrío que mi piel empezó a experimentar también me inmovilizaba. Sentada ya en el taxi, radié mi dirección de forma robótica. El taxista no se percató de lo que me estaba ocurriendo. No sabía de mi locura transitoria. No imaginaba que me enfrentaba a un duelo, a un cambio de etapa, a un giro esperado desde hacía años. Un giro que quedó varado y que comenzaba a activarse desde ese preciso momento. Mi futuro empezaba a vislumbrarse en mi pantalla mental. Mis hijos y yo. Mis hijos y mi trabajo. Mis hijos y yo.

Al salir del taxi me dirigí hacia el portal de mi casa. Seguía sin fuerzas. Llevaba los tacones en la mano, el alma en los pies. Una voz me sacó de aquella contemplación.

—Buenas noches, señora Anna.

Le devolví el saludo a David, el portero de mi edificio. David. Un ser fiel y respetuoso. Un ser con la capacidad de leer la mente de cualquiera.

David se adelantó a mis pasos y me abrió la puerta del ascensor.

—¿Necesita que la acompañe?

—Gracias, David, no es necesario. Te lo agradezco.

«Otra vez en este habitáculo del diablo», pensé. Otro espejo en el que mirarme. En esa ocasión me enfrentaba a una llegada.

—¿Me haces un sitio? —le pregunté a Nándor mirándolo a los ojos. Estaba tumbado en el sofá viendo la televisión.

—Tsss… Te dije que no fueras.

—Necesito un abrazo —dicté con media sonrisa forzada.

—Ven aquí, pequeña —me dijo con voz de calavera.

—Te prometo que todo va a salir bien, ¿de acuerdo? —añadí entre lágrimas.

Mensaje paternalista en posición de desventaja.

—Mami, no me preocupa.

—Me alegro Señor Don Nándor. No quiero que te preocupes. Tampoco quiero que dejes de querer a tu padre —añadí esbozando una sonrisa algo más sincera.

Al día siguiente Julián apareció por casa, o más bien, tuvo la valentía de aparecer por casa. En ese momento yo estaba dándome un baño. Llegó con sigilo. Me buscó por toda la casa. Oí cómo me llamaba. No contesté. Después de hacer un barrido, entró en nuestro cuarto de baño sin pedir permiso, me miró sin pedir permiso, se sentó en el filo de la bañera sin pedir permiso y me pidió perdón repetidas veces. También dijo que estaba arrepentido.

Mintió. Nuevamente mintió.

—No me importa lo ocurrido, Julián. Nuestra relación lleva años rota. No tengo ganas de hacer un análisis detallado de lo que ha sido o podría haber sido. Creo que nos viene bien un cambio.

—Pero, Anna…

—Ya no éramos pareja. ¿No te das cuenta? No nos reíamos juntos. Hemos alargado el fin más de lo debido.

—Entonces, ¿qué propones?

—Que termines de amueblar tu estudio.

—¿Quieres que me vaya a vivir allí?

Metí la cabeza debajo del agua. Necesitaba seguir conectada con mi plan. No quería que me hiciera dudar.

—Vives allí desde hace años, no sé de qué te sorprendes —añadí al recuperar la compostura—. Quiero que te lleves tus cosas definitivamente. Quiero que reconstruyamos esta familia. Quiero que marquemos nuevas reglas. Tienes libertad absoluta para emprender una nueva vida sentimental, yo me quedo con los niños. Podrás verlos cuando quieras. Podrás disfrutar de ellos cuando quieras. Y si me permites, una cosa más: búscate a otra galerista. Esa tal Sonia está desequilibrada. No te hace bien, aunque, tú allá con tu vida.

Apenas si estaba empezada la mañana. Por el tipo de luz que entraba por la ventana deduje que podían ser las seis, aproximadamente. Todavía tenía que hablar con los niños. Había pasado ya una semana. Nándor sospechaba lo que ocurría, aunque no llegué a profundizar con él sobre el tema en cuestión. No me encontraba lúcida para hacer un planteamiento serio. Edvárd no sabía nada aún. Su hermano no le contaría nada hasta que tuviera el permiso para hacerlo. Siempre fue respetuoso con las cosas de los demás. A Julián le pedí que me diera tiempo para hablar con los niños, ante lo cual no puso objeción. Los tres nos enfrentábamos a una nueva etapa en la que su padre ya no viviría con nosotros, aunque yo no quería que esa figura de referencia dejara de estar presente en sus vidas. Quizá la relación entre ellos mejoraba desde la distancia, ¿por qué no? A veces necesitamos alejarnos de la situación para tener mejor perspectiva de las cosas. Llevaba años

forzando una situación que nos llevaba a la confrontación diaria. Siempre he huido de los conflictos y, sin darme cuenta, me había acercado a ellos más de lo deseado. Mi afán por construir alianzas entre los miembros de mi familia nos estaba llevando a la ruina afectiva. En un intento por zurcir las grietas emocionales que Julián y su ego fueron ocasionando tanto en mí como en los niños al cabo de los años, se fue deshaciendo lentamente el rayo de coherencia que siempre me había alumbrado. Estaba apagada. Llevaba años apagada y Julián no hacía más que restarme luz. No servía de nada el esfuerzo que hacía día tras día. Solo posponía lo irremediable.

—Chicos, tenemos que hablar.

—Llevo una semana esperando.

—¿Qué ha pasado? —balbuceó Edvárd con la boca llena de cereales.

—No os quiero dar el desayuno, pero vuestro padre y yo nos vamos a separar.

—Ya era hora —añadió Nándor mientras untaba sus tostadas de sobrasada.

—¿Os vais a separar? —preguntó Edvárd, extrañado.

—Eres imbécil.

—Y tú un capullo. Lo digo porque para mí ya estaban separados, de hecho, viven como si lo estuvieran.

—Qué listo eres.

—Vaaaale…, haya paz. Por lo que veo no os coge por sorpresa.

—Mamáááá —bufó Nándor con gesto desesperado.

—No nos coge por sorpresa, no. Si quieres mi opinión, haces bien. Creo que papá se va a sentir liberado y nosotros también.

—Tendrías que haberlo hecho hace tiempo.

—¡Pero qué niños más avanzados tengo! Y yo posponiendo la decisión por vosotros.

—Si nos hubieras preguntado…

—Tienes razón. A veces damos las cosas por sentadas, y no, tendría que haberlo compartido con vosotros. Me he equivocado.

—Bueno, mamá, tampoco te fustigues. Lo has hecho con buena intención.

—Ahora tienes que preocuparte un poquito por ti, que el tonto este y yo ya sabemos arreglárnoslas solitos —añadió Edvárd.

—Habló Yoda Edvárd, el Jedi más sabio de la casa —dijo Nándor con inquina.

—¿Lo celebramos? —preguntó ignorando el comentario.

—Tampoco es para eso. No te pases —respondí—. No me gustaría que excluyerais a papá de la ecuación de vuestra vida.

—No te preocupes, seguro que se encarga él solito de eso. Apoyo la idea de celebrarlo. Yoda Edvárd, eres un símbolo de sabiduría —apuntilló Nándor recibiendo un coscorrón de su hermano.

Hay momentos en los que piensas que la vida te da una oportunidad y suele ocurrir después de vivir una tragedia.

Capítulo 9. Tól, töl

De noche la oscuridad nos envuelve…

La llegada a España fue de cuento de hadas. No estaba acostumbrada a que me trataran como Bernat lo hacía. Nadie se había dirigido a mí con gentileza en los últimos diez años. Nadie menos mi abuelo, que fue, durante mucho tiempo, el único que remendaba mis heridas. Me encontraba tan sola, que cualquier palabra o gesto amable simulaba un oasis de luz clara en medio de la nada más oscura y Bernat se había percatado sin esfuerzo de ese vacío. Solo necesitó unas horas para ayudarme a reconstruir la capacidad de resistencia que a veces estamos a punto de perder.

Mi primer fin de semana en Menorca fue inolvidable. Viví más experiencias que las que pude acumular en los últimos cinco años de vida en Hungría. Un profuso filón de provechosas anécdotas que me impulsaron para vivir la nueva aventura a la que me enfrentaba con mayor ánimo. La huida de mi país fue tormentosa. Al fallecer mi abuelo desapareció lo único que le daba sentido a mi estancia allí. Mi padre continuaba tratándome con autoridad, sin hacer lectura de mis emociones. Su papel se redujo a la mínima expresión en paternidad. Se limitaba a abastecerme de comida y a facilitarme un techo para dormir, nada más. No recuerdo haber mantenido una conversación de más de veinte palabras seguidas con él. Sus mensajes siempre eran cortos y restrictivos; amenazantes y repulsivos; distantes y vacíos de contenido. En aquel mundo de obediencia la educación de los menores se medía en función del grado de sometimiento que estabas dispuesto a tolerar y no de los méritos acumulados ajenos a

las reglas establecidas. Mi padre seguía una férrea educación en todos sus dominios, patrón de comportamiento que heredó probablemente de su padre, y este, a su vez, del suyo, y así, hasta llegar a la extinta edad de los sueños frustrados.

Había cumplido unos inocentes veintiún años días antes de llegar a España. Necesitaba huir de las garras del consuetudinario tradicionalismo que se respiraba a mi alrededor y el cuidado de la señora Adelaida me permitía salir de aquella trampa. Deseaba estudiar, tener una profesión cualificada, pero primero debía conseguir una estabilidad económica, situarme en el nuevo escenario en el que aterrizaba.

—Deja lo que no vayas a necesitar aquí, porque, volverás a visitarme, ¿verdad?

—No sé. Si tú lo ves bien.

—Claro que lo veo bien. Mis puertas están abiertas para ti, es más, te espero para el próximo fin de semana. Quedan muchas calas por explorar.

—De acuerdo. Me parece bien, aunque tendrás cosas que hacer.

—Tengo la semana entera para hacer lo que quiera, no te preocupes.

Gato merodeaba por el dormitorio en el que dormí. Subía y bajaba de las estanterías, salía y entraba. Me miraba con ojos desafiantes, de forma fija. Tal era su arrogancia que antes de salir de la habitación se interpuso en mi camino de forma templada, sin prisa. Se dedicó a estudiar mis movimientos, mis feromonas, mis ultrasonidos, mis colores. Creo que no sabía si odiarme o quererme. No estaba dispuesto a ponérmelo tan fácil como Bernat que, por el contrario, no paraba de darme consejos mientras íbamos de camino hacia mi primer trabajo.

—Debes dejar las cosas lo más claras que puedas. En España somos muy fulleros y «donde dije digo, digo Diego».

—¿Cómo?

—Es igual. Lo que quiero decir es que cuanto más cerrado dejes lo que vas a ganar, los días que libras y las tareas a las que te vas a comprometer, mejor.

—Mi amiga ya lo ha hablado todo con ellos.

—¿Tu amiga es española?

—Sí.

—Háblalo de nuevo.

—Vale.

—Intenta transmitir seguridad, no asumas más tareas de las que hayas acordado, exige puntualidad a la hora de pagar, intimidad en tu dormitorio, una comida digna y respeto, sobre todo, respeto.

—¿Has pasado por esto o has sido miembro de algún sindicato?

—Intento protegerte, nada más.

—No te preocupes por mí. Sé defenderme —añadí de forma amistosa enseñando una sonrisa.

Mi llegada a la casa de la señora Adelaida no fue muy calurosa. Sus hijos estaban allí para darme la bienvenida. Recuerdo que me trataron con mucha educación, a excepción de uno de ellos que, sencillamente, no me trató.

Bernat me llevó hasta al sitio que me habían indicado. Estaba más nervioso que yo. Sacó la maleta del maletero del coche y se despidió de mí con un tímido beso.

La dirección que me facilitaron nos llevó hasta un chalet de una planta, y al llamar al timbre para anunciar mi llegada, alguien salió a buscarme. La cancela de la entrada también chirriaba al moverse, pero en esta ocasión era porque estaba oxidada por el tiempo. Miguel, uno de los hijos de la señora Adelaida, la abrió con dificultad, me dio la mano en señal de bienvenida y me invitó a entrar. Me resultó agradable en el trato. Había un camino de setos mal cortados que te llevaba hasta el porche de entrada. Noté que

Bernat se acercaba a la cancela. Mientras yo caminaba, él observaba cómo me perdía entre los setos.

Dentro ya del chalet solté la maleta en el suelo. Miguel me azuzó con educación para que lo siguiera. A mi derecha pude ver lo que parecía ser la cocina. El suelo de la casa crujía. La madera que lo cubría estaba desgastada, sin brillo, con algún que otro listón cedido por la humedad. La decoración me llamó la atención. Sugería toda una vida de cultivada decadencia que me provocaba rechazo. Había chismes por todos lados. Una acumulación caótica de objetos sin orden ni preferencia devoraba a mordiscos las paredes, las repisas, los armarios, las mesas, el suelo. No había espacio libre para reposar el alma. Recuerdo que hacía frío, o quizá era mi cuerpo el que no entraba en calor por el estado de tensión en el que me encontraba.

—Es muy joven. Demasiado joven —fue lo primero que dijo la señora Adelaida al verme después de lanzarme una mirada inescrutable.

—Eso ya lo sabíamos, mamá —dijo Julio, el hijo mayor.

Aquella mujer olía mal, la casa olía mal, el plan olía mal, aunque no me preocupaba, ya estaba acostumbrada a los malos olores.

Miguel tenía la edad de Bernat, treinta y pocos años. Al ser el menor de los hijos, se dejaba llevar por su hermano Julio, el mayor de los tres, porque Ernesto, el mediano, no hablaba. Ni hablaba ni expresaba emoción. Podía confundirse con un mueble más de la casa.

—Enciéndeme un cigarro, Ernesto —bufó la señora Adelaida con cierto aire de desprecio.

Y allá que fue Ernesto, lento pero complaciente. Se encontraba semiescondido en el pasillo de la casa y, en contra de su voluntad más sensata, salió de su escondite para contentar a su madre. Sacó un cigarrillo de la caja que tenía guardada en su bolsillo, se lo colocó a ella entre los labios y lo prendió con una cerilla. El olor a fósforo me ayudó a recuperar la normalidad por un momento, me transportó

a mi casa. Ernesto tuvo que quedarse junto a su madre para facilitarle la consecución de caladas que velaban los ojos de ambos.

—¿Qué edad tienes, niña?

—Veintiún años.

—¿Sabes cocinar?

—Me gusta cocinar.

—No te he preguntado si te gusta.

—También sé cocinar.

—No quiero ayuda, pero estos se empeñan en convertirme en una inútil —gruñó señalando a su alrededor.

—Mamá, no seas protestona que vas a asustar a Anna. Así es como te llamas, ¿verdad? —preguntó Julio.

—¿De dónde eres?, a ver —preguntó la señora Adelaida en el mismo tono desafiante.

—Me llamo Anna y soy de Hungría.

—¿A qué has venido?

—A vivir. A empezar una nueva etapa de mi vida.

—Otra inmigrante que viene a quitarnos lo nuestro. Si es que no puede ser...

—Disculpa a mi madre, Anna, está un poco nerviosa.

—No hay problema. La comprendo.

—Qué comprenderás tú —añadió con sorna agria.

Un ataque de tos atrapó sus palabras por un momento.

—Bueno, mamá. Más te vale no cansar a Anna. Te conviene tratarla bien. Va a ser tu cuidadora.

—Eso, vosotros seguid dejándome en manos de cualquiera.

—Sabes que el paso siguiente es una residencia. No nos dejas otra alternativa. Anna es tu última oportunidad —marcó Miguel a la desesperada.

Julio me pidió que lo acompañara para llevarme hasta mi habitación.

—No eres la primera interna que contratamos. Mi madre es de difícil trato, como habrás podido comprobar. Aquí tienes un armario para que cuelgues tu ropa, dentro encontrarás mantas, sábanas, una cajonera y un radiador. La tele está estropeada, si te gusta verla me lo dices y te buscamos otra.

—¿Cuántas internas han pasado por aquí?

—Tú eres la quinta en estos dos últimos años.

—No está tan mal.

—Si tú lo dices. Por cierto, mi hermano Ernesto vive aquí. Es un poco tímido, pero te ayudará en lo que necesites si se lo pides, claro está. No habla mucho. Es un poco raro, pero muy buena persona. Es Asperger, vamos. No suele dar problemas. Está medio sordo y no trabaja. Pasa mucho tiempo en su dormitorio.

—¿Qué tipo de cuidados necesita tu madre?

—Los cuidados básicos que necesita cualquier persona con dificultades locomotoras, ya sabes, ayuda para asearse, para comer, para peinarse… Imagino que tu amiga te habrá contado las limitaciones que sufre a consecuencia de la enfermedad que padece y, aunque se resiste con todas sus fuerzas a aceptar la situación, necesita ayuda. En el fondo no es tan mala persona como quiere aparentar... ¡Ah!, se me olvidaba, además de todo lo que te he explicado, debes encargarte de la casa en general, de la limpieza, de la comida, de las compras. Mi hermano Miguel y yo estamos disponibles para lo que necesites. Y, por cierto —dijo antes de cerrar la puerta—, ¿quieres cenar algo?

—No, gracias. Prefiero descansar.

—De acuerdo. Que descanses. Mañana será otro día.

Amanecí temprano. Las ventanas estaban vestidas con cortinas hechas de telas insobornables por el sol. No entraba ni el más mínimo resquicio de luz a través de ellas y esa privación de claridad restaba vida a cualquier estancia, mitigaba la sensación de hogar

que todas las casas intentan ofrecer a sus moradores. Descorrí aquellas cortinas polvorientas y percibí que mi habitación era amplia. Estaba presidida por un crucifijo que yacía encima de la cama. Predominaba el color ocre. Me sentía encerrada. Necesitaba inyectarme de la luz del día y para cubrir esa necesidad abrí la ventana. También necesitaba que el aire entrara. Al recuperar el olor de la calle, aquel encierro se disipó. Con sumo cuidado salí de la habitación para dirigirme al baño.

—Hombre, la bella durmiente se ha levantado —se escuchó a lo lejos.

—¿Le apetece desayunar? —susurré al salir del baño.

—No, me alimento del aire. ¡Pues claro que quiero desayunar! ¡Cuánto has tardado ahí dentro!

—Tengo la costumbre de asearme diariamente... ¿Qué le apetece desayunar?

—Sorpréndeme —dijo con hastío.

El baño lucía añejo. Mi cara adoptó un gesto de espanto inamovible. Los sanitarios acumulaban el rastro de deposiciones antiguas. Los grifos estaban teñidos de cal. Los azulejos exhibían un revoque ulcerado de hongos varios. Del moho de la cortina de la bañera mejor me olvido. Me duché como pude. Salí de allí organizando el día en mi cabeza y me dirigí hacia la cocina para empezar mi jornada. Tenía mucho que hacer. Aquella casa se adivinaba ingobernable. Los muebles de la cocina tenían una capa de grasa que te levantaba el estómago. Había restos de comida por todos lados. No encontrabas nada por intuición, te sentías obligada a abrir hasta cinco puertas para dar con algo. Por suerte, encontré restos de pan con vida, una aceitera y café molido dentro de un tarro de cristal. Al cabo del rato, la señora Adelaida reclamó su comida a voces.

—No está mal, aunque prefiero mantequilla —dijo con inquina al enfrentarse a la bandeja que le preparé.

El cuerpo de aquella mujer desprendía un intenso aroma a falta de higiene. Un olor a pescado podrido salía de su falda. Llevaba un apretado collar de perlas alrededor del cuello, unos pendientes a juego, varias pulseras de oro y muchos anillos. Le gustaba dar uso a sus pertenencias. La ropa que vestía le daba una categoría de mujer elegante, aunque ese efecto se desvanecía cuando te acercabas y apreciabas los lamparones que lucía. Intentó llevarse la comida a la boca en varias ocasiones, pero después de varios intentos frustrados, la miré con seguridad y le cogí la mano con firmeza.

—Le ruego me permita hacer mi trabajo. Me han contratado para que la atienda y suelo cumplir con mis obligaciones —subrayé de forma suave pero enfática.

En ese momento abrió la boca. No le gustó mi comentario, pero obedeció. Aquella mujer necesitaba disciplina y yo estaba acostumbrada a hablar en ese idioma.

A los pocos días me hice con la casa. En una de mis visitas al súper para avituallar la despensa compré bolsas tamaño XL con intención de llenarlas de basura: revistas viejas, cajas de zapatos vacías, folletos de publicidad y un montón de objetos inservibles no identificados. La señora Adelaida protestaba, pero yo seguía almacenando con disimulo. Lavé cortinas y fundas de cojines, pasé la aspiradora, limpié las lámparas, sacudí las alfombras y ordené los armarios. La luz y el aire volvían a entrar en esa casa.

La primera semana fue complicada. La confrontación entre ambas era constante. Ella me insultaba, me gritaba, se negaba a colaborar, pero mi nivel de paciencia aumentaba con cada gesto de desprecio. No necesitaba su aprobación. No esperaba sus alabanzas. Me propuse una serie de objetivos y entre ellos no estaba el de alimentar mi autoestima. Solo quería ganar dinero, probarme a mí misma. Solo quería hacerme un hueco en España.

Ernesto apenas salía de su dormitorio, y cuando lo hacía, era para satisfacer alguna necesidad básica, como comer o ir al baño. No participaba en nada. Recordé que Julio apuntó que si necesitaba su ayuda no se negaría a dármela y era torpe el gesto de desaprovechar el comodín que iba a facilitarme las cosas. Salía poco a la calle, pero de vez en cuando, se escapaba.

—¿Puedes ayudarme, Ernesto? —pregunté tras tocar la puerta de su dormitorio varias veces.

Nadie respondió.

Al rato salió, y sin mirarme a los ojos, se ofreció.

—Me gustaría lavar a tu madre y voy a necesitar tu ayuda diaria. ¿Qué te parece?

Asintió.

Por suerte, la señora Adelaida todavía se podía levantar de la silla de ruedas en la que estaba postrada, de hecho, su médico le había recomendado que caminara todos los días durante un rato.

—Increíble cómo has dejado la casa —exclamó Julio en su primera visita de rigor.

—Hay cuatro bolsas de basura de las grandes preparadas para tirar. No me he atrevido sin su permiso.

—No quiero ver lo que hay dentro. Tíralas sin problema. A mi madre le gusta acumular basura. Haces bien con despejar el ambiente.

—Eso, que siga tirando. Como siga así nos vamos a quedar sin casa —refunfuñaba la señora Adelaida desde otra habitación.

—¿No te encuentras más a gusto ahora? Se ve todo muy ordenado y limpio, mamá.

No contestó.

Los días fueron transcurriendo sin penas ni glorias. La señora Adelaida seguía inhalando frustración y exhalando hostilidad. A

diferencia de su hijo Ernesto, no le costaba sincerarse, volcaba sus sentimientos sin pudor encima de los demás. A simple vista, no cabía esperar nada bueno de ella. Hacía impensable creer que debajo de aquella coraza vil y despiadada había otra persona, pero sí, de vez en cuando enseñaba su mejor cara. Por el contrario, Ernesto colaboraba en lo que le pedía. Me ayudaba a lavar a su madre, iba a por la compra de vez en cuando, también me ayudaba a limpiar la casa. Se comunicaba poco, y cuando lo hacía, usaba palabras demasiado formales que llegaban a ser incluso pedantes, palabras que parecían salir de un libro de literatura clásica. Nunca hablaba más de lo estrictamente necesario. Se comportaba de forma extraña. Oscilaba su cuerpo haciendo movimientos en zigzag y se tocaba la cara con los dedos de forma repetitiva. También asentía con la cabeza sin descanso. Intuía gestos que escapaban de su control, una monotonía de repeticiones que calmaba su estado de ánimo. Al ir tratándolo, fui comprendiendo su dificultad para simbolizar el contenido de los mensajes que le daban forma a una conversación. Cualquier intento de diálogo resultaba desconcertante. No era capaz de tomar decisiones y esa incapacidad lo bloqueaba. Su perseverancia en la consecución de los objetivos que se marcaba a sí mismo sobrepasaba el límite de perfección que todos tenemos y cuando no conseguía lo que se proponía se desesperaba. Los patrones de comportamiento que le daban lectura a sus vacíos me resultaban curiosos. Había algo que no dejaba de sorprenderme: el estado permanente de extrañeza y perplejidad en el que se encontraba.

Mi nivel de empatía se fue ajustando a las excentricidades de aquella casa. Vivía con dos seres que necesitaban cuidado, escucha, amor. Ernesto aparentaba no entender de afectos, pero no era del todo así, solo necesitaba un espejo en el que mirarse para identificar y comprender su propia emocionalidad, y a mí no me importaba hacer de reflejo. Necesitaba autorregular el afecto y el control de sus

impulsos y ya era hora de que alguien ejerciera de guía emocional. Nadie hasta el momento había tenido la paciencia suficiente como para ayudarle a descifrar lo que sentía y permitirle vincular ese torrente de sensaciones a alguna emoción, sentimiento o motivación a la hora de realizar una acción. Necesitaba conocer su mente para entender la mente de los demás y ni su madre ni sus hermanos se habían percatado de esa necesidad. Aparentaba pasotismo, indiferencia, frialdad, pero nada de eso sentía. Intuía que aquel ser, aparentemente extraño, deseaba relacionarse con el mundo, descifrar la complejidad que entraña el acto de relacionarse con los demás.

La señora Adelaida siempre hablaba de la muerte como si no le importara morir, tampoco vivir. No demostraba apego a la vida y sus detalles. Detalles que lejos de seducirla, pasaban desapercibidos.

—A veces no hay que ir tan lejos para encontrarle sentido a la vida, señora Adelaida —apunté mientras le peinaba su larga, densa y blanca melena—. Basta con sentir el frescor del aire de la mañana entrando en tus pulmones cuando amanece, con disfrutar de una buena conversación, con crear algo.

—La inspiración suele esfumarse rápido. Basta con poner los pies en el suelo, encender la televisión o ver cómo tu cuerpo se deteriora día a día. ¡Ay!, mi espalda —gruñó en un grito de dolor.

—Su cuerpo se empeña en sabotear a su mente y no es necesario. ¡Si su mente tiene la habilidad de sabotearse por sí sola!

—Me duele de verdad. No creerás que me lo invento, ¿no?

—En absoluto, Dios me libre de creer cosas malas.

—Niña, tú tienes mucha guasa.

—Señora Adelaida, cuando quiera le leo algún fragmento del libro del que le hablé el otro día. También podemos escuchar música o ver fotos antiguas, que he visto álbumes por los cajones.

—Por el momento vamos a dar un paseo, que me viene bien un ratito de sol.

—Esa es la actitud —apuntillé.

Los días fueron desarrollándose sin mayor contratiempo que el de las discusiones que la señora Adelaida necesitaba provocar. No estaba por la labor de ponérmelo fácil. Raro era el día en que no la veías sujetarse la cabeza en un gesto de absoluta desesperación. Tuve que mentir en una cosa. No sabía cocinar y, menos aún, cocina mediterránea. A mi padre se le daban bien pocas cosas y, entre ellas, encargarse de la cocina, y yo me defendía con las cuatro p españolas: pollo a la plancha, pelar fruta, pasta y pizzas. Los primeros días fueron caóticos. Intenté seguir recetas recomendadas, pero cuando no me equivocaba en algún ingrediente, se me quemaba el invento. No acostumbraba a coger atajos innecesarios en la vida, y bajo una nítida visión de mi frágil naturaleza en los fogones, me planté delante de ella y confesé mi ignorancia, eso sí, con actitud de aprendiz implicada. Me costó ponerme al día, aunque gracias a las clases de Bernat y a sus consejos fui dominando la situación. Le gustaba comer y no estaba dispuesta a sacrificar uno de sus únicos placeres, si no el único. El éxito de seguir viva sin firmes propósitos se lo debía al insaciable apetito que salía de sus entrañas. Era curioso verla comer. Saboreaba los alimentos con sus cinco sentidos y cuando algo no encajaba en su paladar lo escupía sin miramientos. Gracias a ese nivel de exigencia me convertí en una experta cocinera.

Las condiciones que negocié con sus hijos no eran malas. De lunes a jueves dormía allí y a partir del viernes a mediodía descansaba. Ernesto se ocupaba de ella durante esos dos días y medio. Bernat se ofreció a recogerme con la excusa de que pasaba por allí por asuntos de trabajo. Sabía de más que mentía, que aquel camino no le conducía a ningún sitio más que a mí. Por alguna razón todavía callada, le compensaba hacer ese esfuerzo. Al principio intentaba disimular haciéndose el despistado. Salía del coche, cogía un libro y

hacía como que leía, pero cuando me acercaba a él, levantaba la mirada, la clavaba en mi cuerpo y se le iluminaba la cara. Su instinto protector se encendía a un volumen ensordecedor hasta llegar a bloquearle la razón y a mí no me pasaba desapercibida esa reacción.

Los fines de semana fueron pasando y rara era la noche en la que dormía en el piso que tenía alquilado para los días que libraba. Cuando no se me hacía tarde, se me cruzaba un suculento plan elaborado por Bernat. Cualquier excusa era válida para no separarnos. Nos dedicábamos a visitar calas y a cocinar. También a leer juntos. Nos gustaba compartir momentos de silencio entre páginas y cuando a alguno de los dos le surgía la necesidad, hacíamos una parada en la lectura para compartir alguna reflexión. Nos pasábamos las horas hablando de cualquier tema, de cualquier pensamiento animado, de la vida misma. Durante la semana no podíamos hablar, y para resarcirme de la privación de contacto, escribía lo que necesitaba compartir con él y se lo dejaba en el buzón antes de irme, sin firmar. No sabía si leía esas cartas o no, ni siquiera sabía si abría el buzón con periodicidad, pero un día me encontré con una de esas cartas metida en un libro de cocina. Un hallazgo que me hizo una gran ilusión.

La casa de Bernat comenzó a ser mi lugar de descanso; las excursiones que hacíamos, mi alimento; su compañía, mi refugio afectivo más cercano. Al principio marcaba la distancia. La diferencia de edad lo situaba en una posición de desventaja en lo referente a lo pasional. No se atrevía a salir del inocente estado de encantamiento en el que se encontraba atrapado. Sus intenciones se limitaban a cuidarme, a compartir sus conocimientos conmigo, a aconsejarme. Me trataba con el mimo especial con el que se manipula una flor recién cortada. Disfrutaba observando mis reacciones, contemplando mis movimientos, escuchando mis historias cual espectador de teatro en una función que espera con

ansia. Tal era su devoción, que llegué a sentirme como figurilla de porcelana.

—¿Has tenido alguna relación sentimental? —me preguntó una noche mientras cenábamos en el jardín.

—Nada serio —contesté de forma esquiva mientras me mecía en la hamaca.

—¿Qué significa «nada serio»?

—No he llegado a enamorarme, si es lo que quieres saber.

—¿Y cómo es eso posible? Yo nací enamorado. Recuerdo mi primer flechazo a la perfección. Se llamaba Blanca y era una compañera de párvulos. Parecía una diosa, tan rubia, tan importante. Era un poco mayor que yo y hablaba hasta con las plantas.

—¿Párvulos?

—Es el nivel que se cursaba en el colegio cuando tenías cuatro o cinco años. Ahora no sé cómo se le llama.

—¿En serio?, ¿desde tan pequeño enamorado?

—En efecto. Así soy yo, un enamoradizo implacable. Cupido me clava su flecha y me envenena la sangre.

—Qué curioso.

—No me creo eso de que nunca te hayas enamorado —insistió a un ritmo más endiablado mientras me untaba guacamole en una tostada.

—Si ha sido así, no soy consciente.

—Pero ¿cómo se puede vivir sin amor?

—Viviendo.

—Querrás decir sobreviviendo.

—Puede ser… No creo que sea necesario estar enamorado para vivir.

—Yo no me hallo cuando mi corazón se encuentra despoblado. Necesito calmarlo. Ponerle un nombre.

—¿Y tu felicidad depende de ese sentimiento?

—Necesito sentir algo por alguien, sí, y sin querer, lo busco.

—¿Y no crees que es mejor vivir libre? Sin necesidad de amar o ser amado.

—Puede que sí, pero mi mente y mi cuerpo parece que han hecho un pacto. Se entienden mejor cuando están conectados.

—¿Siempre estás enamorado? —pregunté a medio camino entre la sorpresa y la chanza.

—Bueno, podemos enamorarnos de muchas cosas. Lo mismo me enamoro de un libro que de un árbol. Me enamora la música, una guitarra, un paseo, un baño…, esta misma noche. ¿No te parece increíblemente bonito el firmamento? —preguntó mirando al cielo.

—Me refería a otra cosa.

—¿A qué exactamente?

—Al amor de pareja. ¿Siempre has estado enamorado de alguien?

—Ojalá tuviera esa suerte. Por desgracia, el corazón es selectivo. No todo el mundo aprueba sus exámenes. No todo el mundo encaja en sus planes —soltó una carcajada—. Tengo claro que cuando no siento esa fuerza en activo, vivo sin emoción, levitando por la vida.

—Qué exagerado eres.

—Para nada. Cuando estás enamorado todo es relativo. Nada importa más que estar con esa persona, escucharla, cuidarla. Muy pocas cosas frenan la ilusión que te impulsa a vivir. Es absurdo reducir el amor como concepto al amor de pareja, estamos de acuerdo en eso. Cuando nuestro corazón está libre debemos proyectar nuestra felicidad hacia otros objetivos: profesionales, espirituales…, qué sé yo. Pero cuando te enamoras de una persona, el sol brilla de otra manera, la lluvia desprende otro aroma, los problemas se dulcifican.

—Es bonito cómo suena, pero me niego a depender de un sentimiento tan etéreo en tanto en cuanto te obliga a depender de lo que sienta o haga otra persona.

—Entiendo lo que dices, de hecho, lo he sufrido en varias ocasiones.

—Lo siento.

—No te preocupes, son gajes del oficio. Sin ir más lejos, con mi última pareja me ha quedado muy claro lo que dices.

—¿Qué pasó? Si no te importa hablar de ello, claro.

—Claro que no me importa —esgrimió en una sonrisa-. El amor debería ser algo sencillo, sin dobleces, pero a veces lo complicamos —aclaró dándose el permiso de compartir aquello que tenía encapsulado—. Cuando te enamoras de alguien pierdes la visión objetiva de las cosas. Te conviertes en la marioneta de tus instintos más básicos. A veces la pasión actúa en contra de nuestra voluntad, ¿no crees? —suspiró mientras volvía a recuperar la perspectiva del espacio con la mirada—. No todo el mundo alcanza ese estado de letargo, ya sea porque se lo impiden sus resistencias o a causa de su propio ego, y al final, o no das lo que recibes o no recibes lo que das. Hay muchas formas de amar.

Se hizo un silencio.

—Regina era una mujer oscilante. Sus emociones fluctuaban de forma caprichosa. Había momentos en los que te sentías la persona más querida del mundo y momentos en los que vivías bajo una lastimosa monotonía de reproches. Buscaba cobijo, necesitaba estabilidad. Su tendencia posesiva encendía mis alarmas de escape, pero sus debilidades penetraban en la más profunda de mis culpas si no accedía a complacerla. Jugábamos entre la dependencia y la libertad, entre el ritual y el libre albedrío como extremos irreconciliables. No opuse resistencia a su debido tiempo y perdí la medida. Por suerte, la relación se fue fosilizando por días.

Se hizo de nuevo un silencio.

—¿Qué pasó exactamente?

—Sencillamente se apagó. Dejó de tener sentido.

—Entonces, ¿por qué sigues estando mal?

—Porque el amor siempre duele cuando no es correspondido. Igual puede alimentarte que consumirte. Yo la quería, pero la quería en su versión sana, la otra solo me provocaba compasión y esa lectura me costó entenderla. Cada persona lleva consigo una historia que se traduce en una forma de ver y entender el mundo, con matices que pueden dar diferentes significados al mismo hecho. Regina estaba fracturando mi estabilidad mientras buscaba la suya propia y lo que en un principio pudo ser amor llegó a convertirse en algo corrosivo. Llegué a conformarme con cualquier forma de amar, y eso no es lo que busca mi corazón.

—En ese caso es mejor estar solo. A eso me refiero-apuntillé.

—Estamos de acuerdo, pero sigo creyendo en la grandiosidad del amor, en el amor más puro, en ese sentimiento que provoca ceguera en los sentidos.

—Eres un romántico.

—No entiendo la vida sin romanticismo.

—Yo prefiero tener los pies en la Tierra.

—Quizá deberías permitirte volar de vez en cuando.

Las conversaciones con Bernat me transportaban a otro mundo. Un mundo que me quedaba lejos. Por aquella época intentaba huir del sentimentalismo barato, del romanticismo de propaganda, de las quimeras edulcoradas sobre el amor eterno y sus garras. No creía en el amor, solo en el que mi madre y mi abuelo me ofrecieron en vida. Me mostraba reacia a entregarme al ser humano, a confiar en nadie, pero Bernat conseguía desordenar mis esquemas. Sus palabras estaban barnizadas por una pátina de credibilidad que despertaba mi intelecto y su forma de tratarme iba más allá. Notaba que me deseaba, y no solo a nivel físico. Cuando me miraba traspasaba lo material, atravesaba todas y cada una de las capas que

conformaban mi estructura corporal. Perforaba mi piel. Sus ojos brillaban cual estrella chispeante, su respiración se agitaba, su gesto se endulzaba. La atracción química funcionó desde el primer momento entre nosotros y fue disparándose de forma exponencial. La hospitalidad con la que me acogió fue derritiendo mi coraza. Al principio lo observaba con incredulidad, no comprendía esas maneras. No estaba acostumbrada a esas formas. Llevaba tiempo sumergida en la melancolía de tiempos pasados, llevando como estandarte un semblante meditabundo, con cara de pocos amigos. Desprendía hastío en estado líquido. Por alguna razón, Bernat llegó a mi vida para rescatarme de donde estaba. Y aquella noche hice tangible mi renuncia a la felicidad. Bernat intentaba mecerme con sus palabras. Se esforzaba por sacarme del estado de tristeza que parecía existir con independencia de mí.

—¿Estás cómoda en esta cama? —me preguntó apoyado en el quicio de la puerta de la habitación en la que me alojaba.

—Sí. Me gustan las camas duras, además, las sábanas huelen muy bien.

Todavía recuerdo el olor de esas sábanas. Un olor que no tenía registrado en mi cerebro. Un olor que se impregnaba en cada una de las estancias de aquella casa. Su olor.

La conversación que mantuvimos me recordó que podía existir un mundo de una belleza inimaginable que, por aquel entonces, quedaba fuera de mi alcance, aunque él se empeñaba en mostrármelo. La noche había llegado a su fin. Había que dormir. Bernat seguía apoyado en el quicio de la puerta de mi habitación y Gato se interponía entre los dos. Ronroneaba. Él me miraba mientras deshacía la mochila. Solicitaba mi compañía con cada poro de su piel. Lo notaba, aunque mi cabeza se resistía a transcribir los mensajes que me enviaba. Me negaba a sumergirme en una ola de

bienestar que podía terminar. No quería estropear mi llegada. No quería engancharme a nada.

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias.

—¿Te apetece ver una peli?

—Estoy cansada.

—Está bien. Me voy a mi habitación. Vamos, Gato, que esta chica necesita descansar —esgrimió sin cerrarme la puerta del todo.

Me sentía turbada, inquieta, debatiéndome entre la emoción y la razón, entre lo que sentía y lo que quería sentir. Tenía la costumbre de peinarme antes de irme a la cama, mi madre me lo inculcó, y mientras me desenredaba el pelo, liberaba tensión. Me puse el pijama para meterme en la cama y volver a mi fría soledad, pero la presencia de Bernat irradiaba calor desde donde estaba. Un calor que me reconfortaba solo con imaginármelo de cerca. Un calor que me transmitía consuelo. Un calor que traspasaba las paredes de mi habitación.

Intenté dormir y sin posibilidad de hallar descanso escuché un fuerte ruido que venía de la planta de abajo. Aquel ruido sonó a cristales. Me asustó. Me sacó de la cama de inmediato. Bernat bajaba por las escaleras precipitadamente. Seguí sus pasos.

—No te preocupes, habrá sido Gato haciendo una de las suyas. A veces trastea más de la cuenta al buscar algún ratón.

No me dio tiempo a bajar del todo cuando ya salía de la cocina para coger la escoba.

—Gato ha tirado un jarrón al suelo. No hay problema. De ahí no pasa. Vuelve a la cama si quieres.

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias.

—Me voy a preparar una infusión, ¿te importa?

—¿Qué te pasa?, ¿te cuesta dormir?

—Un poco.

—¿Hay algo que te preocupe? —preguntó levantando la mirada del suelo. Una mirada a media asta que pedía conversación.

—Algo me pasa, pero no soy capaz de descifrarlo.

—¿Te sientes mal?

—No, no te preocupes. Estoy bien, solo que no me aclaro. Necesito despejarme un poco, nada más. ¿Te importa si salgo al jardín?

—En absoluto. Todo tuyo.

Cuando empezó a subir las escaleras, me quedé a solas con Gato. Bajó semi desnudo, con el torso al aire. Ese olor suyo… ese olor me torturaba. Hacía frío, aunque sentía arder por dentro. Abrí un par de puertas para hacerme con alguna bolsita de hierbas y enseguida encontré lo que buscaba. Di con una caja de madera llena de infusiones de todo tipo: aromáticas, antioxidantes, diuréticas... Al abrirla, pude respirar una maravillosa combinación de olores entre cítricos, jengibre, menta o canela que me trasportaron a la cafetería a la que tantas veces había ido con mi abuelo a merendar. Encendí el hervidor, volqué el agua caliente en una taza y sumergí una tisana de canela, trocitos de manzana y manzanilla. Respiré y salí al jardín. La noche estaba despejada. Podías hacer una lectura perfecta de las diferentes constelaciones. Corría algo de viento. Me tumbé en la hamaca y comencé a mecerme. Dibujé con el dedo el heraldo de la oscuridad, la reina etíope y la Osa mayor. Siempre me gustó encontrarle un sentido a las estrellas y esos jeroglíficos le dan forma al firmamento. Gato se me acercó. Me miraba fijamente. Sus ojos de gato estaban ensartados en un cuerpo de gato, pero la luz inmemorial que salía de ellos era sobrenatural. Le hice un gesto para que se subiera encima mía y respondió complaciente. Habíamos empezado una gran amistad. Nos unía la orfandad. El tacto de su pelo era suave, su temperatura caliente. Los dos estábamos conectados. Latíamos al mismo son. Ambos recibíamos la atención de Bernat.

Al cabo de un rato escuché unos pasos que se acercaban a mí.

—¿Puedo acompañarte? Tampoco puedo dormir —musitó Bernat con voz cavernosa.

—Por supuesto —respondí mientras me encendía como una antorcha.

—Bonita noche.

—Sí. El cielo está muy abierto.

—¿Te encuentras mejor?

—Bueno…

—¿Te ha incomodado mi conversación?

—No exactamente. Simplemente, me has hecho pensar.

—¿Y has llegado a alguna conclusión?

Lo miré durante un instante.

—Esa mirada dice mucho.

—¿Y qué dice?

—Que estás confusa.

Volví a mirarlo como si me asomara a un precipicio.

—¿A qué le tienes tanto miedo? —me preguntó serenando su voz.

El timbre de esa voz siempre me calmó.

—Dímelo tú.

—¿Me tienes miedo a mí?

Repetí lo que empezó a ser un ritual de miradas esquivas. Algo parecido al vaivén de olas en la orilla del mar.

—Veo que sí.

—No es a ti exactamente.

—¿Entonces?

—No quiero estropear nada.

En ese momento se levantó, cogió un banquito que andaba por allí y se dirigió hacia mí. Abrió el banquito con suavidad en sus movimientos, lo apoyó en el suelo, se sentó a mi lado, alargó la mano y comenzó a acariciar a Gato. El corazón me latía cada vez con más prisa. Mi respiración cabalgaba entre la incertidumbre de lo desconocido y la familiaridad de lo vivido.

—Veo que os habéis hecho amigos —dijo en un susurro mientras enterraba su mano en el cuerpo de Gato.

Mantuve la respiración durante un rato. No sabía a quién acariciaba, si a Gato o a mí. Su calor traspasaba la estructura corporal del felino hasta llegar a mi dermis. No podía moverme. Su olor empezaba a instalarse en mi piel, en mis pulmones, aunque mis resistencias me oprimían. El cuerpo me decía que sí, la cabeza me decía que no.

—Disculpa…, tengo que irme —bufé haciendo un aspaviento que provocó que Gato diera un salto.

Bernat se quedó allí plantado. Me asusté, tengo que reconocer que me asusté. Tenía que cortar aquello. Tenía que volver a mi realidad. Algo superior a mis deseos tiró de mí con la fuerza de un vendaval y, al llegar a mi habitación, rompí a llorar. Lloré de impotencia y lástima a la vez, de rabia, de tristeza. Por un lado, mis resistencias me bloquearon, por otro, no quería hacerle un renuncio. Había sido tan bueno conmigo. No merecía un rechazo por mi parte.

Me encontraba en medio de una contradicción. Empezaba a sentir algo por él, pero tenía dudas y esas dudas estaban ligadas a mis principios más adustos. A veces los sentimientos no tienen límites definidos. La línea fronteriza que hay entre el amor pasional y el amor afectivo puede crear confusión, pero ese no era mi problema. Las personas que más me habían querido habían terminado abandonándome y no quería volver a pasar por eso, no quería sufrir más. Había emprendido una nueva vida para alejarme del dolor. Necesitaba una nueva oportunidad, iniciar un camino en solitario. Necesitaba seguridad y con Bernat corría el riesgo de perder el equilibrio que buscaba, pero, a la misma vez, su simple presencia me equilibraba. Estuve dando más vueltas de las debidas en la cama. Intenté acallar mi conciencia. Metí la cabeza debajo de la almohada, apreté los ojos y me obligué a dormir. No podía dejarme llevar, tampoco podía descansar. Alguien empujó la puerta. Era Gato,

que escuchaba mi llanto. Entró en mi habitación y esta vez se subió a mi cama sin mi permiso. Anduvo por encima de mi cuerpo. Noté el toque de atención de cada una de sus patas. Intentaba decirme algo. Su ronroneo me ayudó a dejar de pensar. Me incorporé, me dio permiso para acariciarlo suavemente y salí de la cama. Estaba decidida a no seguir pensando.

El suelo estaba frío. Empecé a temblar. Me dirigía hacia la habitación de Bernat. Cuando llegué a su cama me quedé inmovilizada, justo como cuando necesitaba dormir con mi madre.

Bernat notó mi presencia.

—¿Me abrazas? —le dije en un lamento.

A partir de ese instante no me separé de su lado.

Capítulo 10. Között

Entre el cielo y la Tierra

—¡Arriba, dormilona! —gritó Bernat mientras subía la persiana.

—Estoy cansada. Quiero dormir un poco más.

—Venga, que tenemos que preparar las cosas para ir a casa de Esteban.

Bernat siempre fue una persona entusiasta. Como no podía ser de otra manera, su animal era el perro. Proyectaba fidelidad, custodia y simpatía. Inyectaba positividad en todo lo que hacía. Y los días fueron transcurriendo sin mayor sobresalto que el de pasar el fin de semana con él.

Mi relación con la señora Adelaida se fue consolidando sin dificultad. A los pocos meses encontramos un equilibrio envidiable. Protestaba, se quejaba, vociferaba por cualquier tontería, y aunque seguía pasándome revista con expresión desconfiada, me necesitaba. A pesar de su altanería, sus debilidades la rebajaban a mis ojos. La enfermedad y el grado de dependencia resultante fueron avanzando sin freno, y como no podía ser de otra manera, me fui convirtiendo en su enfermera de cabecera. Un equipo de paliativos iba a visitarla varias veces a la semana y a merced de las instrucciones que iban marcando fui aprendiendo a curarle las escaras, a subirle la dosis de morfina para paliar el dolor, a lavarla. Su cuerpo se iba apagando por días.

—¿Sabes lo que me ha dicho la señora Adelaida? —le pregunté a Bernat.

—Que eres la cuidadora más guapa del mundo.

—En serio, me da tanta pena. Se está deteriorando por días —añadí mientras desayunábamos.

—¿Qué te ha dicho?

—Que le da miedo la muerte, que no quiere morirse.

—¿A ese nivel de confidencias habéis llegado?

—Se está muriendo, Bernat. Necesita compartir sus inquietudes con alguien. Aparenta ser un gatito arisco y desconfiado, pero en el fondo es una persona muy sensible.

—¿Y quién no lo es? Hay momentos en los que es difícil ocultar el niño que llevamos dentro, sobre todo cuando nos vemos indefensos.

—Pues sí. A veces nos defendemos a través de mecanismos de defensa improductivos. Nos escondemos detrás de una absurda fachada y la señora Adelaida tiene una historia detrás que le da lectura a su forma de comportarse.

—¿Ella es consciente del estado en el que se encuentra?

—Claro que sí. Por eso tiene miedo.

—No creo que haya nada después de la muerte —esgrimió sin ser consciente del don que me había concedido el mismo cielo.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque no hay nada que demuestre que haya algo.

—No todo se puede demostrar a través de hechos.

—A ver, tampoco es que lo niegue. Es bonito pensar que te vas a reunir con tus seres queridos cuando mueres, pero no creo en nada de eso.

—Cuando estás tan cerca de la muerte, debe ayudar creer en eso.

—Bueno, dejemos de hablar de la muerte. Vamos a vestirnos, que nos espera una vida por delante.

La señora Adelaida no quería morir, y en ese empeño de ir a contracorriente, se quedaba sin la poca energía que aún la sostenía. Le leí muchos libros durante su larga convalecencia. Me situaba enfrente de la estantería de Bernat y elegía el que más me llamaba

la atención. Nos pasábamos las horas viajando a través del tiempo, reflexionando sobre el comportamiento humano, sobre la consciencia frente a la inercia, sobre el éxito y sus engaños, sobre la felicidad.

La señora Adelaida era huraña en el trato, quizá porque se quedó sola con sus hijos desde muy joven. Pertenecía a una dinastía de militares con renombre. Su marido, también militar, los abandonó sin darle ningún tipo de explicación. Hizo la maleta y se marchó. Al cabo de los años volvió, y fue entonces cuando ella le dio un portazo en las narices. Tuvo que trabajar mucho para sacar a sus hijos adelante. El poder adquisitivo que tenían cuando su marido vivía en casa era elevado, de ahí que vivieran en una casa tan costeada, pero cuando los dejó, tuvo que ponerse a trabajar para mantener a su familia. La contrataron en el estanco del barrio. Más tarde, se emparejó con el dueño del establecimiento, negocio que heredó al fallecer. Al caer enferma, dejó a su hijo mayor a cargo del estanco, aunque nunca llegó a retirarse del todo. Se empeñaba en llevar las riendas desde la distancia, pedía los libros de cuentas para revisarlos, se preocupaba de que el escaparate llamara la atención de los clientes para que los productos que más interesaban se vendieran, insistía en la importancia de crear un ambiente cómodo y memorable dentro del local y alertaba de la picaresca de los comerciales que traían nuevos productos. Echaba de menos el olor de los habanos antes de entrar en contacto con el fuego, el sonido de los cartones de tabaco al ser almacenados, el tacto de los cigarros que despachaba con sus propias manos. Tenía los dedos amarillos, la piel arrugada y sin posibilidad de brillo, la mirada cetrina. Nunca llegó a querer a su segundo marido.

Eran las dos de la madrugada. La señora Adelaida tenía un sueño más ligero de lo deseado. Se quejaba a menudo, y ese rosario de lamentos podía ser producto del dolor físico o del dolor emocional

que sufría. Ambos conceptos tenían el mismo peso, aunque costaba definirlos. Las quejas inundaban la casa. En el silencio de la noche sonaban con más intensidad. Nos encontrábamos en la recta final de su enfermedad.

—Anna, ven aquí.

—Ya voy, señora Adelaida —le dije desde mi dormitorio.

—No te veo.

—Estoy a su lado —aclaré cogiéndola de la mano.

—Me siento rara. Me duele el pecho.

—La ayudo a incorporarse un poco.

—¡No me sueltes! ¡No te vayas! ¡No me dejes sola! —espetó.

—No se preocupe, estoy aquí, a su lado.

La cama estaba empapada de orina. Su cuerpo temblaba en forma de espasmos.

—Voy a cambiarle las sábanas.

No dejaba de moverse. Intentaba bajarse de la cama. Gritaba. Me insultaba. Pedía socorro. Ernesto estaba apoyado en el quicio de la puerta. No se atrevía a entrar. Le pedí que se llevara las sábanas mojadas.

—¿Le duele algo además del pecho?

—No puedo respirar.

—Espere, que le inyecto más medicación.

—No quiero morirme —dijo en un susurro desprovisto de aire.

—No se preocupe, estoy aquí, a su lado.

A los pocos segundos la medicación empezaba a hacer efecto o quizá era el resultado de mi mano deslizándose por su pelo para intentar calmarla. Su respiración se ralentizó. La luz de la mesita de noche nos alumbraba desde el suelo, a pesar de estar rota debido al manotazo recibido. La oscuridad reinaba al otro lado de la ventana. Ernesto continuaba agazapado en la puerta. Seguía sin atreverse a entrar.

—Llama a tus hermanos, Ernesto —le dije intentando disimular la preocupación.

Obedeció sin rechistar, como de costumbre.

—Anna dice que vengáis... No lo sé... Mamá ha tirado la lámpara al suelo.

—Pásame el teléfono, Ernesto —le dije con la máxima ternura que pude—. Creo que ha llegado el momento. Está tranquila. No puedo hablar mucho más. Me tiene la mano cogida —susurré con sigilo.

Aquella mujer se encontraba en un estado de semiinconsciencia que facilitaba las cosas. Su respiración era interrumpida por una especie de ronquido asincrónico. Ernesto iba acercándose poco a poco a la cama en la que su madre se encontraba adherida desde hacía unas semanas. No sabía si entendía lo que estaba ocurriendo.

—Cógela de la mano, Ernesto. No tengas miedo.

La personalidad de la señora Adelaida se desdibujaba hacia lo desconocido. Me la imaginaba en el pasado, caminando con firmes andares, rictus agrio e intención decidida. Su personalidad iba cayendo como hoja caduca. Me miraba con fijeza indefinida. Sus ojos pedían auxilio sin ocultar sus pensamientos.

—Octavio, ¿estás ahí?

—Madre, somos tus hijos —apuntó Julio.

Ya habían llegado.

Estaban los tres alrededor de la cama. Miguel la cogía de los pies, Julio estaba a su lado y Ernesto volvió a replegarse hacia la puerta. Yo sentí mucho frío. El cuerpo se me estremeció sin motivo. Aquel frío me era familiar. Lo tenía registrado en alguna parte de mi cerebro.

—Qué guapo estás, Octavio. Tenía ganas de verte.

Julio me miraba, sorprendido. Pensaba que su madre deliraba. Y podía estar en lo cierto, pero había una persona más en la habitación. Un hombre desconocido se encontraba de pie junto a la ventana, justo hacia donde sus ojos se dirigían. Su rostro era afable

y no decía nada. Solo sonreía. No se veía con claridad debido al reflejo azulado que desprendía. Solo podíamos verlo la señora Adelaida y yo.

—Ven aquí que te toque. Te he echado mucho de menos.

—Su hermano se llamaba Octavio —aclaró Miguel en voz baja—. Murió hace unos años. Puede que esté hablando de él.

—Ernesto —balbuceó la señora Adelaida.

—Ven aquí, Ernesto —dijo Julio agitando el brazo.

Ernesto no sabía muy bien qué hacer. Estaba más desorientado de lo normal. Era previsible su respuesta. En aquel momento resultaba injusto exigirle a nadie elocuencia alguna, y menos aún, a él. Se abrió paso por entre la penumbra del dormitorio hasta situarse a los pies de la cama de su madre. Ella solicitó más cercanía.

—Hijo, no te asustes —dijo intentando alcanzar su cara con la mano—. No te he dicho lo mucho que te quiero las suficientes veces. Eres una persona muy especial y tus hermanos te van a cuidar muy bien, ¿lo sabes?

—Madre, ¿estás bien? —susurró Ernesto preocupado mientras giraba la cabeza con movimientos cortos y repetitivos.

—Estoy bien, hijo. Siempre estaré a tu lado. No lo olvides.

Acto seguido, me miró, miró a sus otros dos hijos y cerró los ojos. Luego, entró en un sueño comatoso que nos mantuvo en silencio durante media hora larga. Sus hijos la acariciaban, yo la acariciaba. Ernesto iba comprendiendo lo que estaba ocurriendo. Julio lo intentaba tranquilizar tocándole el brazo en señal de apoyo. Mi temperatura volvió a equilibrarse. El pulso de la señora Adelaida no se encontraba, se iba apagando lenta y ordenadamente y ella no oponía resistencia. La visita de su hermano Octavio tuvo algo que ver con aquel giro en su actitud. Estaba tranquila. Con toda seguridad, se fue en paz.

Capítulo 11. Felé

Hacia donde nadie nos ve…

Julián era amigo de Bernat desde que eran pequeños. Raro era el día que no estaba metido en su casa. Los dos se adoraban. Tan inseparables eran, que construyeron sus casas una junto a la otra. El nivel de madurez de ambos era muy dispar, me di cuenta el día que los vi juntos por primera vez. Julián apareció en la cocina y me preguntó quién era de forma arrogante, misma pregunta que le devolví como respuesta. Por aquel entonces, ya creía ser el centro del universo. Bernat se lo permitía todo. Le hacía gracia cómo se movía, lo que decía, cómo se comportaba. No se paraba a profundizar en nada, sencillamente, lo cuidaba. Julián, sin embargo, abusaba de su hospitalidad. Necesitaba su opinión para tomar decisiones, le pedía dinero prestado, lo chantajeaba, lo usaba. Cuando era joven podía presumir de un carácter entrañable, no había desarrollado aún la personalidad de metal sólido que acabó separándolo de mí. Se aprovechaba de su faceta divertida para mantener la amistad que había entre ambos. Mi relación con él era buena, me respetaba. Al principio me miraba con recelo, temía perder el protagonismo que monopolizaba su relación con Bernat. Con el tiempo, mimetizó sus sentimientos hacia mí con los de Bernat hasta llegar a convertirme en un trofeo que ganar.

Al morir la señora Adelaida, Bernat me pidió que me fuera a vivir con él, propuesta ante la que accedí de forma temporal. Había vivido durante seis largos años en aquella casa, y aunque pasaba los fines de semana junto a él, salí huyendo de Hungría para labrarme un

futuro mejor y vivir bajo la protección de alguien no era lo que tenía programado.

Siempre quise estudiar para desarrollar mis dones y tener más oportunidades en el mundo laboral, y gracias al dinero ahorrado y al apoyo de Bernat, decidí estudiar Enfermería, una profesión con un alto componente vocacional. Lo que más me gustaba de mi trabajo era la cercanía y el trato humano hacia las personas que necesitaban de mis cuidados. Puede que proyectara mi propia necesidad de ser cuidada en el cuidado hacia los demás, no lo descarto. Cuando me sentía impotente ante situaciones ante las que no podía hacer nada, trataba de observar y escuchar el sufrimiento humano con el único fin de acompañar. Ese gracias sincero del paciente al que alivias de un dolor agudo, las lágrimas de la anciana que celebra que la escuches, la mirada compasiva de alguien que confía en ti…, pequeños grandes gestos que me animaban a trabajar con entusiasmo.

El dinero que gané cuidando de la señora Adelaida me permitió matricularme en la facultad. Por las mañanas iba a clase y por las tardes trabajaba en la cafetería del hospital. Durante los fines de semana estudiaba, aunque, por suerte, me cundían mucho las clases presenciales. Siempre tuve muy buena memoria, tan buena fue, que aún recuerdo con detalle cosas que es mejor olvidar, cosas que no necesito recordar. Bernat no quería que trabajara, pero mi ego no me permitía depender de él en su totalidad.

Mi vida empezaba a despegar, sentía que alcanzaba la plenitud desde mi realidad. Llegaba a la cama agotada, se me caía el pelo, mi psoriasis brotaba, pero nada de eso me importaba. Mi abuelo siempre me decía que tenía talento y que los talentos no servían de nada si no se trabajaban. Todos poseemos fortalezas en potencia, y la seguridad, el amor y el respeto que Bernat me ofrecía me ayudaba a desarrollar las mías. Nada era más satisfactorio para mí que el hecho de valerme por mí misma.

La relación con Bernat era sencilla, Bernat era sencillo, la vida junto a él era sencilla, no entrañaba mayor riesgo que el de ponernos una mochila y perdernos en alguna cala. «¡Hacia donde nadie nos ve!», gritaba al viento cuando salíamos de aventura. Todo era sencillo junto a él hasta que se complicó. La vida a veces te sorprende rompiendo tus esquemas de forma improvisada, y sin esperarlo ni desearlo, me quedé embarazada. La noticia me impactó. Tenía edad suficiente para ser madre, pero ni siquiera me lo había planteado. Estaba tan centrada en terminar la carrera que no aspiraba a nada más. Bernat se alegró mucho al enterarse. Estaba preparado para adaptarse a cualquier cambio. Su madurez lo habilitaba para hacerle frente tanto a lo bueno como a lo malo. Su instinto cuidador lo nutría de la fuerza que se necesita para darle luz a un nuevo ser humano.

Me costó unos días resetear la noticia. Empezaba a sentir la maternidad desde mis entrañas. Iba a ser madre, es más, ya había empezado a ser madre. Aquella criatura que latía dentro de mí me conectaba con mis antepasados, con mis orígenes, con la vida que había dejado atrás. Mis genes arrastraban un pasado, formaban parte de la cadena de genes que me habían creado. Y la vida continuaba su curso. Un curso lleno de historia. Una historia protagonizada por seres que habían colaborado para que sucediera lo que estaba pasando. A partir de ese momento fui consciente del devenir del ciclo de la vida.

Edvárd nació antes de lo previsto. Un accidente de coche precipitó su llegada. Por fortuna, llegamos a tiempo al hospital.

No había ni una nube en el cielo, y muy entrada la tarde, volvíamos de una de nuestras excursiones. El sol brillaba hasta cegarnos al proyectar su fuerza hacia nosotros. La conducción resultaba impracticable. La luz era tan intensa que decidimos parar en una zona de descanso durante un rato.

El silencio que yacía en ese sitio de tránsito era amable, solo lo rompía el crotoreo de las cigüeñas que nos acompañaban en aquella calurosa tarde. Nos sentamos en una de las mesas de madera que nos ofrecía el lugar y Bernat sacó los restos de bocadillo que llevábamos, abrió un par de latas de refresco y se sentó a mi lado. Seguidamente, me cogió las piernas para colocarlas encima de sus rodillas con intención de reducir la hinchazón que sufrían mis tobillos a causa del embarazo. Estaba impaciente. Tenía ganas de conocer a Edvárd. Deseaba abrazar a su hijo.

En pocos minutos, el sol empezó a cambiar de color. Su aspecto anaranjado permitía la conducción. Sonaba The Doors en la radio del coche y ya no teníamos excusa para seguir agazapados en medio de la nada. Decidimos recoger para volver a casa, cuando un ruido espantoso nos apartó de la calma. Ambos pudimos ver cómo dos coches colisionaron de frente a muy pocos metros de donde nos encontrábamos. No fue un golpe mortal, debieron rozarse, porque permanecieron intactos. Uno de los coches quedó varado en la carretera después de girar sobre sí mismo, el otro dio varias vueltas de campana hasta acabar unos metros más allá del arcén. Sin perder un segundo cogí el teléfono para llamar a una ambulancia. Bernat salió corriendo sin pensar.

—Tú quédate aquí, ¡no estás en condiciones para ayudar! —se le escuchaba gritar a lo lejos.

—Eso no te lo crees ni tú —contesté sofocada.

Mi peso me impedía correr, pero paso a paso, conseguí llegar al lugar del accidente. El conductor del coche que estaba en la carretera salió por su propio pie. En la calzada se dibujaba una figura torva apoyada en el hombro de Bernat. Tenía un semblante meditabundo. Estaba desorientado.

—¡Ve hacia el otro coche y sal de la carretera! —me gritó Bernat.

Pasaban muy pocos coches por allí. Se trataba de un lugar recóndito, aun así, había que señalar la zona de peligro. Bernat

desplegó un triángulo de emergencias a pocos metros de donde nos encontrábamos. El tiempo iba en nuestra contra. Noté una presión en la parte baja de mi prominente barriga que disminuyó el ritmo de mis pasos. Me detuve un momento para recobrar el aliento, y en ese instante tuve una nítida visión de nuestra frágil naturaleza. Algo no iba bien, pero debía seguir adelante.

Me recompuse sacando fuerzas de la voluntad que me gobernaba. Subí un pequeño promontorio y me dejé caer bajando la suave pendiente a la velocidad que marcaba la propia inercia de la gravedad. El lamento de alguien llegó a mis oídos. Volví a acelerar el paso. Me enfrentaba a una tragedia. Mi pulso se aceleró y en mi cabeza brotaron alarmas de todo tipo en forma de preguntas: ¿Habría alguien muerto? ¿Estaba preparada para salvar vidas?

Al llegar al sitio, vi a una niña ovillada en el suelo, fuera del coche. Me fui hacia ella. Estaba dormida. «Tendrá unos seis años», pensé. Me agaché como pude, le acaricié el pelo y le pregunté si se encontraba bien. Abrió los ojos y me miró con extrañeza. Me examinó durante un rato.

—¿Mamá? —balbuceó.

—¿Te duele algo, bonita?

—¿Y mi mamá?

En ese momento llegó Bernat.

—Voy hacia el coche, quédate con ella —le dije, sin opción a réplica.

Todavía persistía en mí un leve jadeo fruto de la carrera que me había dado. Me faltaba la respiración. Temía quedarme inmovilizada por el miedo, atrapada, bloqueada. Temía sentir la incapacidad de un aficionado que presume saber más de lo que cree saber, aunque eso no podía ocurrir, me estaba preparando para salvar vidas y no estaba dispuesta a dejarme abatir. El coche estaba bocarriba, a pesar de las vueltas que había dado. Al acercarme a aquella masa de hierro desbaratado no tanto por el impacto con el otro coche sino

por las volteretas sufridas, vi a una mujer en su interior. Intenté abrir la puerta. No pude abrirla. Me fui a la otra puerta, tampoco tuve suerte. La ventana estaba rota. Me agaché como pude y cogí una piedra con filo que había junto a mis pies para terminar de retirar los cristales que quedaban.

—¿Y mi hija?, ¿está bien?

—Tú hija está sana y salva. No te preocupes —respondí.

Aquella mujer tenía la cabeza abierta y hablaba como si nada ocurriera. Sus piernas estaban atrapadas entre el volante y el asiento sin opción a poder ser liberadas. Su pelo, ensangrentado, se abría para dejar entrever parte de sus meninges. Su vida se evaporaba como el último coletazo de un bonito sueño que no quiere ser despertado. Asió mi mano con fuerza. Su voz figuraba un dejo de plegaria que apelaba mi compasión. Parafraseaba un discurso de borroso entendimiento. Y entre sus palabras no se encontraba ninguna que hiciera alusión a su vida. No le preocupaban sus piernas, no le preocupaban sus heridas, no le preocupaba la brecha de veinte centímetros por la que se esfumaba su vida. Solo se preocupaba por el bienestar de su hija, por la salud de su hija, por lo que seguramente le daba sentido a su vida. No parecía ser consciente de su aletargada pero inminente ida.

Bernat me miraba de forma insistente para obtener información mientras acurrucaba a la niña en sus brazos. Quería ayudar, pero no había posibilidad de rescate. Y mientras mis manos palpaban un pulso cada vez más pausado, no pude hacer otra cosa que devolverle una mirada de derrota. La existencia de aquella mujer pendía de un hilo y a juzgar por el silencio que emitía, comenzaba a darse cuenta. Sus constantes vitales se iban apagando como las agujas de un reloj de pared que deja de funcionar debido al polvo acumulado. Sus manos, agarradas a las mías, dejaron de moverse. Al dolor no respondía grito alguno ni espasmo ni lamento. No había respuesta, ni siquiera un movimiento reflejo, solo la indolencia de los

que se aferran al sueño y no quieren ser molestados. Aquella mujer se desprendía de su alma para convertirse definitivamente en cuerpo.

Permanecí a su lado observando un deterioro progresivo y silencioso. Cuando dejó de respirar, mis manos trémulas se despegaron de las suyas para colocarlas sobre su cabeza e implorar una buena marcha. Una costumbre que adopté de mi abuelo. Lo hacía cuando consideraba que algo o alguien quedaba inerte. Nunca conseguí hacerme inmune al impacto que causa la muerte de otro cuando su vida depende de nuestros actos, aunque en aquel caso, no tuve margen de maniobra. La muerte llegó irremediablemente.

Me giré resignada para reunirme con Bernat, pero un traspiés me lanzó de bruces contra el suelo. Mi cabeza comenzó a conectar con mi cuerpo. Los músculos de mi útero se habían contraído provocando fuertes contracciones. Una sangre parduzca caía por mis muslos. Me desmayé y cuando desperté estaba en la ambulancia rodeada de tubos.

Edvárd nació prematuro pero sano. Salió adelante sin sobresaltos. Su nacimiento coincidió con mi último año de facultad y gracias a Cati, mi fiel compañera de clase, conseguí terminar de estudiar. Hice mi último examen cuando Edvárd cumplió un año.

—¿Te quedas a comer? —preguntó Bernat.

—Si me adoptáis, me quedo —respondió Julián.

—No hace falta. Vives aquí —añadí yo.

—Perdona, pero yo llegué primero.

—Fue Gato el que llegó primero —añadí cogiéndolo en brazos para hacerle un arrumaco.

—Chicos, no os peleéis, que hay sitio para todos —interrumpió Bernat con las manos en la masa que más tarde se convertiría en pan.

Julián intentaba ganarme a base de detalles. Siempre fue amable conmigo y muy cariñoso con Edvárd. Trabajó con esmero la complicidad que fue naciendo entre ambos.

—Me apetece que te quedes, Julián. Vamos a celebrar que empiezo a trabajar. Me han contratado en una clínica privada.

—¡Enhorabuena! —gritó mientras me cogía entre sus brazos para darme vueltas sobre sí mismo—. Por fin te decides a ejercer de enfermera.

—Edvárd ya no es un bebé. Ya estoy preparada.

—Voy a llamar a Esteban, Ignacio y compañía. Vamos a hacer una barbacoa como Dios manda —añadió Bernat.

—Qué buena pinta tiene eso —apuntó Julián.

Al principio me incomodaba ver a Julián en casa de Bernat. Distaba tanto en su forma de ver la vida. Con los años se fue ganando mi confianza.

—Enhorabuena —dijo Esteban al abrir la puerta. Venía acompañado de Luisa, su nueva pareja.

—Debes estar muy contenta. Ese tipo de vagones pasan pocas veces en la vida. Esa clínica está muy rifada —añadió ella.

Seguidamente llegó Ignacio. Se trataba de una reunión improvisada. Algo informal, como todo lo que organizaba Bernat. Tenía la habilidad de preparar una fiesta en un suspiro. Su poder de convocatoria no fallaba.

Sus amigos eran personas cuanto menos peculiares. Esteban, inspector de Hacienda, era un tipo alto y delgado, con mirada burlona, seriedad dulce y tristeza imponente. Luisa sencillamente lo acompañaba, no destacaba en ningún rasgo. Luego estaba Ignacio, un ser lleno de luz cargado de cierto laconismo infantil. Trabajaba en un centro de acogida de inmigrantes. Su mujer, Menchu, algo chismosa, hablaba por los codos.

—Te voy a presentar a un amigo interesante, Julián. Es cliente mío —explicó Bernat mientras todos comíamos.

—¿Tiene pasta?

—Es galerista. Podrías enseñarle tu obra. Quizá le guste y te la exponga.

—Eso me viene muy bien.

—Claro, aunque solo te pido una cosa.

—¿Qué cosa?

—Que no lo dejes tirado. Es una bella persona.

—Yo no suelo hacer esas cosas.

—Te recuerdo que sí sueles hacer esas cosas.

—Vaya, el señor don perfecto ha hablado. Él y sus lecciones de vida. A ver, ¿cuándo he dejado yo tirado a alguien?

—Bueno, no es momento de hacer ningún listado. Créeme, es una práctica habitual en ti.

—Eres un capullo, ¿lo sabes? Y, por cierto, no eres tan perfecto como aparentas. A mí no me engañas.

—Julián... —susurré con un carraspeo poco disimulado.

—Deja que se despache a sus anchas, así esta noche dormirá mejor —dijo Bernat con voz templada mientras abría una botella de Rioja.

—¿Me pasas la ensalada, por favor? —pregunté para acabar con la discusión.

—¿Tú también me ves así? —me preguntó Julián tras un silencio incómodo.

—Qué más da. Lo importante es cómo te ves tú.

—Me interesa tu opinión.

—¿Por qué? Mi opinión está sesgada por mi propia forma de ver las cosas —contesté.

—Pues yo pienso que si conocemos nuestras virtudes y debilidades podemos aumentar la confianza que tenemos en nosotros mismos.

¿A quién no le interesa descubrir quién es o cómo quiere ser? —preguntó Bernat.

—Yo pienso, yo pienso... —caricatureó Julián.

—Conocer lo que los demás opinan sobre nosotros mismos implica enfrentarnos a la tensión entre lo que creemos y lo que queremos ser, así que, cuidado —añadió Ignacio con un tono de advertencia—. Hay momentos en los que mataríamos por comunicarnos con libertad y compartir con las personas con las que interactuamos lo que realmente pensamos sobre ellos, pero estamos sujetos a las reacciones que podemos provocar, por eso, pienso que es mejor callar.

—Reacciones como rechazo, actitud defensiva, inquina e incluso poner en riesgo la relación de amistad, ¿no es así Julián? —añadió Esteban.

—Para nada. Estoy preparado para que me digan lo que piensan sobre mí —agregó de forma arrogante, después de estar un rato callado.

—¿Que tú estás preparado?, ja… ¡y un cuerno! —bufó Bernat—, pero si mira cómo te has puesto por una tontería.

—Por muy estrechos que sean los lazos de amistad que tengas con alguien, no siempre tenemos por qué estar preparados para tener un código de sinceridad plena —añadí.

—Venga, os propongo un juego. Vamos a instalarnos una app que va de todo esto. A ver cómo de preparado estás, Julián —apuntó Bernat.

—Me encantan esos juegos —dijo Menchu.

—¿En qué consiste? —pregunté.

—Es una app para desarrollar el Crecimiento personal. Se supone que te ayuda a ser mejor persona. Tus amigos te apoyan, te refuerzan, te ayudan a revisar valores universales como la empatía, la honestidad, el egoísmo…, pero lo más interesante es que lo hacen de forma anónima.

—No entiendo muy bien —apuntó Esteban.

—Es algo social. Necesitas a tus amigos para poder usarla ya que el crecimiento es mutuo, tú los ayudas a ellos y ellos te ayudan a ti. Consiste en enviar y recibir valores, mensajes de apoyo, agradecimiento, disculpas y frases que te hacen reflexionar sobre temas concretos. Decirles lo que verdaderamente piensas sobre ellos, sin cortapisas, que es de lo que estamos hablando, ¿no?

—Y anónimo, ¿por qué? —pregunté.

—Porque si no, no tienes libertad de expresión. Así puedes expresar sin filtros ni barreras lo que realmente piensas.

—A mí me parece divertido —dijo Ignacio con voz de pillo.

—Lo que piensas y lo que sientes —apuntilló Bernat.

—¿Lo que sientes? —preguntó Julián con ojos como platos.

—Lo que sientes por esa persona, así es.

—¿Y cómo saben que no eres tú? —preguntó Luisa.

—Porque al tener más de dos amigos en la app ya no sabes quién es quién.

—Entonces, que yo me entere, ¿qué tipo de mensajes ofrece? —pregunté.

—Es muy sencillo. Lo primero que debes hacer es configurar a tu grupo de amigos. Personas importantes para ti. Personas en las que confíes y puedan aportar información útil para crecer y a las que también quieras ofrecerles tu ayuda y tu cariño. Esta plataforma te ofrece opciones que te hacen reflexionar sobre temas concretos, como cuáles son tus fortalezas o tus debilidades, entre otras cosas. También te permite enviar frases predefinidas de apoyo, agradecimiento o disculpas. Eliges la que más te gusta y se la envías de forma anónima al amigo que hayas elegido.

—¿A qué te refieres exactamente cuando dices que puedes decirle lo que sientes a una persona? —insistió Julián.

—A que también tiene un apartado de frases subiditas de tono que puedes enviar a las personas que te atraigan. Cosas que no dirías

nunca a la cara. Es la parte más divertida del juego. La parte más romántica.

—¿Y si te agobian con tanta frase? —pregunté con cara de desconfianza.

—Bloqueas durante un tiempo como aviso. Todo lo que hay en la app está revisado. No hay nada ofensivo. Además, eres tú el que accede a jugar.

—A mí me parece interesante —dijo Julián—. Vamos a descargárnosla.

—Venga, animaos. No tendréis miedo a saber lo que lo que los demás opinan sobre vosotros, ¿no?

—A veces es mejor vivir en silencio —añadí.

—Pero otras veces el silencio crea distancia entre las personas —apuntó Bernat—. No siempre es fácil encontrar el momento o la forma. Sin ir más lejos, mira cómo ha reaccionado Julián cuando le he dicho que es un borde de cuidado. Como un jabalí acorralado.

Finalmente, nos la descargamos. Resultó divertido. Todos recibimos mensajes de refuerzo y aspectos a mejorar, pero hubo algo que llamó mi atención. Estuve recibiendo mensajes románticos durante meses y no era Bernat el que me los enviaba. Atando cabos, descubrí que eran de Julián. Utilizó esa aplicación para hacerme llegar lo que sentía por mí.

Capítulo 12. Amíg

Hasta que el sol se esconda…

Siempre me gustó disfrutar del silencio. Es un estado que nos invita a viajar a través del tiempo, a tirar de recuerdos, a ejercitar la memoria. Nos ayuda a desarrollar la capacidad empática que todos tenemos. Nos empuja a encontrar un momento de introspección para encontrarnos a nosotros mismos y reconocernos como lo que somos. Es una forma de aislarnos del ruido de la vida. Solo así puedo centrarme en el poder del tacto, en la fuerza de los colores, en el placer que nace en lo más profundo de nuestro paladar. El silencio aporta sensaciones de libertad, desapego, descarga. Favorece la expresión creativa, el desarrollo de nuestros dones. El silencio nos permite cultivar la atención plena hasta llevar la consciencia total a la experiencia de estar presente en un momento determinado, sin distracciones. Y aquella fiesta de cumpleaños acabó en silencio hasta llegar a convertirse en inolvidable. Una consecución de fenómenos inesperados fue aconteciendo como por orden de lista.

Mis hijos estaban en casa. Edvárd había empezado a trabajar en Gerona y venía de vez en cuando a visitarme, sin avisar, cuando necesitaba refugio. Nándor se había casado. Llevaba dos años casado. Su mujer me gustaba, era un poco remilgada, pero me gustaba. Respetaba la complicidad que existía entre mi hijo y yo, y solo por eso se ganaba mi aprobación. Vivíamos en Barcelona, pero, al separarme de Julián y encontrarme sola en casa, decidí mudarme a Menorca, a la casa de Bernat, a mi casa. Pedí un traslado y me fui

a la isla. Todavía me quedaba un tramo para llegar a la edad de jubilación.

Cuando Edvárd cumplió tres años, mi vida se desbarató por completo. He repasado aquella mañana cientos de veces. Empezaba a creer que el destino me sonreía convencido de hacerme feliz, que había llegado mi momento. Viví una niñez tan oscura, que llegué a pensar que merecía la desdicha, que no podía optar a la felicidad. Los niños de mi alrededor disfrutaban de la inocencia que nos concede la naturaleza a determinadas edades. Improvisaban, soñaban despiertos, se equivocaban. La vida no me dio margen para desarrollar la candidez de mis iguales. Me convertí en adulta antes de lo deseado. Sentía ser menos que los demás, aunque mi abuelo siempre intentó convencerme de lo contrario. Me insuflaba seguridad cada vez que nos veíamos. Quería hacerme llegar a creer que mi vida tenía valor, al igual que Bernat, un ser junto al que todo era susceptible de mejora.

—He tenido una pesadilla horrible —le dije a Bernat al despertar.
—¿Y qué ocurría?
—Que salías a comprar algo y no volvías.
—No te vas a librar de mí tan fácilmente. No te preocupes.
—Qué tonto eres. Lo he pasado muy mal, ¿sabes?
—Pero si dicen que eso te da años de vida...
—¿El qué?
—Que te maten en un sueño.
—No saben qué inventar.
—Puede que sea verdad. Tan poca base empírica tiene una cosa como la otra.
—Nunca te he contado que de pequeña tenía sueños premonitorios.
—Bobadas.

—Pues se cumplían.

—Casualidad.

—Puede ser, aunque… bueno, he dejado de sentir eso hace años, qué más da.

—¿Y qué fue de esa habilidad? —me preguntó acariciándome la cara mientras seguíamos acurrucados en la cama.

—La perdí. No ha vuelto a ocurrirme, o al menos, que yo sepa. Puede que haya dejado de prestarle atención, no sé.

—Bueno, no pienses en nada y dejemos que la vida siga su curso. No me va a pasar nada. Te lo prometo.

—¿Me lo prometes de verdad?

Se hizo un silencio.

A los pocos días recibimos una horrible noticia. Bernat sufría un cáncer invasivo. Se había extendido por todo su cuerpo de forma galopante y sin remedio. Y fue al sentir aquella devastadora lanza clavada en mi pecho, cuando mi vida perdió su sentido de nuevo. La soledad insistía en invadir mi espacio, en absorber mi tiempo y yo no quería volver a mis orígenes. No podía seguir perdiendo a las personas que me sostenían.

El silencio se instaló entre nosotros. Nuestros sentidos perdieron la capacidad de llamar nuestra atención por un momento. Íbamos de vuelta a casa. Me faltaba el aire. No entendía nada. El vacío de un precipicio escarpado impedía que mis pies avanzaran, y para colmo, no podía expresar el pánico que sentía. No podía compartir con Bernat el estado de desasosiego que me arañaba por dentro.

Él me miraba de reojo. Conducía con aplomo. También tenía miedo. Percibía su miedo. Un miedo que teñía la órbita de su aura. El silencio dio paso a la introspección. Me tocaba cuidar de la persona que me había enseñado a vivir y no podía fallarle.

—Todo va a salir bien, ya verás —me dijo posando la mano sobre mi pierna.

—Seguro que sí —le devolví en un resto de aliento.

La cancela de la entrada seguía rota, pero esa vez no nos importó. En la casa reinaba un silencio atrapado, diferente, un silencio extraño. Gato no salió a recibirnos. Dejé el abrigo encima del sofá y me metí corriendo en el baño. Sentía que despertaba de un sueño, que volvía a la realidad de la que salí huyendo años antes. Necesitaba mirarme al espejo y verificar lo que estaba ocurriendo, pero antes, tenía que llorar. Entré en el baño sin pausa, pero con sigilo, cerré la puerta, y ya dentro, me apoyé sobre ella para ir resbalando hasta sentarme en el suelo, rota de dolor. Cogí la toalla del lavabo e incrusté en mi cara en ella para desahogar mi desconsuelo. Necesitaba expresar mi tragedia para poder pensar. Necesitaba vaciarme, soltar la rabia, darle protagonismo a la pena, sentir la sensación de desgracia. Seguidamente, respiré con profundidad y me levanté para lavarme la cara. Tenía que recuperarme para poder salir de allí.

Estuve frente al espejo durante un rato. No podía mirar a Bernat a los ojos y alguien tenía que corroborar la noticia, aunque fuera yo misma. Tenía la cara hinchada, azarada. Clavé mis ojos en su propio reflejo y me hice muchas preguntas: ¿Por qué estaba ocurriendo algo así? ¿Qué iba hacer sin Bernat? ¿Qué más me tocaría vivir? Preguntas sin respuestas.

A pesar del vacío, fui capaz de ver un futuro en mis ojos. Pude sentir la locura, la sinrazón, el ulular de la muerte prematura. Una maldita realidad acababa con una de las personas a las que más quería, aunque Edvárd, mi precioso hijo, dependía de mí, y ante aquella evidencia, no podía bajar la guardia. Tenía que aprender a dominar aquella mirada de pánico, de tragedia, de cuenta atrás. Tenía que recomponerme para salir adelante. No bastaba con sobrevivir, debía recuperar la ilusión por vivir. Aquel ser inocente merecía una oportunidad.

Bernat se sentó frente a su ordenador, imagino que al igual que yo, también buscaba respuestas. Me acerqué a él y me eché sobre sus hombros. Al sentir mi pánico, cerró el portátil, se giró y me dio un abrazo tan fuerte, que aún puedo sentirlo. Fue un abrazo de despedida.

No queríamos derrumbarnos. Nos miramos y sonreímos. Siempre tuvo la habilidad de sacarme una sonrisa, hasta en el peor de los momentos. Reímos de felicidad y tristeza, de amor y drama. Nos abrigamos y fuimos a recoger a Edvárd a la guardería. Durante el paseo no me solté de su mano. El concepto espacio-tiempo lo tenía sesgado. Me encontraba desorientada, pero el calor de su mano me traía al presente como única salida al desastre. Sus manos. ¿Cómo iba a vivir sin sus manos?

Edvárd venía caminando hacia nosotros con su mochila a la espalda. Le hacía feliz vernos juntos. Sus diminutos pasos no sabían a lo que se enfrentaban.

Bernat se sometió a un tratamiento tan saludable como letal para frenar la enfermedad que lo alejaba de nuestras vidas. Los efectos secundarios lo deterioraron. Su cuerpo no iba al compás de su mente, porque quería vivir, y aunque el deseo por eliminar el mal que lo iba consumiendo era fuerte, se encontraba atrapado en un mundo extraño y ajeno: el mundo de la inoportunidad. Quería vivir, pero esa aspiración combinaba a la perfección con la inflexibilidad de la muerte. Quería vivir, sí, pero sabía que iba a morir y los engranajes de mi soledad empezaron a girar bajo el yugo de esa misma premisa. Nos despedíamos en cada abrazo, en cada beso, en cada mirada. Me costaba entender que unos pies tan enraizados a la faz de la tierra se despegaran de ella, que alguien con una autenticidad tan exenta de artificio dejara una vida a medias. Los días pasaban y, mientras tanto, yo intentaba vivir el momento hasta que pensaba con miedo. Durante esos intervalos de tiempo actuaba

en beneficio del miedo. Los momentos bonitos hacían más grande ese miedo a perderlo. Debía habituarme a vivir en un planeta sin su presencia, sin su juicio, sin su transparencia. No fue nada fácil.

Cuando Bernat se marchó, se hizo el silencio.

Poco a poco fui acostumbrándome al deterioro de los años. Durante los primeros meses sin él, mis ataques de tristeza hacían que cualquier situación, por propicia que fuera, resultase una farsa. Con el tiempo fui comprendiendo que el protagonista de aquella fase de mi vida era Edvárd, que nada era más importante que ofrecerle seguridad y templanza a mi hijo. No podía ser la precursora de nuestra propia tragedia.

Julián empezó a estar muy presente en nuestras vidas. Siempre hizo muy buenas migas con Edvárd. Por aquel entonces daba clases de dibujo técnico en un instituto. Se le daba bien pintar. Con los años fue desarrollando ideas para esculpir figuras y formas geométricas a las que les daba vida en forma tridimensional uniendo o moldeando materiales de todo tipo. Trabajaba con el hierro, con el barro, la piedra o la madera. Siempre estaba encerrado en su taller enfrascado en lo trivial de su existencia. Gracias a Bernat consiguió exponer en algunas galerías y el éxito obtenido le fue abriendo puertas en el mundo del arte. Su papel en nuestra vida resultó sanador. Al ser vecinos, raro era el día que no nos visitaba. Y entre visita y visita yo intentaba mantener la rutina para que Edvárd no sufriera tanto el cambio. Cuando conducía, me duchaba o me acostaba, recuperaba mi estado natural, volvía a ser yo. Lloraba. Tocaba fondo. Nada llamaba mi atención. Cualquier forma humana o material carecía de ángulos, aristas o vértices. Todo era plano, menos mi hijo y el mar. Eran las únicas formas de vida que mantenían firme mi adarve. Me estaba convirtiendo en una autómata que no podía competir con un pasado tan dorado como lo es el sol al amanecer. Edvárd encarnaba una peculiar fusión entre lo perdido y lo encontrado, entre lo fallido y lo soñado. Muy a mi pesar,

no se parecía físicamente a Bernat, pero solo con mirarlo se me encendían los vínculos que me anclaban a la tierra por muy remotos que fueran. Julián, siempre contento, ejercía de guindola. Organizaba excursiones, nos regalaba libros, jugaba con Edvárd, se esforzaba para que recuperáramos el aroma a vida cotidiana que mantiene entretenido al ciudadano de a pie. Entraba cantando, hacía morisquetas, lucía la sonrisa almidonada que solía abrirle puertas y nos cuidaba o, al menos, lo intentaba. Reaccionaba como si estuviese esperando entre bambalinas e hiciese una repentina entrada en escena cada vez que venía a casa. Era la única persona con la que podíamos contar de verdad. La sensación de pesadumbre que me invadía impedía que pudiera emprender algún plan, pero cuando el zapato se ajusta bien, nadie piensa en el pie, me repetía a menudo en honor a los consejos que mi abuelo me daba en vida, y esa pantomima me servía de señuelo. El collage de actividades de madre en el que estaba sumergida también ejercía de acicate.

Los días fueron pasando y Julián empezó a ser una pieza importante en nuestras vidas. La vida junto a él era divertida. Sabía lo que nos gustaba y hacía verdaderos esfuerzos por complacernos, lo cual era toda una proeza. Estaba enamorado de mí desde hacía años. Nunca me lo confesó, pero yo sabía lo que sentía, y por primera vez en la vida le llevaba ventaja a Bernat. Cuidaba de su hijo, de su mujer y de su casa. Por fin le tocaba llevar la batuta en algo importante. Por fin tenía la oportunidad de demostrar su valía. Intentó ganarse mi cariño con un nutrido repertorio de detalles, pero mi corazón estaba inhabilitado. Al principio me dejé llevar por la inercia del sentimiento de decadencia que provocan los duelos. No me importaba nada que no fuera el bienestar de Edvárd, y al ver que se entendía bien con Julián, le permití la entrada en nuestra vida privada. A poco, fue ganándose su sitio. Me sentía agradecida por la atención que nos ofrecía, pero había algo que no terminaba

de convencerme. ¿Qué implicaba todo aquello? ¿Hasta dónde iba a llegar?

Al principio nada de lo que ocurría me importaba, pero a medida que fuimos estrechando lazos me fui acostumbrando a su presencia. Nunca me gustó depender de nadie. Sin saber cómo, se fue ganando mi afecto más personal. Cuando Bernat vivía, sencillamente lo soportaba, pero a merced de aquel ritual de cuidados pude comprobar en primera persona el resultado de un cariño hecho a fuego lento. No me convencían sus maneras, eran tan diferentes a las de Bernat. No me gustaba el calado de su impronta, arrastraba dejos de ruindad. Necesitaba más de lo que aportaba, era presumido, arrogante, ruidoso. No estaba dotado de la transparencia a la que Bernat me tenía acostumbrada. Lo que empezó siendo un acto heroico terminó en fraternidad. Julián fue ablandando mi coraza y sus imperfecciones fueron pasando a un segundo plano. Los beneficios que me aportaba eclipsaron sus misterios hasta ir encendiendo la llama de mi alma de nuevo.

—Mamá tengo una sorpresa para ti. El del timbre no era el repartidor de Amazon con un paquete —anunció Edvárd asomándose al salón con cara de pillo.

Yo estaba leyendo uno de los libros de la biblioteca de Bernat sentada en una butaca que rescatamos de la basura y que restauramos juntos con todo el mimo que salió de nuestras manos, algo que solíamos practicar cuando veíamos algo que merecía volver a la vida de nuevo. Todavía me quedaba algún tesoro por descubrir en aquella biblioteca. Cuando leía uno de esos libros sentía que me mimetizaba con Bernat. Aquellas páginas habían sido revisadas por sus ojos, acariciadas por sus manos, acunadas en su pecho. En algún momento de la vida se había sumergido en la misma historia que yo empezaba a leer en ese momento. Era bonito pensar que ambos suspirábamos en el mismo párrafo, que nos emocionábamos

con la misma trama, que compartíamos las alegrías, las penas o las decepciones de los mismos personajes. Me reconfortaba leer al compás de su intelecto.

—¿Qué haces aquí, hijo? —le pregunté a Nándor cuando lo vi aparecer por el salón arrastrando una gran maleta.

—¿Y Julia?

—Después te cuento. Dame un abrazo que he venido a felicitarte en persona. No me digas que no soy un buen hijo.

—No creo que hayas venido solo para eso. Esa maleta te delata.

—Ven aquí, Anyu querida (mami en húngaro). Hoy vamos a celebrar tu cumpleaños. Tenemos que hacer algo especial los tres. Es un día muy señalado.

—Pero si sabes que no me gusta el día de mi cumpleaños —le dije con voz grave y gesto de hartura.

—Pues eso hay que cambiarlo.

Nándor venía con novedades a razón del equipaje que llevaba a cuestas. Estaba más delgado de lo habitual, tenía un corte de pelo en espera y lucía unas perezosas arrugas en su camiseta fruto de una mala plancha. Edvárd cogió su maleta y se la llevó a uno de los dormitorios.

—Te he traído un regalo —me dijo ya en la cocina.

Nos gustaba habitar la cocina para hablar mientras picoteábamos algo.

—No me gustan los regalos, ya lo sabes.

—Este queso tiene una pinta espectacular, mamá —apuntó Edvárd mientras sacaba viandas del frigorífico con intención de dulcificar lo que estaba por llegar.

—Saca uno de esos vinitos que guardas, anda —dijo Nándor.

—Qué empeño con celebrar —bufé.

—No todos los días se cumplen sesenta y tres años, mamá.

—Ni sesenta y cuatro —respondí sin gracia aparente.

—¿Cómo te va el curro? —le preguntó Edvárd a Nándor.

—Tenemos una cartera de clientes muy nutrida. El *packaging* empieza a tener protagonismo en este país casposo. Me he traído trabajo pendiente. Después os enseño lo último que estoy diseñando. Nos ha contratado Javi Torreta, el cocinero ese tan mediático. Uno que está todo el día saliendo en la tele.

—¿El que sale con una que tiene unas tetas de la talla doscientos cincuenta? —preguntó Edvárd.

—El mismo que calza y viste.

—Es una pena que se le reconozca por eso. Ese hombre lleva mucho tiempo entre fogones. Es uno de los grandes —apunté.

—Pues que no haga el ridículo que hace —añadió Edvárd.

—A lo mejor es feliz así.

—No me cabe duda, pero hace el ridículo.

—Pues a mí no me parece que haya que juzgarlo por eso que decís —añadí.

—Mamá, nadie lo juzga. Solo he dicho que hace el ridículo.

—Ah, repasaré mi concepto sobre el hecho de enjuiciar a los demás. Debo estar en un error.

—Bueno, ¿y vosotros cómo vais? —preguntó Nándor para cambiar de tema.

—Yo pensaba irme pasado mañana. Llevo una semana aquí y ya me toca volver a la normalidad —dijo Edvárd.

—¿Qué tal en el nuevo estudio?

—Bien, me dejan ir a mi aire. Están entrando obras muy chulas. La arquitectura va remontando también.

—¿Y tú, mamá?

—Bueno, no tengo muchas novedades. Lo que os voy contando cuando hablamos. Estoy más tranquila que antes. Desde que pedí el traslado a las trincheras estoy más descansada, aunque trabajar con quemados también tiene su miga.

—Debe ser duro.

—Sufren mucho y no solo por el daño estético, sino por el físico.

—Bueno, ¿alguna novedad? —preguntó Edvárd dirigiéndose a Nándor.

—Alguna hay.

—¿Qué te ha pasado, hijo?

—Julia y yo nos vamos a separar —soltó sin adornos.

—¿Y eso? Yo pensaba que os iba bien.

—Yo también.

—¿Y qué ha ocurrido?

—Mi vida empezó a cambiar una tonta mañana y no precisamente por haber recibido un premio Pulitzer, ni por haber encontrado un antídoto contra el cáncer, ni por haber descifrado un código ruso encriptado, no. Me encontraba en gallumbos frente al ordenador haciendo el pedido de la compra del mes en el supermercado. Era temprano y estaba medio dormido. Qué poco me duró la modorra... Entre latas de tomate y cogollos, saltó la notificación de un mensaje.

—Ufff… —vaticinó Edvárd.

—No quise leerlo, pero la curiosidad mató al gato.

—Ese mensaje no era para ti, ¿no es así?

—No. El ordenador era de Julia.

—Nándooor…, existe algo que se llama confidencialidad.

—Lo sé, mamá, soy un lerdo.

—¿Y qué descubriste?

—Algo de lo que me iba a enterar tarde o temprano. Julia tenía activado un chat en el ordenador y estuvo manteniendo una conversación con su amiga Loreto. Conversación que presencié en directo.

—¡¡¡Nándooooor!!! Lo que sea que te haya ocurrido te lo tienes merecido —apunté.

—Le decía que ya no estaba enamorada de mí. Que me veía más como amigo que otra cosa y que no sabía cómo decírmelo.

—Tiene otra relación —apuntilló Edvárd.

—Argg, menudo tópico. No siempre tiene por qué ser eso —añadí.

—No decía nada al respecto en esa conversación —aclaró Nándor —. No entiendo cómo ha podido ocurrirle algo así. ¡Si llevamos dos años casados!

—Pues, hijo, a veces la convivencia no funciona. No pasa nada.

—El caso es que teníamos organizado un viaje a Laponia finlandesa un mes y medio después de aquello. De hecho, ahora tendría que estar preparando los últimos detalles de ese viaje.

—¿Y qué ocurrió después? —preguntó Edvárd rellenando la copa de vino de todos.

—Mi primera reacción fue la de hacerme el loco. Estaba y sigo muy enamorado de ella y solo pensar que me podía dejar me asfixiaba. Quise creer que podía ser una confusión temporal, un desbarajuste hormonal, una crisis existencial. Cualquier excusa me valía para desacreditar lo que había presenciado en aquella pantalla de ordenador. Julia es el amor de mi vida, mamá —dijo encogiendo su pecho y haciendo un puchero.

—Ven aquí, mi amor —lo abracé.

—Me tengo que recomponer, lo sé, pero es tan complicado —dijo en un sollozo.

—¿Hablaste con ella? —preguntó de nuevo Edvárd.

—Chico, no das tregua —añadí entre dientes mirándolo con antipatía mientras seguía abrazando a Nándor.

—Me dediqué un tiempo a observarla, a ella y a nuestra relación. No daba crédito a lo leído. Para nada coincidía con lo que estábamos viviendo o, al menos, esa era mi percepción. Sé que a veces hacemos una interpretación sesgada de la realidad, pero, por más que insistía en dar con el fallo, seguía sin encontrarlo. Éramos, porque ya no somos, una pareja normal. Nos levantábamos y nos dábamos el besito de la mañana, nos gustaban las mismas cosas, no solíamos discutir. No sé muy bien qué ha ocurrido, la verdad.

Entendía muy bien de lo que hablaba. A mí me pasó algo parecido con su padre, pero era yo la del bando contrario. A veces

necesitamos apoyarnos en nuestros propios relatos para darle forma a nuestra historia y no siempre son fieles a la verdad.

—Puede que hayas ido construyendo una visión propia de tu relación con Julia y es evidente que no coincide con la visión que ella tiene —advertí.

—Pues ahora que puedo decirlo, siempre te he visto más enamorado a ti que a ella, es más, a mí me parece que nunca te ha querido —añadió Edvárd.

—Alaaa…, pero qué bruto —bufé de nuevo—. Hombre, no creo que haya sido para tanto —mentí.

—Déjalo, mamá, si seguro que tiene razón.

—Esa mujer no sabe amar, te lo digo yo —recalcó de nuevo.

—¿Y por qué piensas eso? —preguntó Nándor buscando respuestas más tangibles.

—Porque siempre me ha parecido muy fría, una persona incapaz de entregarse al amor. Para amar te tienes que despeinar, tienes que estar dispuesto a mancharte de barro, a perder el foco, a desnudarte de prejuicios, a volverte loco, y no la veo en ese papel.

—Puede que tengas razón. A lo mejor nunca me quiso —claudicó Nándor—. Como no quería destapar la caja de los truenos, tomé la estúpida decisión de ofrecerle mi mejor yo. Y como dicen que los mejores regalos son los no pedidos, y todavía mucho mejores, los no esperados, allá me lancé al paraíso del consumo.

Se dedicó a agasajarla a base de detalles inesperados, a prestar una virtuosa atención a sus necesidades y a persuadirla con almibarados cumplidos. Y mientras ella se empalagaba, él sufría el paciente asedio de sus intenciones. Cuánto me sonaba todo aquello, pero en sentido contrario. Algunos no aprendemos si no es a base de pescozones. Tanto a Nándor como a mí nos ha costado entender que el amor no se puede manipular. Mientras nos tomábamos unos aperitivos suculentos en el mejor sitio de la casa —la cocina—, escuchábamos los lamentos de un inocente zagalón embobado por

las trazas de cariño que le ofrecía su supuesta amada. Mi hijo acudía al marsupio de su madre para compartir el ciclón emocional de la tragedia que estaba viviendo. Necesitaba la catarsis de la risa, de los abrazos y, por qué no, de las falsas esperanzas, porque, ¿quién no ha utilizado alguna vez la ficción para sentirse mejor? De ahí mi afición por escribir. Un necesario e íntimo resguardo que le ha puesto freno a mi desconsuelo durante años. Cuando me sentaba a escribir rescataba del desván de mi memoria los esfuerzos que realicé para amar a Julián, así como los sinsabores de un amor frustrado. No siempre somos conscientes de la turbina que mueve nuestros anhelos, pero mis propias tragedias me han impulsado a emprender una larga travesía por el deshidratado desierto de la dormida desidia a través de las palabras para extinguir el recato que la razón le impone a los sentimientos y darles salida. Creo que en el fondo pretendía recuperar aquello perdido, reparar el daño vivido, luchar contra el fin inexorable de las cosas, pero nada más lejos de la realidad. Su única utilidad: la que te ofrece un salvavidas, que no es poco.

—¿Y qué pasó finalmente? —preguntó Edvárd comiendo deprisa a medio camino entre la compasión y la curiosidad.

—Al final no pude sostener la mentira. Intenté normalizar la trama de una pareja posiblemente descompensada, pero en mi fuero interno sabía que me estaba equivocando. Me hice muchas preguntas hasta llegar a respuestas de peso y, a decir verdad, no tengo derecho a retener a nadie. Ni Julia ni yo merecemos vivir a medio gas. Somos jóvenes. No podemos empezar una vida en pareja sin acopio de provisiones. Además, ¿qué sentido tiene vivir sabiendo que en cualquier momento te pueden dar la patada? No me apetece vivir en alerta constante y con miedo a ser yo mismo, enfadarme, equivocarme o permitirme algún que otro delirio. Una noche cualquiera me armé de valor y le pregunté sobre nuestra relación, y

con ello, le permití desbridar su herida. Básicamente, la liberé de su celda.

—Pobre, tuvo que ser duro para ella.

—Venga, mamá, no empieces con el exceso de empatía. Es a Nándor al que han dejado.

—Sí, pero seguro que también ha sido difícil para ella —apunté al abrigo de una identificación desconocida para ellos.

—Creo que sí —interrumpió Nándor—, de hecho, no vi que se liberara del todo. No quiere hacerme daño, de eso estoy seguro, aunque es mejor así. Tendré que superar mi duelo, no me queda otra.

—Es una decisión valiente. Has hecho bien, hijo —le dije acariciándole el hombro.

—Bueno, habrá que brindar para dar pie a nuevas revanchas, ¿no? —planteó Edvárd.

Ante lo cual, obedecimos.

—Esperad —advirtió Nándor saliendo de la cocina en una carrera.

Algo tenía entre manos.

—Tu regalo —dijo al volver extendiendo sus brazos para entregarme un sobre.

—Pero, Nándooor…, ya sabes que no me gustan las sorpresas.

—Tómatelo como algo rutinario, mamá.

Siempre destaqué por ser una persona metódica y orgánica. Me sentía cómoda planificando mis días, de lo que derivaba una enojosa tendencia a huir de la improvisación. Puede que ese paroxismo improductivo guardara relación con el hecho de haber vivido una infancia de desengaños que arrebataron de cuajo el hambre de curiosidad que a todos los niños les nace al ser sorprendidos. Me cansé más pronto de lo debido de idealizar situaciones inalcanzables, o quizá las sorpresas que viví no fueron lo suficientemente agradables.

Aquel sobre guardaba en su interior una premonición. Al abrirlo no entendía muy bien su significado. Un billete de avión a Budapest, la ciudad del pecado, la ciudad cuya lengua es «la única del mundo que el demonio respeta», según reza un viejo proverbio. Una ciudad partida en dos por un río romántico a la vez que oscuro, por las guerras, por el comunismo. En un lado Buda, el casco antiguo; en el otro Pest, la gran ciudad que se resiste a su grandeza.

—¿Y esto? —pregunté en imperativo.

—Es hora de que vuelvas a tus orígenes y, tengo otra sorpresa más. No vas a ir sola. Yo te voy a acompañar.

—¿Y yo qué? —añadió Edvárd.

—Puedes venir si quieres.

—¿Y por qué tengo que volver a mis orígenes?

—Porque las emociones no expresadas son emociones acumuladas y provocan dolor físico, mamá. Deberías saberlo ya. Creo que ya es hora de que te reconcilies con tu pasado.

—¿Y qué vamos a hacer allí?

—No sé, ¿visitar lugares, recuperar imágenes, abrir el cofre de las viejas memorias para darle otra perspectiva? Seguro que encontramos rincones que te reconfortan.

Mi hijo me impulsaba para que aprendiera la lección y limpiara mi memoria. Una generación por debajo de la mía abriéndome paso. Y tenía razón. Ese momento tenía que llegar.

A la mañana siguiente recibí una llamada. Mi padre había fallecido.

Capítulo 13. Keresztül

Mediante la observación…

En la estación de trenes del este de Budapest solo quedaban las sombras de los transeúntes que deambularon por el andén minutos antes, el olor a bullicio, los restos de saludos alegres, tristes o carentes de emoción y el eco de pasos que ya marcharon o llegaron. A medianoche no quedaba nadie más que los gatos, pero a pesar del vacío, las risas, los susurros y los bisbiseos seguían vibrando en la atmósfera. Y su inmensa fachada quedaba atrás, sobre el marco de una estructura de hierro en la que se imprime un pasado de reputación que quedó en el olvido custodiado por un reloj que marca las horas al compás de la victoria y la muerte, del esplendor imperial y del sufrir de la invasión.

Al respirar el aire de mi país se me llenaron los pulmones de nostalgia. Una fuerza pesada tiraba de mis piernas hasta volverlas perezosas. Me movía por inercia, como si me diera lo mismo moverme o no. La tristeza anidaba en mi interior desde días antes. El regalo de cumpleaños de Nándor fue un mero presagio, una señal que anunciaba el suceso de una crónica esperable, que no esperada. Mi padre me engendró cuando tenía solo veinte años. Había cumplido ochenta y tres el mismo día que yo cumplía sesenta y tres, e irremediablemente, su final llegaba. Desde que me fui de Hungría no volvimos a cruzar palabra, pero a pesar de la distancia, seguíamos en contacto. Cada dos o tres semanas llamaba por teléfono a la señora Verónika, su vecina, para saber cómo estaba. Le enviaba dinero cuando ella me decía que lo necesitaba, fotos de los

niños, paquetes con comida, y lo gracioso es que mi padre nunca renunciaba a nada. No respondía a mis recados en primera persona, siendo todo un detalle por su parte. No sé qué habría hecho si hubiera dado una señal de vida diferente. Ambos estábamos programados para vivir solos y, sin embargo, resultaba más que imposible unir nuestras soledades.

Finalmente, mis hijos me acompañaron. No me hubiera importado hacer ese viaje sola, pero he de reconocer que su compañía hizo más leve la acopladura. Cuando llegamos a mi pueblo sentí que me derrumbaba. El corazón me latía en pasado. Intenté ponerle un filtro a lo que veía, pero los recuerdos enmarañaban lo que a nivel práctico parecía pasajero, pero a nivel psíquico era eterno. El cielo gris sustituía el decorado azul que me había acostumbrado a llevar sobre la cabeza en España, aunque, el verde del terreno compensaba el deslucido. Por más que me pesaba, se trataba de un lugar invadido por la niebla en el que reinaba el silencio. El tiempo parecía haberse detenido para siempre dentro mí.

Al adentrarnos en las calles de mi pueblo me detuve a disociar lo nuevo de lo viejo. Todavía quedaban restos de lo vivido. La panadería de la mítica Bözsi había sido sustituida por una oficina de correos; el taller de zapatos de János «el largo» ya no existía; «la casa de las comedias», que así es como llamábamos al centro cívico del pueblo, se había convertido en un reformado edificio de líneas rectas que nada tenía que ver con el arte; la peluquería de Jóska se llamaba Stílus y el empedrado de las calles se encontraba bajo una capa de asfalto que enterraba el transcurso de varios siglos. Nadie nos miraba. Mis antiguos vecinos estaban acostumbrados a los turistas. Se me hacía raro no encontrar caras conocidas. Mi asombro le daba lectura a la fragilidad de una pétrea forastera a la que se le iba reblandeciendo su coraza a medida que iba acercándose a su destino. Y, a lo lejos, los cipreses. Se empezaba a ver la cima de aquello que le dio ornato a mi ventana.

—Hola, Verónika, soy Anna.

La señora Verónika no articulaba palabra. Parecía haber visto a un fantasma.

—Anna, la hija de Zsuzsanna y Kristóf —aclaré.

—Annaaa... —se le escuchó con dificultad al taparse la boca con las manos tras la sorpresa.

A los pocos segundos de abrir la puerta y escuchar mi voz se me echó encima para darme un abrazo. Siempre fue inusitadamente cariñosa.

—Cuánto me alegro de verte. Qué bien te mantienes.

—Gracias —respondí sin capacidad de devolver un sincero halago.

Los años no pasaron en balde por su piel. Tenía diez años más que yo, pero la línea temporal que nos separaba a nivel estético era generosa. El frío, la mala vida o su propia genética habían cuarteado sus líneas de expresión.

—Estos son mis hijos.

—Muy guapos. Se parecen a su madre. Los conozco por las fotos que enviabas a tu padre. Bien orgulloso que estaba de sus nietos.

—¿En serio? —preguntó Nándor en un torpe húngaro mirándome de forma acusatoria.

—Y tan en serio. Presumía de nietos, créeme.

Edvárd y Nándor no salían de su asombro. Apenas articularon palabra desde que bajaron del tren. No manejaban muy bien mi lengua materna a la hora de comunicarse, pero la entendían a la perfección. Yo rehuía de mi país, pero, a pesar de ello, nunca quise que mis hijos se olvidaran de sus orígenes. Les hablé de Hungría, de su historia, de su idiosincrasia, aunque no de mi pasado, y menos aún, de mi oscura relación con mi padre. Ellos respetaban mi silencio.

—Pasad, que os preparo una sopa caliente.

El tiempo no había pasado por aquella casa. Ya dentro, acudieron a mi mente vagos recuerdos: el papel amarillento de las paredes, los

muebles chapados en una lámina que imitaba a la madera de caoba o la horrible lámpara del salón. Detalles que se me quedaron grabados en uno de los muchos cajones que conforman nuestra memoria.

—Fue horrible, Anna —dijo Verónika absorta en su discurso—. Estaba sentado en su sillón viendo la tele que, por supuesto, estaba encendida. Tenía la cabeza gacha. El color de su piel era parduzco tirando a marrón oscuro... o gris…, no sé muy bien… El olor que desprendía era…, ay, disculpa que sea tan gráfica. No sé si quieres saber los detalles. Mejor no sigo —señaló haciendo aspavientos con las manos.

—No, no. Sigue, por favor. Prefiero saberlo todo —apunté sin tener en cuenta la presencia de mis hijos.

—Como prefieras —tragó saliva—. Tal y como te dije por teléfono, llevaba varios días sin saber de él, pero como a veces le daba por aislarse del mundo, no le di importancia —apuntó algo más serena mientras nos servía sopa en unas tazas desgastadas por los años—. Aquella noche cayó una buena tormenta. Tanto llovió, que me saltaron los plomos de la luz y como no sabía si era algo general, toqué en la puerta de tu padre. No abría, y al ver luz a través de la ventana, seguí insistiendo. Aburrida de aporrear la puerta, decidí volver a mi casa para coger las llaves que una vez me dio, ya sabes, por si algún día pasaba algo... Tengo que reconocer que temía lo peor —sollozó.

—Tranquila, tómate tu tiempo.

—No se me quita de la cabeza aquel olor, Anna. Tendría que haber ido antes. A veces soy demasiado prudente. Pobrecito, llevaba varios días muerto y yo sin saber nada.

—Lo siento, Verónika. Siento que hayas tenido que vivir algo así.

—Era un viejo cascarrabias, pero a pesar de eso… —rompió a llorar.

En ese momento me di cuenta de que hablaba de otra cosa. Sus ojos la delataron. Verónika no cuidaba a mi padre por amor al arte, tampoco lo hacía como buena vecina. Creo que sentía algo especial por él.

Tocaba dar el paso: enfrentarme a mi pasado sin vacilación. Me hubiera encantado aligerar mi alma para poder pasear por mi casa sin que me hirieran las aristas de aquello que una vez me hizo tanto daño, pero me ganaron las náuseas. Un pellizco en el estómago me tenía atenazada. Verónika cogió las llaves y, sin mediar palabra, se puso el abrigo y nos hizo un gesto para que la siguiéramos. Me levanté de la silla en la que estaba incómodamente sentada y obedecí sin preguntar. Seguí los pasos de Verónika. Mis hijos seguían los míos. No sabían muy bien a lo que iban. Puede que yo tampoco.

La calle olía a calle húngara. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Empecé a tiritar sin tener frío. Nándor se me acercó para que sintiera su compañía. Me calmó. Parecía saber lo que tenía en mente. Verónika iba rápida. Tenía prisa por llegar a un lugar en el que se había desarrollado parte de mi vida.

—He limpiado todo lo que me han permitido mis lágrimas. Yo era la que mantenía limpia esta casa. Ayudaba a tu padre. Era un desastre. Si no fuera por mí, no sé qué habría sido de esta casa. Ahora la siento tan sola… —aclaró mientras metía la llave en la cerradura.

Costó abrir la puerta. Una puerta que me permitió entrar para recibir amor y salir para huir del dolor durante años. Conservaba las tachuelas de hierro de siempre. Nunca me gustó esa puerta.

El olor a naftalina era insoportable. También olía a lejía. Fue poner los pies en mi casa —porque seguía siendo mi casa— y comenzar a dudar de lo que estaba haciendo. ¿Se trataba de una incursión temeraria a los dédalos de mi pasado o sencillamente era el paso que necesitaba dar para cerrar una etapa de mi vida? En cualquier caso, salí rápido del estado de secesión en el que me encontraba

atrapada para chocar de frente con mis pulsiones traumáticas, con un silencio de voces lejanas, arrumacos, canciones de cuna y llanto.

Impelida por la sed de saber más, le pregunté a Verónika sobre la situación. Ya me había contado por teléfono que mi padre se llevó tres días muerto en su casa, que murió de un simple infarto y que el médico forense que vino a certificar el fallecimiento le dijo que no había signos de sufrimiento en su cara. Más tarde añadieron que el nivel de alcohol en sangre era elevado. Nada raro.

—¿Es este el sillón en el que estaba sentado mi padre, Verónika? —pregunté absorta.

—Sí, es ese.

—Mamá, ¿para qué quieres saber tanto? Ya sabemos lo que pasó —advirtió Edvárd.

—¿Qué te dijo la última vez que lo viste? —volví a preguntar ignorando a Edvárd y a su discurso mientras pasaba la mano por aquel sillón.

—No lo recuerdo muy bien. Nada importante. Creo que estuvimos hablando del cabecero de mi cama. Se me había estropeado mucho el tapiz y tu padre siempre me decía que lo iba a arreglar.

—¿No te dijo nada de mí?

—Mamá, para. No tiene sentido lo que estás haciendo. Venga, tranquilízate. Vamos fuera un rato —me dijo Nándor agarrándome por el brazo con delicadeza.

—¡No! Tengo que subir un momento —bufé, enajenada, dando un respingo.

Aquella toma de contacto estaba siendo más dura de lo que había imaginado. Mi razón se esforzaba por llenar de causas los efectos y todo me parecía enemigo, pero cuando llegué al dormitorio de mi madre recuperé mi infancia en un aliento. Abrí el armario y sus pertenencias seguían intactas. No había cambiado nada de lugar. La fotografía que guardaba en mi memoria se mantenía incorrupta. Sus

camisas, sus jerséis, sus faldas..., de ahí el olor a naftalina. Era la única forma de conservar su ropa.

—Bájame esas cajas, Edvárd, por favor —susurré en imperativo.

Estuve un rato tocando su ropa. Aún recordaba cada una de las prendas por las que mis manos se deslizaban. Metí mi cabeza en el armario y se me estremeció el corazón cuando noté que su olor había desaparecido por completo. Luego, me senté en la cama y me descalcé, abrí una de las cajas que Edvárd me bajó y me probé los zapatos que había dentro. Mis hijos no decían nada. Solo observaban el extraño ritual que practicaba. Aquellos zapatos mantenían un ligero aire a lo que fueron, pero habían perdido la forma de los pies de mi madre. La piel se había secado. La horma se había desfigurado. Su impronta había emigrado.

—¿Qué vas a hacer con la casa, Anna? —preguntó Verónika para sacarme del viaje astral en el que me encontraba encerrada.

—No lo he pensado aún, pero ahora que lo preguntas, no quiero venderla —contesté volviendo a mí.

Un hilo de contradicciones zurcía mi ética. Por un lado, deseaba deshacerme de la casa de la que hui años atrás con hartazgo. Por otro, necesitaba arreglarla, limpiarla de malas energías, recuperar lo que no pudo llegar a ser. Tenía una deuda pendiente con el precario refugio en el que crecí.

Al salir de la casa nos dirigimos al cementerio. Una cita obligada. Estaba cansada. Demasiadas emociones vividas en tan poco tiempo. Una extraña sensación escarbaba dentro de mi fragilidad psíquica. El cementerio estaba tal y como lo dejé. Apenas se veían cambios. El mismo vericueto de calles, la misma imagen de decadencia, el mismo remanso de paz. Flores nuevas custodiaban las lápidas, los nichos y los panteones que representaban a las personas que había debajo. Personas que habían transitado por este mundo. Personas con una trayectoria de vida más o menos afortunada, con sueños

cumplidos o frustrados. Verónika venía con nosotros. Alguien tenía que llevarnos hasta la tumba de mi padre.

—Aquí yacen los restos de vuestro bisabuelo Edvárd —apunté haciendo una parada.

Me agaché, acaricié su lápida y me quedé unos minutos en silencio. Me sentí más cerca de él. Algo que suele ocurrir en esos casos.

Cuando entramos en un cementerio se activan las células encargadas de situarnos frente al espejo de los demás: las células empáticas. Nos despojamos por un momento de la seguridad delirante en la que nos apoyamos al elaborar constructos sobre la vida eterna. Nos volvemos pequeños, insignificantes, mortales, aunque a veces, ni por esas. Hay personas que no se ven identificadas con lo que ocurre en los cementerios. Los visitan como si de una obra de teatro se tratara, como una de tantas escenas de ciencia ficción que acostumbran a ver en la gran pantalla. Esas personas no llegan a plantearse la fragilidad de sus cuerpos, la caducidad a la que están sometidos, no se plantean el fin. Mi cabeza seguía intentando entender lo que estaba ocurriendo. Mi padre se había marchado y nuestra relación no se había arreglado. ¿Qué demonios había pasado? ¿Por qué me había quedado de brazos cruzados?

El día fue intenso. Un dolor de cabeza me presionaba las sienes. Me costaba respirar. Nos despedimos de la señora Verónika y nos fuimos al hotel. Necesitaba descansar. Mi padre era mayor, pero, a pesar de ello, no me había planteado nada de lo que estaba ocurriendo. No tenía previsto volver a mi país, recorrer sus calles, y mucho menos, entrar en mi casa. Un tsunami de realidad me arrolló para sacarme del estado de letargo en el que levitaba.

El restaurante del hotel era pequeño, rural, sin grandes lujos. Servían comida casera.

—¿Cómo te encuentras, mamá? —me preguntó Nándor mientras cenábamos.

—Un poco cansada. No tengo mucha hambre.

—Conviene que comas algo. El día ha sido muy intenso.

—Demasiadas tragedias acumuladas, ¿no? —apuntó Edvárd.

Contesté con un silencio.

—Hay una frase de Martin Luther King que me gusta mucho —añadió.

—¿Qué frase es esa? —pregunté sin demasiado entusiasmo.

—«Nuestras vidas comienzan a terminar cuando guardamos silencio sobre las cosas que importan».

Estiré los labios en un gesto de resignación.

—¿Por qué no has compartido tu pasado con nosotros, mamá?

—Sus razones tendrá, Edvárd. Déjala, que está cansada —dijo Nándor.

El silencio volvió a protagonizar la velada.

—Tienes razón. No es justo que no conozcáis parte de mi pasado. También es vuestro pasado.

—Tendrás tus motivos, como dice Nándor, pero a mí me gustaría conocer las razones por las cuales no has querido volver a Hungría. ¿Por qué saliste huyendo?

—No he querido que mis juicios le dieran forma a la historia de vuestro pasado, pero muy a pesar, vuestro abuelo no ha sido un buen padre, al menos, no lo he sentido así.

—¿Por qué no habéis intentado arreglar vuestras diferencias?

—Porque a veces damos por imposible lo intratable. Vuestro abuelo tenía una forma de entender la paternidad muy distinta a la mía. Nunca ha estado dispuesto a dialogar. Por alguna extraña razón, su hija le provocaba repulsión.

—¿No te trataba bien?

—No —solté marcando una sonrisa benévola—. Me fui de aquí por amor propio. Quería una vida mejor y junto a él no era posible.

—Fuiste valiente, mamá —apuntó Nándor.

—Intenté darme una oportunidad, simplemente.

—Hiciste bien, mamá. Estamos orgullosos de ti —añadió Edvárd cogiéndome la mano con cariño.

Sentí lo que les dije, pero en el fondo había algo que me atormentaba. Tuvo que llegar su muerte para perdonarle. No llegamos a hablar de nuestras desavenencias y ya era tarde para poder hacerlo.

Capítulo 14. Örökké

Para siempre...

Lo primero que tenía previsto hacer al llegar a Hungría era sentarme junto a los zapatos de Budapest, aunque al final, no fue lo primero que hice. Luego, iría al rincón preferido de mi abuelo. Cuántas veces me lo imaginé en la margen del río Duna —mi río— de pie, contemplando la nada, en contacto con sus antepasados, acariciando sus recuerdos con todo su ser.

El orden de mis planes tuvo que ser invertido. Era la primera vez en mi húngara vida que no podía darle protagonismo a mi abuelo. Mi padre había desaparecido. Tenía que poner algunas cosas en orden, situarme, hacer una lectura de lo ocurrido. Y ya de vuelta a Budapest, pude llevar a cabo lo que tenía previsto. Los sesenta pares de zapatos seguían al aire, sin dueños, esperando a que alguien los calzara de nuevo. Algunos están ordenadamente colocados, otros de cualquier manera, otros tantos, improvisadamente abandonados. Todos y cada uno de ellos tienen una historia, cargan con el peso de una vida injustamente concluida. Como alegoría a lo que quedó de los judíos asesinados y tirados a la corriente de agua, expresan tristeza; como símbolo de un atentado, espanto. Un aire colmado de almas deambulaba alrededor de ellos y yo lo notaba. En un momento de la visita me agaché para tocar los zapatos de un niño. Más tarde, toqué los de una mujer. Al poner la punta de mis dedos en el frío hierro que les da forma, sentí un escalofrío. ¿Serían esos los zapatos de mi bisabuela Klára? —me pregunté.

Durante el viaje de vuelta a Budapest me sentí extraña. No era la travesía a la que estaba acostumbrada. Seguía cansada. No había dormido bien. Multitud de imágenes poblaron mi cabeza hasta llegar a instalarse en ella de forma desordenada. Igual eran flashes del pasado que del presente. También se colaron ráfagas de un futuro inconexo. Mi padre había muerto, y con él, parte de mi amargura.

Edvárd leía. Nándor escuchaba música. Viajábamos al vaivén de un tren de cercanías nuevo, muy distinto al que yo conocía. Tan distinto era, que por un momento me desorienté en espacio y tiempo.

—Mamá, hemos llegado a Budapest —tuvo que advertirme Nándor al ver que no me movía del asiento.

El Parlamento seguía en alza, poderoso, blanco. Edvárd me puso una salchicha a la brasa metida en un trozo de pan en la mano, pero mi estómago no era capaz de abrirse a nada. Mis hijos querían darle normalidad al paseo para protegerme del dolor. Actuaban de forma templada, como si nada importara. Entre ellos mantenían conversaciones cotidianas, charletas de turistas, bromas sanas. Por el tipo de miradas, sabían que no me encontraba bien, que sentía el impacto del pasado sobre mi piel. Mi corazón latía al compás de mis pasos. Unos pasos que viajaban a través del tiempo para hacer memoria. Unos pasos sin una dirección clara a la que dirigirse. Unos pasos que se dejaban llevar por la rosa de los vientos de mi alma.

Es curioso lo que puedes llegar a sentir cuando habitas un lugar que quedó atrás en el tiempo. Tus terminaciones nerviosas despiertan por sí solas. Las neuronas se nutren de una información que creías que se había esfumado, pero que permanece ahí, en algún rincón de la psique. Por un lado, sientes alegría, por otro, se abren heridas antiguas que nunca cicatrizaron. Por primera vez en mucho tiempo —quizá fuera la primera vez— me sentía húngara, disfrutaba de unas raíces que llevaba impresas en mi naturaleza de origen.

Mi necesidad de escribir llamaba a la órbita de mi mente y aunque resultaba difícil exigirme elocuencia, nada podía escapar a esas señales. El acto de escribir siempre me sirvió de cura. Cuando me sentaba a ordenar ideas se despejaban algunas de mis inquietudes. Otras veces solo me servía para ponerle nombre a lo que sentía. El mero hecho de expresar la ira, el miedo o la duda, permitía que mi mente fuera más aguda. Sentidas palabras se dedicaban a darle forma a cualquier desconcierto que me perturbara.

—Me gustaría ir a un sitio —dije levantando la mirada del cuaderno de notas que siempre llevaba en mi bolso.

—¿Qué sitio? —preguntó Nándor mientras se terminaba su café.

—Está un poco lejos de aquí. Tendríamos que dar un largo paseo para llegar.

—No hay ningún problema. Tenemos toda la tarde por delante.

—¿Te encuentras mejor, mamá? Seguro que este descanso te ha venido bien.

Miré a Edvárd y sonreí levemente. Esa fue mi respuesta a la pregunta que me hizo.

—Tengo una pregunta, ¿por qué no quieres hablar sobre lo que sientes?

—Son muchas emociones encontradas. Perdonad que esté tan distante.

—Si es lo que necesitas, no hay nada que perdonar —apuntó Nándor cogiéndome de la mano con toda la ternura que se puede transmitir cuando empatizas con alguien desde la compasión.

—¿Te puedo hacer otra pregunta? —susurró Edvárd.

—Adelante.

—Ayer le dijiste a la señora Verónika que no querías vender la casa de tus padres. ¿Sabes ya lo que quieres hacer con ella?

La algarabía de la calle se colaba por la ventana de la cafetería haciendo contraste con el silencio que se instaló de nuevo entre los tres.

—Me gustaría reformarla —contesté pasados unos segundos que parecieron minutos—. Me hace mucha ilusión que podáis disfrutarla. Esa casa merece una oportunidad.

—Puede que tu padre haya sido feliz en ella, ¿lo has pensado? —apuntó Edvárd.

—Dudo que vuestro abuelo haya experimentado la felicidad como tal.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Nándor.

—Porque ha sido una persona atormentada, carente de emoción, una piedra sin pulir, y no precisamente una piedra preciosa.

—¿Y conoces el motivo?

—Me temo que no y lo peor es que, o no he podido o no he querido conocerlo. No sé si he hecho bien al dejarlo por imposible —refunfuñé.

—Alguna razón te lo habrá impedido, mamá, porque, precisamente tú no eres una persona que te rindas fácil.

—A veces el dolor nos impide avanzar, mami —apuntó Nándor.

—Sí, es más cómodo permanecer en tu zona de confort, sobre todo cuando sabes que te expones al sufrimiento —asentí.

—Imagino que es una cuestión de tolerancia al dolor —añadió Nándor.

—No somos de hierro —dijo Edvárd—. Y, por desgracia, no todo tiene arreglo.

—Lo sé —asentí volviendo a sonreír desde el agradecimiento.

Seguía cansada, pero, aun así, quise llevar a cabo lo que tenía planificado: visitar el rincón sagrado de mi abuelo. Quise compartir con mis hijos el secreto que mi abuelo depositó en mi urna de los sentimientos con tanto celo. Un lugar que nos conectaba a todos con nuestros antepasados. A mi abuelo también le habría gustado compartirlo con sus bisnietos, estaba segura de ello.

El paseo por el río fue agradable, agotador pero agradable. La voz me temblaba al compás de lo que iba narrando. Mis hijos conocían la

historia de mi país, la tragedia que los años intentaban borrar sin pena ni gloria. Sabían lo que había ocurrido, lo que no sabían era que ellos formaban parte de esa misma historia, que su sangre más directa se derramó por aquellos lares.

—¿Y cómo consiguió tu abuelo engañar a la administración? Porque se tuvo que cambiar de apellido, ¿no es así?

—Hay profesionales para todo, hijo. Alguien se encargó de borrar sus señas de identidad y sustituirlas por otras.

—Parece que estés contando una película.

—La realidad supera a la ficción, ¿no se suele decir eso? —apunté mientras caminábamos.

Nándor debió notar que mermaban mis fuerzas porque se me acercó para ofrecerme su brazo como apoyo y yo lo recibí como bálsamo que repara. Mi corazón estaba agitado y el aire casi no me llegaba a los pulmones. El manantial de recuerdos y emociones que llevaba forjando desde mi niñez abría por fin su propio paso. Y mientras ellos escuchaban con atención lo que les contaba, yo seguía ensimismada en mi relato. Edvárd me agarró del otro brazo y el ruido de nuestros pasos comenzó a cobrar protagonismo. La tarde caía sobre nuestras cabezas, aunque todavía había luz suficiente como para que pudiéramos contemplar aquella gran masa de agua. El río empezaba a bifurcarse en dos brazos, uno ancho y turbio, el otro algo más estrecho y misterioso. Al cabo de la hora y media llegamos a nuestro destino.

—Tenemos que acercarnos más a la orilla —apunté.

Estaba nerviosa. El fango era cada vez más fluido. Le perdí el respeto con la misma prisa con la que se le pierde a unos zapatos recién estrenados. Empiezas a usarlos con extremo cuidado y a los dos días ya estás pisando charcos.

Una conocida fuerza de atracción tiraba de mí hacia el agua.

—¡Mamá, ten cuidado! —exclamó Nándor.

—Tranquilos, sé lo que hago.

La bruma del ocaso se nos echaba encima. Nos abrimos paso por entre la maleza. El silencio nos arropaba. Por un momento, me sentí junco, lodo, llanto. Mis hijos se quedaron atrás. Les pedí intimidad.

Seguía cansada, asfixiada, consternada. También me encontraba feliz. Feliz por sentirme más cerca de mi abuelo, feliz por reconstruir mi antigua capacidad de resistencia en aras de revivir un pasado libre de cargas. Me sentía feliz por todo y por nada. Cerré los ojos y vi a mi abuelo, y junto a él a mi bisabuelo Edvárd, a mi bisabuela Klára, a mi tía abuela Margot. Abrí de nuevo los ojos, giré la cabeza y vi a Nándor y a Edvárd. Estaban allí, mirando a su madre, sonriendo.

Volví a centrarme en el río. Respiré profundamente, me agaché como pude para tocar el agua.

Solo quería tocar el agua…

Capítulo 15.
Értem, érted, értük

Por mí, por ti, por ellos…

¿Dónde estoy? Me siento bien.

Mi abuelo se acerca silente hacia mí. Su expresión es afable. Siento una gran emoción. Me tiende la mano, y al verlo, mi pecho se expande. Mis pulmones se llenan de aire casi al completo.

Ya no estoy cansada. No siento dolor. No siento la gravedad bajo mis pies.

Una luz me guía. No es la luz del sol, tampoco se parece a las luces artificiales a las que estamos acostumbrados. Es algo distinto, una luz sin color, brillante, pura, diáfana. Me encuentro envuelta en un desmesurado halo de transparencia. Me toco la cara con las manos, después el pelo, el cuello, los brazos y, sorprendida, sigo palpándome todo el cuerpo. Estoy vestida de blanco con una ropa sin tallaje ni forma, cubierta de telas de un tacto de seda. Una tela muy suave, diferente. No siento nada, pero no me importa. Me encuentro feliz. Una cascada de emociones emerge de mis entrañas. Emociones buenas. Emociones sanas. No es alegría lo que siento, tampoco ilusión, es algo superior. Me encuentro sumergida en un estado de paz mansa.

No tengo prisa. No persigo nada. Es como si volviera a nacer de nuevo. Y merced al inmaculado ambiente en el que me encuentro, me echo a andar, que tampoco es andar tal que sí.

No hay lugar al espacio tal y como entendemos el concepto espacio. Tampoco hay lugar al tiempo, tal y como entendemos el concepto tiempo. Solo hay luz y amor. Luz y gozo. Una luz de felicidad.

Pero, ¿dónde estoy? ¿Soy yo? ¿Qué está pasando? Algunas preguntas pasan por mi mente. Entran en ella en forma de cadeneta y salen alegremente sin una respuesta clara. Me hago preguntas, pero tampoco hay lugar a respuestas. Miro a mi alrededor y sigo rodeada de luz.

Mi abuelo sigue ahí. Se acerca cada vez más a mí. Casi puedo tocarlo. Se acerca y se aleja. Percibo un movimiento extraño. Es todo tan impreciso y perfecto a la vez. Aunque algo sí que tengo claro: me llena de satisfacción su presencia de luz.

—Bienvenida, Anna. Querida Anna… —le escucho decir con voz serena.

No sabría decir cuántos años tiene. Es mi abuelo en esencia, no tanto en forma. Me está hablando. Se acerca a mí, me mira henchido de orgullo y me da un abrazo que tampoco se palpa tanto en forma como en alma. Es mi abuelo y lo tengo ¿en mí?, ¿sobre de mí?, ¿ante mí? No entiendo nada, pero no me importa. Es mi abuelo y puedo hablar con él, puedo verlo, puedo tocarlo.

—Eres Anna, nacida en Hungría, hija de Zsuzsanna y Kristóf, madre de Edvárd y de Nándor. Tu gran amor, Bernat. El padre de tus hijos, Julián —añade acariciándome el pelo.

Su luz me hace llorar de alegría, que tampoco es precisamente llorar. Su voz etérea traspasa la cuenca de mis oídos. Su calor me resulta familiar.

—Dame la mano, Anna. Vamos a dar un paseo.

Antes de seguir sus instrucciones miro hacia atrás. Otra fuerza de atracción igual de convincente me hace retroceder por un momento. Una fuerza igual de poderosa que la ausencia de inercia. Puedo moverme de un lugar a otro de forma extraña. La capacidad de

viajar a través del tiempo y el espacio se hace posible de repente. Ambas dimensiones conectan sin esfuerzo entre sí. Y al girar la cabeza, veo a mis hijos. También me veo a mí misma tumbada en la orilla del Duna, llena de lodo. Mis hijos intentan reanimarme. Están sufriendo. Gritan con desconsuelo. Me acerco a ellos. Estoy ¿sobre ellos?, ¿con ellos?... No sabría decir. No me ven. Algo les impide verme. Nándor me está haciendo un masaje cardiovascular. Sus brazos presionan mi pecho con angustia, sin descanso, a un ritmo frenético. Fuertes empellones zarandean mi cuerpo para que mi corazón reviva. Siento una fuerte presión en el pecho. Me falta el aire. Edvárd me agarra de la nuca con una de sus manos y sus gritos se convierten en susurros. «Anya, Anya...», emite al ver que no respondo a la palabra mamá. Ambos sufren, y por extraño que parezca, no me paraliza ese dolor. Solo los acompaño. Los acuno como cuando eran bebés y lloraban.

En un momento indeterminado Edvárd levanta la vista y gira su cabeza hacia donde estoy situada. Me mira. Me mira a los ojos fijamente y le sonrío. Le transmito felicidad a través de mis pupilas de luz.

Edvárd me está viendo. Sé que me está viendo. Se queda paralizado. No dice nada. Luego me sonríe.

Le doy la mano a mi abuelo. Me siento niña en este momento. La niña que tantas y tantas veces ha caminado agarrada de su mano haciéndole preguntas sobre la historia de la humanidad. Aún estoy con mis hijos, y a la vez, me voy adentrando en un camino de colores. Un camino en forma de sendero casi invisible que mis pies parecen conocer y que me aleja de ellos. Un camino en el que mis hijos no me acompañan.

Una alfombra de flores acampa bajo mis pies. Flores de todos los tamaños y formas. Flores de luz. Colores de luz. Flores abriéndose a una especie de sueño lúdico que se yergue frente a mí. El camino

que vamos recorriendo se va abriendo para convertirse en una llanura rebosante de vida vegetal. Un paisaje verde de altura variable, bajo el que se ocultan las irregularidades de un suelo sobre el que resulta fácil mantenerse en pie. Mis sentidos, tullidos ante la sensación de falta de uso, se agudizan ante el desafío en respuesta a multitud de nuevos registros. Nunca he vivido semejante intensidad de detalles. Me siento flor. Me siento amarilla como la gazania, rosa como el alfilerillo de pastor, roja como el hibisco rojo. Me siento aire. Me siento tallo. Me mimetizo con cualquier elemento de la naturaleza, pero a la vez, me siento más yo que nunca.

Siento que mi existir está cobrando un nuevo sentido.

Este paisaje me resulta familiar, pero a la vez, es diferente a lo ya conocido. No lo tengo registrado en mi mapa de los lugares. Puedo ver árboles de copas frondosas que zigzaguean al compás de una brisa reconfortante, campos de girasoles que cambian de color a su antojo, cascadas de agua cristalina, pájaros exóticos, olas de espuma blanca rompiendo en su orilla, cigüeñas, cientos de helechos gigantes, caballos correteando, millones de margaritas, cocoteros, nieve, hormigas, piedras brillantes... Ráfagas de luces de arcoíris irrumpen en mi pantalla visual para teñir de colores cambiantes todo lo que veo. Las imágenes no se mantienen fijas. Son imágenes tan nítidas que parecen aumentadas. Y mientras me deleito en los elementos que configuran este vívido escenario, mi abuelo me dice: «Solo son reminiscencias de lo que has vivido».

¿Reminiscencias?... No comprendo muy bien a lo que se refiere, aunque tampoco me importa demasiado. Me encuentro tan satisfecha, que nada puede sacarme de este estado. Por un lado, tengo curiosidad por saber; por otro, no necesito saber tanto. Una sensación de calma acalla el hemisferio de mi cerebro encargado de procesar la información verbal y numérica de forma deductiva para darle protagonismo a la parte que siempre se dedicó a procesar las imágenes, las emociones y los sentimientos, pero a su libre albedrío,

sin estar atado a verdades absolutas. Me encuentro inmersa en un mundo sin filtros. No veo ni rastro de huella humana.

—¿Dónde estamos, abuelo? —pregunto sin salir del asombro.

—No es momento de pensar. No es momento de preguntas. Disfruta de lo que ves. Siente. Solo siente.

Mi abuelo tiene razón. No hay lugar para razonamientos deductivos, ni juicios, ni explicaciones absurdas que para llegar a ser científicas necesitan del respaldo de leyes o datos. Es un momento de observación, de dejarme engullir por la línea del tiempo sin forzar nada. El enjambre de colores pasajeros, pero paradójicamente sólidos, que capto con cualquiera de mis sentidos, le da forma a escenas que tengo archivadas en mi retentiva más incorrupta.

Me voy alejando de donde vengo y a la vez me siento más cerca que nunca. Mis hijos quedan atrás, pero no sufro.

La mano de mi abuelo traspasa mi piel. Siento que me mece. Me ofrece la protección que todo el mundo necesita cuando se enfrenta a algo nuevo, aunque no siento miedo. Me encuentro segura en medio de tanta naturaleza. Igual estoy rodeada de montañas que pisando dunas de arena. No solo veo representaciones maravillosas, también puedo olerlas. Un festival de aromas me traslada a muchos sitios a la vez. Aroma a especias, a nardos, a sal marina, a tierra mojada.

Un arco abovedado se yergue a lo lejos, que tampoco es lejos. Nos acercamos a él sin tener definido el sentido de la distancia, ya que resulta imposible delimitar la longitud, la altura o la profundidad de las cosas. Todo puede modelarse. El plano de cuadro de una imagen se acopla con otro plano, y así, de forma consecutiva. No hay líneas de tierra. Tampoco hay líneas de horizonte. Los puntos de fuga colman de profundidad cualquier figura. Una profundidad desconocida en mi rango de perspectivas.

Al llegar al arco detenemos la marcha. Mi abuelo me mira y, acto seguido, me suelta de la mano. Me suelta de la mano con suavidad,

pero se mantiene a mi lado. Nuestros cuerpos se separan y, a partir de este momento, todo comienza a girar a mi alrededor. La sensación de viajar en el tiempo vuelve a repetirse. La virada a la que me veo sometida me obliga a cerrar los ojos y mi pecho comienza a expandirse de nuevo. ¿Hacia dónde me dirijo?, ¿qué siento exactamente?

Doy vueltas y más vueltas sin perder el equilibrio. Y en una de esas vueltas la mano de mi abuelo se une otra vez a la mía para soltarse de nuevo. Su tacto consigue frenar el barullo para ayudarme a salir de la agitación. Abro los ojos y, al fijar la vista en un punto, me doy cuenta de que el escenario en el que me encuentro ya no es el mismo. Las imágenes que se despliegan frente a mí son más tangibles, más reales. Me resultan familiares. ¿Es mi pueblo lo que veo? Me pregunto... Y sí, sorprendentemente es mi pueblo. No me puedo mover. Estoy paralizada, pero una inercia desconocida me pone en movimiento. Puedo recorrer las calles de mi pueblo, sus plazas o sus prados a vista de pájaro, de forma muy rápida. Puedo ir de un sitio a otro sin esfuerzo. Camino por los tejados de las casas, me asomo a las ventanas de esas mismas casas, entro en la Iglesia, veo el cementerio... No hay gente por ningún lado.

Tengo sed por descubrir más lugares de mi infancia, pero algo me impide seguir con la travesía. Algo llama mi atención. Es la primera vez que veo a una persona, porque parece que es una persona.

Me acerco a ese hallazgo con calma. Hay una niña sentada en un banco. No se le ve bien el rostro, pero es una niña, de eso estoy segura. Me encuentro tranquila. Me gusta verla. Me hace sentir bien su presencia. Sus pies no llegan al suelo. Los balancea. Está sola. Una voz interna me pregunta quién puede ser esa niña. Esa misma voz me pregunta la razón por la cual me atrae tanto la energía que desprende esa niña. Me acerco a ella. Le pido permiso para sentarme a su lado. Me mira y asiente con la cabeza. Me siento junto a ella y le cojo de la mano. Sigo sin verle la cara, pero no

importa. Nada importa. Me siento más dentro de ella que a su lado, percibo los latidos de su corazón a través de mi mano. Estamos en silencio. Vuelve a mirarme y en ese gesto me veo reflejada en sus ojos.

Acabo de comprender que esta niña está en mí. Acabo de darme cuenta de que esta niña soy yo.

—Hola, Anna —susurro con esmero cuidado.

—Hola —responde de forma cándida.

Sus húmedos ojos transmiten dolor. Solo se escucha su respiración. Conozco el lugar en el que estamos sentadas. Es una de las plazas de mi pueblo. Solía sentarme aquí mismo para analizar a la gente que transitaba por ella. Me gustaba observar la forma en la que se comportaba toda esa gente.

—Te veo triste.

Se hace un silencio.

—Se ha muerto mi madre —emite mirando a la nada.

—Lo siento.

Se hace un silencio.

Esta estampa me hace recordar lo que yo misma sentí en ese momento.

—Me quiero ir con ella. La echo de menos. No quiero que se vaya.

—¿Cuándo falleció?

—Ayer.

Se hace un silencio.

—Tengo miedo.

—¿A qué le tienes miedo?

—A la oscuridad. —Mira hacia el suelo—. Mi padre también me da miedo. No me quiere. No sabe cuidarme. No quiero quedarme sola.

Se hace un silencio.

—Quizá seas tú la que tengas que cuidarlo a él. Piénsalo.

—Soy una niña. No puedo cuidar de mi padre. No sé cómo cuidarlo —apunta haciendo un gesto de obviedad.

—Busca en su interior.

—¿Y eso cómo se hace?

—Seguro que hay algo a lo que poder agarrarte —respondo tal y como me respondieron a mí.

No es la primera vez que vivo esta escena. ¿La he soñado previamente o ha sido real? No consigo tenerlo claro, pero alguien me visitó ese mismo día en ese mismo lugar para decirme lo mismo. Alguien me cogió también de la mano.

Mi vista se nubla. La conversación se cierra. ¿Dónde está la niña? Dejo de ver a la niña, dejo de verme a mí misma y, de forma secuencial, vuelvo a navegar por un túnel de color. Me estoy alejando de esa niña indefensa, de mi pueblo, de mi infancia.

—Anna, estoy aquí —me dice mi abuelo al verme desorientada—. Mira quién ha venido a visitarte.

Me encuentro de nuevo a su lado y esa contingencia me llena de satisfacción. Vuelvo a aterrizar en el túnel de luz cegadora, el sitio más pacífico que he visitado en toda mi vida.

No entiendo a lo que se refiere mi abuelo. Esta vez no veo nada a mi alrededor, solo luz. Una luz que me traspasa y que se refleja de nuevo en mí. Por un instante, noto cómo algo me roza las piernas. Una garatusa suave que reclama mi atención. Miro hacia abajo y es Gato, para mi sorpresa es mi precioso Gato.

—Gatooo… —le digo cogiéndolo en brazos—. ¿Dónde te habías metido? Llevo años esperándote. Te he echado tanto de menos…

Al morir Bernat, nuestro querido macska desapareció de nuestras vidas. Estuve poniéndole comida en su platito durante meses por si algún día aparecía. Nunca llegó ese día.

Resulta curioso. Como animal que es, no habla, aunque ahora puedo escucharlo. Se comunica conmigo a través de sus ojos. Me habla a través de su tacto. Este ser no es un simple gato, creo que es un ser especialmente sensible, un ser de luz lleno de amor.

Estoy emocionada. Me dice que me quiere. Me dice que me quiere desde la primera vez que me vio.

Su presencia me azota con una fuerza imprevista. La conversación de sentimientos que mantenemos se aferra a lo más hondo de mi corazón. Una conexión difícil de transcribir en palabras. ¿Cuánto tiempo ha durado este encuentro? ¿Minutos? ¿Semanas? Lo ignoro.

Mi cuerpo sigue flotando de forma ceremoniosa. La sensación de ingravidez que me embarga le da un carácter festivo a mis pies alados, a mis libres manos. Igual desciendo de una tosca realidad que asciendo al limbo de lo imaginario. No hay orden de llegada, tampoco de ida. Circulo a través de una dimensión tan vieja y tan nueva como lo fue y será siempre el sueño prometido. El efecto de augusta bondad que se cuela por cada poro de mi piel me aleja de las garras del miedo a lo desconocido. El aire apacible, la separación metafísica entre lo material y lo etéreo, la certeza de saber que todo es posible o la rima de casualidades en la que me veo envuelta disipa cualquier iniciativa de resistencia por mi parte. El alud de sensaciones vividas me aleja de la órbita de mi cuerpo para conectarme con algo mucho más profundo. Los archivos de mi pasado se unen para después separarse de mi presente más inmediato, donde las distancias parecen infinitas a la vez de cortas. Los sentimientos a los que nunca fui capaz de enfrentarme se dulcifican y las voces de mi conciencia suenan mudas. Resulta tan fácil perderse dentro de uno mismo, que poco importa el significado de las cosas, aunque intuyo que no queda mucho para ponerle orden a este desconcierto.

Gato desaparece y la luz se apaga tras su marcha. Me encuentro en medio de la oscuridad más radiante que he visto nunca. Una lluvia neblinosa se aleja del escenario en el que estoy para dar paso a millones de luces que titilan tímidamente hasta donde alcanzo a ver con la vista. Mi inquietud por entender es vaga pero persistente. Me he quedado tan atónita, que parezco hechizada. Y de repente, se

unen todas las piezas. Se intuye un orden. Puedo localizar de golpe las ochenta y ocho constelaciones modernas.

—Es un efecto de perspectiva, ya lo sabes —me dice mi abuelo—. Las distancias entre las estrellas de una misma constelación guardan rangos de decenas, centenas y miles de años luz. Si nos situamos en otro punto del espacio, cambia la forma de cada constelación. Mira, acércate aquí… —me atusa con la mano para que me mueva—. Además, las estrellas se mueven a gran velocidad al cabo de los años, con lo que no tienen más remedio que cambiar en su forma de agruparse.

Y, efectivamente, puedo presenciar en directo la capacidad de movimiento de la que me habla. En un pequeño giro de perspectiva todo cambia. Tiene razón. Los puntos de luz se organizan de otra forma para adoptar nuevas figuras geométricas.

La belleza del cosmos me paraliza. Lo tengo ahí, más cerca que nunca. Puedo tocarlo con mis manos. Mi abuelo y yo nos pasábamos las horas muertas bajo el cielo de Hungría uniendo puntos de luz como entretenimiento. Resultaba divertido reconstruir el espacio. He heredado su pasión por el firmamento. Aquel ejercicio de ingenio era similar al de darle forma a las nubes, que, por supuesto, también lo practicábamos a menudo. Juntos dibujábamos a mano alzada nuestras propias constelaciones, algo que también hicieron los astrónomos griegos de antaño.

Me siento más grande que nunca. Algo parecido a lo que sentía cuando caminaba por el monte, o me montaba en un avión, o me bañaba en el mar. A mi abuelo también lo siento grande, tan grande como cualquiera de las estrellas que juntos contemplamos. A diferencia de la mayoría de mis iguales, he desarrollado el sentido de la insignificancia como visitante pequeño y pasajero que habita en un mundo inmemorial. Pero en este momento no soy pequeña. No me siento pequeña. En este momento me siento grande. Un elemento más de la naturaleza. Un elemento que procede de

antepasados remotos y que ha coexistido con generaciones inmediatas. Un elemento indispensable en este gran escenario de oscura claridad.

—¿Te gustaría hacer alguna pregunta? —me dice mi abuelo iniciando un paseo por el espacio.

—Tengo muchas preguntas, aunque no sé por dónde empezar.

—Yo empezaría por la primera —apunta sonriente—. Pregunta todo lo que quieras, pero no te olvides de seguir sintiendo.

Mi abuelo se marcha. Me da un beso en la frente y se despide de forma transitoria. Por su manera de hablar entiendo que es transitoria, no siento que sea algo definitivo. Me enfrento a un abismo de incógnitas por resolver, pero a pesar de quedarme sola, estoy tranquila. Algo me dice que no hay prisa y que confíe. Pero ¿dónde quedó mi necesidad de analizarlo todo? Siempre me gustó llegar al fondo de las cosas. Detesto las contradicciones, los argumentos vacíos. Siempre he tenido la inquietud de conocer las razones que mantienen al mundo funcionando desde dentro y mi abuelo ha colaborado para que así sea. A ambos nos ha gustado siempre la soledad. Las obligaciones sociales siempre nos han sacado de quicio. He necesitado mis momentos de reflexión, de autocrítica, de creatividad y, aunque el pensamiento racional y la conexión con uno mismo merman los procesos creativos, me gustaba darle espacio al pensamiento introvertido. Siempre he sido una observadora insobornable, una pensadora independiente que ha huido de las interferencias sociales para bucear en el mundo interior que todos tenemos.

Mi abuelo se marcha de forma pausada, a un ritmo agradable. Me gusta verlo caminar. Levanta las piernas más alto de lo normal, lleva las manos en los bolsillos y la espalda recta, como siempre. Una forma de caminar muy suya, muy peculiar. En un momento de la marcha mira hacia atrás y sonríe. Después de ese gesto, desaparece de mi vista.

Capítulo 16.
Attól függ

Según el camino…

Mi abuelo se va y, de forma natural, me echo a andar sin un destino claro, como cuando salía a pasear por la orilla del mar. La sensación de paz sigue instalada en mi pecho, una combinación entre paz y júbilo que no consigo descifrar. Algo similar a lo que llegaba a sentir cuando abrazaba a mis hijos cuando eran pequeños. Al caer la noche, me sentaba en sus camitas durante un rato. Era el momento de hacer el resumen del día, de acariciarnos, de besarnos, de confesarnos el amor que sentíamos los unos por los otros. Tenía que establecer turnos para llevar a cabo aquel ritual, porque normalmente se peleaban por ser los primeros. Durante ese acto de purificación se me cerraban las heridas del día, se disipaban las preocupaciones banales, mis pulmones se llenaban de aire. Ha sido la forma de resetear lo vivido más reconfortante que he conocido, una reparación emocional de lo más sanadora. Los niños crecen muy rápido y los abrazos crecen con ellos, evolucionan, se endurecen. La intensidad de aquellos abrazos quedó atrás en el tiempo, fueron perdiendo la autenticidad que te ofrece la inocencia de la edad temprana. Una edad libre de juicios en la que somos espontáneos por naturaleza y en la que nos podemos permitir la expresión de nuestros sentimientos sin miedo al qué dirán externo e interno. Una edad y unos abrazos comprometidos con el hecho de hacer felices a los demás.

Me siento incapaz de traducir lo que estoy viviendo durante este indefinido paseo sin perder el ritmo, la rima o la métrica de mis pensamientos. El paisaje no cambia de forma aleatoria. He descubierto que soy yo misma la que elijo por dónde quiero caminar. Me siento libre y, lo más importante, en todo momento puedo decidir hacia dónde dirigirme. Quiero caminar por la playa, sentir la arena bajo mis pies, palpar el resultado de miles de años de interacción entre la tierra, el agua y el aire en forma de traslúcidos y chispeantes granitos de colores. Ese deseo me ha llevado hasta una de las playas que conozco. Miro hacia el mar y siento caer en un profundo sueño que me arrastra con la marea. Hago una inmersión completa por las profundidades del océano. Puedo comprobar cómo todos los seres marinos forman parte del círculo de la vida, desde el estético coral al tiburón peregrino; desde los densos bosques de algas a las minúsculas partículas de plancton. Un mundo silencioso sin más ambición que la de sobrevivir respetando las leyes de la naturaleza. Puedo tocar lo intocable, ver lo inalcanzable. Puedo llegar a rincones desconocidos por el hombre. Ningún elemento de este entorno desafina. Nada llama la atención más de lo debido.

Este despertar espiritual me traslada ahora hacia la montaña. He querido dirigirme a la montaña para mimetizarme con la roca, con los árboles, con su fauna. Ahora camino por el desierto, más tarde me perderé por la selva, visitaré los glaciares, me asomaré por los acantilados más altos y me fundiré con la lava. Visitaré decenas de escenarios en constante equilibrio que no necesitan al hombre para seguir existiendo. Lugares maravillosos en peligro de extinción.

—Sí que necesitan al hombre para existir —dice alguien de voz desconocida. Alguien que ha leído mi pensamiento.

Y sumida en un estado de encantamiento, fruto de la cantidad de experiencias vividas, dirijo mi cabeza hacia el lugar del que proviene esa voz.

No veo a nadie. No hay nadie a simple vista. Solo puedo percibir el reflejo de luz azulada que acostumbraba a ver cuando alguien se me aparecía.

—¿Quién está ahí?

Me acerco a la luz azul y agito mis brazos para disolver la cortina de bruma que me envuelve. No tengo miedo. Sorprendentemente me muevo con soltura. Un ansia por encontrar al portador de ese mensaje está despertando mi intelecto. Ha llegado la hora de hacer preguntas.

—¿Quién eres?

—Soy tu guía.

—¿Mi guía?

—Puedes llamarme como quieras. Elige tú misma el nombre.

—No te veo bien. ¿Quién eres? —pregunto de nuevo.

—También puedes elegir la imagen que quieres ver.

Me suena todo a fantasía.

—No te entiendo.

—¿Cómo quieres que me llame?

—No sé.

—Elige un nombre.

—No se me ocurre ningún nombre.

—Piensa en alguien que te agrade.

—¿Alguien conocido?

—Como prefieras.

—Pues no sé... Se me ocurre… David.

—¿Y qué imagen quieres que tenga David?

—La imagen del mismo David.

—¿Y quién es David?

—El portero de mi edificio. Una persona fiel y encantadora. Ha sido mi guardián silencioso durante años. Me transmite confianza.

—Buena elección.

En este momento los destellos azules se despejan para abrir paso a David, mi querido portero, que viene hacia mí robusto, con su gran nariz y sus torpes andares.

—Hola Anna, bienvenida al cielo.

—¿El cielo? ¿Qué quiere decir «el cielo»?

—Así es como lo llamáis algunos. En realidad, no tiene un nombre concreto, pero como tenéis la costumbre de nominarlo todo...

—¿Te refieres al cielo cristiano? ¿Al más allá?

—Me refiero al cielo de todos, al origen de todo.

—Entonces, ¿eso quiere decir que estoy muerta?

—Puedes llamarlo así si lo prefieres, aunque estáis muy obsesionados con la muerte. Más que mucho, diría yo.

—¿Obsesionados?

—Sí. No os dais cuenta, pero morís todos los días.

—¿A qué te refieres exactamente?

—A que las células que conforman vuestros cuerpos mueren segundo tras segundo. Morís con cada etapa de vuestra vida, que pueden ser muchas o pocas según vuestras cuentas. Morís cada vez que os decepcionáis, frustráis o castigáis. Mueren vuestros pensamientos, vuestros delirios, vuestros anhelos. Morís cada vez que perdéis la esperanza, cuando la vida pierde su sentido. Morís cada noche, cada vez que conciliáis el sueño. Morís esperando, peleando, envidiando. Morís de rabia, de miedo y de amor. Mueren vuestros vecinos, vuestros amigos, vuestros familiares. Muere cualquier tipo de materia orgánica. Mueren los momentos bonitos y los no tan bonitos. Mueren los amaneceres al caer la noche. Mueren los años, los meses, las semanas. Mueren el sol, los océanos, el ozono. Muere el ayer, el hoy y el mañana.

Se hace un silencio.

—Entonces, estoy muerta.

—No sé, ¿sientes que estás muerta?

—Al contrario. Me siento más viva que nunca.

—Pues ya lo has dicho todo. Sígueme, que voy a contarte más cositas.

No salgo de mi asombro. Tantos años temiendo a que llegase este momento, porque, ¿quién no le teme a la muerte? Pocas personas la aceptan como parte del contrato que firmamos al nacer. O estás muy evolucionado o le tienes poco apego a la crónica de tu propia vida, y en ninguno de esos dos casos me encontraba yo en el momento de mi tránsito. El reencuentro con mi pasado me liberó de muchas cargas, me hizo sentir menos pesada. El hecho de compartir algunos de mis enigmas con mis hijos también me aligeró el alma. Estaba muy unida a ellos. A pesar de la edad, disfrutaban de su madre, me buscaban cuando necesitaban consejo, desahogo, calor incondicional. Pocas personas te ofrecen la autenticidad de una madre. Pocas personas te impulsan a crecer o te insuflan de seguridad sin pedir o esperar nada a cambio. Mis hijos encontraban en mí la sinceridad que necesitamos hallar para resetear el curso de nuestros actos y yo le encontraba sentido a mi papel como madre. Había aprendido a vivir en soledad, a descubrir las virtudes del silencio. Disfrutaba de un buen libro, de un simple paseo, de una copa de vino, pero el placer que me administraba mi labor de cuidadora se llevaba la palma. Mis hijos ya no me tienen cerca, pero se tienen el uno al otro y también tienen a su padre. Por suerte, me preocupé de hacerles entender la importancia de tenerse a uno mismo como fiel acompañante en la aventura de vivir.

—¿Qué implica ser mi guía?

—Eres una alumna curiosa.

—A los guías se les suele hacer preguntas, ¿no es así?

—Así es. Y yo estoy aquí para responder a las tuyas.

David, o, mejor dicho, el ser que ha adoptado el aspecto de David, mi portero, es como el oráculo de Delfos y yo tengo tantas preguntas que no sé ni por dónde empezar.

—Vamos a sentarnos debajo de aquella parra. ¿Te gusta el sitio?

—Me encanta.

Acabamos de encontrarnos con una puerta de hierro forjado de color dorado de aproximadamente tres metros de altura y cinco de ancho. Una puerta que abre paso a un jardín plagado de plantas e insectos. El lugar perfecto para mantener una conversación.

—Estamos entrando en el sitio que has elegido, aunque no te des cuenta de cómo lo haces —dice David con tono irreverente.

—No entiendo lo que dices.

—Estás viviendo este momento como una nueva fase en tu viaje por el cielo y la materializas así. Buen gusto, por cierto.

—Ahora que lo dices, es verdad. Siento como si estuviera empezando una nueva etapa desde que aterricé en este lugar, y digo lugar por llamarlo de alguna manera. Ya sé que tengo libertad de movimiento. Sé que puedo elegir el sitio al que quiero ir, pero esta vez no ha sido voluntario.

—Tienes una mente llena de estéticos recuerdos. Seguramente tiene relación con tu sentido de la imaginación. De ahí tu habilidad para escribir.

—Entonces, ¿soy yo la que elige el decorado?

—Algo así.

—¿Cómo voy a ser yo la que le dé forma a este sitio?

—Hay preguntas que tienen respuestas, otras no. Estáis empeñados en encontrarle a todo una respuesta —emite diciendo que no con la cabeza mientras vuelve a sonreír.

David me habla como si tuviera que saberlo todo. Presume un incómodo aire de magnificencia que me inquieta un poco. Una retahíla de reproches de algodón lidera su discurso. Reproches agazapados en el subtexto, aunque, por encima de todo, me transmite amor.

—Vamos a empezar por el principio. No te ofusques —aclara.

Ya hemos llegado hasta la parra elegida. Nos sentamos bajo su sombra. Un grillo raspa sus alas anteriores con sus patas posteriores

para emitir su canto de estimulación precoital. El ambiente está cargado de polen primaveral, de esporas, de seres alados. No llevo zapatos y eso permite que mis pies estén en contacto con la suave hierba que viste la superficie. Veo una especie de lago a lo lejos. También puedo ver una barquita a la deriva mecida por el viento.

—Creo que eres consciente de que la Tierra forma parte de un cosmos, el hombre forma parte de un cosmos, el grillo forma parte de un cosmos, el helio forma parte de un cosmos.

—Sí, soy consciente de ello.

—Lo sé, pero como a la mayoría de los seres humanos, se te ha olvidado en muchas ocasiones.

—Siempre lo he tenido presente.

—Te aseguro que no.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Te he seguido muy de cerca, créeme —afirma con una sonrisa conciliadora que neutraliza la arrogancia que tiendo a interpretar en sus gestos.

Las avispas revolotean alrededor de la parra cuando la luz tenue de un astro desconocido me chiva que pueden ser las doce de la mañana, aunque aquí no parece que haya un tiempo medible. No veo relojes por ningún lado, por tanto, no importa la hora que es.

—Por cierto, ¿qué hora es? —pregunto buscando la confirmación a mis sospechas para disuadir las dudas que me quedan sobre el tema.

—La impaciencia os empuja a cronometrarlo todo. Las agujas del reloj os pisan los talones. Siempre esperando en la meta de salida y saliendo antes de escuchar la señal.

—¿La impaciencia?

—La prisa por quemar etapas —aclara—. El tiempo no existe si no se relaciona con el lenguaje y el pensamiento, si no se cosifica, y el ser humano tiende a cosificarlo todo. Le dais tan poca importancia al momento presente.

—Entonces, ¿aquí no hay tiempo?

—Aquí no hay prisa.

En este momento recuerdo a San Agustín de Hipona cuando le preguntan qué es el tiempo y responde: «Si nada pasase, no habría tiempo pasado, si nada sobreviniese, no habría tiempo futuro, si nada hubiese, no habría tiempo presente. En cuanto al presente, si fuese siempre presente y no pasase a ser pretérito, ya no sería tiempo, sino eternidad».

—El pasado se mantiene gracias al recuerdo, el presente es el momento de la oportunidad de vivir y el futuro solo existe en forma de expectativas. Tenéis prisa por cumplir vuestras expectativas, tanta, que desperdiciáis cientos de oportunidades que acontecen en el presente y os priváis del gozo resultante de revivir lo ya vivido.

Me quedo pensativa.

—¿Qué hago aquí? —pregunto.

—Este es tu lugar de origen, Anna.

—Pero ¿quién soy?

—Eres un ser iluminado, como lo soy yo, como todos lo somos.

He escuchado muchas teorías sobre los seres de luz, aun así, no las pongo en pie en este momento. Estoy confundida. Intento contextualizar las palabras de David, pero algo me impide entender lo que me transmite. Me resulta curiosa la combinación entre la punzante franqueza que marcan sus palabras y la sedosa diligencia con la que se dirige a mí. Su forma de hablarme está teñida de un afilado paternalismo que desprende determinación. Todo le parece tan obvio.

Ha sido hablar de seres de luz y comenzar a sentir la presencia de otros seres que se acercan a nosotros. «Nosotros»: pronombre que agrupa a uno mismo con otras personas. Personas: individuos de la especie humana. Pero estos seres no tienen un rostro definido. ¿Son personas? David tampoco tiene un rostro definido. Sus cuerpos se asemejan al mío, sus siluetas marcan las curvas de un cuerpo al uso,

pero carecen de identidad. No tengo claro lo que son. Creo que son seres, entes, energías. ¿Seres humanos? ¿Seres mágicos? Solo sé que son seres y que me agrada el hecho de sentirlos cerca.

—No estamos solos, ¿verdad?

—¿Sientes el amor que desprenden? —pregunta David.

—Sí. No he sentido nunca algo tan intenso.

—Solo han venido a darte la bienvenida, Anna. Disfruta del amor que quieren ofrecerte —me dice David cogiéndome de la mano.

Los seres de luz se acercan a mí. Entran dentro de mí. Están en mí.

Me siento querida.

—¿Qué hago aquí, David? ¿Por qué no puedo estar con mis hijos?

—Estás con tus hijos, aunque no lo creas.

—Pero no puedo seguir compartiendo mi vida con ellos y me necesitan.

—No te necesitan tanto como crees, Anna. Están capacitados para sobrevivir sin tu ayuda. Otra cosa es que se haya creado la necesidad. Tus hijos no son de tu propiedad. Tú tampoco les perteneces. Tu responsabilidad como madre tiene unos límites muy definidos. Al igual que tú, están en proceso de evolución y ese propósito puede cumplirse sin ayuda de nadie y con ayuda de todos. Son ellos los que deciden cómo llevarlo a cabo.

En este momento me alejo de David. Lo veo cada vez más pequeño.

Ya no lo veo, aunque estoy tranquila. Me siento bien. Una fuerza extraña me acerca otra vez a la Tierra. Y la veo redonda, azul, luminosa. Desprende amor, pero algo llama mi atención. Algo que altera la sensación de equilibrio que desprende el gran globo azul. Oigo un lamento. ¿La Tierra me está hablando? Sí, la Tierra me está hablando. Me dice que siente dolor. Escucho sus gemidos a través de disparos, motores, metales, árboles caídos, gritos, llantos desconsolados, risas sarcásticas, reproches, insultos. También

escucho el sonido del mar, el silencio de la montaña, el canto del pájaro, el crujir de la rama. La Tierra siente dolor. Necesita ayuda. Me pide ayuda.

Sigo acercándome a la Tierra. Casi puedo tocarla.

¿Dónde estoy? Conozco este sitio. Estoy caminando entre tumbas. Se escucha un llanto a lo lejos. Es el cementerio de mi pueblo. Acabo de darme cuenta de que estoy en mi cementerio. Me gusta estar aquí. Siempre me gustó caminar por este lugar. Veo a un grupo de personas. Me acerco a esas personas. ¡Son mis hijos! También está la señora Verónika. Mis hijos están con su padre. Julián los abraza con fuerza. Todos lloran. Están tristes.

Ahora veo la tumba de mi abuelo, la de mi madre, la de mi padre, la de muchos vecinos. Noto la presencia de seres de luz deambulando por aquí. Los cipreses siguen custodiando este lugar sagrado. Vetustos cipreses que albergan vida a pesar de velar a los muertos.

Estoy aquí, entre tumbas, asistiendo a mi propio entierro. Han decidido que mi cuerpo descanse junto al de mi madre, que está dos calles más allá de la tumba de mi abuelo. Julián ha viajado desde España. Ha tenido el detalle de acompañar a sus hijos en este momento tan delicado. Ha sido un gesto muy generoso por su parte. También el de enterrarme en Hungría.

Observo a mis hijos. Tienen las miradas perdidas. Están callados, ausentes, resignados. Me siento cerca de ellos. Puedo tocarlos. Me gusta besarlos. Edvárd sube la cabeza y mira hacia el cielo. Busca una señal entre las nubes. Algo que le dé alguna pista. Creo que me está buscando.

La vida es como un crucigrama, un fascinante reto para algunos y un entretenimiento intrascendente para otros, pero hay algo que no falla: la vida es un galimatías indescifrable para todos. Aspiramos a tener una mente capaz de reconocer el misterio antes de leer su definición sin querer aceptar que no existe tal definición. Edvárd me

busca porque sabe que puede encontrarme, lo que no llega a comprender es el motivo por el que puede encontrarme. No hay razón y eso nos cuesta encajarlo. Todo tiene un final y eso también nos cuesta encajarlo.

Mi cuerpo está metido en un ataúd. Quedará desdeñado en este rincón florido de la Tierra. Un cuerpo que me ha permitido tener una experiencia de vida en la Tierra. El cuerpo que tantas y tantas veces he aseado, acariciado, aliviado. El cuerpo del que he cuidado y abusado a la vez. El cuerpo que me ha dado la oportunidad de llegar al clímax del placer y que me ha obligado a sentir el latigazo del dolor más cruel. El cuerpo que me ha permitido oler, ver, tocar, degustar, escuchar. El cuerpo que me ha invitado a explorar, a descubrir, a soñar. Mi cuerpo está encerrado en un pequeño habitáculo desprovisto de luz y oxígeno. Mis células ya no se dividen. Mi pelo ya no tiene la inercia de crecer. Mi estómago ya no pide alimento. Ya no tengo que cuidar de mi piel. Ya no tengo que estar pendiente de mi corazón. Ya no tengo que preocuparme de mi aspecto. Mi cuerpo ha iniciado un proceso de decrepitud irreversible. Ya no es un receptor de señales. Ya no es capaz de emitir respuesta alguna.

Mis hijos sufren porque no pueden abrazar a ese cuerpo, ya no pueden olerlo más ni tocarlo ni escuchar su respiración. Sufren porque se pudre el principio que les ha dado la vida como una vulgar manzana olvidada en su frutero. Sufren porque no están preparados para encajar este golpe.

Los operarios que se encargan de bajar los ataúdes hasta el subsuelo recogen las cuerdas que han usado y cierran la lápida con un gesto rutinario, mecanizado. El sonido de la plancha de mármol centenaria sellando el agujero de tierra inerte retumba en el camposanto anunciando la llegada definitiva de un nuevo visitante. Es el sonido del fin. La última señal de vida. Los operarios se van sin despedirse, como si las palabras no estuvieran incluidas en su

salario. No parece que les afecte lo que acaban de vivir. ¿Estarán inmunizados? ¿Habrán procesado la secuencia de los hechos? ¿Son conscientes de lo que acaban de hacer? No me queda claro.

Verónika se pierde entre las calles tras despedirse discretamente. Mis hijos se alejan también de mi sepultura. Julián y Nándor caminan juntos en silencio. Edvárd se sitúa detrás de ellos y yo me agarro de su brazo.

—¡Edvárd, que te quedas atrás! —grita Julián modulando la voz de forma respetuosa.

—Id saliendo, ahora voy yo —devuelve Edvárd solicitando intimidad.

Se está acercando a la tumba de mi padre, quien ha fallecido días antes que yo. Demasiadas pérdidas en tan poco tiempo. Por un momento, me dejo atrapar por la sensación de injusticia que me crea el hecho de pensar en la diferencia de edad que hay entre mi padre y yo. No parece razonable que mi padre muera unos días antes que yo. ¿Y los años de ventaja que me llevaba? Años que yo no he podido disfrutar. Años a los que le habría sacado mucho más partido que él. Mi padre nunca le tuvo apego a la vida, al menos que a mí me conste.

Edvárd se acerca a la tumba de mi padre y, a lo lejos, veo que un ser de luz se acerca también. Tengo curiosidad. ¿Quién será ese ser de luz? ¿Por qué se acerca a mi hijo? Edvárd se agacha. Le pierdo de vista. Me encuentro aturdida. Se me nubla la vista.

He perdido la conexión con la Tierra por un momento, pero la recupero enseguida. Se me ha borrado la transición de los hechos, aunque vuelvo a estar aquí, en el cementerio, y eso me permite ver a Edvárd arreglando el ramo de flores que pusimos encima de la tumba de mi padre hace unos días como ofrenda de despedida. Un golpe de viento ha tirado el jarrón en el que estaban metidas las flores antes de quedar desparramadas por el suelo. Termina de

recoger el desorden que hay, se dirige al grifo más cercano y llena el jarrón de agua. Vuelve a la tumba y lo coloca de nuevo en su sitio. Ya no habrá solo malas hierbas o musgo encima de los restos de mi padre. Un bonito jarrón con flores relleno de piedras para que no lo vuelquen las inclemencias del tiempo vela su recuerdo. Pero esa no es la razón por la que mi hijo se ha acercado a este sitio. Tiene que haber alguna otra razón por la que ha decidido venir hasta aquí.

En un esfuerzo por discretizar lo que desde el punto de vista del devenir se define como un espacio de luces y sombras que no alcanza a ver la luz de la ciencia, lo fracciono en dimensiones distintas. La dimensión de lo tangible y la dimensión de lo etéreo. Y en esta última dimensión se encuentra el ser de luz que no consigo ver de forma nítida y que se acerca cada vez más a Edvárd. En la misma dimensión que me encuentro yo ahora mismo, porque Edvárd tampoco puede verme. Me acerco un poco más. Este ser de luz está dentro de un orbe de fluorescencia azulada que va perdiendo luminiscencia de poco a poco. Siento el escalofrío que está experimentando Edvárd. Me sitúo a su lado y le acaricio la espalda. Mi hijo permanece de pie, estático, con ojos de sorpresa. No consigo ver el aspecto del ser luminoso. No entiendo el asombro de los ojos de Edvárd. No alcanzo a ver lo que, sin embargo, él sí puede ver, hasta que le escucho decir «abuelo».

En este momento veo a mi padre. Me agrada su presencia. Es como si de repente se desvaneciera el secreto hediondo que nos une. Mi pecho se expande de nuevo. Su gesto es amigable. Conozco ese gesto. Tengo un vago recuerdo de ese gesto. Mi madre era la única persona que conseguía rescatar ese gesto del baúl de sus gestos. Sonríe. Edvárd le devuelve la sonrisa.

¿En qué plano estoy? Nadie me ve. Edvárd no me ve. Mi padre tampoco parece verme, pero no me importa. No es necesario. Estoy disfrutando de un momento dichoso.

Mi padre habla con Edvárd. Le dice que lo siente. Le pide perdón. Le da las gracias por las flores. Emite mensajes cortos, sencillos, pero a pesar de la simpleza, encierran la fuerza que imprimen los mensajes construidos con figuras retóricas. Edvárd le sonríe. ¿Lo estará escuchando? Parece que lo escucha. Yo sí que lo escucho. La imagen se difumina. El orbe de luz se vuelve más intenso, envuelve un gesto amable y una sonrisa recién estrenada.

El orbe de luz lo aleja de Edvárd. También lo aleja de mí.

He visto a mi padre y, al igual que Edvárd, me he quedado petrificada. Un efecto reparador invade mi ser. Algo parecido al placer que sentía cuando ingería un alimento después de muchas horas sin comer. Un acto de acoplamiento que ha regenerado algunas de mis antiguas heridas y que me llena de felicidad.

—Volverás a verlo, no te preocupes —oigo decir a David.

Estoy de nuevo bajo la parra, sentada junto a David. He vuelto a viajar en el tiempo o en el espacio, lo mismo me da una cosa que otra. Creo que he vuelto a cambiar de dimensión.

—Me he emocionado mucho al ver a mi padre. No recordaba su lado más benévolo.

—Todos los seres muestran su mejor yo cuando llegan aquí, porque todos los seres tenemos un lado bueno, aunque a veces no lo parezca.

—¿A qué te refieres cuando dices que volveré a ver a mi padre?

—A que tendrás la oportunidad de charlar con tus seres queridos antes de continuar con tu evolución.

—¿Con todos?

—Con todos.

Es tan increíble lo que acaba de decir David, que no soy capaz de procesarlo. ¿Veré también a mi madre?, ¿a mis bisabuelos?, ¿a Bernat?

—¿Cómo es eso de que podré charlar con mis seres queridos? —pregunto para salir del asombro que me paraliza las entrañas que ya no son entrañas.

—Ha llegado la hora de empezar por el principio.

El principio. Una palabra vertiginosa a la vez que inspiradora. Los principios son en su mayoría esperanzadores, inducen al cambio, aspiran al éxito, nacen de la ilusión de nuevos proyectos. Los principios ayudan a entender los finales desde la perspectiva del pasado. Al nacer tiramos de los hilos de una madeja de origen presuntamente ordenado para fabricar el tejido de nuestros días, siempre con la esperanza de que esa trama y urdimbre sea lo suficientemente sensata como para cumplir con nuestros sueños.

—Y en ese tejer la vida, os atrevéis a reinventar antiguas leyendas sobre el principio de los tiempos con teorías que aspiran a narrar lo que pasó durante los primeros segundos de vida en el universo.

—Veo que me lees el pensamiento.

—Ahora eres transparente, no tienes filtros. ¿Quieres que hablemos del principio?

—Hablemos pues —respondo en busca de una perspectiva más amplia.

—El ser humano sigue en su búsqueda insaciable de respuestas para dar forma a los enigmas de un cielo lleno de luces congeladas por el tiempo, a los secretos del interior de las capas más internas de la Tierra o al funcionamiento de su propio cuerpo. Seguís en el quehacer de construir castillos que os ayuden a defenderos de los misterios que os rodean. Os amparáis en doctrinas religiosas que vosotros mismos habéis creado fijando reglas que divinizan o demonizan vuestros actos, en leyes científicas que osan ir por delante del escepticismo, en ideales políticos que emanan ansia de poder, en una justicia que protege a los que dominan con una

preferencia aplastante o en algo tan profano como la ruleta de la suerte.

—¿Y en qué debemos apoyarnos para encontrarle un sentido a la vida?

—En algo mucho más sencillo que todo eso. Algo que simboliza el sentido último de la existencia sin necesidad de adornos y que descubrirás dentro de poco. Lleváis siglos intentando entender las extrañas estructuras que configuran el mundo en el que vivís sin caer en la cuenta de que la respuesta la tenéis delante de vuestros ojos.

—El abismo nos da miedo. No nos gusta andar por la cuerda floja sin red. Necesitamos prever riesgos para evitar los peligros que nos rodean. Eso nos transmite seguridad.

—La seguridad. Qué concepto tan distorsionado. Confundís seguridad con estatismo —gime David—. Los continentes, los océanos, la atmósfera, la hidrosfera, la criosfera o la biosfera han ido cambiado a lo largo del tiempo. Todas las capas de la Tierra están en continuo movimiento y no son precisamente cambios predecibles. Han cambiado tanto que si miras el planeta desde allí verás la mano del hombre.

En este momento giro la cabeza y proyecto mi mirada hacia el horizonte que indica David con su dedo índice. Un aire caliente me roza la cara. Cierro los ojos y me relajo profundamente. Entro en un estado de languidez que me permite rodar por un túnel que desemboca en el espacio. Me encuentro bien. A pesar de las vueltas que he dado, me encuentro bien. Me incorporo, abro los ojos y la veo. Veo a la Tierra frente al Sol. Lejos y cerca. Nítida. Bella. Y efectivamente el hombre tiene una apariencia mucho más visible de lo que imaginaba porque hay millones de puntos de luces artificiales que brillan en la oscuridad de la noche. La presencia del ser humano en la Tierra se ve desde el espacio. Solo tienes que situarte frente al Sol.

—Vuestros libros de historia dicen que la especie humana cobró vida en África hace miles de años y que poco a poco fue colonizando el resto de continentes hasta escindirse en múltiples culturas aisladas entre sí. También dicen que os agrupabais en guetos dentro del mismo planeta hasta que os descubristeis los unos a los otros. Tras la conquista de América y la posibilidad de surcar los océanos comenzaron las aproximaciones, la coexistencia y la interdependencia entre culturas y razas. Ahora navegáis por la red y vuestros cerebros están conectados cibernéticamente. Sois unos conquistadores. Vuestra inteligencia y el trabajo en equipo os han permitido adaptaros a los diferentes climas, a multitud de escenarios anárquicos. Es el remedio evolutivo al problema de vivir inmerso en un ambiente cambiante y poco previsible.

—Entonces, reconoces que es difícil vivir en un mundo así.

—No necesariamente —sonríe—. La naturaleza está provista de fuego, agua, electricidad, temperatura o luz y los seres vivos estáis sometidos a todos esos componentes. En un intento por sobrevivir, pasasteis de tener la capacidad de matar con una simple piedra para comer a fabricar bombas, de protegeros del frío con la piel de animales a explotar miles de minas de carbón para calentaros, de amar por afecto a amar por compensación. Vuestro intelecto os ha impulsado a salir del circuito que sigue el resto de seres vivos. Un circuito basado en algo tan básico como la alimentación y la reproducción. Si te fijas, el planeta que has habitado gira en torno a una explosión de vida que perece para dar paso a otras vidas. Y así, de forma continuada, sin descanso. Los humanos seguís una ruta a contra corriente marcada por la lógica de romper con esa continuidad aspirando a la eternidad, pero viajáis en clase turista, como el resto de seres. La vida no se rige por un planteamiento, un nudo y un desenlace ordenado necesariamente. Se trata de un efluvio de energía en constante movimiento. Os creéis diferentes, independientes, pero vuestro cuerpo sale de los minerales de las

rocas, del carbono de la atmósfera, del azufre de los volcanes, del yodo de los mares. Queréis independizaros, pero formáis parte del ciclo de la naturaleza. Estáis sometidos a sus leyes y seguiréis dependiendo de ella.

Las palabras de David me hacen recordar que he sido prisionera de un sistema precintado por alambradas de asfalto, acero y ladrillo construidas por nosotros mismos a lo largo de los años utilizando los recursos de la naturaleza a nuestro antojo, llegando al olvidar que somos parte integrante de esa misma fuente de energía. Hemos llegado a creer que somos seres superiores. Hemos llegado a creer que somos autosuficientes, pero no. No somos nada sin oxígeno. No somos nada sin los ríos. No somos nada sin la clorofila de las hojas de las plantas. No somos nada sin los peces. No somos nada sin la nada.

Hemos empezado a dar un paseo. Este lugar hace buena aquella cita de Santiago Ramón y Cajal que decía que «la Gloria no es otra cosa que un olvido aplazado», porque no es la primera vez que paseo por estos lares. Aquí no hay ladrillos, no hay asfalto, el aire no está contaminado. Cierro los ojos, dejo caer la cabeza hacia atrás y estiro la parte anterior de mi cuello para respirar con profundidad. Me ataca de forma repentina el sentimiento de hallarme lejos de la Tierra, pero la paz que me envuelve es tan fina que penetra de lleno en lo que queda de mis huesos. A lo lejos, puedo ver un tótem con forma de águila que se desvanece en cuestión de segundos. También veo pirámides, cortinas de agua, plantaciones de trigo.

—Ha llegado la hora de dar un paseo por tu propia vida —me dice David con expresión de oportunidad.

Un paseo por mi propia vida. Qué bien suena eso. Parece que ha llegado el momento de ahuyentar los malentendidos existentes entre

mis intenciones y la realidad vivida. Un paseo por mi propia vida. Sí que suena bien.

La caminata nos ha traído a la orilla del lago sobre cuya superficie planea una fina capa de niebla con aspecto de nube. Una bandada de pájaros cruza esa misma nube. La barquita que veía a lo lejos se acerca a nosotros. Se resbala por el agua sin dificultad. No consigo ver al ser que va montado en ella, pero alguien rema. Alguien que está empezando a compartir parte de su círculo con el mío y que está creando una interacción hercúlea entre ambos círculos.

—Sigue tu camino. Volveremos a encontrarnos —oigo decir a David mientras se pierde en el horizonte.

La barquita se acerca cada vez más a mí. Vuelvo a encontrarme a solas con la naturaleza. Una fuerza desconocida que sale del agua tira de mi centro de gravedad sin moderación. El ser que se encuentra en la barca se pone de pie. Los pájaros sobrevuelan nuestras cabezas, nuestras presencias. La nube se va disipando.

—No tengas miedo. Apóyate en mi mano —me dice este ser mientras hace un gesto para que suba a la barca.

Me transmite confianza. Al cogerle de la mano siento que lo conozco. Una descarga eléctrica recorre mi cuerpo a velocidad de rayo. Pero ¿quién es? No consigo verle la mirada. Sonríe. Se muestra afable. Siento su calor.

—Soy el ser que se ha encarnado en tu padre —emite con la voz de quien dice ser.

En este momento le veo los ojos. Su mirada opaca se ha vuelto luminosa. La claridad que transmite su presencia elimina los restos de nube que aún nos acompañan. Me siento feliz. Deseo abrazarlo.

—Siéntate, vamos a navegar por el tiempo.

La barquita flota en el agua como pluma en el aire. No hay prisa por llegar a ningún lado. Mi padre está sentado frente a mí. Rema

sin esfuerzo. Nunca lo había visto montado en una barca. Desprende una luz de amor que se refleja en el agua que nos mece.

—¿Puedo abrazarte? —pregunto tímidamente.

He cambiado de escenario. Ahora no veo la nube, ni los pájaros. No veo a mi padre. No veo el lago. Un bebé llora desconsoladamente y algo me dice que tengo que encontrarlo. Estoy dentro de una casa. Sigo escuchando ese llanto. Entro en una habitación y no veo a nadie. El bebé sigue llorando. El resplandor que alumbra el final del pasillo en el que me encuentro varada llama mi atención. Tengo miedo, hambre, sueño. Sigo esa señal de luz paso a paso. ¿Soy yo la que está llorando? Estoy llegando a la luz. Alguien me coge en brazos. Alguien me da un beso. Percibo un olor que consigue calmar mi llanto.

Vuelvo a cambiar de escenario. El frío del acero penetra en mi piel. Hay sangre por todos lados. Estoy asustada. Me duele la mano. Alguien se acerca a mí y me quita un cuchillo de las manos. Alguien me abraza. Alguien con ese mismo olor me dice que no es nada.

Sigo cambiando de escenario. Me duele mucho la cabeza. Estoy confundida, tirada en el suelo. Alguien me coge en brazos. Otra vez ese olor.

Es el olor de mi padre...

Me quedo en silencio.

—Son recuerdos del pasado.

Escucho a mi padre de nuevo. Vuelvo a estar en la barca, ante él, con él, dentro de él...

Se me viene a la cabeza la expresión poético-filosófica de Shakespeare con la que decretó que estamos hechos del mismo material del que se tejen los sueños, porque lo que estoy viviendo es como sueño. Mi padre me abraza con sus palabras. Un gesto que se

superpone como una capa semitransparente entre mis heridas metafísicas y mis anhelos.

—He sentido el olor de tus abrazos. No recordaba esos abrazos, es más, pensaba que nunca me habías abrazado.

—Han sido pocos abrazos, sí, y lo siento tanto —inclina la cabeza en señal de arrepentimiento.

—Me he sentido bien al recordarlos. Los he necesitado en muchas ocasiones, ¿sabes?

—Yo también he necesitado los tuyos, a pesar de no ser consciente de ello. Es importante que lo sepas.

Cierto mutismo paraliza mi discurso. Tengo a mi padre frente a mí, dispuesto a conversar y no sé qué decir. Resulta paradójico, pero es la primera conversación viva que tengo con él. Una conversación viva bajo el amparo de la muerte.

Le hablo sin rencor. Solo necesito encontrar respuestas. Para mi sorpresa, ya no tengo reproches para él. La desnudez interna en la que habita mi ser me ha liberado de los reproches que siempre me han perseguido, a pesar de la distancia.

—¿Cómo se puede vivir sin amar a un hijo? No llego a entenderlo.

—No lo tengo muy claro, pero lo que sí sé es que he vivido adherido a la guerra, a la dictadura, a la falta de libertad, y no he sido capaz de soltarme de esas cadenas. El orgullo desmedido se ha apoderado de mis perfiles más humildes. Nunca tuve un intercambio fluido con el mundo. Necesitaba estar solo. Siempre me han molestado las risas, los colores, las fiestas, las canciones que hablaban de esperanza. Mi padre, tu otro abuelo, el abuelo al que no llegaste a conocer, siempre me trató como si fuera un objeto. Era mi propietario. No me dejó ser dueño de mi propio cuerpo y mucho menos de mis pensamientos. Se creía con el derecho de manipularlos a su antojo.

—Sin embargo, has repetido el mismo patrón del que rehuías. Sigo sin entenderlo.

—Yo tampoco lo entendía muy bien. Ahora es cuando me doy cuenta de todo. Creo que no he sabido proyectar mi rabia adecuadamente. Te he tratado desde el odio que me tenía mi padre, que, por otro lado, tampoco sé muy bien de dónde proviene. Tengo esa conversación pendiente con él.

—Siempre me he sentido como si fuera una parte de ti que no te gustaba.

—Era lo insoportable de mí mismo lo que no me gustaba, lo que quería destruir, silenciar, olvidar de mi yo, de mis vivencias, de mi pasado. Por alguna razón, retornó desde tu presencia en mí, en ti, en nosotros.

—¿Cómo viviste la pérdida de tu madre? —pregunté acomodándome en la conversación.

—Tengo vagos recuerdos de mi madre. No tuve la suerte de recibir el cobijo de una madre y mi padre adoptó el rol de viudo amargado cuando nos dejó.

—Igual que tú, aunque ya arrastrabas esa actitud años antes. Mamá te comprendía, pero a mí me resultó imposible registrar sensaciones agradables y afectos. No encontré el sitio para archivar tus abrazos.

—No creo que debas recriminártelo.

—En parte sí. Creo que todos somos un poco responsables.

—Soy yo el que tendría que haber entendido que no eras la culpable de mis desgracias.

Se hace un silencio.

Los pájaros sobrevuelan otra vez nuestras cabezas. El agua sigue sosteniéndonos. Qué diferentes se ven las cosas con perspectiva. Desde esta óptica no me cuesta practicar la compasión. Aquí, sentada en la butaca del teatro de mi propia vida, se ve todo más claro. Cada función está representada en un contexto, bajo un decorado concreto y todos los elementos de ese decorado aportan

información. Los personajes que interpretan la vida tienen un pasado, acumulan recuerdos, esconden cicatrices en su cuerpo. Todos intentan sobrevivir. Todos necesitan afecto.

Cuando estás encima del escenario de tu vida se estrecha tu campo de visión. Estás sujeto a unos ángulos determinados que te acomodan en un estado de convicción sin coartada. Crees llevar la razón. Adoptas una visión acotada que te va pulverizando con su veneno de forma silenciosa menguando la capacidad contemplativa que todos tenemos. Es hora de enderezar el cuadro torcido de mi propia historia y, para ello, debo seguir sentada en la butaca en la que ahora estoy, observando con detalle cada movimiento. No hay un único planteamiento. No hay un único desenlace. Hay tantos nudos como butacas de auditorio. Tantas explicaciones como puntos de visión. Cuanto más lejos del escenario te sitúas, más fácil es ver el conjunto de elementos escénicos.

Mientras hablo, escribo en mi bloc mental de notas. Las palabras no tienen miedo, fluyen sin compostura. No actúan según los preceptos del reglamento, de lo permitido. Se derraman sin decoro esquivando el delirante trazado de mi humana mente.

—He vivido en un terreno en el que ha reinado el silencio creyendo que así podía olvidar lo vivido, pero el silencio y el olvido no van siempre juntos.

—Hay golpes que dejan marcas y quiebran la trama que sostiene la vida. Siento el daño cometido.

—Prefería pensar que el alcohol te hacía delirar a soportar el juicio. Mi realidad se especializó en la decepción.

—Cuando estás atrapado en los bocetos de la muerte juegas con el peligro, te golpeas contra el mundo para desaguar el baúl de los terrores sin nombre que arrastras. Las utopías se convierten en distopías, ya que el mundo siempre cambiará a peor según tu cabeza. Entras en una apatía afectiva que anula la capacidad de registrar los afectos como pulsión de muerte. Prevalece un

sentimiento mortecino, un estado de soporífera conciencia en el que te niegas a anticipar situaciones futuras. Vives en una vida sin esperanza.

Sus palabras me están ayudando a armar un relato, una historia ordenada, una trama que me sostiene allí donde solo quedaban marcas de dolor. No reconozco este nuevo registro. La imagen de un padre acrisolado quedó enterrada bajo una recia capa de polvo, o, mejor dicho, nunca llegó a ser.

En mi casa me atrapaba la cama. Al abrir la mañana, me acurrucaba para perderme de nuevo en los sueños, era el sitio en el que mejor me encontraba. Sin embargo, en casa de mi abuelo comía a la carta, descubría la luz de la mañana con olor a sábanas limpias, me reía a carcajadas. Fue la figura que me sacó de la oscuridad para impulsarme hacia la luz de un amanecer con nuevas perspectivas.

—Ya no tienes la mirada apagada de siempre —le digo henchida de orgullo.

—He salido de la mazmorra en la que estaba metido, pero he perdido la batalla al entregarme a la muerte antes de lo debido.

—Puede que el hecho de renunciar a la esperanza como rescate haya sido la causa —le digo marcando una sonrisa conciliadora.

Mi padre me quiere. Me está pidiendo perdón por todo lo ocurrido. Está arrepentido y eso me llena de satisfacción.

El agua se agita. La barca se mueve con una calma oceánica a pesar del vaivén. Cierro los ojos y respiro con profundidad. Me traslado al pasado, a la Tierra, a mi casa. Hay muchas puertas en mi casa. Estoy rodeada de entradas o quizás salidas. Todas están bloqueadas. Me dirijo a una de las puertas y giro el pomo para abrirla. Me siento bien. El don de la oportunidad asciende por mi cuerpo y me abre las vías respiratorias con holgura. Veo a una niña. Soy esa niña. Estoy en la cocina, a solas, llorando la pérdida de mi madre. Me veo triste, desvalida. Mi padre se acerca. La nueva

versión de luz de mi padre se acerca y me abraza con fuerza. Me sabe bien su abrazo. Me siento luz. Me siento viva. Me siento querida.

—Los padres son las puertas del mundo, las ventanas por las que asomarse para explorar, conocer e interpretar la realidad. Son transmisores de afecto, conocimientos, experiencias, actitudes que adoptar ante la vida y sus reveses, pero a veces, también son figuras ausentes. Y eso no quiere decir que se necesiten para vivir.

—Vuelves a leerme la mente —le digo a David.

—Vuelvo a leerte la mente —añade.

Mi padre ya no está a mi lado, pero estoy tranquila. Estoy tumbada en un campo de heno. Amarillo. Dorado. Un campo que puedo tocar con mis dedos. Giro la cabeza y me encuentro a David tumbado junto a mí.

—¿Qué has sentido al recuperar los abrazos que nunca recibiste? —pregunta con una voz de eco.

—Ha sido un reencuentro maravilloso.

—¿Y qué conclusiones has sacado?

—Que lo que no ha podido digerirse en las primeras etapas de la vida pasa a los hijos y a los hijos de los hijos, en su forma más tosca. Son meras transmisiones de violencia generacional.

—Efectivamente, así es. Cuando en una generación algo no es hablado, de indecible pasa a ser innombrable y de innombrable a impensable. Esas cadenas solo pueden romperse desde el amor y la comprensión.

—No es a mí a quién mi padre odiaba, ¿verdad?

—Construyó una coraza para defenderse de los envites de un mundo en el que no tuvo la oportunidad de ser niño. Desconectó el centro de control de sus sentimientos y se mimetizó con un ser todopoderoso que arremetía contra sus semejantes. Por desgracia,

no encontró la forma de desarrollar su propia capacidad de pensar. No cayó en que debía descender a los infiernos del maltrato para conectar con los aspectos muertos de su existencia y poder significarlos, y con ello, desterrarlos para siempre.

—Es difícil caer en eso cuando estás tan metido en el espectáculo de tu propia vida.

—¿Y tú? ¿Qué has aprendido de ti misma?

—Siempre me he visto reflejada en el papel de víctima. Estrené la capacidad de razonar por mí misma con ideas revolucionarias. No elegí nacer y esa premisa me llevó a pensar que tenía el derecho a recibir una buena crianza. Y no me faltaba razón —añado bajando el tono de voz—. Sigo pensando que la paternidad es algo muy serio, aunque no todo el mundo está preparado para ser padre. No todo el mundo sabe a lo que se enfrenta, y claro, ¿cómo vas a cuidar de los demás si no puedes sostenerte a ti mismo?

—Entonces, no has sido la única víctima de tu entorno.

—Creo que no, aunque hice bien con alejarme de mi padre. Quizá me faltó dar el salto de madurez necesario para salir de la confrontación. Un paso obligado para valorar la situación desde la compasión. Hemos sufrido más de lo debido. No sé si ha sido por pereza, rencor, inseguridad o una mezcla de todo, pero mi padre necesitaba ayuda y yo podría haberle ayudado. ¿Tengo que sentirme culpable? —pregunto desconcertada.

—No tienes que sentirte culpable. Se trata de aprender, crecer, evolucionar. Se trata de darte una nueva oportunidad.

Capítulo 17. Nélkül

Sin alma no hay vida...

Estoy paseando por Barcelona. Camino por las mismas calles de siempre. Me encuentro entre los mismos edificios, las mismas tiendas, las mismas paradas de autobús, los mismos árboles. Todo está cubierto de luces que anuncian buenas intenciones, villancicos, regalos que prometen felicidad. Se acerca la Navidad. Las calles huelen a turrón, a castañas asadas, a tarjeta de crédito. La Navidad se vive en las casas y en la calle. La gente se sorprende a sí misma intentando dejar atrás el cinismo, el hastío o el mero desaliento que provoca la rutina para entregarse supuestamente a los demás. Se respira espíritu navideño en un ambiente que promete esperanza. Un hacer por encima de la bondad habitual. Una infinidad inagotable de posibilidades se encuentra al alcance de todo aquel que pertenece a la sociedad de consumo de la que vengo. Con un simple puñado de billetes puedes comprar desde un trozo de tierra al afecto de tus seres queridos. Pero al margen de la mercadería de sentimientos sin compostura que nos lidera, la Navidad es un momento de cohesión social, de hacer balance, de conectar con las personas que no están.

Puedo ver y escuchar más allá de lo debido. No siento calor. No siento frío. No tengo a dónde ir. Caigo en la cuenta de que tampoco tengo ningún plan. Solo camino. Observo a los transeúntes y nadie se fija por dónde va. Decenas de personas habitan las calles. Todo el mundo camina con prisa, erguido, apagado. A simple vista, no se ve luz en ellos, a pesar de las bombillas de adviento que iluminan sus

caras. Tienen las mentes programadas. Sus cabezas están en aquello que ocurrió o en lo que viene de camino; en lo que ya no pueden cambiar o en lo que intentan evitar. Puedo escuchar sus diálogos internos. Hablan consigo mismos. No paran de adjudicarse tareas. Escucho lamentos, reproches, deseos frustrados. También escucho planes e ilusiones por cumplir. Me acerco a una señora y observo la secuencia de sus pensamientos. Aparenta fortaleza a razón de la firmeza de sus pasos. La toco y no obtengo respuesta por su parte. Paseo a su lado. No me ve. No me siente. Me fijo en ella y veo que esconde su rostro detrás de una densa capa de maquillaje. Su cuero cabelludo habita debajo de un peinado de peluquería. Las prendas sofisticadas que enfundan su piel marcan una elegancia caduca. Desprende seguridad, pero, aun así, sufre. Le preocupan sus deudas. Le preocupa el hecho de no ser capaz de mantener su ruinosa calidad de vida.

Sigo caminando. Ya no soy uno de ellos. Me interesa conocer lo que piensan. Ahora me acerco a un señor mayor. Arrastra los pies al andar. Tiene la mirada perdida. La nostalgia sobrevenida se posa sobre sus zapatos sucios. Escucho el diálogo que mantiene con su sombra. Ha perdido a su mujer, a su amiga, a su compañera de vida. «¿Qué voy a hacer sin mi niña?», se repite constantemente. Retrocedo en el tiempo y lo veo feliz. Cuida de ella. Le prepara la comida, la peina, la lleva de paseo, le canta coplas. Le gusta cuidarla. Su papel de cuidador le satisface. Añoran el sur, la tierra de origen de ambos. Los dos ríen. Su mujer tiene mucha fuerza. También tiene la habilidad de sacarle una sonrisa. También le canta.

Sigo caminando. La tarde tiene un sentido figurado. Ya no hay tarde, tal y como entendía la tarde; ya no hay mañana, tal y como entendía la mañana; ya no hay noche, tal y como entendía la noche. Ya no hay tiempo. Se me acabó el tiempo, tal y como entendía el tiempo. Me cruzo con una chica joven que se esconde detrás de unas gafas de sol, un gorro de lana y una gabardina. Sus

movimientos son robóticos. Es difícil prever lo que le ocurre. Pasa desapercibida entre tanto caos. La oscuridad se desliza suavemente por sus mejillas. Sus ojos están inundados de lágrimas. Llora porque se siente abandonada. Llora porque el ser al que ama le ha dicho que no. Llora porque nadie la comprende. Un desamor es poca cosa entre tanta gente.

Percibo algo que llama mi atención. Algunas personas tienen una luz diferente. No hay muchas así. Destacan notoriamente entre la multitud. Esa luz varía en intensidad. La distancia que me separa de ellos es más corta. Me reconozco en ellos.

Se hace de noche. Los seres que caminan por la ciudad llegan a su destino. Algunos encuentran compañía, otros se encierran en sí mismos o se recluyen entre sus cuatro paredes. Las calles van quedando en silencio, se preparan para el día siguiente. El camión de la basura retira los desperdicios. La luna se encarga de borrar el resto de impurezas.

Estoy en la calle en la que Julián tiene su estudio. ¿Por qué he venido hasta aquí? ¿Qué me ha traído hasta el estudio de Julián? Quizás busco un atajo para llegar a la realidad que dejé atrás.

Me siento en el zaguán del edificio y espero. No tengo prisa. No tengo buenos recuerdos de este lugar.

—Las personas que irradian una luz intensa son seres de luz, como tú y como yo —me dice David.

No me he dado cuenta de que David estaba sentado junto a mí. Él tampoco parece tener prisa.

—¿Y las personas que irradian una luz más tenue? —le pregunto subiéndome a la conversación que hace las veces de próxima parada.

—Personas sin filtro en el espacio-tiempo. Cuanto más intensa es esa luz, menos distancia hay entre ellos y nosotros.

—Entonces, ¿hay seres como yo deambulando por la Tierra?

—Claro.

—¿Y qué buscan?

—Lo mismo que tú.

—Yo no busco nada.

—Pues eso mismo.

—Bueno, no busco nada de forma concreta, pero me interesa lo que encuentro —le digo pensativa—. Entonces, ¿los seres de luz más tenue están vivos?

—Sí, pero tienen una puerta abierta al más allá. Tú tenías esa luz cuando vivías.

—Lo sé.

—Hay personas que permiten que esa apertura siga su curso, otras impiden su desarrollo y algunas otras abusan de ella buscando una recompensa.

—Hay personas que dicen que tienen esa capacidad sin ser verdad, no te olvides. Estafadores de turno.

—Así es.

—Yo, por ejemplo, bloqueé esa posibilidad. No he querido vivir bajo el yugo de una doble vida. Con la mía tenía bastante. ¿Hice bien? Siempre me lo he preguntado.

—El bien y el mal... —musita en una breve oración—. Una de las grandes reflexiones a las que se enfrenta todo sujeto viviente —añade ligeramente encorvado—. ¿Qué entiendes por el bien y el mal?

Una pregunta que dirige mis ojos a un punto al vacío zarandeando mis principios. Me cuesta regresar de ese punto. El sonido gramatical que emite David con su garganta reverbera en mis oídos. ¿Qué habrá en el envés de esa pregunta?

—Lo malo provoca sufrimiento y lo bueno bienestar —expreso con una soltura retraída—. Creo que el bien está marcado en la sociedad como «lo correcto» y el mal sería lo contrario.

—El bien y el mal no siempre siguen esa secuencia de la que hablas. Todo depende de la moral en la que se amparen los valores que rigen vuestros actos, de las diferencias culturales. El planeta se ha ido pluralizando siglo tras siglo y hay tantos principios como religiones, movimientos sociales o intereses políticos.

—Visto así, tienes razón. Acabo de dar un paseo por la ciudad y una protesta social contra el aborto ha llamado mi atención. Una parte de la sociedad lo condena, otra, sin embargo, lo valida e incluso lucha contra el sentimiento de culpa que puede generar si lo llevas a cabo. Pero al margen de la diversidad de opiniones sobre lo que está bien o está mal, hay fenómenos históricos marcados por asesinatos, violaciones, guerras o genocidios. El ser humano también actúa como ser perverso al cometer atrocidades y eso no puede estar nunca bien, ¿no crees?

—El totalitarismo da lugar a seres permeables, a serviles esbirros. El individualismo, a seres carentes de empatía. Por eso es importante que no perdáis de vista al otro y a sus necesidades y, para ello, conviene que no dejéis de hablar con vosotros mismos.

—¿Hablar con nosotros mismos? ¿Para qué?

—Para evaluar vuestras obligaciones, los deberes a los que estáis sometidos. El deber es la supeditación de la voluntad a la razón, sin embargo, la buena voluntad puede ir más allá del deber. No se forja necesariamente en la razón, sino en el deseo del alma —añade—. El instinto de supervivencia os induce al egocentrismo y no hay mejor estrategia que la de hacer equipo para conseguir un objetivo. El problema surge cuando caéis en el error de competir entre equipos. El poder y su efecto corrosivo —añade.

—El problema es que la mayoría de la gente se comporta de forma pasiva. Vemos que las cosas no funcionan y miramos hacia otro lado o dejamos que el tiempo pase apoyándonos en la fingida ilusión que dicta que los problemas sociales se resuelven por sí solos. «Ojos que no ven, corazón que no siente».

—Así es. Es más cómodo hacer la vista gorda y aislarse del mal ajeno.

—Aun así, sigo sin entender el origen de la maldad humana, porque una cosa es ser pasivo y otra muy distinta es hacer sufrir a los demás de forma consciente.

Me encuentro en medio de una encrucijada. Siempre me ha gustado pensar. Siempre me ha atraído el sentido filosófico de las cosas y David es un buen conversador. Me hace preguntas abiertas, no intenta dirigir mis razonamientos. Pero ¿hacia dónde me lleva este ejercicio analítico? ¿Qué sentido tienen estas conversaciones? Aunque, en realidad no me importa tanto. Resulta interesante. Me hacen sentir bien.

—Si te fijas, los animales matan a otros animales. Pueden llegar a ser muy crueles cuando tienen hambre. Son implacables, pero hay una diferencia importante entre ellos y los humanos. Los animales no tienen la capacidad de resolver una ecuación de segundo grado, no pueden convencer a sus iguales mediante la oratoria, no pueden discutir sobre leyes, solo intentan sobrevivir. En sus actos no hay necesidad intencional de matar a nadie, no hay voluntad de asesinar, no hay deseo de hacer daño a los demás para subsanar carencias pendientes.

—Pero, por esa regla de tres, la supervivencia justifica el acto de matar a otro ser vivo.

—El ser humano es cazador por naturaleza, es un depredador de origen ancestral. El fin estaba claro hace siglos, en la actualidad ha perdido su norte.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Al valor que le dais a otros seres. Taláis árboles sin medida, explotáis minas, criais animales en salvajes condiciones para después matarlos de cualquier manera, exterminái a las personas que se cruzan por vuestro camino en dirección opuesta. No os

compadecen sus lágrimas, no escucháis sus lamentos, no os importa el daño ocasionado.

Se hace un silencio.

—Creo que hemos llegado a pensar que no sufren porque no se les escucha la voz.

Guardamos silencio de nuevo.

Me siento roca, me siento grulla, me siento helecho. Cierro los ojos y escucho el latido del corazón de los antílopes que corretean por mi mente. Me estremece el fluir de la savia que le da vida a las plantas. ¿Consumimos todo lo que adquirimos? ¿Necesitamos tanto? Cuando lo que entendemos por «mal» llama a nuestra puerta y nos muestra su horrible rostro, nos invita a profundizar.

Es momento de profundizar. Aquí, en el Cielo.

—Percibo el sufrimiento del que hablas. Lo estoy sintiendo en este momento —expreso con sentimiento.

—Quizá sea solo cuestión de amar al prójimo como a uno mismo. Hacer con los demás lo que nos gustaría que hicieran con nosotros, que no es más que recibir amor.

—Pero ¿por qué nos cuesta tanto entender eso?

—Porque buscáis la sensación del placer sin límite, sin querer admitir que en la vida hay que darle cabida al sufrimiento como parte integrante en la aventura misma de vivir. La ciencia y sus avances os han empujado a creer que podéis controlar cualquier tipo de situación, pero la madre naturaleza sigue su curso. Las placas tectónicas crujen, las nubes condensan, los océanos se agitan al compás del viento y las mareas, la muerte termina con la vida… La Tierra sigue en constante movimiento, en un incierto equilibrio. No se para por nada ni por nadie. Nacer y morir son parte de un único e irremplazable proceso, pero cada día estáis más obsesionados por el

sentido, por fijar todo lo que está en pleno tránsito. La maldición que pesa sobre la humanidad no es el sufrimiento en sí, sino su falta de sentido, por eso buscáis respuestas, por eso buscáis culpables.

No nos gusta sufrir. David tiene razón. Es difícil aceptar que el sufrimiento pueda marcar el destino de uno como principal ingrediente en la receta de vivir, y para salir de él, o lo volcamos en otros seres o intentamos hacerlo desaparecer mediante pensamientos circulares improductivos, refugiándonos en el sopor de las drogas o negociando con deidades divinas. Pero si te toca sufrir, que en algún momento de la vida ocurre con mayor o menor intensidad, con mayor o menor lógica, con mayor o menor carga compasiva; te toca sufrir, y nada ni nadie puede sufrir por ti.

—¿Cómo has gestionado tu sufrimiento?

En este momento siento una punzada en el pecho. Puedo ver cómo se pierden en la lejanía alegres prados llenos de niños jugando, reuniones de amigos fundiéndose en un abrazo, viejos almendros que no vivirán una nueva primavera. Rememoro momentos grises, decepciones, siento el canto frío y afilado del dolor perforando mi tórax. Es la huella del sufrimiento tatuada sobre mi piel, sobre los vestigios de aflicción que han forjado mi vida. ¿Cuántas veces he intentado dinamitar los cimientos sobre los que se edifica el dolor que he sentido? Es una práctica habitual entre mis iguales, la de evitar el sufrimiento. La pérdida de mis seres queridos ha marcado mi existencia. Ha desdibujado mis días, mis atardeceres, mis noches. El amor aspira al infinito. Te atrapa. Te incapacita. El amor duele, se niega a desaparecer de nuestras vidas. Pero, ahora que lo pienso, no es tan posesivo como parece. Es, en esencia, un sentimiento compasivo. Somos nosotros los que le damos un significado u otro. Somos nosotros los que intentamos convertirlo en algo estático. El amor nunca se va. El amor se transforma, se evapora para colarse de nuevo en nuestra piel, se multiplica, nos habla, nos acaricia al

despertar, alimenta nuestras almas. El amor siempre está presente en los detalles, en los recuerdos, en nuestras voces internas.

Cuesta mucho recuperar el equilibrio cuando pruebas el sabor amargo de las pérdidas o te enfrentas a una desgracia. Con los años he podido descubrir que hay dos tipos de sufrimiento: el inevitable y el que podemos evitar. Ante el primero no se puede hacer mucho al ser inherente al hecho de estar vivos, aun así, nos cuesta aceptar nuestras limitaciones. No estamos preparados para sufrir y cuando nos toca caer, nos resistimos. La sociedad que hemos creado nos ha programado para alcanzar un estado de felicidad perpetuo, y al echar la vista atrás, me doy cuenta de la obsesión que tenemos con movernos hacia delante. No cabe en nosotros la tristeza, el malestar, el dolor o la espera. No caben en nosotros los fracasos, los cambios no deseados o la subordinación al dolor. Perseguimos un placer efímero y materialista que nada tiene que ver con la vida austera y equilibrada que defendía el hedonismo epicúreo como alternativa a la desdicha. Un concepto de hedonismo muy diferente al actual. Ante el atropello de la adversidad debemos mantenernos tranquilos e imperturbables, sin embargo, buscamos falsos atajos, salimos corriendo o nos enfrentamos en un cuerpo a cuerpo con el Goliat de las desgracias hasta desfallecer exhaustos.

—No es fácil gestionar el sufrimiento —retomo la conversación—. Mi tendencia siempre ha sido la de huir cuando algo o alguien me ha hecho daño, pero con esa actitud no he conseguido nada más que alejarme de un dolor que volvía con efecto boomerang. No me ha servido de nada el delirio resultante de imaginar una vida diferente a la que he tenido. Me han sobrado los falsos clichés.

—El sufrimiento está estrechamente relacionado con la actitud de vivir en un mundo en el que las normas ya vienen impuestas, con la capacidad de aceptar el fluir de una vida marcada por las heridas.

—Ay, las heridas… Me ha costado mucho cerrar esas heridas, pero de algo me ha servido el apoyarme en el presente y agradecer lo

vivido. Ese ha sido mi plan de rescate. Mi abuelo siempre decía que la vida es como un tapiz y que en muchas ocasiones solo vemos el dorso de ese tapiz. Un dorso formado por un conjunto de nudos sin sentido ni belleza que al darle la vuelta responde a una seductora matriz que nutre el caos que lo sustenta. Él pensaba que las desgracias forman parte de un plan pedagógico divino, pero yo nunca lo tuve claro… ¿Es así?

—Nuevamente intentas darle orden al desorden. Ya no hace falta que los datos cuadren. Ya no tienes que esperar a que caiga la noche para ver cómo se alza la luna en el infinito. Ya no tienes que dibujar estrellas con el dedo. Hay tantos planes como seres y tantos seres como historias hechas de júbilo y tragedia equidistantes. No deberíais concebir la vida sin sobresaltos.

La mañana abre fuera del edificio en el que nos encontramos. Una clara luz retorna con fulgores nuevos. Las palabras de David no son concluyentes, pero ¿quién no busca el equilibrio?, ¿quién no espera que los problemas pasen de largo?

De repente, escucho a Julián. Me pide que lo ayude. Mis oídos traspasan cualquier barrera sin esfuerzo. Tengo la capacidad de vislumbrar lo que está oculto. Lo está pasando mal. Sufre. Miro a David y me invita a marcharme con los ojos.

Entro en el estudio de Julián y veo latas de cerveza por el suelo. Latas vacías. El desorden ha vuelto a apoderarse de este sitio. Solo veo tubos de pintura seca, lienzos abandonados, barro deforme. Alguien llama a su teléfono. Es Edvárd. Quiere hablar con él. Se preocupa por él. Julián no ha perdido el contacto con sus hijos.

Vuelvo atrás en el tiempo.

Julián inició una relación con Sonia, la mujer con fachada de hielo. Aquella mujer lo ayudó a exponer sus creaciones en ciudades importantes, lo catapultó a la fama dentro del mundo del arte.

Mientras él paseaba su obra, yo me encargaba de los niños. No me importaba, es más, prefería que se alejara un poco de ellos, aunque siempre le pedí que no desapareciera del todo de sus vidas. Mi relación con él era escueta, distante. No me gustaba cómo estaba gestionando su vida. Abusaba del alcohol, consumía drogas, trasnochaba. En nuestras conversaciones justificaba el ritmo de sus pasos. Necesitaba que aplaudiera su éxito, algo que nunca hice. Él pensaba que le guardaba rencor, pero no era rencor lo que mascullaba, era rabia. Rabia por haber renunciado a su rol de padre. Una rabia que se agarraba a mis costillas hasta infiltrar mis entrañas de una frustración que me descolgaba el estómago día tras día provocando un dolor que nunca llegó a desaparecer del todo.

Entro en el baño y lo veo tirado en el suelo. Balbucea. Farfulla incoherencias. Convulsiona. Una torpe entonación cercana a la disculpa sale de sus labios. Me agacho y le susurro al oído. Creo que me está oyendo. Su piel está perdiendo el brillo de la vida por segundos. Las células de su cuerpo no reciben el oxígeno que necesitan para seguir latiendo. Está desnudo, mojado, recién salido de la ducha. El grifo de la bañera sigue abierto. Un bote deshabitado de pastillas yace en el suelo como último reclamo. Veo latas de cerveza por todos lados, restos de comida, ropa sucia. Las viejas fórmulas siguen funcionando, me digo entre dientes. Su rostro se ensombrece como si alguien hubiera apagado la luz frente a sus ojos. El frío va endureciendo sus venas.

Edvárd acaba de entrar en el estudio. Llama a su padre gritando. Lo busca por todos lados. Julián entreabre los ojos. Me mira. Le tranquiliza mi presencia. El habitáculo en el que nos encontramos se expande.

La luz cobra protagonismo.

Capítulo 18. Után

Tras la vida...

Me siento preparada para recibir a Julián. Voy montada en una «mento». Mis compañeros lo están atendiendo. Intentan salvarle la vida, algo que yo misma he hecho en infinidad de ocasiones con otras personas.

Julián está inconsciente. Casi no respira. Lo acompaño en el que puede ser su último viaje. En este momento adquiero una clara conciencia de lo minúscula y limitada que es nuestra existencia en este planeta, de lo cortas que son las distancias, de lo estrechos que son los lazos que nos unen a todos.

Edvárd conduce su coche. Va detrás de la ambulancia. A juzgar por la expresión de su cara, sabe a lo que va. Un temor visceral compone su ánimo en desgracia. Sospecha lo peor.

Se abre la puerta de la ambulancia. Contemplo la escena sin ruido de fondo. Una pátina sagrada envuelve un cuerpo más de entre los muchos cuerpos que entran en el hospital. Julián, como tantos otros, se enfrenta a la última parada de la estación de su vida.

Camino por el hospital. Está lleno de seres de luz. Nunca fui tan consciente de la cantidad de seres de luz que nos rodean. Cuando estaba viva también los veía, pero el espejismo duraba apenas dos segundos. Me asomo a las habitaciones y coincidimos en las miradas. También acompañan a seres queridos que hacen el último esfuerzo por sonreír.

Aquí todo se limita a lo más primigenio. No sirven de nada los vociferantes móviles, ni el destierro de la pobreza, ni hacer

preguntas sin respuestas. Solo se percibe una súbita convicción de lo que somos: figuras carnales en pleno tránsito.

Los hospitales son los países de las palabras prohibidas. No cabe hablar sobre la muerte en ellos. No cabe hablar sobre el fin de los días. No cabe hablar sobre el transcurrir del tiempo. Una luz mortecina saborea los instantes de un silencio que evita el discurrir de las emociones. Un silencio que ejerce de preludio del susurro. Unos susurros que a veces se convierten en fieros sollozos que reclaman piedad. Las largas esperas se conciben en pleno silencio y con las cejas enfadadas. Las habitaciones se encuentran en un falso reposo. Los familiares pasean hasta el umbral de la puerta para pedir socorro en silencio, luego vuelven a sus puestos. Es difícil encontrar la palabra precisa sin romper el orden natural de las cosas. Es difícil perder la batalla de los recuerdos pasados o de los que están por construir. En este lugar impera una calma de cuerpos oxidados. Entras en un estado de vigilia que no te permite ni dormir ni comer ni reír, como se hace en el exterior. Miro a mi alrededor y solo veo expresiones que basculan entre la incertidumbre y el nervio asomando a la luz de gestos indefinidos. Igual desconfían tanto que no pueden hacer otra cosa que desconfiar. Quizá no debieron confiar nunca.

Me siento en una silla situada a la derecha de Julián. Una silla deshabitada, porque Edvárd habla con los médicos. Realiza gestiones para evitar lo inevitable. Intento no hacer ruido, aunque mi esfuerzo no sirve de nada, no tiene sentido. El sitio del que voy y vengo en estos momentos tiene de todo menos ruido. Reina en él una calma prodigiosa.

El personal sanitario está dividido en dos bandos. Uno de esos bandos dicta órdenes, el otro ofrece recomendaciones. El bando equivocado trata a los enfermos y a sus acompañantes como a niños caprichosos que molestan con su simple presencia, como si la salud dependiera de su obediencia, como si no tuvieran otra cosa que

hacer que visitar hospitales. El bando contrario está al servicio del ser humano que sufre. El bando contrario escucha sus necesidades. Es la prisa, es el ego, es la mezquindad selvática y arrasadora.

—Papá —oigo decir a Edvárd.

Una palabra envuelta en un tono de plegaria. Una palabra que disculpa años de mundos paralelos, meses de falta de entrega, semanas de promesas fantasma, días de espera frustrada, minutos de silencio. Silencios procaces.

Edvárd lo coge de la mano. Espera una respuesta, un mensaje, un simple «lo siento», un «te quiero». Pero Julián respira en un hilo de aire. Las escamas de su epidermis se desprenden de la vida para caer de nuevo a la Tierra, para dejar de formar parte de lo individual y mezclarse con la materia. La luz de su interior empieza a expandirse, a purificar su ser de los restos de imperfección que aún laten dentro de su pecho. Edvárd solicita esa pureza, le aprieta la mano para que le brote de entre los dedos como lo hacía cuando era niño y reclamaba su tiempo. Todavía no ha perdido la esperanza de acercarse a su padre. Todavía le nace la ilusión de recuperar aquello que nunca tuvo del todo. Y mientras la muerte se abre paso, yo observo con serenidad.

No es suficiente con decir: papá. Es el momento del tránsito.

Un médico se acerca a Edvárd para decirle que deben sedar a Julián. Explica con voz engolada los motivos por los cuales debe ayudarlo a morir. Bisbisea conocimientos que nadie oye: fallo orgánico, insuficiencia respiratoria, intoxicación por sobredosis... Entrega el testigo a Edvárd. Lo obliga a decidir sobre la vida de su padre.

Vuelvo atrás en el tiempo. Me encuentro en medio de un parque. Está nevando. No siento frío. Los copos de nieve traspasan mi piel. Me siento nieve, sobre la nieve, en la nieve... No conozco este lugar.

Las copas de los árboles están pintadas de blanco. La hierba duerme bajo tierra esperando sin ansia a la primavera. Una fuerza ancestral parece haber absorbido los restos de calor que aún quedaban atrapados en la superficie. El frío que no siento trae la certeza de un invierno plagado de sueños y tragedias.

No hay mucha gente en este parque, pero algo capta mi atención, algo que coincide con la silueta de Julián. Y ese algo se encuentra a unos metros de mí.

Me acerco a esa silueta. Es él. Está hablando por teléfono. Frunce su boca marcando un rictus de contrariedad. Está enfadado. Es incapaz de disipar los retazos del frío invierno que se cuelan por su teléfono para robarle el poco calor que le queda en la garganta. Se siente defraudado. Sonia lo está dejando y, con ello, lo aleja del éxito.

Recuerdo que Julián solía ignorar mis palabras por una absurda y tolerada costumbre que arrastraba en el tiempo. Nunca quiso escucharme. A veces no nos tomamos en serio a las personas que nos quieren, sus consejos se valoran de forma inversamente proporcional al tiempo compartido. Julián divagaba en su empeño por ignorar lo importante. A veces se encerraba en una anomia que le crecía de dentro hacia afuera, pero no era culpa de la sociedad, no eran los ojos del día en su contra, no eran los oídos de la noche desprovistos de empatía. Era él. Era él y su cansina insatisfacción. Era él y su sed de aprobación externa.

La ruptura con Sonia lo desbarata, y no por lo sentimental del hecho en sí. Implica que rompa con otros contactos, contactos que siempre sonaron como una psicofonía de fondo en su cabeza. Se ha acostumbrado a vivir en la pompa, pero Sonia se cansó de tirar de él. Ya no encuentra beneficio en su piel. Ya no necesita desplegar tácticas intimidatorias para llamar su atención, sino todo lo contrario, le sobra en su ecuación.

Me acerco a él, y al ponerle la mano en la espalda recorro sus últimos años de vida. No ha sabido vivir en la sombra. No ha encajado bien el golpe de la mesura. Sonia le ha cerrado las puertas, lo ha desacreditado como artista.

Siempre fue un buen profesor, pero la fama lo apartó de las aulas. Y a la melancolía de esta vida se une la triste melancolía de la vida de antes. El fracaso lo llevó a la soledad y, la soledad, a la indiferencia, al derrumbe. Sus manos de artista se esparcieron por todas partes menos por el barro. Cuanto más desaparecía, más se impregnaba en el desaliento de los rincones olvidados. La mordedura estéril del sufrimiento surcó la nebulosa interestelar de sus días hasta alcanzar una placentera enajenación que lo ha llevado a quitarse la vida.

Ahora pienso en lo contradictorios que a veces somos. Las células de nuestro cuerpo están diseñadas para ganarle días a la vida. No aspiran a la fama, no cuestionan su objetivo, no protestan por nada, aunque, al igual que sus dueños, intentan destruir a veces a sus homónimas. El cuerpo humano está formado por billones de células incapaces de mantenerse vivas con independencia de las demás. Nuestro organismo funciona gracias a un preciso ensamblaje entre los diversos aparatos y sistemas de órganos que lo integran. Cuando todas las piezas funcionan correctamente gozamos de buena salud, pero si alguna célula falla debido al paso del tiempo, al ataque de elementos extraños o al propio caos del que formamos parte, comienza la autodestrucción.

Julián ha atentado contra su vida, ha boicoteado el curso natural de su propia existencia. Y es que no todos estamos preparados para afrontar los envites del caos, las decisiones que la naturaleza toma en nuestro nombre. No todos estamos preparados para asumir equivocaciones. El orgullo, la ira, la envidia, la inseguridad, la culpa, el deseo sin límites, el egoísmo como factor determinante de los

anhelos más profundos del ser humano. Es difícil vivir sin dejarte atrapar por lo que algunos llaman «el demonio» personificado en nuestro ego. Garabatos de la más diversa índole que interrumpen el transcurso de un camino anacrónico a veces invadido por una niebla densa y oscura que tiende a la luz que no siempre vemos. Un camino lleno de detalles invisibles para la mayoría.

El aleteo de un pájaro atrapa mi mirada. Revolotea el espacio en el que nos encontramos de esquina a esquina. Un espacio indefinido. No necesito dominar la extensión de este espacio, algo que, sin embargo, sí me ocurría cuando era parte integrante de este mismo espacio. El pájaro vuela. Es como si trajera un mensaje importante entre sus alas. Pero no trae nada, solo vuela. Solo nos acompaña. Tiene la capacidad de escurrirse por los límites del mundo para volver a la luz.

Un ruido, un leve roce llega a los oídos de Julián. Han venido a visitarlo su madre y su hermano. El hermano que murió de forma estrepitosa cuando aún era joven. Su hermano mellizo. La madre sonríe. Es un ser muy luminoso. En sus ojos veo cómo lo amamantó, cómo lo arrulló entre sus brazos, cómo le enseñó a dar sus primeros pasos, a tener modales, a oír y callar. También puedo ver que no lo enseñó a conformarse, a saber perder, a entender que no era un ser único. Julián siempre la ha llevado en su corazón.

El respirador le permite estar unos minutos más aquí, en este plano. Las máquinas sostienen la carne, permiten que su cerebro siga enviando órdenes de supervivencia. No se oye nada, solo el crujir de los tubos, el pitido de auxilio de los llamadores, las ruedas de los carros de comida habitando los pasillos. Comida sin vida. Comida triste.

Los mechones alborotados que siempre presidieron la frente de Julián siguen intactos, como si aún no se hubieran enterado de lo que ocurre. Las sienes plateadas le dan un aspecto seco, ajado. La muerte avanza lentamente, se ciñe a su columna como la licra.

—Papá —vuelve a repetir Edvárd al acercarse de nuevo al cuerpo de su padre. Un sustantivo que poco a poco va dejando de tener una connotación soberana para pasar a ser un bonito y deseado recuerdo. Un espejismo.

En las sociedades más primitivas aceptaban el suicidio como práctica habitual, lo consideraban como acto religioso o ritual de fe. A lo largo de la historia ha sufrido mutaciones en su interpretación. Se ha asociado a la brujería, se ha llevado a cabo por lealtad, por honor, como acto estoico, como expiación o como respuesta a la derrota. Es una de las pocas conductas destructivas en la que coinciden el agresor y la víctima. Lo han etiquetado como crisis afectiva, trastorno mental, pecado... Mi abuelo solía tararear *Domingo sombrío*, una canción del pianista y compositor húngaro Seress Rezső conocida vulgarmente como «la canción húngara del suicidio». Una de sus estrofas dice: «Mi corazón y yo hemos decidido terminarlo todo». Ahora tengo la certeza de que mi abuelo sintió muchas veces la necesidad de desaparecer.

La piel de Julián asoma desnuda de entre las impersonales sábanas de hospital, asépticas, sin olor. Su tono rosado me recuerda lo que llegué a sentir cuando abrazaba los diminutos cuerpos desnudos de mis hijos, cuando los bañaba, cuando aliviaba el impacto de los golpes que curtían esos cueros de seda. No he sentido nada más primitivo que el olor de la piel cuando se abre a la luz de la vida. El olor del bebé recién salido de las ensangrentadas entrañas de una madre. El tacto de una piel recién hecha, tersa, fina, algodonada. La piel de Julián se retrotrae en el tiempo para volver a nacer, para despojarse de las marcas de los años, de las vueltas que le ha dado al sol. Se acerca de nuevo a la naturaleza.

Entro en la cabeza de Julián. Escucho sus argumentos. Escucho su diálogo interno. No quería vivir en la sombra. No quería empezar de nuevo. No estaba dispuesto a reconocer que era uno más de entre los millones de personas que habitan este planeta. La mediocridad

se volvió repulsiva en sus detalles, huérfana de connotaciones. Esperaba que cayera del todo para seguir a lo suyo, y al no llegar el desenlace esperado, hizo de la sorpresa su último anhelo. A poco que hubiera buscado la razón y el sentido de las cosas, habría dejado de flotar a la deriva. A poco que hubiera negado con expresión de censura, habría recuperado el devenir de la vida. Entro en su cabeza y solo veo oscuridad, rechazo, pereza. Y mientras leo sus dudas, escucho el emblema de la ciudad de los rascacielos protagonizando los últimos minutos de su vida. Edvárd ha acercado su móvil al oído de su padre para que escuche ese tema por última vez. *Rhapsody in blue*, uno de sus temas preferidos. Un buen momento para reconocer quién es el encargado de hacer la melodía y en qué momento la banda desaparece para dar lugar a algo diferente.

La habitación se ilumina con una luz tan blanca que roza la transparencia. La intensidad es cegadora. No hay córnea humana que pueda procesarla.

He salido de la habitación, del hospital, de la ciudad, del planeta. He salido de la vida. Estoy de nuevo en otra dimensión. Sobre la luz, en la luz, con la luz… Vuelvo a sentir la ligereza del alma. La gravedad se desprende definitivamente de mi ser. Vuelvo a desligarme de la carne, de los huesos, del olor de mi piel. La madre de Julián está cerca de mí, sobre mí. Su hermano también. Somos un mismo ser.

Julián viene hacia nosotros. ¿Camina o puede que flote? Se le ve feliz. Su piel ha vuelto a recuperar el brillo. Sus ojos se dejan arrastrar de nuevo por la velocidad del tiempo. Un leve jadeo lo impulsa a mover las piernas hacia delante. Me veo en él, sobre él, con él...

Sonrío. Tengo ganas de abrazarlo. Siento la cascada de momentos felices que juntos vivimos en este preciso instante. Momentos que se

concentran en uno. No hay cabida a la preocupación. «Jamás olvidaré este momento», se le escucha decir.

Tengo los ojos cerrados. Mi cuerpo se mece en un susurro. Me redimo de todos mis perfiles, asciendo como ser y me convierto en aire. No busco nada. Todo está en las alforjas de un pasado que ahora empieza a cobrar cierto sentido. Sin querer, he ido encontrándome con mis hijos, con mi orgullo, con las huellas de una tristeza que forma parte de la vida. Sin querer, me voy encontrando conmigo misma.

La memoria de lo ya vivido va silenciándose a medida que pasan los años. Los recuerdos van apagándose como lucecitas sin energía que las sustente. Lo sentido, lo perdido, lo amado, lo extrañado, lo disfrutado, lo escuchado. Multitud de vivencias que van llenando las sacas de nuestra memoria para acabar en el olvido. Algunas de esas vivencias quedaron tan atrás, que no somos capaces de reconocerlas como algo real.

Vuelvo al pasado para rescatar lo que el olvido depuró de mi registro de experiencias y depositó en el fondo de mi memoria, en ese subsuelo que ha ido dándole forma a mi propia historia. Vuelvo para percibir detalles que pasaron desapercibidos, detalles que no se pueden descifrar en el momento a causa de la ceguera de nuestros sentidos, a causa de la inmadurez de nuestro mapa emocional. Vuelvo para captar las señales que se mantuvieron al margen de mi perspectiva más rígida. Vuelvo para hacer una nueva lectura de mi vida más diáfana, más generosa, más sencilla. Y en ese ir y venir mis lágrimas se purifican, mis heridas se asientan, el mundo deja de prometer algo distinto.

Sigo meciéndome en medio de la nada, acompañada de recuerdos que arropan la melodía de mis estrofas de niña. Melodías que abren mi pecho de nuevo. Melodías que me calman el alma.

Me siento niña. Me siento querida…

Una mano caliente me acaricia la espalda. El vaivén en el que me encuentro sumergida se hace cada vez más rítmico, adopta un movimiento pausado. La piel que no tengo se me eriza. El olfato que no tengo reconoce el aroma de esa caricia. No quiero que se acabe este momento.

Me siento niña...

Suena una nana. Me dejo llevar por la ternura de su melodía. No reparo en exigencias. Solo quiero escucharla y vivir el infinito, porque el presente es el infinito en este plano. No hay nada más importante que seguir escuchando esta nana. No hay nada más importante que seguir disfrutando del calor de la mano que me acaricia la espalda. Es un calor sanador. Cura las heridas lejanas.

—Mi niña pequeña —oigo balbucear a lo lejos.
—¿Mamá? —pregunto.
—¿Sabes que siempre he estado a tu lado? Te he abrazado todas y cada una de las veces que me lo has pedido.
En este momento un desfile de lágrimas de alegría cae por mi cara, dentro de mi cara, sobre mi cara... Mi pecho se expande de nuevo para recibir a mi madre. Nos fundimos en un abrazo tierno.
—Mamá, te he echado mucho de menos.
Se hace un silencio.

—Te he necesitado en muchas ocasiones.
Se hace un silencio.

—Lo sé, mi amor, lo sé.
—¿Por qué te fuiste tan pronto?—pregunto.
—Eres tú la que tiene que encontrarle un sentido. Nadie puede hacer eso por ti.

Cuando era pequeña mi abuelo me regaló un conejito como mascota. Un animal silencioso y poco conocido. Lo soltábamos en el jardín que había en la parte trasera de mi casa para que correteara, pero estaba tan acostumbrado a su jaula, que daba un salto y entraba de nuevo. Sus dientes trituraban con facilidad el maíz que le ofrecíamos, pero, sin embargo, cuando le acercaba mi cara o mis manos, me chupaba con dulzura. Me pasaba las horas acariciándole las orejitas y él semi cerraba los ojos como respuesta. Un día me lo encontré mustio, sin ganas de comer. La vida se le escapaba por segundos. No reaccionaba a mis caricias. Apenas respiraba. A los pocos minutos murió. Mi abuelo llegó a casa, lo envolvió en un trapo y se lo llevó para enterrarlo. Me costó aceptar la separación. Necesitaba acariciarlo y le pedía a mi abuelo de forma insistente que me llevara al sitio en el que yacía para volver a tocarlo. Le decía que necesitaba despedirme. Él me miraba con dulzura y sonreía. Por un lado, no le daba curso a mi petición, por otro, me permitía seguir apoyándome en el bálsamo de la esperanza. Al cabo de los años comprendí que lo que realmente necesitaba no era despedirme de aquel ser, sino que volviera a vivir, y con ello, que volviera a mi vida.

Es noble y más que profundo que un acantilado sea un acantilado y que solo sea eso, sin pretender hacer elocuentes alegatos ni tratados que expliquen su significado, su magnitud o el sentido que define su relieve. Del mismo modo en que la soledad es soledad y la muerte es la muerte, el misterio habla por sí solo y no necesita recurrir a otra cosa que a los sentidos más básicos para entenderse. Es profunda el alma que vive en cada uno de los elementos que componen la Tierra.

En una hostilidad constante de tensiones y fuerzas, de vida y caos, la materia permanece intacta, se transforma o desaparece. Trascienden los significados, la intención que subyace tras la apariencia visible, las insolentes conjeturas que fabrica nuestro intelecto, las definiciones que concebimos como predecibles. Las

formaciones rocosas, la mar o las nubes nos inspiran cuando nos descubrimos insignificantes, pequeños o envueltos en algo desconocido que reclama a la existencia misma.

Encontrarle un sentido, escucho decir a mi madre. Un ser puro, limpio, de cristal templado. Su mano sigue acariciándome como tan pocas veces lo hizo.

«Encontrarle un sentido», dice con una dulce voz de hojalata.

El carácter mutante de la materia complica la búsqueda de ese sentido. Las distancias o las diferencias de profundidad también la complican. La belleza incorrupta, el apego, el concepto de pertenencia. Las condiciones temporales y espaciales que se mantienen en perpetuo movimiento parecen milenarias o incluso eternas. Imperturbables. Creadas desde la armonía sin tener en cuenta la decadencia del tiempo.

«Encontrarle un sentido…».

La materia aquí, en esta dimensión, se muestra como algo indeterminado, algo que permanece dentro de un fluido proceso y que no persigue una forma final. La mano de mi madre traspasa las barreras culturales, el tiempo o los estilos de vida. Traspasa la barrera que separa la felicidad y el sufrimiento. Responde a relaciones cronológicas simuladas que generan movimientos en el tiempo, hacia adelante y hacia atrás, en un fluir más allá de lo estático.

Siento cómo una especie de mecanismo de ficción une un conjunto heterogéneo de piezas guardadas, archivadas en mi registro de vida. Piezas que viajan en un intento por recopilar proyectos que ahora pueden ser mirados desde otro punto de vista. Piezas que duermen en la memoria y que producen vibraciones cuando chocan. Siento un vacío contemplativo que le da significado al sentido. Y en ese vacío

todo puede existir. En ese vacío hay continuidad, silencio, movimiento y consciencia de mí misma y de lo que me rodea. La mano de mi madre es el devenir de mis recuerdos y me sirve como pretexto para movilizar esos archivos. Su etérea piel sobre lo que queda de la mía, propia o ajena, me hace ser consciente de mi existencia para encontrar el sentido más primitivo de las cosas. Es un diálogo mudo de semántica donde acaba una forma y empieza otra, donde acabo yo y empieza ella, donde acaba la vida para dar lugar a más vida. Las preguntas se confunden con las respuestas para volver a ese mismo vacío. La temporalidad y la espacialidad vuelven a entrelazarse para concederme el poder de imaginar otros futuros y otros pasados. Es un afluente de información que retorna en mí en forma de preguntas inquietas sobre mis propios imaginarios.

Mi madre me hace sentir un fuerte sentimiento nostálgico lleno de color que me lleva hasta el pasado para preguntarme el porqué de las cosas. El deseo más utópico se frustra cuando se desdibujan las imágenes que desarman la posibilidad de progresar, para teñir de ficción lo que pudo ser y no fue. Mi madre me lanza una mirada hacia el pasado que habla de lo que se esfumó sin previo aviso. Me permite hacer un viaje sensorial entre la luz y la oscuridad, entre el abrazo y la soledad.

Busco evocar la excelencia del sentido como constructo para representar una anécdota dentro de un gran escenario y solo encuentro la experiencia, el desconcierto y las impresiones que obtuve durante mi caminar. Una serie de encuentros que suceden en la imagen que proyecta el transcurrir de una vida más. La muerte es un pretexto, una idea fuera de movimiento, fuera de lugar. Y yo sigo insistiendo en construir dentro de lo estático. Algo difícil entre encuentros que no deberían ocupar el mismo espacio, pero que fluyen con un movimiento similar.

La realidad intenta apropiarse de las posibilidades que ofrece el devenir que nos mece. Un movimiento que muy probablemente proyectaba una intención diferente al ser creado. Un desfile de acontecimientos que mezclan la intensidad del presente con el rastro del pasado y la incertidumbre del futuro. Pero ¿existe el tiempo cuando nada está cambiando?, ¿hay vida si no hay cambio? Los giros alteran los límites, crean nuevos relieves, nos ayudan a crecer. Los cambios inesperados aparecen para negar certezas previas. Finalmente, las vivencias juntas tienen mayor valor simbólico que las vivencias sueltas.

—¿Has descubierto lo que necesitabas descubrir?

—No hay tanto que descubrir —le respondo a David.

Ambos estamos tumbados en una colina. Cientos, miles, millones de partículas de luz brillan a nuestro alrededor. No hay nadie más que nosotros. Nosotros y las luces que parpadean sin cesar como queriendo indicar algo.

—Es como si todo fuera un juego.

—¿Un juego? —pregunta David ensimismado en los reflejos de luz.

—Sí, un juego en el que las normas están establecidas desde hace siglos.

Se hace un silencio.

—¿Y en qué consisten esas normas? —pregunta David con cara de distraído.

Se hace un silencio.

—Mi abuelo tenía un parchís de madera pintada a mano. Solíamos jugar a menudo. Cuando era pequeña me enfadaba mucho. Siempre quería ganar. Aglutinaba mis fichas en la casilla de salida con el entusiasmo de alcanzar la victoria. Siempre pensaba que la suerte estaría de mi parte. Si tardaba en llegar me desesperaba y al ver que no llegaba perdía la ilusión. Mi abuelo era mi rival. Un rival

silencioso y con buen humor. A él no le importaba perder y yo no entendía el por qué. Con el tiempo me di cuenta de que hacía trampas para no hacerme sufrir, pero con los años, el juego se fue convirtiendo en real. Con los años fui comprendiendo que no importaba ganar. Con los años fui comprendiendo que lo importante era pasar el rato con él, reírnos juntos, seguir jugando hasta el final. Con los años fui comprendiendo que ese tablero de madera pintada era una excusa para dar y recibir amor.

—Bonito símil con la vida —masculla David.

Se hace un silencio.

—Me gustaría seguir jugando —susurro.

—Puedes seguir jugando.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Esperar al siguiente turno. Nada más.

Mis pies se conectan con una vía sin rumbo. Solo caminan. David permanece tumbado en la colina. Miro hacia atrás y lo veo cada vez más pequeño. Miro hacia delante e intuyo un horizonte que se pone a prueba en términos de movimiento. Camino con la confianza de encontrar algo. Mis pies tienen un radar perceptivo. Son ellos los que me llevan. Son ellos los que deciden.

Los puntos de luz que hay a mi alrededor brillan cada vez con más fuerza. Tienen vida propia y por eso son tan valiosos. Transito por un espacio que me habla de la impermanencia de la vida en forma de luz. Una observación sensible del alma que nos conforma, guía mis pasos. Las luces se convierten en átomos que vibran para mutar en formas que existirán brevemente antes de volver a ser luz de nuevo. Son luces que se materializan en ideas preconcebidas sobre la manifestación física del cuerpo. Luces que laten, caminan y hasta sonríen. Y entre tanto, aparecen nuevos significados a través de la

imagen. Imágenes que dentro de su carácter ficcional podrían ser aceptadas como un tipo de realidad.

Las luces encarnadas caminan a mi alrededor. Tienen pies, brazos, rostro, alma. Son personas. Veo algunas caras conocidas. Veo a mi tío Attila, el hermano de mi padre. Se dirige hacia mí en su mejor versión. Se encuentra a pocos metros de mí. Siento alegría al verlo, aunque apenas tuve relación con él. Su presencia me hace recordar aquella vez que me llevó al hospital debido a una crisis de asma que sufrí cuando tenía diez u once años. Vivía cerca de casa. No llegué a conocerlo del todo.

Mi tío se ha parado en seco. Me tiende la mano. Me mira a los ojos con ternura. Me acerco sin pensarlo mucho. Siento su amor.

Sigo rodeada de personas que deambulan con paso sereno. Flotan en un equilibrio que nos agarra y nos une. Veo a la señora Mariska y a su marido, el señor Fülöp, a la prima Juliska, a algunos compañeros del colegio, a la señora Adelaida. Nos damos la mano, nos abrazamos, sonreímos, nos perdonamos. Solo detecto miradas limpias, gestos conciliadores, gozo, alegría, complacencia.

El máximo objetivo aquí no es otro que mantener la armonía con uno mismo y con todo lo que conforma el universo. Al contrario de donde vengo, se respira la capacidad de pensar con madurez, de decidir con sabiduría y de actuar para el bien. Las miradas se respetan. Sobra el dominio obligado de las pasiones. Las virtudes no son un dogma, sino una vía para mantener la templanza. El sentimiento de respeto y admiración nace del amor. Todo el mundo conoce y comprende lo que somos realmente, nuestra propia verdad. Aquí solo se es, no hay espacio para el parecer. Las luces encarnadas se expresan con amabilidad y consideración. Transmiten un sentimiento que nace de la bondad. Atrás quedó el deseo de controlar, la necesidad de manipular, la rígida costumbre de imponernos a los demás. Nadie tiene la necesidad de convertir al

otro en objeto de su ira. Todos nos aceptamos. Es cautivadora la relación de ayuda que desprenden estas imágenes llenas de color. Y sea por el alivio inmediato que siento, me enredo con cualquiera. Hago una recopilación de recuerdos abandonados en otro momento. Recuerdos acabados o inacabados. Reviso meticulosamente la historia de las luces que me rodean mientras encuentro la verdad que hay en cada una de ellas.

Una voz me ha sacado de esta contemplación divina. Me encuentro ovillada en mí misma, tras la luz, en la luz, sobre la luz... Tan ligero es el sueño en el que estoy inmersa que el despertar lo borra de inmediato. Tan presta al asombro me hallo que sigo a merced de la indeterminación.

Una especie de cortina tapa, pero no me separa de lo que hay detrás. Deja pasar cierta cantidad de luz que interfiere con la imagen mental de un paisaje que ya conozco. Hay detalles que no especifican el tiempo, el día o el espacio. No tengo prisa en darle sentido a esta imagen. No pretendo apropiarme de ella.

Me levanto y aparto la cortina que me separa de la voz que me llama. Una especie de orilla se abre a mis pies. Camino hacia ella, sobre ella, tras ella... Siento el frescor del agua sobre mi piel. Contemplo mis miembros límpidos bajo el cristal del agua. Entablo un discurso impersonal con mi cuerpo que ha pasado a ser un sueño agradable que teje vagamente mi pensamiento. Apenas logro reconocerlo como materia. Se ha ido despojando de la memoria del dolor. Me entretengo contemplando la imagen de mis pies, de mis tobillos, de mis brazos. Me sumerjo en esta agua en calma, y mientras tanto, mi cuerpo va perdiendo su consistencia y mi ser su identidad. Oír y mirar son procesos pasivos. Escuchar y observar son gestos activos. Mis sentidos recorren sin esfuerzo lo que se vislumbra desde la superficie hasta llegar a lo que subyace en la profundidad. Cada vez estoy más lejos del mundo. Cada vez me

alejo más de la primera persona del singular. Analizo la relación existente entre lo material y lo etéreo y logro definir la naturaleza del tiempo. Un tiempo que se desmorona entre los dedos de mis manos. Es como si mi cuerpo y el agua, mi yo y el instante, se hubieran fusionado. Son varias instancias ocupando un mismo espacio, un mismo retorno al tiempo origen. Un todo que adopta un mismo punto de vista.

Esa voz. Esa voz me resulta familiar. Abre las reminiscencias de mi estancia en la Tierra para anclarme a ella con más fuerza, pero a su vez, me separa. Inunda los restos de vacíos que aún soy capaz de sentir. Me llama. Oigo que me llama.

Sigo en el agua, sobre el agua, tras el agua... Siento el divorcio entre el líquido y lo efímero de la materia. Acudo a la simpleza de la génesis para liberarme de la magnitud del ego y mirar de frente al destino del hombre. Un destino sin morada. Un destino libre. No tengo más interés que el de conseguir la libertad a la que siempre aspiré bajo el precio de ponerme en manos de la desnudez más elemental. Porque aquí no hay cadenas, solo se es. Me encuentro en el momento amable de llenar de ironía mis reflexiones. Es el resurgir del pensamiento mítico. Una mezcla de realidad y ficción que se enreda en un juego de reflejos sin juicio ni gravedad espacial. ¿Cuántas veces he dejado que la vida y su ruido me tomen el pelo? ¿En cuántas trampas habré caído?

Ahora estoy por encima de la experiencia subjetiva de quien contempla una obra artística en el momento de su creación. Todo es como si estuviera ocurriendo por primera vez. La suspensión de la costumbre ahora es pasajera, pausada, insignificante. Empiezo a no querer representar sobre lo abstracto. Empiezo a ver desde la nada de mi mundo.

En el agua se hace escaso el equipaje que traía. Es fuerte la tentación de reducir la verdad a una fórmula inacabada, a un escarceo pasajero, a un planteamiento en el que las cosas son más

ellas mismas y dependen menos o nada de cada punto de vista. Los hallazgos de voces y ecos de luz me ofrecen una claridad nueva sobre la condición natural del ser humano. La sinergia entre la luz blanca que me invade y la intrascendencia de lo vivido forma parte inevitable de ese universo ritual y simbólico que me ayuda a componer el relato de mi propia vida. Una forma de descubrir la verdadera existencia más lúcida que la lógica o la argumentación que siempre me ha guiado.

—Este es tu último viaje, Anna —escucho en un hilo de voz que llega hasta mis oídos.

—¿Quién eres? —pregunto.

—Sigue nadando. Disfruta del agua.

En este momento visualizo un triángulo y sus tres vértices me conmueven. El agua se expande en mi pecho, sobre mi pecho, tras mi pecho... Es como si hubiera compartido muchas vidas con ese mismo triángulo. Es como si lo hubiera conocido de forma no casual.

—¿Bernat? ¿Estás ahí?

Una energía especial manifiesta la intensidad de mi deseo de encontrarme con él, en él, tras él...

Sigo en el agua y la imagen del triángulo paraliza mis extremidades. No necesito nadar. No necesito respirar. El agua se despoja de la identidad que siempre tuvo y adquiere un nuevo significado. Ahora no es agua. Ahora representa continuidad.

Llevo años describiendo sentimientos, pensamientos, ideas. Las palabras han sido el vehículo que me ha permitido desarrollar la mundología que me ha traído hasta aquí. Antes escribía sobre la materia de los sentimientos, ahora escribo sobre los sentimientos de la materia. Antes escribía bajo la impronta de un contexto que se inclinaba a lo tangible, ahora escribo sobre las palabras, en las palabras, tras las palabras...

—¿Bernat? —digo para mis adentros.

—Anna —escucho con reciprocidad.

La plenitud como sentimiento cobra un sentido distinto, y yo sin conocer esta nueva versión. Ahora lo entiendo. El ruido mental me impedía disfrutar con plenitud de los momentos felices. Qué cortos se me hacían los momentos felices. Había posibilidades. Había ocasiones. Había días de sol. Pero también había inviernos, nubes y lluvia.

Una luz blanca parecida al reflejo que el sol proyecta en la nieve atrapa mi atención. Es tan luminosa que no la reconozco. No es blanca, es otra tonalidad. No sabría decir cuál. Es una luz que desprende la misma confianza que transmitía Bernat cuando lo conocí. Una luz que solo puede ser representada por él.

La luz se acerca a través del agua. El triángulo se funde con la luz, tras la luz, sobre la luz... La luz que se expande para descubrir una atmósfera que no es atmósfera pero que queda como en suspenso. Un aura cargada de significados simbólicos similares al mundo de los cuentos y los sueños. Una nebulosa que ha reconvertido la objetividad del yo en la subjetividad del otro.

La gama cromática que me ha acompañado desde que llegué a este plano es infinita, vívida, vigorosa, pero esta luz absorbe todo tipo de energía. Representa mis visiones oníricas como expresiones del tiempo pasado asumiendo la función exclusiva de emitir sugerencias mágicas. Esta luz encuentra nuevos cauces al unirse con la cara más íntima del mundo. Se fusiona con la naturaleza, con el todo. Escapa del principio de individualidad. Este resplandor con efectos salvadores busca la purificación en las profundidades del mar, en la contemplación de las olas de crueldad que poco a poco fueron invadiendo el mundo del que vengo. Busca la mediación, la unificación, la disolución de dicotomías.

Siento una emoción vital que no alcanzo a explicar. Intuyo que este espacio puede ser un lugar donde volver a encontrarnos, un lugar que me invita a volver atrás para lograr entenderme, para entender

lo vivido, para descubrir el rostro real de los seres que habitan aquí, conmigo.

El agua se mueve en el sentido de las agujas del reloj. Una fuerza en forma de remolino tira de mi cuerpo para desplazarme a las tres, a las seis, a las once... y así, vueltas y más vueltas que se traducen en un vaivén acompasado sin intención aparente de parar. El tiempo transcurre de forma circular en esta gran masa de agua carente de densidad, tal y como entiendo la densidad. Esa voz sigue emitiendo mi nombre. «Anna, Anna…», escucho decir a lo lejos. «Anna, Anna…», de forma incesante.

Una certeza se clava en mi pecho. Es la voz de Bernat, la persona más sensible y emotiva que he conocido en la vida. Para él todo tenía corazón, un libro, un plato de comida, una silla, un atardecer, un silencio. Cualquier detalle que formara parte de su rutina cobraba un valor afectivo o simbólico. Nada era inmune al paso del tiempo. Todo se cargaba de memoria como parte sustantiva de su mundo.

—Bernat —repito en voz alta.

La luz brillante se difumina y, en ese intento de fuga, se perfilan las aristas de su cuerpo, sus curvas, sus ángulos perfectos. El sueño en el que parece que me encuentro ayuda a mi mente consciente a preparar un camino que ya está dibujado, a complementar la visión parcial que tengo en estado despierto para compararla con lo ya vivido. Siento que esta luz consigue restablecer el equilibrio perdido para compensar mis ausencias.

En este momento no necesito encontrarle el sentido a la distancia, a las estrellas, al cosmos. En este momento miro el envés de mi mano y me doy cuenta de que también tengo tatuado un triángulo.

El fin da paso a un nuevo inicio.

El fin y el inicio se fusionan en forma de triángulo.

Agradecimientos

A Anna Eros, por su implicación y pasión compartida.

A Amparo Baca por su sentido prólogo.

A mis primeros lectores Encarnación Álvarez, Fernando Suárez, Gloria Melara, Amparo Baca, Javier Padilla, Estrella López y Eduardo Antonio.

A mi familia, siempre.

Índice

Prólogo 11
Capítulo 1. Előtt 13
Capítulo 2. Nak, Nek 21
Capítulo 3. Alatt 29
Capítulo 4. Ellen 59
Capítulo 5. Val, vel 75
Capítulo 6. Mellett 89
Capítulo 7. On, en, ön 97
Capítulo 8. Óta 109
Capítulo 9. Tól, töl 125
Capítulo 10. Között 149
Capítulo 11. Felé 157
Capítulo 12. Amíg 171
Capítulo 13. Keresztül 189
Capítulo 14. Örökké 199
Capítulo 15. Értem, érted, értük 205
Capítulo 16. Attól függ 219
Capítulo 17. Nélkül 247
Capítulo 18. Után 259
Agradecimientos 281